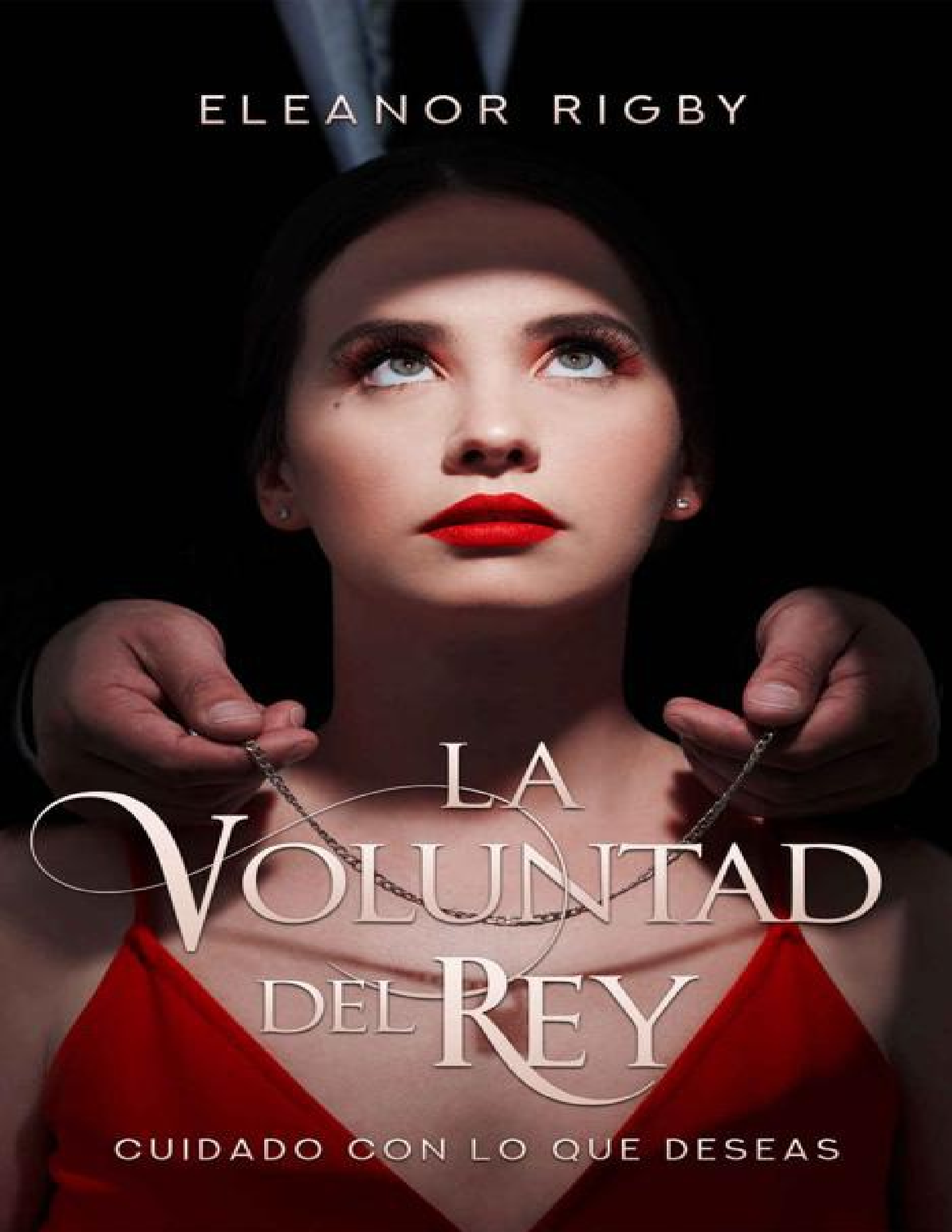


A movie poster featuring a woman with dark hair and light eyes, wearing a red dress, looking upwards. She is holding a thin chain with both hands, which is draped across her chest. The background is dark with some light rays. The text is in a serif font, with the title in a larger, more ornate font.

ELEANOR RIGBY

LA
VOLUNTAD
DEL REY

CUIDADO CON LO QUE DESEAS

La voluntad del Rey
Eleanor Rigby

© 2024, ELEANOR RIGBY

Título: *La Voluntad del Rey*

Primera edición: Litworld, diciembre de 2019

Segunda edición: *Independently Published*, febrero de 2024

Diseño de portada: Elena Salvador

Maqueta: Elena Salvador

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Para las que habéis querido a este libro en todas sus formas, que no han sido pocas.

GRACIAS.

CAPÍTULO 1.

Cuidado con lo que deseas

Ser amante de las antiguallas empezó a pasarme factura en el momento en que decidí colocar un reloj de péndulo en mi habitación. Su rítmico tictac solo servía para recordarme que un minuto sentada frente al documento en blanco equivalía a sesenta segundos desperdiciados.

Pero me obligaba a quedarme allí, ya fuera porque acababa de despertarme y era demasiado pronto para salir por un café o porque nunca era tarde para intentarlo otra vez.

Intentar recuperar la inspiración.

Ahí estaba yo, la vieja gloria literaria Kathleen Priest, tecleando y borrando. Tecleando y borrando. Era la historia interminable. Cada cuando, alternaba una larga mirada a la única frase que llenaba la página en blanco.

Gavin desabrochó mi sujetador con una sola mano.

Cerré los ojos y me concentré en el inexistente Gavin, intentando asociarle la cara de Tom Holland para no empezar a sudar. Imaginaba su cara de veinteañero, su sonrisa de «todo saldrá bien», y sí, la ansiedad remitía... Pero no podía pensar en Tom Holland desnudándose y escribirlo como si fuera una experiencia religiosa.

Y en eso consistía mi trabajo.

Desgraciadamente para mi vena artística, los hombres que solían ser mi tipo, o, mejor dicho, el hombre que *solía ser* mi tipo, no podía pasearse por mi cabeza más de dos segundos sin que se me helara la sangre. Los que ahora insistía en que fueran mi tipo no insuflaban erotismo a mis descripciones.

Mi yo poético había muerto sin posibilidad de rehabilitarse, y no iba a iniciarme en la literatura paranormal o el romance histórico, que ya estaban pasados de moda. La gente pedía acción y una buena dosis de sexo, y yo necesitaba ingresos.

Un pelotazo no me vendría mal para recaudar dinero.

Bufando, aparté el portátil de una patada y estiré brazos y piernas sobre la cama doble.

Me asfixiaban las paredes, las responsabilidades.

Me asfixiaba yo misma.

Después de revolcarme con la esperanza de recordar lo que era echar pasión en un colchón, me levanté y fui a la cocina. Encendí la radio y sintonicé mi emisora favorita, donde sobre todo ponían canciones de los ochenta y los noventa.

Después di una vueltecita pensativa por el recibidor.

Por lo menos tenía una guarida bonita para lloriquear de vez en cuando, lo que siempre era mejor que una guarida fea en la que lloriquear de vez en cuando.

Lástima que se me hubiera acabado el chollo.

Un piso en el sexto distrito de Dublín, en el barrio de Rathmines, te podía salir a buen precio si buscabas bien. Pero el éxito de mi primer y único *best seller* se me subió a la cabeza hasta tal punto que busqué a conciencia un casero que se ocupase de atracarme cada mensualidad, y eso hizo hasta drenar mis ahorros.

Ya no me podía permitir resguardar mi culo raquítrico en el salón con tarima flotante, sofá de diseñador y ventanales de doble acristalamiento. No sin compartirlo con alguien. De ahí que hubiera invadido Internet con anuncios desesperados a los que una tal Sheila Boyd no tardó en responder.

Firmamos el contrato digital después de una breve entrevista vía Skype. Uno que determinaba que, a partir de entonces, no podría pasearme desnuda sin temer que me juzgaran por tener las tetas pequeñas.

Siendo aún un personaje más o menos público, ya tenía que darme con un canto en los dientes porque la muchacha no me hubiese reconocido. Así no me atosigaría con preguntitas sobre mis creaciones... o sobre mi falta de compromiso editorial.

Sí, era la clase de escritora que se alegraba de que existieran personas que no habían leído sus libros.

Mientras me hacía el café, observé el desorden que me rodeaba. En un ejercicio de rebeldía y también honestidad, me había negado a recogerlo todo para impresionar a la desconocida. Cuanto antes descubriera que yo no era la compañera de piso ideal, mejor.

El timbre me libró de acabarme un café que sabía a cualquier cosa menos a café. Arrastré los pies hasta la entrada, preguntándome quién diablos tenía la poca vergüenza de plantarse un lunes a las seis de la mañana en la casa de alguien.

Pues bien: la susodicha tenía una melena platino peinada con los bucles de una diosa voluptuosa de los sesenta. Lucía un escote que, a partir de las siete de la tarde, y en determinados barrios, sería fácil de malinterpretar.

—¡Hola, compañera! —exclamó con la clase de entusiasmo que encontraba forzado. Podría haberme caído mal al instante si sobrevivir a la bancarrota no hubiera dependido de ella—. No te molesta que haya venido un poco antes, ¿no?

«De hecho, te acaba de costar mi simpatía».

—Supongo que no, pero no me ha dado tiempo a ordenar. Espero que no te importe.

No me importaba si le importaba. Ya había pagado la primera mensualidad. Estaba salvada durante treinta días incluso si decidía que mi pequeño caos era intolerable.

Un pie se interpuso en mi camino a cerrar la puerta. Todo cuanto acerté a ver fue una corbata lisa que me sonaba familiar de previas visitas.

Sin mirarle la cara, aclaré:

—No estoy interesada en biblias, compañías telefónicas o aspiradoras, gracias.

Le cerré en las narices y me acerqué al salón para preguntarle a la compañera si querría tomar algo de beber. Sheila me estaba mirando con sus ojos de *Bratz* —pestañas kilométricas, delineado preciso— como si acabara de gastarles una broma.

—Kathleen —me llamó en tono divertido—, le has dado un portazo en la cara a mi novio.

—¿Cómo?

—Mi novio —repitió—. Viene conmigo.

Parpadeé una sola vez.

—En esta casa no viven hombres, Sheila. Lo especificué.

—Y no va a vivir aquí, pero me estaba ayudando con las cajas frágiles. Había cosas que no quería que transportara el camión. No confío en la gente de las mudanzas.

Ya. Confiar en especialistas del oficio habría sido absurdo.

—Perdona. He actuado desde la experiencia. Lo de la venta a domicilio está en auge por la zona, ¿sabes? Vas a tener que andarte por ojo estando por aquí. Todos los días viene alguien intentando colarte los milagros del Señor...

Me acerqué para abrirle la puerta al rezagado mientras seguía con la cabeza el ritmo de la siguiente canción. Sade entonaba su bonito y seductor *Your Love Is King*.

Tiré del pomo sin poder controlar un bostezo. Los ojos se me humedecieron lo suficiente para nublarme la visión, tiempo que supuse que el invitado invertiría en cruzar el umbral y dejar la caja.

No lo hizo. Se quedó allí quieto, tal vez esperando una disculpa. O que le echara la alfombra roja.

Dos parpadeos después, me libré de la capa de somnolencia y me di cuenta de que no era un tal vez, sino un hecho. El tipo tenía la pose expectante de quien acaba de cortarse el pelo y quiere que alguien se dé cuenta.

Me miraba fijamente, a la caza de ese cumplido.

Mi cuerpo se activó en el preciso momento en el que asumí que tenía su atención. El desconocido desplazó sus inquietantes ojos azules desde mi cara hasta mis tobillos, y desde mis tobillos hasta mi cara. Los hombros se me tensaron por la repentina corriente de electricidad que se enredó en mi estómago. Si no retrocedí instintivamente fue porque él me inmovilizó con su voz profunda.

—La quiera o no —entonó con ironía—, le hace falta una Biblia para aprender que una casa decente ha de tener las puertas abiertas a todo el mundo.

—No estamos en la iglesia —apunté, mirándolo de hito en hito—, y nunca he sido una buena samaritana.

—Eso nos dificultará las presentaciones. —Sin moverse ni cambiar de expresión, salvo quizá por la mirada burlona, me tendió la mano—. Soy el cordero de Dios que pone el pecado en el mundo.

No sé por qué estiré el brazo y la estreché con solemnidad después de la payasada que acababa de soltar. Fue lo de menos cuando su roce envió una corriente al centro de mi cuerpo.

Le tuve que conceder que había sido sincero reconociendo el asunto del pecado. No era guapo de acuerdo a mi definición, pero sí escultural. La clase de hombre que hacía honor a la palabra en sí misma con su mandíbula y frente prominentes, con su barba cerrada. Me sacaba al menos media cabeza, tenía los ojos azules como un glaciar, y una ceja inquisidora con un gran talento expresivo.

Retiré la mano enseguida, alterada por su manera de recorrer mi cuerpo. A raíz de su atrevido vistazo, caí en la cuenta de que solo llevaba un viejo camisón de satén beis sin nada debajo.

—Bienaventurado seas al Reino de los Cielos —respondí con sarcasmo—, cerdo de Dios que pones el pecado en el mundo.

Su sonrisa se ladeó por obra de un pensamiento malicioso.

—Ha merecido la pena portarse bien para llegar hasta aquí.

Me aparté de la puerta y me dirigí a la cocina sin contestar, usando como excusa para mi cobarde retirada que debía quitar la radio. Me sentí como Vito Corleone cuando se presentaron en su casa a pedirle que matara por dinero.

Por un lado, ultrajado; por otro..., halagado.

—Las cajas grandes llegan a la hora en la que habíamos quedado, pero King solo tenía este rato libre para ayudarme a transportar las más importantes —decía Sheila—. Espero que no te haya molestado. Si hubiera tenido tu número, te habría llamado para informarte de que vendría acompañada.

King... ¿King, había dicho? ¿Quién coño se llamaba King?

Your love is King... Crown you in my heart; you're the ruler of my heart^[1], reproducía la radio

en ese momento.

Él también escuchó el tema de Sade.

—Muy apropiada —señaló con una sonrisa arrogante.

Tuve que esforzarme para ignorarlo y dirigirme a Sheila.

—No te preocupes. Mi casa es tu casa —le respondí en mi camino a la cocina sin tenerlas todas conmigo. Iba a echar tanto de menos mi preciada soledad... No llevaban ni cinco minutos allí y ya tenía la incómoda sensación de estar siendo observada. Juzgada, mejor dicho—. El café que hago sabe a mierda, pero, si quieres, puedes darle una oportunidad.

—Yo lo probaré —dijo King en tono brios.

¿Servir a un hombre atractivo?

Bien, eso podía hacerlo.

Mientras recalentaba el café, me pregunté si me alegraba que Sheila tuviera novio. Supuse que sí, aunque fuera porque descartaba la temible posibilidad de que trajera a un hombre diferente cada noche. Me dije que podía lidiar con uno solo si demostraba que era de fiar. Un continuo desfile de desconocidos ya habría puesto a prueba mi tolerancia.

Oí unos murmullos en el salón, un jadeo ahogado y una exclamación muy familiar para mí:

—¡Eres la autora de *El yugo del placer*! ¡

Cerré los ojos y lancé una silenciosa plegaria al aire.

Me había equivocado con ella. Sí me conocía.

Aparecí en el salón con una taza de café en cada mano y una sonrisa de circunstancia. Enseguida me di cuenta de por qué sabía ahora de mi antigua profesión: la noche anterior, la nostalgia por el éxito desaparecido me había invadido y pensé que me animaría releer algunas páginas. Olvidé la jodida novela en la mesilla del salón, y ahora Sheila la hojeaba con avidez, sorprendida porque el mismo nombre de su contrato de alquiler estuviera grabado en la portada del ejemplar.

Lo más probable era que se lo hubiera descargado pirata en alguna web, donde ni siquiera figuraba el apellido de la escritora. O eso, o era más despistada que la defensa del Leicester.

El Leicester que no ganó la liga por chiripa, quiero decir.

—Dios mío, ¿cómo no me he dado cuenta? ¿Cuántas Kathleen con apellidos holandeses puede haber en Dublín?

La chica exudaba entusiasmo. Se disculpó por el error con sus ojitos de inocente gacela. Su novio también me miró, pero con sus ojitos de depredador potencialmente peligroso.

«¿Peligroso? ¡Por favor! Él no es el problema, κ. Eres tú», me regañé con la voz de Jude. «Aún no ha hecho nada para que lo odies».

«¿Y acaso tiene que hacerlo?», contraatacó el diablo sobre mi hombro.

Ese sí hablaba como yo.

—Siento mucho no haber caído antes. Oh... ¡Aún no me lo creo! ¡Voy a vivir con la mujer que creó a Tyler Fox! ¿En qué te inspiraste? ¿Cómo pudiste escribir sobre un hombre tan...? Oh, ¿existen de verdad los tipos así?

—Cuidado, muñeca. Me voy a poner celoso.

Sheila le dedicó una sonrisa deslumbrante a su novio, que alargó el brazo para rodear su cintura y traerla hacia él. Para aplacar su orgullo herido, ella le dio un beso y le susurró algo cariñoso al oído.

Podrían haber estado manoseándose en mi sofá cuanto hubiesen querido si a cambio hubieran dejado mi fama a un lado.

No tuvieron esa gentileza.

—¿Entonces? ¿De dónde salió Tyler Fox?

De una etapa que ya había superado.

Eso solo para empezar.

Las ganas de contestarle una grosería que cortarse de raíz su curiosidad estuvieron a punto de estrangularme.

«Sé cordial», me ordené.

—De las fantasías de una mujer, como todo personaje de ficción erótica. De lo que las mujeres creen desear, más bien.

Ella ladeó la cabeza, intrigada.

—¿Qué diferencia hay entre una cosa y otra?

—Una muy notable —sonreí con tristeza—. ¿Has leído la novela de Margaret Atwood que dice que la percepción que tenemos de nosotras y nuestra manera de vivir están condicionadas por las perversiones del género opuesto? «Sobre un pedestal o sobre tus rodillas; es una fantasía masculina. Incluso creyendo que tienes una vida que te pertenece solo a ti, eres solo una mujer con un hombre dentro que observa a esa mujer. Eres tu propio *voyeur*»^[2]. Quiere decir que lo que nos da morbo, nos lo da porque históricamente a los hombres les ha... —Mi voz se fue apagando al comprender que a nadie le importaba mi crítica feminista de la romantización de la masculinidad agresiva—. Da igual.

Fue de esperar que Sheila ignorase el comentario y siguiera parlotando sobre mis éxitos. No la juzgaba. Yo había sido como ella, y habría pagado mi peso en oro para seguir siéndolo.

En cuanto al cordero de Dios...

Me echó una nueva mirada de arriba abajo, esta vez deteniéndose en los pezones que sé que se me marcaban. También se interesó por mis piernas a medio depilar, lo que le arrancó una sonrisa ligera que me cabreó, porque podía imaginarme lo que estaba pensando: «No quiere hombres en su casa, cita a Margaret Atwood, no se hace el láser... Una feminazi de manual». Pese a todo, tuvo que encontrarme interesante, porque comentó con voz sugerente:

—Así que escribes erótica.

¿Ese tipo SENTADO AL LADO DE SU NOVIA estaba DE VERDAD mirándome ASÍ? ¿Dónde estaba la cámara oculta?

—¡Sí! —contestó Sheila en mi lugar—. ¡Es el libro del que te hablé! Me tuvo en vela dos noches...

—Ah, ya sé de cuál habla.

Sheila esbozó una sonrisa culpable ante la expresión de fingida ofensa de King. ¿Que por qué sintió la necesidad de explicarse? Sigue siendo un misterio incluso hoy.

—Le tuve dos noches sin... Ya sabes. —«Lo que sé es que no me importa, cariño»—. Pero mereció la pena, porque Tyler... ¡Oh, Tyler! ¿Seguro que no has conocido a nadie parecido? —Negué con la cabeza, regodeándome perversa y puerilmente al aplastar sus expectativas románticas—. Pues vaya. Tenía la esperanza de que hubieras escrito desde la experiencia. Eres la mejor en esto. Me pone la piel de gallina cómo lo describes, cómo lo... Es increíble, nunca he leído nada igual. Pensaba que era porque tenías a alguien especial.

¿En qué momento se pasa de «eres la autora de *El yugo del placer*» a «debes de tener a alguien especial para escribir en condiciones»? Me sentía acorralada, como en las cenas de Navidad que celebraba cuando mi familia todavía era funcional y podía fingir que no odiaba estar allí: obligada a hablar de mis intimidades para entretener a un público morbosos.

—No te creas nada de lo que leíste. Exageré bastante. —Para paliar el golpe, traté de sonreír con indiferencia. Apoyé la cadera en la pared y di un sorbo al café—. Ningún hombre podría

hacérmelo tan bien.

King soltó una sola carcajada insolente.

—Cuidado con lo que deseas.

Mi intención fue mirarlo con cara de pocos amigos, pero sus párpados entornados me dieron a entender que debía tener mucho más que cuidado.

—¿Querías decir «cuidado con lo que insinúas»?

—Quería decir exactamente lo que he dicho.

—¿Te he ofendido? Porque no tengo la culpa de que quieras aludirte con una simple generalización.

—¿Aludirme? ¿Yo? —repitió con inocencia—. Más bien al revés, muñeca. Ese comentario dice más de ti que de los hombres.

Era muy fácil sacarme de quicio, y más a las seis y veinte de la mañana, pero aquel tipo estaba empezando a demostrar una facilidad encomiable para ponerme nerviosa.

Ahí fue cuando encendió mi luz roja.

—Solo invito a Sheila a no tener las expectativas muy altas. El sexo en mis libros es una idealización exagerada de lo que considero un polvo digno.

Cruzarse de brazos le otorgó un aire bravucón.

—¿Qué es para ti un polvo digno?

Si esperaba sonrojarme le iba a dar el sol.

—¿Por qué lo preguntas? —Alcé una ceja—. ¿Quieres consejos porque necesitas aplicarte?

King soltó una carcajada ronca y se estiró para arreglarse las solapas de la chaqueta. El cabello intencionadamente desordenado y la barba oscura le daban el toque desenfadado a un modelito por lo demás impecable: americana de raya diplomática, chinos a juego y corbata de seda.

—¿No te da miedo que tus sueños se hagan realidad? —tanteó con genuina curiosidad.

—Acostumbro a soñar con cheques bancarios con muchos ceros, no con hombres.

Apuntó al libro con un gesto de cabeza.

—Pues dedicas una sospechosa cantidad de tiempo a fantasear con ellos.

—Porque mi trabajo lo requiere —deletreé, irritada.

King se fingió interesado.

—¿Solo es tu trabajo? ¿Se supone que no te gusta escribir?

—Si se convirtió en mi medio de vida, es porque la ficción me entretenía.

—No suena a que te divierta. Es más; parece tu cruz.

—En su momento lo pasaba muy bien durante el proceso —lo corté de mal humor—. Puedes estar tranquilo.

A saber qué se imaginó con mi respuesta para poner la cara que puso. Con toda seguridad, a mí probando el último vibrador del mercado.

—Comprendo —dijo con una ambigüedad que estuvo a punto de impulsarme a sacudirlo por los hombros—. Te dejo con la apasionada escritora, Shey —anunció de espaldas a, recordemos, Su Novia. Él lo había olvidado por completo, porque me escrutaba con la determinación de desentrañarme—. Espero que la aproveches para pervertirte como es debido.

Como no me fiaba de que deambulara por mi casa, lo seguí manteniendo las distancias. Abrí la puerta y señalé el pasillo con un floreo.

Él volvió a mirarme, esta vez como si supiera cómo era mi cuerpo desnudo. Una parte de mí, la que no estaba en shock, empezó a arder en contra de todo principio.

Carraspeé con impaciencia y crucé un tobillo, confiando en que con mi despreocupación

disimularía los pensamientos que surcaban mi mente.

King curvó los labios en una sonrisa arrogante.

—Tu vida sí que es ficción, no tus libros. Y tu drama con los hombres es bastante sencillo, muñeca. Simplemente no te han follado bien.

El corazón casi se me salió del pecho de pensar que pudiera largarse teniendo la última palabra. Sobre todo cuando esa había sido su última palabra.

Pero me tocó dejarlo ganar, porque no se me ocurrió ninguna manera de defenderme.

CAPÍTULO 2.

«Es que King es así»

Adaptarse a Sheila fue fácil. No pasaba mucho tiempo en casa, y cuando estaba, desistía pronto de intentar entablar una conversación conmigo.

Aprendió rápido que de donde no hay, no se puede sacar, y no se tomó mi introversión como una afrenta.

Nunca dejaba de sorprenderme cómo se desenvolvía en sociedad la gente normal. Nadie se preocupaba por las memeces que a mí me obsesionaban, como lo que otros podrían pensar de mi comportamiento. Me pasaba el día conspirando en contra de mi voluntad, convencida de que Sheila me tomaba por una imbécil con complejo de superioridad.

Después me di cuenta de lo equivocada que estaba.

—Entonces... —empezó una mañana, delineando el borde de la taza con el dedo—. Ahora trabajas en un club nocturno.

—En La Tramposa, sí. Está cerrado por una ampliación, por eso ahora mismo no estoy currando.

Al sonreír con reconocimiento, se le iluminó la cara... y a mí me dieron ganas de llevarle una foto suya al cirujano para que me operara a su imagen y semejanza.

Que conste que resentirla por ser tan guapa era una costumbre viciada, no un reflejo de mis verdaderas aspiraciones. En teoría, yo ya me había convencido de que me quería tal y como era, con mi pelo demasiado fino, mi nariz hebrea y mis rodillas huesudas.

Jude, mi Pepito Grillo, decía que debía vigilarme de cerca esta tendencia destructiva para no caer en autocríticas enfermizas.

—¿La Tramposa? ¡Allí he ido yo varias veces con mi promotor! Es un cliente frecuente. Creo que incluso tiene carné de socio. Fue el que me consiguió el puesto como modelo de King, así que le debo mucho.

—¿Eres... la modelo de tu novio? No entiendo.

—Sí. —Se enderezó con orgullo—. King me eligió para lucir su última línea de pendientes en un anuncio publicitario. Salté a la fama gracias a él.

—¿Pendientes? ¿Tiene una joyería?

Enseguida me condené por sentir curiosidad, pero me dije que era una medida cautelar. Si aparece un tipo trajeado y con dinero en tu casa, lo mínimo que puedes hacer es cerciorarte de que no pertenece a la camorra italiana.

—¿Una joyería? ¡Tiene un imperio! ¿Nunca has comprado nada en King's Pleasure, by King Sawyer? Sus diademas son lo más... Por no hablar de las nuevas gargantillas en las que su equipo está trabajando. Le he suplicado que me deje ser la imagen de su campaña, pero se niega en rotundo. —Se llevó una mano a la garganta—. Dice que tengo el cuello gordo.

—Qué simpático —gruñí, irritada—. Y menuda estupidez. A mí no me parece que tengas el cuello gordo. Él puede que sí tenga algo gordo, como el ego.

Sheila se mordió el labio.

—Debo de haber sonado muy frívola.

—¿Cómo? Sheila, si he dicho que es una estupidez, es porque a tu cuello no le pasa nada, no porque no me parezca importante que te sientas insegura.

—Lo sé, lo sé. Es solo que imagino que la mía ha de ser una vocación intrascendente para ti, que sí realizas un trabajo intelectual. Debes de pensar que King y yo somos unos frívolos y nos preocupamos por tonterías.

Si no lo hubiera llegado a decir tan tranquila, habría pensado que me estaba tachando de esnob.

Pero no. Solo me respetaba inmerecidamente.

A partir de entonces, me esforcé para que la convivencia se pareciera más a... Bueno, una convivencia sana. Las dos seguíamos demasiado ocupadas con nuestras vidas para pararnos a charlar a diario, pero teníamos nuestros ratos de reunión. Acepté que trajera asquerosa comida india todos los jueves, accedí a ser observada como un mono de feria por su grupo de amigas, fanáticas enloquecidas de Tyler Fox, y le perdoné que no supiera escuchar música sin desafinar por encima.

En definitiva, la vida habría sido bella... si King no hubiera venido de visita.

Continuamente.

A pesar de tener en mucha estima mis horas de sueño, su presencia no me molestaba porque durante los maratones de sexo fuera imposible planchar oreja... que también. El drama era que se creía que estaba en su casa. Abría las puertas que quería cuando quería —la de mi habitación incluida— y me trataba como si me conociera de algo. Y lo peor era que no podía decirle ni mu, porque el cabrón estaba pagando Netflix por petición de Sheila y yo no pensaba renunciar a *Stranger Things*.

Pero no había quien lo aguantase.

El cuarto día después de la mudanza, me desperté a las seis y media por culpa del ruidoso sexo matutino de mi compañera y su infecto novio. En mi camino a la cafetera, me topé con un ostentoso sillón reclinable.

—¡Sheila! —la llamé a voces—. ¿Has puesto esto en el salón sin consultarme?

No tuve que esperar ni cinco minutos para obtener una respuesta.

—En realidad, he sido yo.

King me sonrió por encima del hombro de una Sheila tan ligera de ropa como él mismo, el Rey Mago que te pone mirando para Oriente. Sus ojos brillaron con reconocimiento al verme de nuevo con el camisón de satén beis. Debía pensar que no me cambiaba de ropa... y a mí debía importarme un carajo lo que pensara, pero no terminaba de conseguirlo.

Estaba despeinado, desnudo de cintura para arriba, y se frotaba el pecho salpicado de vello oscuro con una parsimonia hipnotizadora.

—Pues ya lo estás quitando.

—¿Por qué? No sabía que comprar un sillón fuera una decisión que requiriese deliberar en la junta de vecinos.

—Cuando se trata de alterar el espacio, todo se delibera de forma conjunta. Por si no te has dado cuenta —recalqué con retintín—, Sheila no vive sola.

La pobre chica hizo una mueca.

—Tiene razón, King. Creo que deberías llevártelo.

Él no apartó sus ojos de mí ni para responderle.

—Es un sillón, muñeca. Para ver el fútbol...

—Aquí nadie ve el fútbol —lo desafié.

—... para leer, para relajarse... —continuó, ignorándome—. No es como si hubiera plantado una vitrina con doce tipos de serpientes del Amazonas.

—¡Una vitrina habría quedado mejor con el ambiente!

—Porque los reptiles son tus animales espirituales, ¿no?

Y sonrió para suavizar el golpe.

No lo consiguió.

—Por si no lo he dicho ya, ese sillón se larga. Y la próxima vez que quieras hacerle algún cambio al salón, consúltalo con alguna de las dos personas que pagan el alquiler.

—¿Cuál es el problema? ¿Es porque lo he elegido yo?

—No me he pasado años viendo programas de decoración profesional para que ahora trastoces mi hábitat con aberraciones semejantes.

—A Sheila no le desagrada, y también puedes usarlo tú.

Tuvo que ser su desahogo lo que me molestó, porque en circunstancias normales no habría reaccionado como una niña berrinchuda.

—Pues claro que no la voy a usar. ¡Nadie en esta casa la va a usar!

Me di la vuelta para regresar a mi habitación, y justo escuché que decía:

—Es una pena, porque tiene la opción de hacer masajes y no le vendría nada mal. A lo mejor le sacaba el palo del culo.

El comentario fue, por supuesto, deliberado. Supo que lo había escuchado y estuve segura de que después de oír mi portazo esbozó una sonrisa de truhan.

Pero eso no fue más que el principio.

Al remarcar que la casa era mía y ahora también de Sheila, nunca de él, se tomó como un reto demostrarme que formaba parte de la familia.

A partir de la primera semana, empezó a venir casi a diario. Unas veces a desayunar, otras a cenar, y de vez en cuando para echar el polvo de las cinco.

Lo habría soportado si solo se hubiera ocupado de joder a Sheila. El problema residía en que también quería joderme a mí.

Cuando llegaba, el caradura me saludaba con un beso en la mejilla. Su expresión al acercarse a mí era el preliminar con el que advertía que, aunque su intención era tocarme la cara, en el fondo quería colar la mano debajo de mi camisón. Sus labios calentaban todo mi cuerpo con el roce en teoría inocente. La cumbre del momento venía cuando se separaba y su mirada vidriosa declaraba que el sencillo hecho de tocarme había sido una experiencia erótica.

Luego le metía a Sheila la lengua en la boca con un beso de película, y yo me quedaba como un pasmarote por partida doble: procesando lo que acababa de pasar, e intentando contener las emociones que me suscitaba ser testigo de su espectáculo amoroso.

Aunque a veces le pillaba abriendo los ojos durante el beso que le daba a Sheila para mirarme.

En una ocasión estaba en la cocina, haciéndome la cena, cuando King apareció y apoyó la cadera en la encimera.

Se quedó observándome hasta que perdí la paciencia.

—¿Quieres algo?

—¿Un autógrafo? —probó, juguetón. Volví a centrarme en la sartén, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué no? ¿Tan feminista eres que solo firmas a mujeres?

Me hirvió la sangre con el comentario.

—Preferiría que no te pusieras el feminismo en la boca si lo vas a entonar así. Y tú no eres mi fan.

—No soy fan de Tyler, que es distinto. Tú eres fruto de mi devoción —explicó en voz baja, agachando la cabeza para quedar a mi altura. Su voz me estremeció—. He leído *El yugo del placer*. —No estaba segura de querer hablar de mis libros eróticos con un tipo, o con ese tipo, así que guardé silencio. Él continuó—: Al principio no me creí que fueras capaz de escribir algo así.

Eso captó mi atención.

—¿Por qué no?

—Te comportas como una virgen ofendida, y esa prosa es propia de una ninfómana sin inhibiciones.

Su descaro me desencajó la mandíbula.

—A tu lado cualquiera parece inocente, no te jode.

No sabía por qué le resultaba tan sencillo ponerme histérica. Quizá porque era la clase de hombre por el que habría babeado años atrás.

Él tenía que saberlo, porque se acercó a mí y pegó el pectoral a mi hombro. Ladeó la cabeza para inquirir:

—¿Por qué lo dices?

—Porque lo único que haces es dar por culo. En ambos sentidos.

Sonrió y se inclinó para tocar mi sien con la nariz.

—Ese vocabulario soez no queda nada bien con tu cara de Audrey Hepburn.

—Debo tomármelo como un desprecio, ¿no? —repliqué sin cambiar de postura—. Sheila se parece más a Ava Gardner en rubia.

Nunca supe la respuesta, porque, como si la hubiera invocado, la chica llamó a King y este se marchó siguiendo su orden.

Me quedé preguntándome por qué diablos le había contestado esa estupidez cuando no me importaban sus preferencias.

A partir de ese día se tomó más confianzas conmigo.

Una vez, le hizo a Sheila el favor de coger la ropa del tenderete, donde también había prendas mías. Yo estaba leyendo en el sofá cuando lo pillé escudriñando uno de mis tanga con una sonrisa entre perpleja y satisfecha.

—Eso no es de Sheila —señalé con calma forzada.

—Lo sé —respondió, echándome un vistazo de arriba abajo. En esa ocasión, no me pilló con las piernas sin depilar—. No sabía que te ponías estos trapitos, muñeca.

—¿De qué te sorprendes? —repliqué sin levantar la mirada del libro—. Con mallas blancas no puedes llevar algo distinto a un tanga.

King apoyó una mano en el respaldo del sofá, justo detrás de mí, y colocó la prenda delante de mis narices.

—Esto no es un tanga. Es una invitación a pecar.

—Menos mal que tú estás curado de espanto.

Me levanté con la intención de alejarme de la charla provocadora y del olor masculino que de pronto me había rodeado. Mi objetivo era quitarle mi ropa interior de las manos, pero el desgraciado se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Qué co...?

—Esto es impropio de un angelito como tú, Kathleen —explicó con inocencia—. No puedo permitir que te corrompas.

—¿En serio? ¿El cerdo que pone el pecado en el mundo —entrecomillé el apodo con los dedos— no va a permitir que me corrompa? ¿Cuál es tu cometido en la Tierra, entonces?

Él esbozó una sonrisa misteriosa que me puso hasta el último vello de punta, pero no dijo nada.

En su lugar, me ofreció la mejilla.

—Paga el peaje —se señaló con el dedo— y te las devuelvo.

—No me puedo creer que tengas treinta años.

—Treinta y seis, en realidad.

—Peor me lo pones.

Pero me quedé mirando los puntitos negros de aspecto áspero que tatuaban sus mejillas ahora que se había afeitado. Sin la barba, destacaba la línea de su mentón y afloraban a la vista algunos lunares discretos.

La tentación de alargar la mano y acariciarlo me avergonzó.

—Puedo vivir sin ese tanga —sentencié, furiosa conmigo misma.

¡El tipo tenía novia!

—Vamos, muñeca. Es solo un beso. ¿Tu orgullo vale más que un trapito tan bonito?

«Mi orgullo vale todo lo que pueda alejarte de mí».

Pero como acababa de darme donde más me dolía, porque mis trapos lo eran todo, me puse de puntillas y fui a besar su mejilla.

En el último momento, King giró la cara y acabé presionando mis labios contra los suyos, que me supieron al té y a la miel de su desayuno.

El corazón me empezó a latir a toda prisa.

Me la había jugado. ¡El cabrón me la había jugado!

Solo para demostrar que no conseguiría alterarme ni por esas, me aparté despacio y le saqué el tanga del bolsillo, procurando no prestar atención al cachete prieto que acababa de rozar.

¿Es que todo en él estaba en su sitio, o qué?

Bueno, casi todo.

Estaba muy ido de la olla.

—No vuelvas a tocar mi ropa interior.

—Hasta que me pidas lo contrario —me pareció escuchar mientras me iba.

Una semana después, hubo una noche en la que se presentó en mi habitación sin avisar.

—Sheila y yo vamos a ver una película. ¿Te hace?

—No.

La carcajada desganada que soltó me formó un nudo en la garganta. Casi me sentí culpable por haberme negado en rotundo.

—¿Por qué no? Te dejaremos elegir a riesgo de que te decantes por un título sangriento. Repasando tu estantería de películas, me he fijado en que solo te van la acción y el *thriller*...

—No —corté otra vez.

—Incluso podrás sentarte en el sillón que te regalé.

Que ese recordatorio de la existencia de King Sawyer siguiera en mi salón hizo que hirviera de rabia, pero seguí con los ojos pegados a la pantalla, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y los dedos sobre las teclas.

—Puedes meterte el sillón que me regalaste por ese culo arrogante que tienes.

—¿«Culo arrogante» no es un recurso literario? ¿Una... personificación, se llama? ¿Será que estás recuperando la inspiración gracias a mí?

—Ya te gustaría.

—¿«Gustaría», en condicional? Ya me *gusta*, en presente. Acabas de admitir que te has fijado en mi culo, Kathleen.

—Alguna vez he pensado en cuánto me gustaría patearlo. Ahora, si eres tan amable de dejarme en paz...

—Venga, muñeca. No ha sido idea mía, sino de Sheila.

—Dile que no hay espacio para mí —comenté desinteresada, entornando los ojos sobre la línea que no había conseguido extender en tres semanas—. Tu ego ocupa todo el sofá.

—Sentaré a Sheila sobre mis rodillas para que puedas ponerte a mi lado.

La idea de ver una película con una pareja que se profesaba su afecto en público me llenó de ansiedad. Él tuvo que ver que la propuesta me inquietaba, porque sugirió:

—O te siento a ti sobre mis rodillas para que Sheila pueda ponerse a mi lado. Lo que prefieras.

¿En serio había dicho eso a un pasillo de distancia de su novia? Abrí la boca para preguntarle cómo era posible que fuera tan sinvergüenza, pero al final solté:

—Puedes sentar a Sheila sobre tu cara, si te apetece.

King soltó un bufido que sonó a risa.

—Kathleen, Kathleen... —Chasqueó la lengua. Me pareció que sonaba más cerca de mí, así que levanté la cabeza del portátil por vez primera y lo vi sin camiseta. Sin camiseta. Otra vez. En mi jodida casa. ¡Yo no pagaba para eso!—. Que conste que antes lo he preguntado por las buenas.

No pude replicar. Apartó mi ordenador con gentileza, aprovechando que me acababa de quedar en estado catatónico, y después fue a por mí.

Me levantó colocando una mano en mi espalda y otra detrás de mis rodillas, pero viéndose venir que me revolvería como si estuviese poseída, justo lo que hice, cambió la postura y acabé colgando de su hombro.

—¿Qué coño haces?! ¡Bájame! ¿Sabes cómo se llama esto? ¡¡Acoso!!

—¿Acoso? A mí me recuerda al rapto de las sabinas. ¿Sabes que las secuestraron para aumentar la demografía de Roma? Quiero repoblar el salón con tus sonrisas, Kathleen.

—Ah, bueno, ahora eres historiador e incluso poeta... ¡Que me sueltes, coño!

King solo se rio.

Caminó con la parsimonia característica de un hombre que se cree el rey del mundo —nunca mejor dicho— hasta el salón. Yo estaba entre ruborizada, furiosa y... excitada. Su piel ardía, y tenía a un palmo de mi cara ese culo que quería patear. Se movía deliciosamente dentro de unos pantalones de chándal grises.

No respiré en el medio minuto que duró nuestro paseo. Menos mal que había tenido la amabilidad de ponerme boca abajo, o habría tenido que dar explicaciones sobre mis mejillas coloradas.

—Tampoco tenías que obligarla si no le apetecía —se quejó Sheila, mirándome con compasión. Por lo menos alguien tenía piedad—. Lo siento mucho, Kathleen. Es que King es así.

—Así ¿cómo?! ¡¿Así de gilipollas?!

—Ya la has enfadado, idiota —le regañó ella. Incluso le dio un puntapié en la rodilla.

Como si nada de eso fuera con él, King me dejó sobre el sofá y se aseguró de que no me movía pasándome un brazo por el hombro.

Por un momento, me planteé quedarme allí en lugar de irme a mi cuarto a urdir un asesinato, pero no se le ocurrió nada mejor que joderlo.

—Intentar no enfadar a Trunchbull^[3] es como ver llover en el desierto.

Me levanté sin tomarme la molestia de ofrecer una réplica, sin mirarle a la cara y procurando mantener la cara inexpresiva. Sentí su mirada durante todo el camino que hice hasta volver a mi habitación, como también escuché las quejas de Sheila.

—¡Ahí va! ¡El *burón* vuelve a su cueva! —gritó desde el salón.

No era la primera vez que me llamaba de esta manera. Él mismo tuvo la gentileza de explicarme un buen día de dónde nacía el tierno apodo:

—Es una mezcla de «búho» y «hurón». El porqué es evidente, ¿no? Duermes más de

diecinueve horas al día, solo estás activa de madrugada y nunca sales de tu madriguera.

El punto de quiebre ocurrió cuando una noche se presentó sin avisar. Tuve que enfrentarme a él sin mi bastón de apoyo, porque dio la casualidad de que Sheila se había ido de fiesta con sus amigas.

Lo lógico habría sido que el salón hubiera parecido mucho más grande de lo habitual al estar a solas, pero la presencia de King fue tan arrolladora que me sentí ahogada.

Apareció con una camiseta negra y unos vaqueros desgastados. Tan simple como eso.

Lo odié por mirarme de nuevo como si estuviera desnuda.

Lo odié por ser un exhibicionista de encanto matador.

Lo odié porque no había sacado el sillón de mi casa.

—No está —avisé sin apartar la vista de la novela que estaba leyendo—. Vuelve más tarde. O no vuelvas nunca más.

Los síntomas de su enfermedad, llamada vamos-a-contradecir-a-Kathleen-diga-lo-que-diga, volvieron a manifestarse, esta vez en la acción de dejar en el perchero la chaqueta que había estado colgando de su brazo y sentarse a mi lado.

—¿Por qué no te tomas conmigo el descafeinado de después de la cena? Podemos ir a Starbucks.

—No tomo descafeinado. Y odio Starbucks.

—Entonces vamos a donde tú quieras.

Su determinación estuvo cerca de hacerme sentir halagada.

—He quedado.

—Ajá. —Señaló la novela sin retintín—. Ya veo que tienes una cita con tu imaginación.

—Y es bastante tímida, así que no quiere más compañía.

King no se dio por aludido y ladeó la cabeza para ver el título.

Cuando reaccionaba con naturalidad a mis desplantes, me sentía una auténtica bruja. Pero la culpabilidad me duraba poco. Aquel tipo no tenía derecho a tomarse mis noes por el pito de un sereno y hacer de mi incomodidad su fuente de entretenimiento. Mi frialdad estaba justificada.

—*Una habitación propia*, de Virginia Woolf. Otro icono feminista, ¿eh?

—¿Algún problema?

—¿No es el libro que hablaba de la necesidad de las mujeres de disponer de un espacio propio para dedicarse a su vocación literaria? ¿Uno de esos... manifiestos de las activistas?

Lo admito, me sorprendió que saliera por ahí.

—¿Cómo lo has sabido?

—A mi hermana le encanta. ¿Fue Virginia la que te impulsó a escribir? —tanteó con curiosidad—. Tengo entendido que es una autora muy inspiradora.

—No. La empecé a leer después de... —«Después que Jude me recomendara lecturas similares para activar mi pensamiento reaccionario y así hallar consuelo en el empoderamiento femenino»—. Después de *El yugo del placer*. Digamos que antes consumía lo que producía, y Virginia Woolf no me habría animado a escribir novelas que romantizan micromachismos. —Me reí solo de pensarlo. Desvié la mirada al tomo de tapa dura y mi expresión se suavizó—. O quizá sí. Ella solo quería que escribiéramos.

—¿No estás orgullosa de tu obra?

—Diste por hecho que no el día que nos conocimos.

—A veces me pierde la boca. ¿Lo estás?

Esa era una pregunta muy compleja, y no me apetecía respondérsela. A nadie en general, pero a él, menos aún. Como decía Madeline Mackenzie, «adoraba mis rencores y los cuidaba como si

fueran mis pequeñas mascotas»^[4].

Los que tenía reservados a King no iban a desaparecer porque por una vez se mostrara prudente.

—Curioso. —No podía quedarse callado—. Nunca pensé que me las vería con una escritora romántica que se avergüenza de lo que hace y desprestigia su género. No me digas que es porque lo ves de bajo nivel intelectual.

—No me avergüenza por lo que crees.

—¿Qué es lo que creo?

Otra pregunta que no quería responder.

—No es *Crimen y castigo* —reconocí, encogiéndome de hombros—, pero ni falta que le hace. Se vende porque la gente quiere entretenerse. Soñar. El problema es que yo ofrecía fantasías oscuras muy próximas al maltrato. Si pudiera viajar en el tiempo, nunca habría publicado —añadí para mí misma.

La verdad que no iba a contarle era que detestaba mi creación porque ya no era la misma que cuando lo escribí. La base de mi éxito había sido romantizar la dominancia, la sobreprotección, los celos, la violencia y la toxicidad de vivir en el borde del asiento con la pareja, y ya no podía volver a eso porque no solo no me hacía suspirar, sino que me aterraba.

—Se me va a hacer tarde. He quedado de verdad en unas horas —le aseguré—. Si quieres esperar a Sheila desnudo, procura cerrar la puerta. No quiero llevarme una sorpresa desagradable.

Me levanté rápido y me encerré en mi habitación.

Había contado con que King querría zanjar la conversación, pero no con que abriría la puerta justo cuando estaba en ropa interior.

—¿Se puede saber qué coño haces?!

King se metió las manos en los bolsillos.

—No quiero esperar solo, y llevo mucho tiempo pensando que tu guarida debe de ser muy agradable. Ya sabes. —Hizo un gesto elocuente con la mano, aunque más elocuente fue el vistazo con el que se recreó en cada parte de mi cuerpo—. Como pasas todo el día aquí metida...

Aquella fue la gota que colmó el vaso.

Olvidando que estaba en bragas delante de él y que Sheila podía volver en cualquier momento y malinterpretar la situación, me acerqué y le apunté con el dedo.

—Mira, no tengo ni idea de qué vas, y la verdad es que prefiero no saberlo, pero si no te has enterado de por qué me paso el día aquí metida, es que te falta una patata para el kilo. No. Te. Soporto. Quiero. Que me dejes. En paz —deletreé—. ¿Lo pillas ahora?

King avanzó hacia mí con gesto inexpresivo. Era la clase de hombre que te hacía consciente de tu cuerpo con solo estar en la misma habitación que tú, y ahora estaba en la mía.

—Es imposible que alguien no me soporte. Debes de tener otro motivo para rehuirme.

Era el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—¿Te hago un croquis? Invades mi intimidad tocándome a mí o mis cosas sin permiso, me fuerzas a pasar tiempo con gente con quien no quiero compartirlo, y hasta entras en mi habitación si se te canta... y no respetas a Sheila —añadí sin achantarme—. No tienes derecho a mirarme como si quisieras quitarme las bragas. Que, de todos modos, lo hiciste el otro día. Literalmente.

King pareció sin palabras un momento.

—En resumen —dijo pasados unos segundos—, te pongo cachonda y no lo soportas porque tengo novia.

—¿Qué?

—Muñeca... —Me cogió de la barbilla—. Se te nota en la cara que dejarías que hiciera contigo lo que quisiera. No proyectes sobre mí tu deseo insatisfecho. Esta es mi manera de mirar a la gente sea quien sea, ¿entiendes? De arriba abajo.

No había alucinado tanto en mi vida.

—¿Estás de coña? ¿Vas a intentar convencerme de que estoy loca y me he inventado que quieres algo de mí?

—Eres un cañón y en cualquier otra circunstancia te habría follado hasta el desmayo. Puede que te mire siendo consciente de eso. Pero no significa que intente nada. Si alguien tuviera que dar un primer paso, ese no sería yo, te lo aseguro.

No mentiré. Me quedé en «eres un cañón y te habría follado hasta el desmayo». Sentí la necesidad de apretar los muslos un momento, cuando él intentó convencerme de que era sincero prodigando caricias fraternales a mi barbilla.

¿Fraternales?

Y un carajo.

Yo no estaba loca por pensar que me deseaba, y él sabía que no iba a disuadirme, así que se fue.

Cuando escuché el chirrido de la puerta de entrada, pude relajar los hombros. Me tiré sobre la cama y arrastré el portátil hacia mí para añadir unas palabras.

Gavin desabrochó mi sujetador con una sola mano, se lo guardó en el pantalón y se marchó.

CAPÍTULO 3.

Con la muerte en los tacones

Cuando me di cuenta de que acababa de recuperar la inspiración gracias al novio de mi compañera de piso, decidí que tenía que reforzar mis barreras. Sheila no era mi amiga, pero me parecía importante tener principios. Por más miraditas que King me echara, no pensaba convertirme en esa-clase-de-chica.

Todos sabemos a qué me refiero.

Porque en mi mundo, la clase de acercamientos que King promovía tenían un significado. Ya podía dárselas de amigo de todos, que a mí no me engañaba. Quería lo que quería: estaba escrito en su cara.

Dio igual que me tranquilizara dejando claro que no quería nada conmigo, porque no cambió de actitud. El muy cabrón encantador seguía siendo eso. Un cabrón encantador.

La mejor terapia de choque habría sido ponerme a escribir, pero cada vez que tecleaba una letra pensando en King, me daban ganas de arrojar el portátil por la ventana.

Todas las cadenas de muertes que no reenvié por correo se estaban cebando conmigo al ponerme en una encrucijada. Si la Kathleen de dieciséis años lo hubiera sabido, quizá habría sido diferente. O si la Kathleen de veinte años hubiera acabado la carrera en lugar de dedicarse a escribir. O si la Kathleen de veinticinco años, la actual, no se hubiese bloqueado y pudiera seguir ganando pasta para vivir sola, y no con una rubia fascinante y su novio asquerosamente fascinante por partida doble.

Acabé llegando a la conclusión de que lo único que podía subirme la moral eran unos zapatos nuevos. No era lo mismo enfrentar un problema con unos calcetines que con unos taconazos. En concreto, los que había visto en un escaparate de la calle Grafton yendo con Sheila a hacer la compra.

Me puse una minifalda con unas medias negras pero semitransparentes, mis botas con tacón por encima de la rodilla, un jersey rojo de cuello vuelto y la gabardina de cuero de GUESS. Me recogí la melena castaña en una coleta apretada, coloqué un buen par de aros en mis orejas y salí de compras.

Con cada paso que di, fui consciente de lo importante que estaba siendo aquello para mí: era la primera vez que me arreglaba en mucho, muchísimo tiempo.

Cuando llegué a la tienda, mi móvil sonó.

—Hola, jaquetona. ¿Estás libre?

Puse los ojos en blanco.

—¿Serías tan amable de no llamarme así? Bajé los kilos que me sobraban a los dieciséis. Ya no tienes derecho a hablarle a mi culo desproporcionado.

Para no variar, mi padre hizo caso omiso.

—¿Cuándo podemos vernos?

Sorteé los escaparates en busca de los zapatos.

—Podrías fingir que te interesa cómo me va, al menos.

—Sé cómo te va. Te va fatal. Por eso nos tenemos que ver. He vuelto a leer un artículo sobre

ti en la prensa. «La escritora desaparecida».

—Van a mencionarme hasta que sepan con certeza que estoy muerta y no puedo continuar la trilogía. Ni se te ocurra meter tus zarpas en mis problemas con la prensa otra vez, ¿de acuerdo? Eres reportero de guerra, no mafioso.

—Seré un mafioso si molestan a mi niña.

Puse los ojos en blanco, pero sabía que hablaba en serio.

Fue la clase de padre que odiabas en el instituto porque susurraba a tus pretendientes que les pondría los huevos de corbata si se propasaban.

También lo adorabas porque era el Tío Guay. Jaab vestía como un ochentero cañón y aparecía a la salida de la escuela con su cochazo de coleccionista para pavonearse delante de las madres de las alumnas. El Mustang, la chupa de cuero y los veintitantos años le ayudaron a romper muchos corazones. O quizá tuviera que ver con su labia, su sed de aventuras y su despreocupación, porque nada de eso había cambiado en quince años.

—¿Has vuelto ya de Ámsterdam?

—Ajá. Estoy cerca de tu apartamento. ¿Puedo subir? Está a punto de ponerse a llover y tengo que hablar contigo.

—No estoy, y prefiero que no subas. Tengo una compañera de piso nueva y no quiero que la seduzcas con tu labia.

Me lo podía imaginar plantándose en la habitación de Shey, llamándola «nena» y ofreciéndose a hacerle un masajito.

Contuve un escalofrío.

Una cosa era tener a King gimiendo en la puerta de al lado. Eso podía ser incluso inspirador. Ahora bien... Los gritos de las novietas de mi padre eran algo que no pensaba soportar.

—Sobre eso quería hablarte. Le he pedido matrimonio a Jessamine.

Aparté el teléfono para soltar una maldición. Ya que estaba cerca la encargada, le pregunté dónde estaban los preciosos *stilettos* rojos que solían verse en el escaparate.

—¿Quién coño es Jessamine, Jaab? —gimoteé, exasperada.

—Esa boca, jaquetona.

—¿Te vas a casar con una mujer que ni siquiera me has presentado? —Hice una pausa, hastiada—. ¿Otra vez?

—No me ha dado tiempo. La conocí en Ámsterdam hace una semana.

Paré mi trayectoria hacia los gloriosos zapatos y cerré los ojos. Cuando los volví a abrir, me relajé al verlos ante mí.

Parecían los últimos de la colección, y eran mi número.

—¿Le has propuesto matrimonio en plan Las Vegas?

—*Gretna Green, más bien. Somos ingleses, no yanquis.*

—Tú en concreto eres holandés. El Holandés Errante. Y lo tuyo no tiene nombre, Jacobus Priest. Mejor dicho, tu nombre carece de sentido, porque menuda ironía... Más que hacerle honor, le das mala fama.^[5]

Arrugué el cejo cuando una mano agarró el tacón expuesto antes que yo.

Seguí la manga ceñida del jersey que trataba de llevarse mi ganga, y por poco jadeé al verle la cara a mi competidor.

—¿Es una jodida broma? ¿Qué quieres ahora?

—¿Eh?

—No es a ti. Ahora te llamo, ¿de acuerdo? Y vete a casa. O a un hotel. En mi apartamento no te vas a quedar mientras haya mujeres dentro.

—Y eso que soy tu padre. Si no lo fuera, Dios sabe lo que...

Colgué sin darle oportunidad de responder y me giré para enfrentar a King, que me miraba con una ceja alzada y el zapato en la mano.

No me lo pensé a la hora de agarrarlo por el tacón.

—¿Me has seguido, o algo así?

—Siento desilusionarte, muñeca, pero estaba aquí antes de que llegaras. —No me miró de arriba a abajo, sino a los ojos. Para mi desgracia, eso fue incluso más excitante que lo que solía hacer—. Pensaba que ibas a todas partes con ese camisón beis tan sexy, que es lo único que te pones.

Me froté la sien con la mano libre.

—Mi vida no se reduce a los ratos en los que me buscas la boca. También salgo a la calle. Ahora, por favor, suelta mi zapato. —No obedeció, así que me vi obligada a levantar la mirada para que mi orden sonara más imperante—. El zapato, gracias. ¿O has venido a comprarlo de verdad? No creas que me extrañaría que también hicieras *drag* para molestarme.

No me consideraba una persona divertida, pero a él debía fascinarle mi falta de sentido del humor, porque siempre se reía.

Lo hizo esa vez.

—¿Por qué te molestaría que hiciera *drag*? ¿Tienes algún problema con la comunidad?

—Tengo un problema con todo lo que haces.

—Esto ni siquiera lo hago por mí. Sheila lleva una semana pidiéndome estos tacones.

—¿Y? No te los voy a ceder por buena voluntad, King. Ya te dije que no era la buena samaritana.

En vez de soltar el dichoso zapato, que ahora ya no solo quería, sino que necesitaba más que a mi propia vida, se inclinó sobre mí.

—Suenas bonito.

Lo miré intentando parecer aburrida. A los hombres como él les gustaba que les dijeran que no para insistir, y yo no iba a empezar a ese juego. Serenidad, indiferencia y templanza: tres claves para alejar a una avispa o, en este caso, a un moscardón.

—¿El qué?

—Mi nombre en tus labios.

—Dios... —Puse los ojos en blanco—. Cómo se nota que has estado leyendo mis novelas.

Él se echó a reír.

—Y me he acordado de ti en cada página.

Caí en la trampa. Me perdí en el movimiento de su boca al hablar casi sobre la mía y solté el zapato en un descuido. Él alzó el brazo antes de que pudiera agarrarlo otra vez y luego me dirigió una sonrisa victoriosa.

—Acabas de demostrar que eres de los que le robaban el almuerzo al más vulnerable —me quejé—. Espero que Sheila te regale muchos polvos. Es lo mínimo después de suplicarle a su novio que se gaste trescientos pavos en unos zapatos.

—¿Estás insinuando algo, Kathleen? ¿Te revienta que haya la suficiente confianza entre mi novia y yo como para que me pida detalles materiales?

Me puso enferma que se refiriese a ella por su título oficial —*tonta, tonta y más tonta*—, pero me convencí de que era porque odiaba que su papel como persona hubiera quedado reducido a ser su chica.

—Me revienta que me robes el último maldito par de tacones de toda la tienda. No son solo unos zapatos, ¿sabes? Son mi ancla de salvación.

—¿Por qué? —Su sonrisa se estiró con arrogancia—. ¿Los necesitas para correr lejos de mí? No es el calzado más apropiado para huir, muñeca. Podrías torcerte el tobillo.

Cansada de idioteces, viré sobre los talones.

Iba a patearme Dublín para encontrar otros parecidos.

Él tuvo que agarrarme del codo para posponer mi objetivo.

—Pasado mañana es el cumpleaños de Sheila y no se me ha ocurrido nada mejor —admitió en un tono que no le pegaba nada. Básicamente porque parecía una súplica—. Si me das otra buena idea, serán tuyos. A fin de cuentas, las mujeres os prestáis los zapatos.

ERROR.

Quizá a Ginebra, mi vecina, le dejara unos *stiletto*s para una ocasión importante, y probablemente le prestaría cualquier calzado a Libby si no tuviera el pie del tamaño de un elfo, pero con Sheila aún no había llegado a ese grado de confianza.

No se lo dije, claro está.

—No sabía que era su cumpleaños —mentí. Sheila llevaba un mes repitiéndolo como quien no quería la cosa—. Si es así, no me importa que se lo regales —mentí otra vez—. De hecho, podría colaborar, y sería un regalo en común. A no ser que te quieras llevar todos los agradecimientos.

«Se va a llevar todos los agradecimientos», me repetí. A mí me daría un abrazo y a él lo rodearía con sus piernas como una boa constrictora.

Y me tocaría escucharlo.

Disimulando la sorpresa ante mi cambio de opinión, King tiró de mi mano, que había agarrado con naturalidad, y me obligó a acompañarle a pagar.

—Volvemos juntos. Está lloviendo, y así te ahorrarás el taxi.

—Descuida, pero puedo pagarme un taxi.

—Y también puedes vivir sola —cabeceó—. Por eso te has buscado una compañera de piso teniéndolo en propiedad.

Me giré para censurarlo con mi cara de pocos amigos.

—Y por eso me iba a comprar unos tacones de trescientos euros, sí. ¿No te parece suficiente con burlarte de mi vida sexual, del camisón que me pongo o no me pongo, que también tienes que acusarme de pobre?

—Siguiente, por favor... ¡Oh! ¡Son los más bonitos de la tienda! —comentó la dependienta, sonriéndonos a King y a mí—. Qué buen gusto tiene usted. ¡Y qué suerte ha tenido!

—¿Verdad? —mascullé con amargura. La pobre no sabía que no me los iba a poner jamás—. Los últimos, y encima de mi talla.

—Y se nota que su pareja sabe bien lo que le favorece. No lo superará en altura ni con estas bellezas en los pies.

Era evidente que la mujer no había visto nuestro forcejeo en la sección de calzado femenino.

—Sus piernas parecerán interminables —corroboró King.

Decir que me quedé perpleja es poco.

—Sin duda, señor. ¡Gracias por su compra!

King se dio la vuelta, volvió a cogerme de la mano y me sacó a trompicones de la tienda.

Yo seguía en shock.

Antes de entrar, tenía la expectativa de regalarme unos zapatos para sentirme bonita e independiente. También tenía un padre que parecía por la labor de permanecer soltero. Al menos unos cuantos meses. Ahora tenía a un bravucón pegado al culo y el pelo empapado, cortesía del chaparrón que estaba cayendo, además de las manos vacías y un padre ido de la olla.

La vida no hacía otra cosa que ponerse interesante.

—¿Sueles convertir a todas las mujeres en tus novias delante de las dependientas? —pregunté con retintín.

—Siempre que puedo. Me ha hecho un descuento gracias a ello.

—¿También llamas «muñeca» a todas las mujeres que no son tu novia para que te hagan un descuento?

Un resbalón interrumpió mi reproche. Me habría matado si King no me hubiera agarrado por la cintura justo a tiempo.

A pesar de que no era la primera vez que me tocaba, mi cuerpo reaccionó de manera desproporcionada.

Temblé, anhelé y me resentí en cuestión de segundos. No ayudó que él no me soltara enseguida, y que me sujetara por la barbilla con la mano libre para aclarar:

—Llamo «muñeca» a todas las mujeres que tienen cara de muñeca.

Me sentí tan humillada que decidí no abrir el pico en todo el trayecto. Casi agradecí que el agua me calara los huesos. Así tendría una excusa a la que achacar mi mal humor.

Cuando llegamos al pasillo que daba a mi apartamento, me encontré a la vecina tan empapada como yo.

—¡Gin! ¿Se te ha vuelto a romper la caldera?

—No, es que este mes no he podido pagar el agua y me la han cortado. Me he empapado bajando a por huevos. ¿Podrías prestarme tu ducha?

—Claro, claro. Ven. Voy a hacerme un té. ¿Quieres uno?

—¡Por favor! —pidió Gin.

Me deslicé hasta la cocina y allí me deshice de las botas, las medias y los pantalones empapados. Rápidamente, volví a ponerme los pantalones, y luego me saqué la chaqueta para quedarme solo con el jersey ceñido.

Cuando me di la vuelta, ya estaba King detrás de mí para atormentarme.

—¿Por qué estás a la defensiva conmigo? —preguntó con ojos de cordero degollado—. ¿No podemos ser amigos?

¿Y eso a qué venía ahora?

Mi respuesta era una rotunda negativa. No era tan radical como para no creer en la amistad entre hombres y mujeres, pero tenía claro que, mientras hubiera atracción por parte de alguno de los dos, sería imposible. Y ya fuera unilateral o no, allí estaba yo, temblando por el frío y por el calor.

Su magnetismo era asfixiante, y por Dios que no era guapo. Tenía la nariz aguileña, el deber de afeitarse diariamente si no quería parecer un oso y el mentón de Kirk Douglas que solo le sentaba bien a Kirk Douglas.

Pero por Dios que también calentaba mi sangre.

—No podremos ser amigos si no te adaptas a mis normas, porque yo no pienso adaptarme a ti ni a tus... manías. Jamás me acostumbraré a que te pasees medio desnudo por mi casa, te comas mis cereales y me arrastres a ver películas de Jim Carrey. —Pasé por su lado como una exhalación y añadí en voz baja—: Joder, tengo buen gusto.

Cuando llegué al salón, vi que Gin ya había salido de la ducha. Se desenredaba el largo pelo negro con los dedos.

Llevaba una toalla minúscula como única prenda, lo que dejaba a la vista sus piernas de gimnasio y un escote sugerente.

Por curiosidad, miré al único personaje masculino de la sala. Él no le prestaba atención a

Ginebra, lo que supuso tanto un shock como una pequeña victoria. Era una de las mujeres mestizas más atractivas que conocía, con sus ojos verdes y su carisma.

¿No se suponía que a King le gustaban todas? Parecía que alguien no había sido fiel al noveno mandamiento.

—Gracias, κ. Por cierto —añadió—, ¿no me presentas a tu nuevo ligue? Me alegra que lo tengas, iba siendo hora de que volvieras al mercado. Soy Ginebra, encantada. Y también soy abstemia, por lo que en definitiva soy un contrasentido con patas.

King esbozó una sonrisa sexy, pero porque su sonrisa era sexy, no porque la forzase. Y nada. No había deseo en sus ojos, a pesar de verla semidesnuda.

—Pero son unas buenas patas —la halagó—. King Sawyer. Lo cierto es que sí soy el rey, así que al contrario que tú, hago honor a mi nombre.

Bizqueé y me refugié en el baño. Allí me quité el resto de la ropa mojada, me solté el pelo y me froté la cara hasta que desaparecieron las manchas de maquillaje.

Cuánto tiempo pasé allí fue un misterio. Lo que no fue un misterio fue mi cuerpo para King, quien casi me cazó desnuda al abrir la puerta de golpe con mi móvil trinando en la mano.

Habría gritado, le habría arreado un bofetón y le habría echado de mi casa si no hubiera visto cómo temblaba su nuez de Adán, y si su mirada no hubiera recorrido con avidez mis piernas desnudas, mi pecho húmedo, mis brazos, mi pelo.

Por un momento pensé que se abalanzaría sobre mí y me besaría como había soñado en los últimos días. Fantaseé con que me levantaba por los muslos y me follaba contra el mismo espejo. Y aunque eso no pasó —cerró la puerta cuando me vio despegar los labios para gritar—, sonreí al quedarme sola.

No, era evidente que no era así con todas.

Era así solo conmigo.

CAPÍTULO 4.

Manic Pixie Dream Girl

—¿Otra vez esta canción de mierda? No pienso volver a darte el mando del equipo.

Enfrenté a Maddox con los brazos en jarras.

Estaba increíble con la camiseta negra del club ceñida al pecho, enseñando hasta el esternón, y los pitillos de Danny Zuko con cadenas colgando de los bolsillos. Siendo Maddox: el tipo más cañero de Temple Bar.

Todos se lo disputaban como camarero porque era un imán para las mujeres, pero, por suerte, había elegido La Tramposa.

—Vuelve a llamar «mierda» a la música que me gusta y me pongo tu cosita como corbata.

—¿«Cosita»? Oh, vamos, estoy seguro de que una escritora de novela erótica puede darme un sinónimo mejor. ¿O escribes porno infantil? ¿Narras las aventuras sadomasoquistas del lobo que le metió la «cosita» a Caperucita en todo el...?

—No, pero tú, con lo ilustrativo que eres, podrías probar suerte en el mundillo editorial.

—Te lo dejo a ti, que todo se te da mejor. —Me pasó un brazo por los hombros y fingió que era porque necesitaba meterle mano a la cámara refrigeradora a mi espalda—. Excepto el trabajo de DJ. Nena, te lo digo una sola vez. Vuelve a poner esa grandísima cagada y te juro que cobras.

—¿Qué voy a cobrar?

Maddox me lanzó esa mirada de actor de cine que hasta hacía poco lograba ponerme los pelos de punta. Cuando lo conocí, pensaba que era un mujeriego temible, pero lucía esa apariencia de estrella de rock machacada por la vida de la calle que lo acercaba más a Kurt Cobain que a Mick Jagger.

Tenía la cara de la estrella de Nirvana: su hoyuelo, sus ojos claros y el pelo cortado al mismo estilo, de la misma tonalidad.

—No me saltes con provocaciones, porque en ese juego soy yo el que manda. Ríete de mí solo si piensas bajarte los *shorts* después, o mi ego quedará hecho polvo.

—¡Deja de hacer el tonto y atiende esas mesas! —intervino Liberty, tan acalorada como de costumbre. Lanzó a Maddox su mejor mirada perdonavidas, que tenía el mismo efecto que el aleteo de una mariposa. Libby era pura personalidad, pero por algún motivo, nunca se imponía—. No es tan difícil estar cinco minutos sin comerle la oreja a alguien.

Para reivindicar que era del todo imposible, Maddox le dio un pequeño mordisco a su lóbulo.

—Sabor *manic pixie dream girl*. Suculento...

Esta se apartó, sorprendida, y en lugar de cabrearse, soltó una carcajada y lo empujó por el pecho.

—Suculento será mi guantazo. ¡Tira!

Maddox la miró con una ceja alzada.

—¿Cómo es posible que no me hayas arreado un bofetón? Ese buen humor me lo conozco. Tú has echado un polvazo.

Libby solo sabía demostrar su amor de una manera: dando puñetazos en el hombro.

No es ninguna exageración. A final de mes, tenías el brazo como el Avatar.

—Pues sí. Llevo toda la semana quedando con el mismo chico, y ayer... me dio la noche —admitió, sonriendo de oreja a oreja. Esa era Liberty Walsh. Se enamoraba de un hombre en la

primera cita—. Hoy ha venido al club solo para verme.

Le eché un vistazo a su escote.

—De ahí que te hayas desabrochado dos botones.

Libby miró hacia abajo y bufó, hastiada.

—¡No es lo que parece! Es que he vuelto a engordar y se me están saltando los botones todo el rato. Por favor, abrochadlos —pidió, levantando los dos brazos con bandejas para indicar que ella no podía—, o se va a pensar que soy una fresca.

Yo alcé las cejas y me hice la imbécil cogiendo un par de cubatas. Miré a Maddox con una sonrisa ladina y encogí un hombro, sabiendo que me odiaría y me querría a partes iguales por concederle el privilegio.

Maddox llevaba absurdamente enamorado de Libby desde que empezaron a trabajar juntos. Me lo confesó una noche de borrachera, cuando no podía ni tenerse en pie.

Sus sentimientos eran uno de los motivos por los que, a pesar de su más que evidente capacidad para bajarle las bragas a una monja, no constituía ninguna amenaza para mí.

Tristemente, Liberty no se daba cuenta de nada y él prefería no decírselo para poder abrocharle los botones del polo sin que ella se pusiera dramática.

Conociéndola, construiría una valla de doce metros entre los dos solo para evitarle el mal de amores.

Maddox se encargó de los botones de Liberty con notable dificultad. Fue tan obvia su inquietud que quise preguntarle si había algún problema, pero Liberty tiró de mí hacia uno de los palcos.

—Tienes que verle, es... es guapísimo. Está en la mesa seis. Lleva una corbata azul. Ve, sírvele esto y dime qué te parece. Son las copas equivocadas; una excusa para que pueda volver a subir.

Muerta de curiosidad por quién sería esta vez El Amor De Su Vida, cogí los cubatas y ubiqué la mesa seis desde abajo.

A La Tramposa se accedía por invitación. Su exclusividad venía de hacía relativamente poco. Se decía que el jefe limitó las entradas por una mala experiencia. La música nunca decepcionaba, en parte porque Maddox se encargaba del asunto y tenía un gusto muy versátil, además de un oído hiperdesarrollado que le permitía entender lo que las mujeres pedían desde la pista.

El local era un dúplex con dos palcos en los cuatro laterales de la sala principal. El hombre de Liberty estaba allí arriba, así que subí las escaleras de neón rojo procurando contonearme un poco más de lo debido. En los palcos estaban los que más propinas soltaban al final de la noche, y yo empezaba a vivir de esos extras.

Me acerqué a la mesa seis muy pendiente del tipo que observaba su móvil con las cejas alzadas. Se frotaba la barba con la mano, tratando de ahogar una risa en vano.

A pesar de tener la cara cubierta, supe enseguida quién era.

Él también supo quién era yo cuando estampé los cubatas en la mesa.

No me lo podía creer.

Mentira. Claro que me lo podía creer.

—Así que te estás follando a Liberty —le escupí— y a mi compañera de piso al mismo tiempo. Y, mientras, te lo pasas genial flirteando conmigo. ¿Qué clase enfermedad tienes?, ¿la del infiel compulsivo? ¿Tienes a la cuarta chica ahí en el móvil, mandándote fotos subidas de tono? ¿A la quinta en la casa de la playa? ¿A la sexta chupándotela debajo de la mesa? ¡Eres un cabrón!

King no se ofendió. O eso dio a entender, porque en lugar de soltarme algo en el mismo tono

—o llamar al gorila de la entrada—, me echó otra de sus miradas de arriba abajo.

—Y a la séptima soltándome el argumento de su próximo libro, ¿no? —Alzó una ceja insolente que quise arrancarle con cera ardiendo—. ¿Te has pasado a la ciencia-ficción?

—Tendría que hacerlo para escribir sobre ti, porque tu descaro no es de este mundo.

—Por supuesto que no. Ni el mío, ni el de ninguno; ¿no ves que todos los hombres venimos de Marte?

—¿Y a qué estás esperando para largarte a tu planeta? —Planté una mano en la mesa y me incliné sobre él—. Si quieres ser infiel, procura hacerlo lejos de mis amigas.

—¿Cómo de lejos? ¿Lo bastante para quedar más cerca de ti?

—¿Te estás riendo de mí, pedazo de...?

Una corbata azul pasó por mi lado para acomodarse justo al lado del tipo al que estaba amenazando. Cuando el recién llegado consiguió que le mirase a la cara, por poco se me cayó el alma a los pies.

Joder. Ese era el tipo de Liberty. Rubio, bronceado y con los dientes demasiado blancos; el norteamericano promedio.

—¿Por qué no dejas de joder a las mujeres, King? —pidió con amabilidad.

—Porque es mi pasión, pero no es como si esta de aquí se dejara —contestó sin dejar de mirarme—. Muñeca, me halaga que creas que follo tanto, pero te prometo que últimamente estoy a un paso del celibato.

Me quedé como un pasmarote, mirando a King sin saber muy bien por qué diablos había reaccionado de ese modo. Quizá porque me daba la impresión de que era de los que le ponían los cuernos a su novia cada vez que plantaban un pie en la calle. Quizá porque me molestó que Liberty pudiera salir con el corazón roto... otra vez.

Él tuvo que ver la inquietud en mi expresión, porque dejó de burlarse de mí. Presintiendo que se cocía una respuesta en su cabeza, cogí los cubatas y me los llevé de allí sin decir mucho más que «Liberty se ha equivocado con la comanda».

Cuando llegué a la barra, Maddox me estaba mirando con una ceja alzada.

—Y eso, pequeña zorra, es el karma.

—No sabía que merecía pasar la vergüenza de mi vida por acercarte a las tetas de tu amor imposible.

—Tú lo has dicho. Amor imposible. Eduardo Manostijeras. —Se puso la mano en el pecho, como si se presentara. Después señaló a una Liberty juguetona con el cliente con un gesto de barbilla—. Kim.

—Eduardo Manostijeras y Kim acaban juntos.

—Después de los créditos finales seguro que la fileteaba con sus cuchillos, pero qué importa. —Se recostó sobre la barra—. ¿Qué ha pasado?

—Que le he soltado a un tío que es un misógino y un cabrón sin ningún motivo. Pero eso da igual. ¿Me quieres explicar a qué viene que no quieras comerte a Liberty de un mordisco cuando llevas ansiando hacerlo desde que saliste del huevo?

Añadí una serie de quejas mientras me escondía tras la barra. Me pegaría con celo al dispensador de cerveza si fuera necesario para no volver a subir al palco.

—Solo me he dado por vencido. —Encogió un hombro y se acercó a una chica que intentaba llamar su atención. Con su sonrisa traviesa, le sirvió el cubata—. Enseguida pongo tu canción, nena.

Todas eran «nena» al abrazo de Maddox O'Neil.

—Dox, no es por nada, pero Liberty es la persona más fácil del mundo. —Eso le ofendió por

razones obvias: no se había arrojado a sus brazos en cuatro años—. ¡Vamos! Sabes por qué lo digo. Entrar en su corazón es tan sencillo que da miedo. Me extraña que no se lo hayan roto cien veces.

—Solo noventa y nueve —replicó él con tristeza—. El caso es que yo no le intereso. Cuando alguien le gusta, se le nota. Mira con el tío ese. No puede dejar de reírse como una gallina.

Sonreí con cariño.

—Adoro esa risa.

Maddox bufó.

—Yo pierdo el culo por esa risa, pero ese no es el tema.

Se pasó una mano por el pelo, intentando prestarle atención a otro grupo de chicas. Antes de acercarse, lanzó una mirada rápida al trasero embutido de Liberty en el nuevo uniforme versión *Monster High*.

Luego me miró a mí con la rabia grabada en los ojos verdes.

—¿Sabes lo que cuesta fingir que no me molesta todo eso? ¡Es inhumano! —exclamó con dramatismo—. Pienso dimitir.

Puse los ojos en blanco.

—¡Por fin pones al orden del día la amenaza de siempre! Empezaba a preocuparme.

—Hasta que un día la cumpla, nena, y tengas que lidiar con todos esos sobones tú solita.

Tuve que reprimir un escalofrío, pensando en lo que sería de mí si Maddox me abandonaba.

Era él quien me cedía la barra cuando el establecimiento estaba abarrotado para protegerme de los babosos que intentaban ponerme la mano encima.

Después de la amenaza, nos dedicamos a lo nuestro. La Tramposa empezó a llenarse de manera que era imposible respirar sin abrir la boca, y el sudor no tardó en empaparme las sobaqueras y el cuello. Tuve que hacerme una coleta en lo alto de la cabeza y abrirme el polo hasta casi el último botón.

A excepción de un pesado que no dejaba de llamarme, todo fue sobre ruedas. Muchas propinas gracias a la alegría contagiosa de Liberty y muchas mujeres pidiendo copa tras copa para llamar la atención de Maddox.

Todo decayó un poco al final, cuando el rubio perfecto se sentó en la barra y empezó a tontear con mi compañera. Como era lógico, ella se desentendió de todo y se dedicó en cuerpo y alma a reírle las gracias.

—Cambia la cara —le di un codazo a Maddox—. Tres cuartos de las propinas de este sitio son gracias a ti, y quiero comprarme unos zapatos con la parte que me toque.

En realidad, Dox se convertía en un oso de peluche cuando miraba a Liberty. Pero ahora Liberty estaba con otro hombre, así que el oso de peluche se parecía más al gorila de *El Planeta de los Simios*.

—Ese tío no es de fiar —sentenció con determinación.

—Para ti ninguno es de fiar.

—¿Y quién tiene mejor olfato? ¿Doña Mala Suerte en el Amor... —señaló a Libby—, o Don Triunfos en la Cama?

—No mezcles la velocidad con el tocino. Sabes mucho de mujeres, no de hombres.

—Soy un hombre. Sé más de los de mi sexo que ella, y ese capullo de ahí es un mierda. El tiempo me dará la razón. Y ahora... me voy a ir a casa.

No dijo más. Se dio la vuelta, echándose el trapo de limpiar la barra en el hombro, y marchó a la sala de descanso.

En lugar de pedirle a Liberty que colaborase en vez de entretener al rubio, me quedé sola

atendiendo a los pocos que quedaban en el club.

Se merecía un descanso. Trabajaba el doble que yo, y lo hacía con una sonrisa. Y para un tipo que parecía ir en serio con ella, no iba a chafarle la ilusión.

—Oye, guapa... —insistió el pesado de antes, un tipo en sus cincuenta—. Te he pedido hace rato que me pongas un...

—Y hace rato te lo he puesto —resolví. Miré la hora: iba tocando volver a casa, así que rodeé la barra mientras me secaba el sudor de la frente—. Tienes suerte de que alguien lleve la cuenta de lo que bebes y cuide de ti, o ahora estarías en un aprieto.

Avisé al jefe de que había acabado el turno. Mientras me marchaba, lancé una mirada al palco donde había tachado a King de adúltero. No pude evitar suspirar.

—¡Eh! —me llamó alguien cuando me estaba ahuecando el cuello de la gabardina, ya en la calle. Me giré y vi al borracho de la barra—. ¿Necesitas que te lleven?

No contesté. Eché a andar, muy tranquila en un principio. Pero cuando me di cuenta de que me seguía, empecé a ponerme nerviosa.

«Tranquila», me dije. «No es nada nuevo bajo el sol».

La voz del tipo volvió a alzarse.

—Te he hecho una pregunta.

—No, no necesito que me lleven —contesté bien alto.

La Tramposa era de los pocos clubes que contaban con horario de *after*. En vías del amanecer, el barrio Temple Bar estaba vacío. Lo único que se escuchaba era el zumbido lejano de la música que provenía del local, y el entrechocar de las botellas vacías de un tipo que acababa de tirar la basura.

—¿Estás segura? —insistió el tipo. No me di cuenta de lo cerca que lo tenía hasta que noté una mano en mi cintura. Me quedé helada con el contacto—. Relájate, guapa. Mira... Me llamo Rick. He estado observándote toda la noche. ¿No te has dado cuenta? —No esperó una respuesta. Me rodeó con el otro brazo y se pegó a mi espalda—. Eres realmente guapa, ¿sabes?

Saqué fuerzas de donde no había para susurrar que me dejara en paz.

—¿Qué has dicho? No te he oído bien.

—Yo la he oído perfectamente —dijo una voz grave.

Dentro del ataque de pánico, escuché los pasos que se acercaban a nosotros.

—Creo que has malinterpretado el...

—Suéltala —exigió el mismo sujeto.

El tipo no se apartó de mí. Me sujetó con firmeza, subiendo el brazo hasta agarrarme uno de los pechos. La intimidad me produjo tantas arcadas que tuve que hacer un esfuerzo para no vomitar.

Pero no pude moverme. Mis pies estaban anclados al suelo, y los brazos me pesaban más de lo que los hombros podían soportar.

—¿Y tú eres...? —oí que preguntaba con aire desdeñoso.

—Soy el tipo que te va a romper la cara como no le quites las manos de encima.

—Permíteme que lo...

Oí el sonido de un golpe, un tropiezo y luego el estruendo de un hombre impactando con un contenedor industrial. Yo seguía sin respirar. Me había quedado en medio de la calle, con los ojos puestos en Dios sabía dónde y la sensación de que ni siquiera una ola de diez metros podría arrancarme del sitio.

No pude ladear la cabeza para comprobar que acababa de cumplir su amenaza. No pude ver en qué estado se encontraba el desconocido. No pude pestañear.

Al principio, solo veía las luces titilantes de la ciudad.

Luego solo vi los ojos furiosos de King.

—¿Por qué coño no te has defendido? —soltó con la cara descompuesta. Si hubiera prestado un poco de atención, me habría dado cuenta de que estaba mucho más que enfadado—. Ven.

Cuando intentó coger mi mano, se dio cuenta de mi estado. Estaba tan rígida y fría que nadie podría haber deshecho los puños en los que se habían fruncido mis dedos.

King dio un paso atrás para darme espacio. Por la periferia de mi visión, observé que hacía unos gestos y gritaba para llamar a alguien. Luego escuché el frenazo de unas llantas y una puerta abriéndose.

—¿Qué pasa? —preguntó una voz femenina.

—No te preocupes —dijo King, acercándose a mí con cuidado y rozándome el brazo. Estudió mi reacción a ese gesto, y cuando vio que me relajaba lo suficiente para caminar, me animó cogiéndome con firmeza de la mano—. Conduces tú, ¿de acuerdo?

Levanté la vista y crucé miradas con una mujer de belleza etérea. Estaba sentada en el asiento del piloto, con el mango de la puerta en la mano, y me miraba como si yo fuera alguien para ella.

—Contaba con ello —dijo solamente.

Dejé que King me guiara hasta el interior del coche.

Mi ansiedad creció hasta un punto insostenible al verme atrapada entre cuatro paredes, y eso él lo notó. Intentó alargar los brazos para tocarme, quizá con la intención de ayudarme a encontrar la calma, pero le di un manotazo antes de que lo lograra.

Él desistió enseguida y se separó de mí todo lo que pudo. Aun así, no dejó de llamar mi atención. Empezó a hablarme en voz baja con un tono suave que no le había oído antes, y que poco a poco me fue relajando. Todavía no podía respirar en condiciones: tenía el puño apretado contra el esternón y los ojos fuera de órbita, repitiendo una y otra vez el momento y, sobre todo, lo que podría haber pasado.

Pero no era solo su tono, sino lo que me decía.

—Todo va bien, ¿me oyes, Kathleen? —Mi nombre sonaba dulce, como si fuera otra persona—. Vamos a ir a casa y vas a descansar, ¿de acuerdo? Nadie te va a hacer daño.

No estaba siendo consciente del aspecto que ofrecía, pero cuandoladeé la cabeza para mirarlo y di de bruces con la compasión en sus ojos, me di cuenta de que estaba peor de lo que pensaba.

Y así era.

Alguien bombardeó mi cabeza con una imagen aérea de mi postura. Me estaba abrazando las rodillas y miraba a King con desconfianza, como si él me hubiera herido alguna vez.

—Es aquí, ¿verdad? —preguntó la mujer, que me miraba a través del retrovisor con esos ojos tan expresivos.

No me percaté de que el coche había frenado hasta que King salió, rodeó el vehículo y abrió mi puerta.

Estaba acurrucada de manera cómica contra la esquina, por lo que tuvo que tomar la precaución de cogerme antes de que me cayera de lado. Mi cuerpo seguía agarrotado, como cada vez que las pesadillas volvían, y él lo tuvo tan presente que decidió cogerme en brazos.

Me subió hasta el apartamento sin usar el ascensor; le bastó con captar la aprensión con la que lo miré para descartar la idea.

—Las llaves —susurró con voz queda.

Tragué saliva e intenté moverme. Temblaba tanto que armé un estruendo con el tintineo del conjunto. King se apiadó de mí y las cogió para abrir la puerta.

No había nadie. Se adelantó para encender todas las luces a falta de una, como si también

supiera que la oscuridad podría devolverme los recuerdos.

Al ver que me quedaba parada bajo el umbral, se acercó con ese aire de «lo tengo todo controlado» que me devolvió el aliento. Cogió una de mis manos y me miró hasta que yo lo hice de vuelta, con el corazón encogido y el estómago tan revuelto que solo quería vomitar. Pude contener las ganas dejando que ese azul brillante me distrajera del resto de colores horribles del mundo, como los que habían pintado esa noche.

—Respira, Kathleen. No ha pasado nada. —Alzó la mano libre y me acarició la mejilla con tanto cuidado que ni siquiera sentí sus dedos—. ¿A que no? Y todo lo que haya pasado antes, es allí donde está: en el pasado.

Mi barbilla tembló antes de que pudiera controlarla.

Llevaba años sin llorar. Ni siquiera lo hacía después de los sueños angustiosos que no dejaban de perseguirme. Tampoco había nada que pudiera tocarme el corazón. Unas palabras bonitas, una despedida o una situación injusta. Nada me conmovía porque me había forjado en acero.

Pero rompí a llorar porque King acababa de mentirme.

No había nada en el pasado. Todo estaba allí, conmigo.

Esperaba que refunfuñara por lo bajo o se fuera después de darme un beso en la frente, pero no lo hizo. Se acercó a mí, ahuecó mi rostro con sus manos y presionó sus labios contra la arruga de mi ceño hasta que se deshizo.

Y ni por esas se separó. Me abrazó tan fuerte, con tanto que decir, que el silencio se puso de rodillas delante de él. Y yo también, porque los tobillos me fallaron. Habría acabado en el suelo si no me hubiera sostenido contra su pecho.

—Kathleen... —musitó, acariciándome el pelo—. No pasa nada. Estoy contigo. Dios... Siento haberte hablado antes de esa manera. No imaginaba que... —Se calló y aguardó unos minutos en silencio—. Vamos, ven. Siéntate conmigo.

Me condujo hasta el sofá y allí nos acomodó sin dejar de tranquilizarme con caricias en los brazos.

Poco a poco fui recuperando el ritmo cardíaco habitual.

Nunca me había durado tanto un ataque de ansiedad. Y no sé si lo dije en voz alta o él lo averiguó, como todo lo demás, pero al mirarlo a los ojos vi que tenía motivos para estar preocupado.

Eso hizo que me solidarizase con él e intentara encontrar mi voz.

—¿Cómo has llegado hasta mí... antes? ¿Me has seguido?

—Sí —admitió sin tapujos. Percibí un gran alivio en su voz—. Estaba esperando a que terminaras de trabajar para pedirte una explicación por tu arranque. Pero eso ahora no importa.

—Me equivoqué —susurré, desvalida—. Te confundí con tu amigo, que es quien está con Liberty. Aunque si la mujer del coche...

Él sonrió al comprender que no había abandonado la teoría de sus infidelidades.

—Es mi hermana. Estábamos celebrando su cumpleaños.

Asentí sin más interrogatorios.

Lo había sospechado al reconocer en los ojos de la chica un poco de King, esa clase de alegría que persevera.

—El rubio... —empecé, intentando ahuyentar el pánico—. ¿Es buen hombre? ¿Podría ser un buen hombre para Liberty?

—No veo por qué no. Es buen amigo; sería buen novio. Y la chica le gusta.

Siguió un silencio en el que nos quedamos mirándonos hasta que decidí apartar la mirada. Me dio miedo lo que vi allí: interés por descifrar algo que no quería que le perteneciese, y que no

debería estar en poder de nadie... Como la verdad.

—¿Por qué ya no escribes, Kathleen?

—No me queda inspiración.

—No es solo que no escribas. Te has retirado del mundo profesional. No dejas que nadie te vea. Estás encerrada en tu habitación...

En el fondo me alegré de que se inmiscuyera, porque así pude transformar todo el miedo en rabia, y toda esa rabia me defendió del dolor que me azuzaba por dentro.

—Parece que te cuesta entender que hay gente solitaria.

La puerta se abrió en ese preciso momento. Bendije a Sheila por su sentido de la oportunidad, por librarme de la penetrante mirada de King.

Me levanté en el acto, aún con las piernas temblorosas.

Muy pronto, la alegría de haber sido interrumpida se desvaneció. Sheila estaba borracha como una cuba. Parecía a punto de vomitar.

Cuando encendió la luz y nos encontró juntos, su expresión dio un giro drástico.

—¿Qué hacéis aquí solos?

Me costó entenderla. Arrastraba las vocales, y yo aún tenía la cabeza embotada. Avanzó hacia nosotros sin poder tenerse sobre los tacones, y acabó por tropezarse y doblarse el tobillo.

Cayó al suelo a cuatro patas, pero no pudo sostenerse y acabó retorciéndose sobre la tarima, soltando improperios.

King la ayudó a levantarse cogiéndola por los hombros, pero ella se lo impidió agitando los brazos.

—S-suéltame... No me t-toques... ¡Cerdo rastrero!

—¿Cómo dices?

—¿Al final te has acostado con ella? ¿Lo has c-conseguido? —continuó farfullando—. Es lo que llevas q-queriendo desde que la vis... viste. Enhorabuena, c-capullo.

—Sheila, no dices más que tonterías.

—Y una mierda... V-vienes a verme porque está ella, y ella se pasea por delante de ti para p-provocarte. Dilo ya. Por fin ha parado de hacerse la d-difícil y ha dejado que te la... folles... —Le dio un ataque de tos—. Sabía que se hacía la interesante para ponértela dura. ¿Frígida? Y un c-cuerno.

—Sheila —amenazó él—, basta ya. No sabes nada.

Ella soltó una carcajada escalofriante.

—¿Que le has metido la...? —sugirió. No había nada de la Sheila que había conocido, y eso me asustó. ¿Acaso nunca iba a conocer del todo a aquellos con los que vivía?—. Tampoco es muy... muy difícil de averiguar.

—Han asaltado a Kathleen en la calle y la he traído a casa.

Sheila dejó de moverse de repente y me miró con los ojos salidos de las órbitas. No hubo ni rastro de calidez por mi parte al devolverle la mirada.

Entonces, una poderosa arcada la agitó y vomitó en medio del salón. Yo asistí al espectáculo sin inmutarme.

Aún temblaba, pero conseguí sonar firme al decir:

—Procura que tu mierda esté limpia cuando me levante.

Luego volví a refugiarme en mi habitación.

CAPÍTULO 5.

El precio del amor

Retomar mi vida al día siguiente me sirvió para que lo sucedido la noche anterior se convirtiera en un mal sueño. Incluida la parte en la que el novio de mi compañera de piso me abrazaba.

Levantarme aquella mañana, ignorar a Sheila, teclear tres palabras y luego ir al trabajo me ayudó a no regodearme en la insólita ternura de King. A eso también ayudó el hecho de no querer verme convertida en una imbécil.

Si un tipo era agradable con nosotras, las mujeres, poco más y había que dar gracias a Dios. ¿Tenía que ver a King como mi salvador por intervenir cuando un baboso estaba a punto de sobarme sin mi consentimiento? ¡Eso era lo que las personas decentes hacían, por favor!

O eso me repetía para sacármelo de la cabeza.

Desgraciadamente, no sirvió. E igual que no paré de pensar en King, no paré de pensar en aquel borracho. Entrar en La Tramposa trajo a mi mente la posibilidad de que ocurriese algo similar, y la tuve tan presente que estuve alerta durante toda la noche.

Liberty estaba ocupada revoloteando de una mesa a otra, pero Maddox se dio cuenta de que algo me ocurría. Tuvo la amabilidad de no sacarlo a colación hasta que acabamos el primer turno. Después creyó conveniente asaltarme en la sala de descanso.

Acabé contándoselo todo con la boca pequeña. Maddox escuchó con atención y no movió un músculo hasta que acabé.

—No vuelves a irte andando a tu casa si yo no te acompaño.

Me lo quedé mirando con la frente arrugada.

—La moraleja de la historia no era «saca al protector que llevas dentro».

—Ni tampoco era «menudo amigo de mierda estás hecho», pero de todos modos me he sentido así —farfulló, sin dejar de menear la cabeza. Era una manía que tenía, como si así pudiera alejar los malos pensamientos. O marearlos—. Me voy un puto día un rato antes, ¡un puto día! —Levanta el dedo y lo agita—. Y va y te pasa esto.

—No me pasó nada.

—Y seguro que tampoco te importó nada, ¿no? Por eso hoy estás paranoica. Nena, cuando te he escondido la etiqueta del pantalón, te has girado como si te hubiera metido la antorcha de los Juegos Olímpicos. Así que sí te ha pasado algo. A partir de ahora, te acompaño a tu casa todos los días.

—No te veo acompañando a casa a Libby.

—Porque la única que se queda paralizada en estos casos eres tú. Pero he acompañado a Libby a casa muchas veces, así que no digas gilipolleces.

—Dox... —Me crucé de brazos para que no se diera cuenta de que me temblaban las manos —, no es necesario. Ya me apuntaré a clases de defensa personal.

Maddox suspiró y se sentó en el banco con resignación. Apoyó el antebrazo sobre uno de los muslos, y con la mano contraria me atrajo hacia él para sentarme sobre la otra pierna.

Me dejé porque era Maddox.

—No se trata de que yo me quede más tranquilo, sino de que tú estés tranquila. Y no tienes que tomar el control de la situación. Tienes que tomar el control sobre ti misma. Estoy seguro de

que una vez superes todo eso, no te va a hacer falta saber meter ganchos para defenderte de un sobón. Con cuatro palabras bien dichas sería suficiente.

Le di un empujón amistoso en el hombro.

—Pues no me está sirviendo poner mi tono de dura para apartar a este sobón.

—Ni te sirvió para apartar al principito que te rescató, ¿no? Ah, no, que a ese no te interesaba mandarlo a freír monas... —Levantó las cejas varias veces—. No me has comentado que quieres sentarte en la cara del novio de tu compañera de piso. ¿Para eso somos amigos, κ? ¿Para que no me hables de tus fantasías sexuales? —Me puse tan tensa que Maddox tuvo que aclarar—: Eh, no pasa nada, nena. Es la ley natural. Hombres y mujeres, hombres y hombres, mujeres y mujeres... Todos nos queremos follar. Es el pan de cada día.

—Pues si ese es el pan de cada día, seré alérgica al gluten.

—En todo caso estás a dieta, pero uno al año no hace daño.

—No digas tonterías. Ese hombre...

—... te pone más caliente que el palo del churrero.

Inspiré bruscamente.

—Maddox...

—Te lo quieres follar. ¿Qué problema hay?

—Mi problema es que no sé de dónde te has sacado eso.

—De tu cara. Cuando lo has mencionado has puesto esa expresión.

—¿Qué expresión?

—La de la chica del anuncio de Herbal Essence.

Se llevó las manos a la cabeza para masajearse el cuero cabelludo, y exageró la mueca de quien estaba teniendo un orgasmo.

—Maddox...

—Nena, asúmelo. —Me dio una palmadita en la espalda, ahora despeinado por el movimiento y divertido con su propia broma—. Y cuando lo hayas hecho, preséntanoslo a tu padre y a mí para que decidamos si es lo bastante bueno para ti.

Maldito el día en que Jacobus Priest y Maddox O'Neil se conocieron. No tanto por ellos, porque, para mi padre, Dox era el hijo perdido, y, para Dox, era el padre que nunca tuvo.

Era por mí. Suficiente tenía con el mujeriego madurito para añadir al mujeriego versión 2.0 a la familia.

—¿Cómo te tengo que decir que está pillado?

Maddox sonrió como un diablillo.

—Cazada.

—¿Cómo que «cazada»?

—Cuando el argumento es «está pillado» en lugar de «no me gusta», es que estás hasta las trancas.

Lancé una mirada desesperada al techo, pidiendo socorro al Supremo.

—Es atractivo y me atrae, pero de ahí a decir que estoy hasta a las trancas hay un trecho. Y para llegar a ese punto creo que hay que vivir ciertas experiencias en común que...

La puerta se abrió de sopetón, librándome de seguir dando unas explicaciones que acabarían cavando mi propia tumba.

Excusatio non petita, accusatio manifesta, decían por ahí.

La melena roja de Liberty robó el protagonismo al asomar bajo el umbral.

—¡Por fin os encuentro! ¿Qué hacíais aquí solos?

—¿Qué íbamos a hacer, siendo un hombre y una mujer en edad de amar, guapos a rabiar,

encerrados en una habitación con una cama...?

—Maddox —me quejé por quinta vez.

—Estaba haciéndole el tarot del amor —se inventó.

—¿En serio? ¿Y qué dicen las cartas?

Me levantó de su regazo y me plantó una palma amistosa en el culo.

—Apuntan a que se va a tirar a un tío comprometido.

Liberty arrugó la frente.

—κ, eso está muy feo.

—Lo han dicho las cartas, no yo. Yo no tengo ni idea de qué está hablando —me defendí—.

¿Por qué nos buscabas?

Libby se olvidó enseguida del tarot del amor y se estiró un poco. Esbozó esa sonrisa risueña que concentraba todo lo que, si no tenías de nacimiento, no podías conseguir después.

Algunos lo llamaban encanto, y otros, magia.

Yo lo llamaba hoyuelos.

—Porque tengo una cita con Dristan esta noche y no sé qué ponerme. Esperaba que tú me ayudaras, porque me da mucha envidia tu estilo. —Me señaló. Seguidamente, su dedo apuntó a Dox—. Y a ti porque sabes qué ropa te gusta quitar.

Maddox sonrió, radiante, y se reclinó hacia atrás, estirando los brazos sobre el respaldo.

—Es gratificante que te reconozcan por tus conocimientos.

—Vale, sí. —Carraspeé—. ¿Y cómo lo vamos a hacer? Dox y yo volvemos a nuestro puesto en quince minutos, y no está la cosa como para escaparnos para ir a tu...

Liberty me calló abriendo la puerta del todo y levantando la maleta que escondía detrás de ella: una más larga que sus piernas. Que tampoco era muy difícil. Libby era un adorable *cupcake* de metro cincuenta, todo rizos rojos y pecas hasta donde no debería haberle dado el sol.

—Como no he podido decidirme, he traído mis vestidos, blusas, pantalones y faldas preferidos. Tampoco es tanto —se apresuró a decir, viendo que Maddox fingía una mueca de susto—. He quedado a las nueve. Salgo de aquí ya preparada.

—¿No te vas a duchar? —se metió Maddox—. Llevas toda la noche sudando como una cerda. Sí que vas a impresionar así a tu chico...

—Cállate. Siempre huelo bien. —Le sacó la lengua.

Él cabeceó con aire resignado, como si ya lo supiera.

Liberty cerró la puerta, abrió la maleta con energía y sacó tanta ropa que parecía un truco de magia. Yo iba cogiendo las prendas, sacudiéndolas y valorándolas, y luego se las pasaba a Maddox. Este las extendía delante de él, revisaba que hubiera o no escote y luego miraba a Libby de arriba abajo, como si no pudiera creerse que cupiera allí todo aquello.

—Necesito saber a dónde vais para elegir lo más adecuado. ¿A cenar? —inquirí.

—No lo creo —comentó Maddox, doblando una blusa que le había gustado—. Cuando una tía me interesa para cenar, la recojo a las siete. A las ocho, como muy tarde. Si quedo de las nueve menos cuarto en adelante es para ir directamente a por el postre. Es decir: un par de copas y al catre.

—Sabrás que no todos los hombres emplean tus reglas de tres, ¿verdad? —Enarqué una ceja.

—Soy muy consciente. Si no, les iría tan bien que no habría tantas tías para mí.

Intenté no poner los ojos en blanco y fracasé.

—Es un sitio elegante —recalcó, nerviosa—. He pasado por allí varias veces, cuando llevaba a mi madre a ver a Jude: su consulta y el restaurante están en el mismo edificio. Mientras ella la trataba, cerraba los ojos y me imaginaba que era una princesa, o algo así, y un hombre guapo me

llevaba con un vestido muy bonito. Como el negro de Audrey Hepburn...

—Si te pusieras algo así, ese tío no se pararía a cortar el filete —dijo Maddox, mirándola con una sonrisa escueta—. Te llevaría en volandas a hacer cosas impropias de un príncipe.

—¿Acaso los príncipes no tienen sexo?

—El cuento acaba antes de que lo tengan, así que yo diría que no. Seguramente sean impotentes. Si el romanticismo fríe neuronas, ¿cómo no va a freírte los huevos? —Se giró con gran dramatismo hacia Liberty y tiró de ella para sentarla sobre él—. A ver, niña. ¿Qué te pondrías si salieras con nosotros?

Liberty lo meditó en silencio un momento. Poco a poco fue esbozando una sonrisa culpable. A Maddox se le contagió al estar mirándola, y fue a partir de ahí cuando sentí que sobraba.

Sucedía más a menudo de lo que me gustaría admitir.

—Algo cómodo para comer hasta reventar.

—Pues ahí lo tienes. —Encogió un hombro—. Ve y come hasta reventar cómodamente vestida.

—¡No puedo hacer eso! —le replicó, poniéndole una mano en el hombro—. Hincharse a comer delante de un hombre es la regla número uno de las cosas que no puedes hacer durante una cita. Además de que luego me sentiría gorda cuando me desnudase, o me pasaría todo el sexo pensando que no le estoy gustando. Y encima querría vomitar.

—Pues que te sujete el pelo y espere al día siguiente para verte desnuda. Si te lleva a un buen restaurante, aprovéchalo. Haz que se arrepienta de pagar la cuenta.

Liberty soltó una de sus carcajadas estridentes.

Me miró con los ojos castaños encendidos.

—Kathleen, ¡dile algo! Este tío quiere que mi cita fracase y engorde más por el camino.

—Eso a Kathleen no le sorprende una mierda... —replicó Maddox—. Espera, espera, espera... ¿Qué has dicho? —Puso su cara de ofendido y le pegó el oído a la cara. Le pellizcó la barriga—. Si vuelves a insinuar que estás gorda, te echo un polvo que al final te crees más guapa que Charlize Theron.

Yo cada vez sobraba más, pero una parte de mí no se quería marchar. El amor de Maddox era la única experiencia real de la que me podía nutrir para no perder la esperanza.

—Nos estamos desviando del asunto principal. Tú mejor que nadie deberías saber que ser uno mismo no es suficiente para conquistar a un hombre. Tengo que mostrar mi mejor cara, así que... ¿Con qué escote te quedas? ¿Y tú, Kathleen?

—Pruébate este top y este vestido.

Maddox asintió, conforme con la elección, y Liberty se escabulló para cambiarse al otro lado del biombo. En cuanto la perdió de vista, miré a Maddox para preguntarle la hora; llevábamos más de quince minutos aquí metidos, y el jefe iba a matarnos.

Las palabras se me atascaron en la garganta cuando vi que agachaba la cabeza para fijarse en sus manos, que se estaba frotando con los labios apretados.

No pude verle la cara, semioculta por la melena rubia, pero me pude imaginar cuál era su expresión.

Y me dolió. Me dolió porque cada vez le costaba más.

Le pasé un brazo torpe por los hombros y él se giró hacia mí. «Todo está bien, no te preocupes», deletreó sin usar la voz.

Cuando Liberty volvió a aparecer, esta vez con un vestido de vuelo verde, Maddox alzó la barbilla y volvió a sonreír. Los dos observamos cómo ella giraba sobre sí misma antes de apoyar las manos en las rodillas de Maddox y mirarlo con su sonrisa más bonita.

—¿A que te gustaría más salir con una chica vestida así que con una camiseta de su padre de propaganda de camiones?

Maddox le apartó un rizo de la cara.

Ese fue el momento en el que sobré más que nunca.

—Pues no necesariamente —atajó él—. Tiene que gustarte la persona que hay debajo de lo que lleva puesto. Si no, ¿cuál es la gracia?

—El envoltorio es importante —insistió ella.

—En tu caso no lo es —acotó, sin perder ese tono de sorna que le salvaba de que Liberty se lo tomara en serio y, por fin, descubriese que no mentía—. Aunque el verde te queda muy bien. Te combina con mis ojos. —Le sacó la lengua.

—Ja, ja. ¿Cómo es que eres tan gracioso?

—¿Y cómo es que tú eres tan pequeña? —contraatacó en un murmullo, sonriendo con vulnerabilidad.

Ese «pequeña», que ni siquiera había pronunciado como un mote cariñoso, que no hacía referencia a su tamaño ni era peyorativo, acababa de convertirse en el amor de película que Liberty no encontraba. Ese «pequeña» recogió toda la belleza que podía englobar a una persona. A todo lo que significaba para Maddox.

Y Libby no se dio cuenta de nada.

—Está bien, nena —repuso Maddox, antes de que ella pudiera decir algo—. Ponte eso. Y ya sabes: ponte protección, espera a que sea Dristan quien te bese, y si te lleva a beber procura no pasarte de las dos copas... que nos conocemos.

Maddox se levantó y me hizo un gesto para volver al tajo. Le deseé suerte a Liberty y lo seguí de camino a la barra, donde le tomamos el relevo a la chica nueva que se había sacrificado para darnos un rato libre. Quise tener unas palabras con él —un «díselo de una puta vez» no habría estado mal—, pero una cara conocida me encogió el estómago.

King se puso de pie en cuanto me vio. Habría parecido un movimiento nervioso si no hubiera sido tan dueño de sí mismo como dueño de la silla en la que se había sentado, del suelo que le sostenía y la habitación que contenía el oxígeno que respiraba.

Cuando no sonreía, parecía la clase de hombre que imponía tanto respeto que convenía enmudecer y esperar a que te diera permiso para hablar.

—Kathleen —me llamó—. Tenemos que hablar.

Su apremio me preocupó, aunque logré fingir lo contrario.

En un arrebato infantil, busqué a Maddox para que me salvara de la situación. Como estábamos conectados a un nivel extrasensorial, dejó de atender a una rubia escotada para mirarme.

Sus ojos verdes viajaron de los míos a los de King, y luego a los míos otra vez. Los dos se me acercaron al mismo tiempo, pero Maddox se colocó en medio antes.

—Amigo, aquí las camareras son como las obras de arte. Se miran, pero no se tocan.

King puso una cara que nunca le había visto antes: se conjugaban el alivio y la irritación, una combinación insólita y alejada de lo que iba con su personalidad.

—¿Y tú eres? —preguntó, con una nota despectiva. Luego me miró—. Puedes poner a todos los tíos que quieras entre nosotros, muñeca, pero no vas a evitar que hable contigo. Ni tampoco que te saque de aquí.

—¿Cómo dices? ¿Sacarme de aquí?

—¿Quieres que te regañe delante de tu guardián? Bien. —Se cruzó de brazos—. Sheila me ha dicho que te ha visto salir para venir a trabajar. Después de lo que te pasó ayer —recalcó. Su

mirada se oscureció—. Es evidente que no puedes...

—Espera, espera, espera... ¿Tú eres King? —interrumpió Maddox, apartándose para medirlo con la mirada—. ¿Eres King Sawyer?

El aludido le devolvió el escrutinio con indiferencia.

—¿Por qué? ¿Soy famoso en estos lares?

—No, pero que seas quien eres cambia las cosas. Gracias por lo de ayer, tío. —Le dio una palmada en el hombro—. Si quieres hablar con ella, puedes llevártela a la sala de descanso. Yo la cubro.

—¿Es que yo no tengo nada que decir respecto a...?

Maddox me cortó con esa sonrisa *made in* Limerick que se reservaba para sacarme de quicio.

—Si King Sawyer quiere hablar, vas a hablar, nena. Ya lo creo que sí.

Con un empujón cariñoso consiguió que diera un par de pasos hacia atrás y, con ello, estuviera un par de pasos más cerca de la habitación de personal.

No me podía creer que Maddox me hubiera traicionado. King aprovechó mi debilidad para guiarme hasta el lugar en cuestión, y yo lo permití porque...

En realidad, no tengo ni idea de por qué lo hice. Lo que estaba claro era que no podía huir de lo que ocurrió la noche anterior, y tampoco podía olvidar que podía tener cierta culpa de lo que pudiera suceder entre King y Sheila a raíz de la pelea.

—He ido dos veces a tu casa y te he enviado tres mensajes —me dijo tras tomar la precaución de cerrar la puerta.

Me sorprendió la manera que tuvo de hablarme, como si estuviera molesto.

—¿Y quién te ha dado mi número? Porque yo no.

—Era para saber si te encontrabas bien.

—Eres un encanto.

—No importa que no me hayas respondido —prosiguió—. Después de verte gruñir solo por pasearme por tu cocina, imaginaba que reaccionarías así.

—Si no te hubieras paseado *desnudo* por mi cocina...

—Has vuelto a venir aquí, exponiéndote a borrachos con las manos largas —continuó, callándome con el filo de su voz. Tragué saliva, intimidada por la emoción salvaje en sus ojos—, cuando ayer no podías soportar la idea de quedarte sola por el miedo que pasaste.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que me encierre en un zulo y me quede allí a vivir para siempre? La vida sigue.

Él tenía clara la solución, porque respondió sin parpadear.

—Cambia de trabajo.

Solté una carcajada nasal.

—¿Y por qué no cambias tú de...?

—¿De novia? —propuso.

Que conste que lo dijo él, no yo.

—No iba a decir eso. ¿Qué te hace pensar que acataré tus órdenes si no permito ni que pongas un sillón mi sala de estar?

King avanzó hacia mí. Yo retrocedí por instinto.

Él llenaba toda la habitación con su enorme corpachón. Daba la sensación de presionar las paredes con sus hombros, metidos en un traje de corte sencillo que le sentaba demasiado bien. Solo a él podían sentarle las cosas demasiado bien. Pero hasta que no se probara la soltería, lo que podría quedarle mejor aún, no me iba a relajar en su compañía.

—El sillón sigue allí —fue todo lo que contestó—. Y lo del trabajo no es una imposición, sino

una sugerencia. Una que acabarás agradeciendo, muñeca.

—¿En serio llamas a todas las mujeres de tu entorno así?

—¿Y tú estás a la defensiva con todos los hombres de tu entorno?

Se le daba bien contraatacar.

—Solo con los que se creen que sus consejos serán bien recibidos.

—O con los que te gustan, pero no lo quieres admitir.

—Se te ha olvidado el complemento que especifica dónde te quiero.

King curvó los labios en una sonrisa burlona.

—¿De rodillas entre tus piernas? Que conste que eres tú la que me está tentando a responder de manera explícita. —Dio otro paso hacia mí—. Me encantaría seguir flirteando contigo, pero voy a tener que insistir en el ataque de ansiedad de ayer. Deberías dejar tu empleo. No es el apropiado para una mujer con problemas como los tuyos.

Una oleada de rabia me obligó a dar un paso hacia delante.

—¿Una mujer con problemas como los míos? ¿He oído bien? Tú no tienes ni puta idea de cuáles son mis problemas, así que guárdate los sermones al respecto y no me molestes.

—No he venido con sermones, solo a saber cómo estás, y...

—Pues genial, ¿no me ves? Estoy perfectamente. Vivita y coleando, y dándote la misma guerra que el primer día. ¿Que me hayas pillado siendo asaltada por un tío y me haya asustado significa que soy delicada y necesito protección? Ya te lo digo yo: no. Cualquier mujer se preocupa si la persigue un borracho a las tantas de la madrugada.

—Lo tuyo no fue preocupación, o no solo eso. Fue algo más —interrumpió. La esperanza que me quedaba de que lo dejara estar desapareció—. Puedes engañarte si quieres, y puedes engañar a tus amistades, pero a mí no. No solo tuviste miedo cuando ese cabrón te tocó anoche: tuviste miedo cuando me viste cruzar el umbral de tu recibidor y supiste que tendrías que verme a menudo. Los hombres te dan miedo, Kathleen —declaró, avanzando un poco más. Yo retrocedí hasta chocarme con la pared—. Y creo saber por qué.

Contuve el temblor de mi barbilla apretando los labios.

—Crees saber por qué porque crees que lo sabes todo, pero te equivocas. Cuando te vi, sentí desprecio, no miedo. Y si no hubieras venido a por mí anoche, me habría rescatado a mí misma. Que mi capacidad de reacción no sea la misma que la del señor Superman aquí presente, no quiere decir que no...

—Conque desprecio —me cortó con un deje sarcástico—. Supongo que esa es la razón por la que el tío de antes sabía mi nombre y mi apellido, y casi me echa la alfombra roja: porque le has hablado muy mal de mí.

Tuve que callarme.

Me estiré para mirarlo bien a la cara, y ahí fue cuando me di cuenta de que estaba demasiado cerca. Tan cerca que su pecho rozaba el mío.

Si me ponía de puntillas, podría tocar sus labios.

Esa posibilidad derribó mis defensas.

—Desde que te conozco, no has hecho otra cosa que mentir —continuó, mirando y hablándole a mis labios entreabiertos. Reprimir el coqueto impulso de mordérmelos me exigió un esfuerzo—. Debemos agradecer que seas convincente negando que me quieres entre tus piernas: tú porque no voy a tocarte si no me lo pides verbalmente, y yo porque, si no lo fueras, la tentación de dar yo el primer paso sería irresistible... —Se inclinó sobre mí hasta hablar casi sobre mi boca. Añadió en voz baja—: Pero no vas a colarme que no te ocurre nada. Te miro lo suficiente para saber quién eres, Kathleen.

No me moví para demostrarle que podía respirar su dulce aliento sin temblar. Y por el camino me demostré a mí lo contrario, porque noté los tobillos a punto de ceder por desear algo que estaba prohibido.

No solo por Sheila. Era por mí.

Yo me lo vetaría hasta el fin de mis días.

—También me miras lo suficiente para que Sheila sufra, así que deja de hacerlo si la quieres tanto como afirmas. No te metas en mis asuntos, no te metas en mi casa y, sobre todo, no te metas en mi vida. Puedes salir con mi compañera de piso sin necesidad de entrometerte en mi día a día.

—Puedo hacer ambas cosas a la vez.

Me reí sin energía.

—Por fin vas a admitir que te gusta jugar a dos bandas. Vas a confesar que tus tonterías sobre que «miras a todo el mundo igual» no eran más que eso: tonterías.

—¿Qué tiene de malo jugar a dos bandas si la otra persona está de acuerdo?

Jadeé de pura incredulidad.

—Sheila no parecía de acuerdo con que me abrazaras a oscuras.

—No por las razones que imaginas.

—Mira, no tengo tiempo para tus acertijos. Termina lo que quieras decirme y lárgate. Estoy en el trabajo y el tiempo que pase aquí me lo descuentan del sueldo, y tengo suficiente con que me hagas perder la paciencia como para encima perder dinero.

Lo solté todo sin respirar, y cuando terminé, me di cuenta de que estaba sin aliento.

King me observaba fijamente.

Pensé que diría que Sheila ya no importaba porque la había dejado esa mañana... O porque ella lo plantó a él la noche anterior. Mantuve ese pensamiento una fracción de segundo, suficiente para que una ilusión rebelde germinase entre tanta pena marchita y prendiera la luz dentro de mí.

También disparó todas mis alarmas. Temía esa posibilidad tanto como la deseaba.

Aun así, no dijo nada parecido.

—Sheila se siente mal por haberte tratado de esa manera. Haz las paces con ella. Antes de su cumpleaños, a poder ser —añadió—. Le gustaría que fueras.

King se marchó dejando la puerta abierta, y a mí hecha una piltrafa. Como no pude volver a mi puesto hasta pasado un rato, me tomé un segundo para sentarme y meditar. En un momento dado cogí el teléfono, tecleé un número que me sabía ya de memoria y me lo puse en la oreja.

Jaab sonrió al otro lado de la línea casi al instante.

—*Te iba a llamar justo ahora, jaquetona.*

—Dime una tontería de las tuyas. Lo necesito.

—*¿Vendrías conmigo a elegir el anillo para Jessamine?*

Suspiré.

—Esa ha sido una buena.

CAPÍTULO 6.

Padre no hay más que uno

Debería haber sabido que sería difícil ignorar a Sheila viviendo en la misma casa, pero tenía la esperanza de ser yo lo bastante silenciosa para que no supiera cuándo estaba fuera y cuándo no.

También esperaba que Jaab me llamara para salir de allí, y así alejarme de una conversación que no quería tener.

Por primera vez en la historia de su poligamia (unilateral), me alegraba que mi padre aún fuera incapaz de ir a comprar un anillo él solo.

Contrariando mis objetivos, Sheila me cazó durante la secreta escapada al recibidor. En ese momento reparé en lo triste que era mi situación actual. Me sentía una extraña en mi propia casa. No podía una ir de viaje a su nevera en busca de un trozo de queso al que rascarle el borde de moho sin toparse con una mujer que la había llamado zorra.

Y no era recomendable que invitara a mi padre a pasar unos días en mi apartamento como remedio contra la soledad, porque podría espantar a mi compañera de piso intentando seducirla.

Estaba jodida. Sobre todo porque no llegué a tiempo a la salida, y Sheila se interpuso entre el ansiado umbral y yo con una expresión de perrito apaleado que habría conmovido a una mujer menos rencorosa.

Por desgracia para ella, yo era una de esas que te la tenían guardada hasta la reencarnación más próxima.

Nunca he dicho que fuera perfecta.

—Kathleen, tenemos que hablar.

—Eso me suena familiar —mascullé por lo bajo. Eché un rápido vistazo a la pantalla de mi móvil, esperando que Jaab fuera lo bastante perspicaz para llamarme en ese instante. Los astros no se alinearon en mi favor—. Tengo prisa, Sheila. Mi padre y yo hemos quedado para ir de compras.

—Solo será un momento —insistió—. Por favor.

Acabé accediendo porque Jacobus Priest tardaba más en acicalarse que una mujer coqueta, y más si vivía con una con la que se estaba acostando. Me apostaba cualquier cosa a que estaba entrando a ducharse después de un polvo «rapidito», que en su lenguaje del amor implicaba al menos media hora de preliminares.

¿Cómo de jodido es que tenga esta información sobre mi padre? No quiero saberlo.

Seguí a Sheila al salón con la madurez de no dar taconazos indignados, y me senté delante con la misma solemnidad que si estuviéramos a punto de firmar la Paz de Versalles.

Por mi parte estaba claro. Yo jamás olvidaba.

Era un defecto que había heredado de mi familia materna y que se había acentuado al no tener hermanos a los que disculparles las travesuras.

—Siento mucho haberte tratado así —empezó con las manos en el regazo. El demonio de mi hombro me hizo recordar que la mayoría de modelos también se dedicaban a la actuación. Podía estar fingiendo—. No era yo misma. Había bebido demasiado...

—Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad.

—En mi caso no fue así. Verás, me... Esa noche me habían dado una mala noticia, y por la

tarde había discutido otra vez con King por lo de las gargantillas, así que salí para despejarme y bebí como desahogo. Estaba enfadada con el mundo antes de darle al tequila, Kathleen, no tuvo nada que ver contigo. Le habría soltado cualquier barbaridad al primero que se me hubiera cruzado. —Suspiró al ver que yo ni me movía—. He estado practicando cómo pedirte perdón. Se nota que no eres una persona que tolere esta clase de actitudes, y desde luego no me apreciabas de antes como para... dejarlo estar. Pero yo no puedo estar en un sitio llevándome mal con alguien, menos aún si ese alguien... —Tragó saliva y me miró a la cara con una intensidad que podría haberme fundido—. Es que... Tú me gustas, Kathleen.

Nunca he sido una persona empática, pero su confesión me dejó tan fría que me sentí una desalmada.

—Si cayéndote bien me tratas como a una puta que se las da de frígida para que vayan detrás de ella, no me quiero ni imaginar qué me dirías si me odiaras. No es necesario que te disculpes ni que niegues nada. Solo ten presente...

Me quedé callada al repetir para mis adentros lo que iba a decir: «Ten presente que no soy yo la que se pasea delante de tu novio, sino tu novio quien se pasea por delante de mí».

Lo deseché, avergonzada por haberme planteado siquiera cubrir de mierda a King cuando, en el fondo, ¿qué había hecho? ¿Mirarme de arriba abajo? ¿Forzarme a ver una película de acción con él y con Sheila? ¿Entrar en el baño sin llamar? Lo del sillón era imperdonable, como otros elementos decorativos que me hacían mugir cada vez que los veía, pero no merecía que le hiciera mala propaganda delante de su novia por una pésima elección de mobiliario.

En definitiva, King no me había dado un beso de película, ni invitado a un *ménage à trois*, ni enseñado su cuarto rojo del dolor. Aquí nadie había hecho nada, y por «nada» no se iba a la cárcel.

Dicho eso, no habían sido imaginaciones de Sheila, porque en ese caso también tendrían que haber sido imaginaciones mías y no iba a admitir que estaba loca. Pero no le había dado motivos para que dudase *de mí*.

Me parecía tan obvio que quería alejarme de él lo máximo posible que era un insulto que pensase lo contrario.

—Solo ten presente que no soy esa clase de mujer —dije al fin—. Y seguro que King tampoco es esa clase de hombre.

Lo de defenderlo había sobrado.

Pero bueno, ahí estaba mi buena acción del día.

—¿A qué te refieres con «esa clase de hombre»...? Bah, no importa. No sé qué me pasó, Kathleen, te lo juro. King puede ser un tipo al que le encanta flirtear con todo el mundo, pero sé que jamás haría nada sin consultarlo antes conmigo. Y estoy segura de que tú tienes mejores cosas en las que pensar que en nosotros. —Hizo una pausa deliberada—. ¿No?

En eso estaba equivocada, pero me pareció excesivo señalar su error y mantuve el gesto inexpresivo. Y a lo mejor no estaba equivocada: en el fondo tenía mejores cosas que pensar. El problema era que mi orden de prioridades se había visto trastocado por una repentina afluencia de hormonas.

—Desde luego que sí.

Ella pareció decepcionada, pero me dije que eso no tenía ningún sentido y lo descarté.

—Solo quiero aclarar que no fue un ataque de celos. Yo no estoy enamorada de King; lo que hay entre él y yo es... un pasatiempo. Es lo que nos va a ambos, las relaciones flexibles. Me gusta mucho y no tengo palabras para describir el sexo con él, pero... Nunca armaría un pollo por pillarlo *in fraganti* con otra mujer. Me molestaría que no me lo hubiese dicho, porque nos lo

contamos todo... Pero insisto en que mi estallido vino del enfado anterior.

Repetí su exposición para mis adentros tantas veces que llegué a pensar que se me habían freído las neuronas.

«Lo que hay entre él y yo es un pasatiempo», había dicho.

—¿No quieres a King? —pregunté, perpleja.

—¡Claro que sí! —exclamó con una sonrisa tierna—. Le tengo mucho cariño. Él y yo empezamos porque me dio una oportunidad con su firma, y no es un hombre al que se pueda pasar por alto, pero no me imagino casándome y teniendo hijos con él.

—Eh... Llámame anticuada, pero no suelo embarcarme en una relación si no pretendo estar con esa persona para siempre. Si no te ves con él en un año, ¿qué sentido tiene...?

Me callé porque no me hizo gracia que pareciera que estaba dándole lecciones moralistas.

—Hay tipos y tipos de relaciones —me explicó sin quitarme ojo de encima, interesada en mi reacción—. La nuestra es diferente a... lo canónico.

—¿Qué es «lo canónico»? —Aspaventé las comillas.

—Ya sabes. Una pareja cerrada con expectativas de familia tradicional. A nosotros nos gusta divertirnos. Solos, juntos, en compañía de otras personas...

«En compañía de otras personas».

—¿Tenéis una de esas... relaciones abiertas?

Sheila sonrió, extasiada porque lo acabara de pillar.

—¡Exacto! Cero ataduras, cero prohibiciones. Si nos gusta alguien de fuera, lo hablamos y, si nos interesa hacer un trío, lo hacemos. Si no, cada uno por su lado.

Parpadeé una sola vez.

—¿No tenéis exclusividad?

—*Nope*.

—¿Entonces? ¿Por qué salís juntos si no estáis enamorados, no os interesa acostaros solo con vosotros, y...?

—Porque conectamos y nos entendemos muy bien.

Empezaba a marearme.

—No entiendo nada —confesé, fuera de eje—. Será mejor que me levante y me vaya. Mi padre me estará esperando.

—Espera, κ. —Me cogió de la muñeca cuando ya me había puesto de pie. Su mano resbaló hacia abajo y jugó de manera sugerente con mis dedos—. No me importa explicártelo mejor.

Tragué saliva.

—No, gracias. Lo que pase entre vosotros, se queda entre vosotros.

—Pero ¿estamos bien?

Claro que estábamos bien.

Después de haberme dado cuenta de qué iba la película, lo último en lo que pensaba era en ella o su arranque de no-celos y no-posesión, que por lo visto es una cosa muy anticuada y muy poco *posh*.

La que no estaba bien con el descubrimiento era yo.

¿Se suponía que King estaba flirteando conmigo porque esperaba tomar algo de mí? No lo hacía por chincharme, ni por aburrimiento, ni porque fuese un infiel patológico.

Lo hacía porque de veras pretendía llevarme a la cama.

Quizá con Sheila.

Joder, con Sheila.

Solté su mano con una mueca de consternación y estuve a punto de decir algo de lo que me

habría arrepentido.

Con fecha de hoy, no me siento muy orgullosa de estos pensamientos que tuve, pero el shock barrió todo lo que yo había dado por sentado. Me había estado moviendo en una realidad alternativa mientras los otros... ¿conspiraban? ¿Se reían de mí? ¿Me estudiaban de cerca, por si caía la breva?

No quería ni saberlo.

Lo más probable era que yo a Sheila no le interesara, o eso me dije al asentir con la cabeza, muda de asombro.

Me lo dije repetidas veces. Pero no me lo creí, porque por fin comprendí el sospechoso interés de King por que los dos, y también *los tres*, pasáramos tiempo juntos.

Por fin capté el trasfondo de la insistencia de Sheila en... ¿cómo lo había llamado? ¿«Conectar»?

Y yo que pensaba que solo quería ser mi amiga.

«Estoy muy desfasada. Debo salir más de casa», pensé.

—Solo tengo una pregunta —atiné a articular antes de salir. Me ceñí el bolso al hombro para disimular que me temblaban las manos—. ¿Por qué discutisteis la tarde de tu borrachera?

—Porque dice que no soy la mujer ideal para salir en las fotos de su nueva línea de gargantillas, esa de la que te hablé hace tiempo. Me dijo que me dejaría las diademas si al final los colgantes iban a parar a otro cuello, pero ahora tampoco me quiere con las tiaras. En definitiva —suspiró, hastiada—, me ha excluido del equipo.

Juro por Dios que intenté concentrarme en su drama, no en rubias y morenos gateando hacia mí.

Fue imposible.

Hay que tenerme compasión. Estaba asustada porque no había vivido ni una sola situación que se saliera de la rutina de un ermitaño en los últimos años. Y, de repente... ¿un trío a la vista?

—¿Por qué quieres hacer esa campaña? —solté con voz de pito. Cualquier cosa para distraerme—. ¿Necesitas dinero?

—Me hacía ilusión, eso es todo.

Volví a hablar, porque quedarse callada no era una opción.

—Sales con él solo por el puesto de modelo, ¿no?

—¡No! —exclamó, ofendida—. Kathleen, en serio, ¿cómo puedes pensar así? Surgió empezar una relación de este tipo, y acepté porque siempre he sido muy liberal. Ya está. Hay gente que quiere una pasión destructiva, un sentimiento eterno, y hay gente que prefiere salir a la calle a divertirse con alguien que no le cierra ni una puerta.

—Pues no lo comprendo. Si no hay sentimientos ni hay nada...

—Hay muchas cosas. Solo confío en él para experimentar con mi cuerpo y con otras personas; solo él me hace reír de esa forma. Con él soy yo misma. Lo único distinto es que mi corazón no late más rápido cuando viene a recogerme, ni me duele la barriga cuando pienso en sus besos... y todas esas cosas que tú escribías y que a mí me hacían soñar. No pienses que estoy con él por interés. Él y yo...

El timbrazo de la puerta cortó de raíz la conversación.

Nunca pude agradecerle lo suficiente a mi padre que me salvara de semejante declaración. Casi eché a correr hacia el recibidor. Pero antes tuve que tranquilizarla diciéndole que no se preocupara por mi opinión sobre su relación.

No debía importarle.

Unos segundos después, saludaba a Jaab con mi mejor sonrisa de sácame-de-aquí.

—Voy por la chaqueta y nos vamos, ¿de acuerdo? No te pongas cómodo.

—Toma. Te la has dejado en el sofá —escuché a Sheila. Me ofreció la americana con una especie de sonrisa—. Pásalo bien... Bueno, pasadlo bien —añadió, echando un vistazo por encima de mi hombro. Enseguida le tendió la mano a mi padre y se la estrechó—. Oh, tú debes de ser el hermano de κ. Os parecéis muchísimo. Soy Sheila.

—No exactamente, preciosa. —Le guiñó un ojo—. Soy el que ayudó a traerla al mundo. Jaab.

—Sí, sí, ayudó a traerme al mundo con mucho empeño. Vámonos. —No dejé de tirar de él hasta que estuvimos en el ascensor—. ¿Tengo que recordarte que vas a casarte, hombre de Dios?

—Aunque me haya puesto a dieta, puedo ojear el menú, ¿no? Y esa mujer de ahí está para hacerle un favor. O dos.

—No sigas —pedí con un gimoteo—. Tienes que aprender a cortarte un poco. No quiero que al llegar a los sesenta te conviertas en uno de esos viejos verdes que le tocan el culo a las quinceañeras en el transporte público.

—Yo no he hecho eso nunca —se defendió. Las puertas del ascensor se abrieron y cruzó el umbral con una sonrisa de oreja a oreja—. De todos modos, y para evitar pleitos futuros... ¿Por qué no te echas un novio abogado?

Le lancé una mirada condenatoria.

—Jaab.

—Solo es una broma, cariño. —Me pasó un brazo por los hombros, y así me llevó por toda la avenida principal, como si fuéramos colegas. A veces lo parecíamos. Con quince años, me gustaba esa sensación; antes y después, no tanto—. ¿Aún no te has dado cuenta de que la mejor forma de ligar es sacando de quicio a la mujer en cuestión? Llevándoles un poco la contraria ya las tienes en la palma de tu mano.

—A lo mejor eso funcionaba en los ochenta, pero ya no. Y conmigo no tienes que ligar. Sería lo que me faltaba, que mi jodido padre me echara los perros.

Jaab enarcó una ceja en mi dirección.

A mi padre era tan difícil tocarle las narices que nadie sabía si tenía vena en el cuello. No estudió psicología femenina porque vino con ella instalada en el software. Por eso siempre fue mejor madre que mi propia madre; siempre sabía lo que pasaba por mi mente, y ese día no fue la excepción.

—¿Estás a la defensiva porque te molesta que me case?

—¡Claro que me molesta que te cases! Y no por el hecho de que te cases, sino de que lo hagas cuando eres incapaz de prometer fidelidad. ¿Cuánto tardarás esta vez en vulnerar tus votos? Le diré a la tal Jessamine que ponga un cronómetro. A lo mejor bates un récord.

—No creo que tu actitud sea la más apropiada para ir a comprar un anillo —rezongó con una mojigatería ajena a su carácter.

—Ni la tuya es la más apropiada para ser un marido.

Jaab silbó mientras meneaba la cabeza.

—Cómo estamos hoy, ¿eh, jaquetona?

No dijo nada más. Me distrajo durante todo el trayecto con bromas y estupideces hasta que llegamos a la joyería.

—¿King's Pleasure? ¿En serio? ¿De todas las joyerías de Dublín, teníamos que venir a esta?

El azar insistía en llevarme por el camino de la amargura, que no tenía otro destino que el dichoso King Sawyer.

Con el desalentador aditivo de que había entrado en un bucle de angustia al empezar a entrever qué podía querer de mí.

—Es el mejor sitio de la ciudad, una firma británica de renombre. ¿No crees que debería ofrecerle lo mejor a Jess?

No esperó a que respondiera y entró.

Mejor, porque no le habría gustado mi réplica.

Cansada de estar malhumorada por culpa de la persecución directa e indirecta de un hombre que ni siquiera era guapo de cara, lo seguí.

Se notaba que el local pertenecía a King por un sencillo motivo: era muy fino, algo que había podido apreciar en su manera de vestir, de caminar, de hablar... Excepto cuando mencionaba que me hacía falta un polvo.

El sitio era amplio, estaba muy bien iluminado y gritaba «limpio». En las vitrinas se exponían toda clase de joyas, en el aparador que servía para cobrar se exhibían las mejores ofertas y al otro lado del mostrador se encontraba la clase de mujer con la que King Sawyer se habría acostado.

Una copia de Sheila Boyd, con la diferencia de que esta tenía los ojos más verdes y las caderas menos redondas.

—Buenos días —me adelanté antes de que mi padre pudiera decir lo mismo añadiendo un indebido «preciosa»—. Estábamos buscando un anillo de boda. Otro más —añadí, mirando a Jaab con los ojos entornados.

Ella se dirigió a mi padre con amabilidad.

—¿Segundo matrimonio?

—Segunda saga de matrimonios —repliqué—. La primera ya está completa, con un total de diecisiete entregas. Lo sé, tiene casi tantas temporadas como *Anatomía de Grey*.

—¿Y yo qué le hago? —se quejó mi padre, soñador—. Soy un romántico que nunca estará a la altura del bello sexo. Hago mi mejor esfuerzo hasta que se dan cuenta de que son mejores que yo y me dejan.

El numerito le ganó el corazón de la dependienta. Anunció que se llamaba Ciarán con una sonrisa y se ofreció a mostrarle las vitrinas.

¿Romántico, mi padre? Sí, bueno. Por tiempo limitado, y solo cuando la testosterona se le subía al pecho y pensaba que el amor le había dado fuerte, como cuando se te atascan los gases entre los pulmones y crees que te está dando un infarto.

Lo de que las mujeres estaban por encima de él... Eso ya era, como dijo La Lupe, *puro teatro*.

Si me enfadaba la boda que se atisbaba en el horizonte, no era por unos absurdos celos adolescentes, o porque ansiara que volviera con mi madre. Solo habría faltado. Por si alguien no lo sabe, porque hay mucha desinformación en este aspecto, la reconciliación de una pareja incompatible es la verdadera pesadilla de los hijos de un divorcio, no estudiarse el horario de la custodia compartida. En el que era mi caso, tenía tan reciente el desgaste emocional de mediar en sus violentas contiendas que celebré que no pudieran ni verse. Y sé que no corren el riesgo de que este odio mutuo derive en la pasión del principio, porque Jaab bien podría casarse con cien mujeres, pero nunca lo haría dos veces con la misma.

¿Cuál es el problema, pues?

Que mi padre padecía un síndrome de incontinencia sexual llevado a la centésima potencia. Lo único que ponía como condición para acostarse con una mujer, era que no fuese aquella con la que estaba casado. Y como solo se enamoraba de jovencitas monógamas, *qué casualidad*, la ruptura trágica tras su «desliz» era cosa hecha.

Jodie, la última esposa suya a la que le di la oportunidad de entrar en mi vida —allá por los dos mil—, citó a Bianca Pérez-Mora cuando nos despedimos como familia: «Mi matrimonio finalizó el mismo día de la boda»^[6].

Tuve tantas charlas con Jaab sobre la importancia de la lealtad que se me acabaron las palabras. Llegó un momento en el que decidí dejarlo correr, y no pudo ser peor, porque fue cuando más se desató: ese año se casó cuatro veces.

Podría haber protegido a las pobres insensatas como hacía en el pasado: advirtiéndolas de cómo se las gastaba el sujeto... Pero me cansé de ser la madre de mi padre.

—Este no me gusta —señalé, una vez Jaab se hizo con una selección de seis alternativas—. Este es demasiado grande y llamativo, seguro que no pasa por el detector de metales del aeropuerto. Este es una abominación, la vergüenza de las alianzas. —No me corté ni con la cara que puso Ciarán. Lo único que importaba era preservar el corazón de la tal Jessamine de Ámsterdam, que acabaría pisoteado bajo el tango que Jaab bailarían con la argentina que serviría el cáterin de la boda—. Esta gema es muy pequeña. Va a pensar que lo has comprado en una tienda de segunda mano.

—Aquí no tenemos nada de segunda mano. Es todo de primera calidad.

—Este es espantoso. Si vas a comprar algo de oro, que sea oro blanco, no dorado. ¿Por qué has cogido este? —Examiné otro al azar—. ¿Es que quieres que se lo ponga en el meñique? Porque dudo que vaya a caberle en el anular.

—El tamaño se puede ajustar.

—Entonces se gastaría el doble de dinero —contesté sin mirar a Ciarán—, y teniendo en cuenta que se divorciarán a los cinco minutos, no sé yo si le convendría invertir más de trescientos pavos. Jessamine podría no tener la amabilidad de presentarse en su casa y arrojarle el anillo a la cara para que pueda devolverlo, como hicieron Erin, Fiona, Jodie, y... ¿quién más?

—King's Pleasure no acepta devoluciones de anillos.

—¿En serio? —Ahora sí me había picado la curiosidad—. ¿Por qué? ¿Porque no queréis pérdidas? ¿Porque el propietario cree en el amor eterno?

—Por descontado —intervino una voz grave.

CAPÍTULO 7.

Dos hombres y su destino: desquiciarme

El vello se me erizó de tal manera que acabé estirando la espalda y levantando la cabeza por la inercia: King acababa de cruzar la puerta que daba a la trastienda.

—Si no creyera en el amor, llevar una joyería sería un acto hipócrita —prosiguió, avanzando hacia nosotros—. Solo los hombres románticos o que adoran a sus madres regalan joyas de mi nivel. Y las mujeres independientes que no necesitan que las mimen porque ellas se quieren de sobra, claro —agregó con una sonrisita burlona, referenciándome sin el respeto que prometía su comentario.

Seguía siendo un hombre elegante, en forma y de facciones demasiado marcadas, como la última vez que lo vi.

Y eso significaba que seguía siendo tan atractivo como para prohibirlo, con sonrisa de regocijo y colmillo torcido, ojos de torero bravo y barbilla de Kirk Douglas incluidos.

Lo único que había cambiado era que ahora hacía tríos con su novia.

Y, joder, a mí eso me imponía.

—Poner un precio tan desorbitado a los gestos románticos me parece algo peor que hipócrita —repliqué sin moverme—. Si tanto amas el amor, ¿por qué no vendes tus diamantes en un puesto de Grafton Street, y a precio de saldo?

Insultar tres pares de anillos, su profesión y a él mismo en un local de su propiedad no bastó para enfurecerle.

King esbozó una sonrisa.

—Porque para tu desgracia, muñeca, tengo que vivir de algo. Si fuera posible hacerlo solo del amor, no estaría ahora ofendiendo tu exquisito gusto con mis terribles propuestas. Aunque tú sí estarías aquí si pudieras hacer millones con tus desprecios. Y a mi costa —puntualizó con regocijo—. Ya sabemos que soy tu víctima preferida.

No estaba dispuesta a reconocerle a Jaab que a las mujeres se las conquistaba sacándolas de sus casillas, pero a ciertos hombres parecía que sí.

—¿Os conocéis? —preguntó mi padre, al que tampoco le había molestado mi espectáculo.

—De una de mis estancias en el infierno —comentó King con despreocupación. Rodeó el mostrador, calmando a una tensa Ciarán con una palmadita en el hombro, y se inclinó sobre mí con las manos entrelazadas a la espalda, igual que un niño travieso—. Kathleen fue la que me recibió con el tridente.

—Si hubiera tenido un tridente, lo habría usado. ¿Por qué te veo de una pieza, entonces?

—Porque hasta el diablo tiene piedad cuando se enamora. —Y me guiñó un ojo antes de devolver su atención a Jaab—. Soy King Sawyer, dueño de la marca, novio de la compañera de piso de Kathleen y por lo visto también su grano en el culo a tiempo completo. ¿Puedo ayudarle en algo?

Mi padre hizo honor a su preferencia por los hombres parecidos a él en ego, narcisismo y labia y soltó una carcajada.

—Estoy buscando un anillo. Me caso en unas semanas en Gretna Green. Quiero algo sutil, pero con significado. Sencillo y elegante. En un principio no tengo tope de precio, pero preferiría

que no me atracase, señor Sawyer. Y ya que se ofrece, ¿podría ayudarme a convertir a mi hija en una mujer normal, y no en una sabotadora de cuidado?

King chasqueó la lengua.

—Mucho me temo que eso último no está en el catálogo, y no voy por ahí regalando mis técnicas de relajación para mujeres... —«Si dice “frías”, lo mato aquí mismo», pensé, y él tuvo que leerme el pensamiento, porque continuó con benevolencia— que no creen en el amor. Aunque... si ella quisiera, sería cuestión de contactarme para disfrutar de su primer mes de prueba —contestó con brío, mirándome por encima del hombro. No voy a hacer ningún comentario sobre qué cara se me quedó—. Sobre los anillos... Tengo los mejores, según Vogue UK. Y también los tengo espantosos, según Kathleen Priest; mi otra fuente fiable —recalcó sin ápice de sarcasmo.

Como ya se ve, al tipo no se le acababa la inspiración para ponerme en mi sitio con una sonrisita angelical.

—Por eso no se preocupe. Kathleen Priest no es la que se va a casar, así que no tiene ni voz ni voto en este asunto.

Sonreí fríamente.

—¿Y qué hago aquí, si puede saberse?

—Alguien tenía que sacarte de tu cueva, jaquetona.

Mi padre se encogió de hombros sin ninguna vergüenza por haber revelado mi *status quo* social.

A continuación, King y él se enzarzaron en una discusión sobre lo que sería más conveniente atendiendo al carácter de la novia. Mientras, Ciarán me preguntó si era la escritora de *El yugo del placer*, y tuve que firmarle la portada, contraportada y página del índice del ejemplar que trajo de la trastienda.

Fue una suerte que no me hubiera pedido dedicatoria personalizada, o habría escrito una nota de suicidio.

—Kathleen, ya lo tenemos. ¿Quieres echarle un vistazo?

Me acerqué sin cambiar de expresión. No hizo falta que levantara la cabeza para saber que King me estaba vigilando a la espera de un comentario.

—El señor Priest dice que Jessamine tiene los ojos color miel, así que hemos acordado que ninguna otra gema podría favorecerla como esta. No es una piedra ámbar, sino un topacio amarillo distribuido en varias secciones. El tono significa optimismo, inteligencia y calidez, las tres cualidades que el señor Priest realza de la novia. Hay tres pequeñas piezas por ese motivo: representan cada una de sus virtudes.

Mi subconsciente se pasaría el resto del día repitiendo su breve disertación, temblando por la entonación sugerente y aterciopelada, pero eso es *spoiler* y muy desagradable de contar.

Lo dejaré para otro momento.

Miré a mi padre, ufana.

—Es admirable lo que es capaz de inventar un empresario con tal de vender una pieza. Deberías dedicarte a la venta a domicilio —le dije a King.

—¿De biblias, dices? Uf, no. Me daría miedo que me dieran con la puerta en mis narices.

«Eso lo he pillado, listillo».

Me giré hacia mi padre.

—Qué bonito, papá. Pero ¿estás seguro de que te acordarás de todas esas virtudes cuando se lo entregues? Mira que a lo mejor las mezclas con las de Berenice, o con las de la gimnasta rusa, o con las de aquella latina tan mona.

Mi padre devolvió la vista a King, suspirando con hastío.

—Kathleen está segura de que todos los matrimonios del mundo están hechos para fracasar, pero más concretamente los míos. ¡Qué digo! No ya los matrimonios, sino las relaciones en general. Y no crea que no tiene motivos, señor Sawyer, porque lleva más razón que un santo. He pasado por el altar diecisiete veces, no exagero, y cada boda acabó peor que la anterior. Kathleen ha tenido que ver cómo el amor quedaba enterrado bajo el libertinaje cada vez que me pedían el divorcio por una infidelidad, y me temo que eso la ha afectado hasta el punto de convencerla de que el amor no existe y una no se puede fiar de los hombres. Por eso intenta sabotearme, sabotea a los demás y se sabotea a sí misma.

Parpadeé tantas veces que parecí un parabrisas.

—¿Se puede saber por qué diablos le cuentas todo eso? —mascullé, demasiado perpleja para enfadarme—. Ni siquiera te has expresado bien. No es que no crea en el amor, es que no creo en *tu* amor. Vas a machacar a esa pobre mujer como lo has hecho con las demás, y lo sabes tan bien que ni me la has presentado.

—En parte habla en nombre de su madre —prosiguió Jaab, ignorándome—. Aunque no hablen a menudo, vivieron juntas los primeros años de la separación, y Theresa me odiaba tanto en esa época que necesitaba desahogarse con alguien. Lo más cercano era su hija de ocho años, así que envenenó mi recuerdo durante los cuatro que siguieron, de manera que tuve que invertir todo mi dinero para conquistarla en su época de adolescente, donde es más fácil ganarse el cariño de un chaval. Las novelas de Nora Roberts, los discos de Sade y llevarla al cine a ver películas de Tarantino sirvieron para compensarla, igual que el helado de chocolate con almendras y pagarle el viaje de estudios a París. Pero, aun así...

—¡Eso a él no le importa!

—Al contrario —intervino King, muy pendiente de mi reacción. Me miraba como si quisiera pulverizarme con su intensidad—. Es agradable saber un poco sobre la mujer misteriosa. Tarantino, ¿eh?

—¿Qué puedo decir? Adoro ver la sangre correr. De hecho, me encantaría verla correr ahora.

—Debería llevarla a cenar un día, señor Sawyer —comentó mi padre, ajeno a la amenaza formal—. Cuando está de buen humor es muy divertida. Y, aunque no lo parezca, de vez en cuando se arregla.

Miré a mi padre como si se hubiera vuelto loco.

—¿Papá?

—O no a cenar, si le compromete demasiado. Quizá una merienda...

—¡Papá! —grité, a punto de sacar las uñas.

King se rio por lo bajo con la barbilla casi pegada al pecho.

—La llevaría a cenar si no hubiera riesgo de que me clavara el cuchillo en la tráquea. Y si no tuviera pareja, claro.

Lo miré intentando transmitirle que estaba al corriente de lo que él entendía como «pareja».

Si no me había hecho una paja mental, King podía llevarme a cenar y hacer el helicóptero con la lengua en cualquiera de mis orificios si le encartaba. Tenía lo mejor de ambos mundos.

Quise olvidar los matices de la conversación sacudiendo la cabeza.

No solo no lo conseguí, sino que me asaltó la gran duda.

Sheila no estaba enamorada, pero... ¿lo estaba King?

—Una lástima. Es usted su tipo, ¿sabe? —siguió Jaab.

—¿Se puede saber cuál es mi tipo y por qué podrías saberlo tú? —le escupí, tan enfadada que podría haber explotado. Estuve a punto de propinarle una bofetada e irme de allí, pero lo malo de

ser adulta es que puedes ir a la cárcel por repartir hostias como panes. Así pues, inspire hondamente—. De acuerdo, Jaab, ya has demostrado de forma sobrada que debería haberme quedado en mi cueva. ¿Hemos terminado?

—Aún falta el regalo de bodas —respondió mi padre, para nada afectado. Señaló con la barbilla un estuche que King abrió para mostrar una gargantilla—. Es de la nueva línea, según el señor Sawyer. Sería el primero en llevármela antes de que las saque a la venta.

Traté de posponer el enfado para concentrarme en los diamantes que me guiñaban tendidos sobre el terciopelo del estuche. Ese, entre otros, debía ser el colgante que había mencionado Sheila con furor, como si el mundo empezara y acabase en su adquisición.

Podía entenderla. Yo había sido una enamorada de la joyería hasta que me cerré el grifo dejando de escribir. Pero ser asidua a la bisutería no había cambiado mis gustos, y reconocía una obra de arte cuando la veía.

La gargantilla no valía una relación sentimental con un hombre al que una no amaba, pero su valor seguía siendo incalculable.

—¿Cómo piensas costeártelo? —le pregunté a Jaab en voz baja—. Si es la nueva línea y lleva diamantes...

—El señor Sawyer me ha ofrecido pagar a plazos.

—Le habría ofrecido muchas más cosas y de mejor calidad si Kathleen me hubiera avisado de que os pasaríais por aquí —comentó él sin dejar de mirarme.

—Quizá te habría avisado si hubiera sabido que, además de empresario, eres dependiente.

«Y si no fueras un Cabrón Provocador que hace el combo perfecto con mi padre, el Cabrón Provocador Número Uno».

—Y no lo soy, pero me preocupo del funcionamiento de mis franquicias. Suelo pasarme para supervisar. Además de que, si no me entretuviera por aquí de vez en cuando, no tendría mucho que hacer en todo el día, y no me gusta estar parado.

—Podrías salir más.

—He intentado llevar a una mujer a ver una película y a por un café de Starbucks y me ha respondido con un mugido animal. Y como soy tenaz, pero bajo ningún concepto un acosador, me he retirado, aunque tuviese que conformarme con salir menos. Aunque tomaré tu consejo e insistiré más —dijo, apoyando los codos en la mesa para acercarse a mí—. Ya te contaré cómo me ha ido.

—¿No acabas de decir que no eres un acosador? —repliqué con ironía.

—Todavía no me lo ha certificado ninguna orden de alejamiento. ¿No será que a cierta mujer le gusta que la acosen?

—Eres asqueroso por solo insinuarlo. No tiene gracia.

—Lo siento, no he pasado el tiempo suficiente contigo para saber dónde debo dibujar las líneas del humor.

—Te voy a señalar dónde. —Estiré el brazo y tracé una cruz invisible sobre sus labios—. Justo ahí.

King sonrió.

—Pues no te imaginas cuántas ganas tengo de que te pases de la raya.

Su respuesta, entonada en voz baja para que nadie nos escuchara, logró su objetivo: estremecerme.

Me di la vuelta y miré a mi padre, que se había entretenido, cómo no, flirteando con Ciarán.

—La gargantilla es muy bonita. Espero que a Jessamine le dé tiempo a lucirla antes de querer ponerla a la venta en eBay a cambio de una miseria.

Dejé de hablar cuando noté un peso frío en el pecho. Bajé la barbilla y me llevé las manos al cuello para palpar lo que al principio pensé, y al borde del infarto, que era una mano.

Pero no. Había una hilera de diamantes.

—¿Qué...?

—Date la vuelta hacia mí —me pidió King en voz baja.

Su tono fue tan convincente que me giré al momento y enfrenté el espejo que sujetaba en una mano. En cuanto mi mirada chocó con el reflejo de los ojos brillantes de King, mi expresión se suavizó.

No había cálculo en su semblante, como yo imaginé en un principio teniendo en cuenta que me lo estaba probando para su deleite personal. En sus ojos crepitaba el fuego chispeante de la primera llama.

Me examinó de cintura para arriba,ladeó la cabeza para estudiar la línea de mis hombros y brazos y se concentró en el centro de mi cuello.

No dijo nada. Solo respiró y me acarició la garganta con su aliento del Sáhara.

Empecé a sudar.

—Ahí es donde debe estar —declaró en voz baja.

Luego me miró directamente. La imagen de ambos que ofreció el espejo, yo observándome con los labios entreabiertos y el cuerpo doloroso por la rigidez a la que me exponía su cercanía, y él concentrado en mi expresión, hizo que algo dentro de mí terminara de decidirse.

Mi deseo no era ninguna ilusión o delirio.

Era real.

Y él era el doble de peligroso por quedar tan bien a mi lado. Parecíamos sacados de un anuncio de perfume, de una fantasía que no me atrevía a rescatar de mis noches.

—¿Lo ves, muñeca? Tal y como imaginaba, está hecho para ti.

—¿Tal y como imaginabas? —repetí en voz baja.

Él contestó en el mismo tono, de forma que ni Ciarán ni mi padre, que mantenían su alegre charla en el mostrador, se enteraron de lo que decía.

—No iba a soñar contigo solo en el aspecto sexual pudiendo dibujarte en mi mente de mil maneras distintas: como mi amante, como mi sumisa, como mi tercera acompañante..., como mi modelo.

Antes de que pudiera apartar la gargantilla con mis propias manos, rechazando así la prueba y todo lo que me estaba proponiendo, King separó el broche e introdujo la pieza en su estuche.

Lo cerró y guardó para que mi padre pudiera llevárselo.

No dejó de mirarme en todo el proceso.

—¿Se puede saber qué significa que me vayas poniendo tus... collares? —logré articular por encima de mis latidos.

King sonrió con el gesto calculador de un empresario que ya había cerrado un negocio, y dijo:

—Significa que no voy a dejarte en paz jamás.

CAPÍTULO 8.

Te conozco la cara, Judas

Después de unos cuantos días pensando en la soledad de mi habitación, decidí que tenía que hablar con King... y con Sheila.

La única forma que veía de averiguar si me querían incluir en su relación por una noche o si solo se estaban burlando de mí, era poniendo las cartas sobre la mesa. Así pues, me puse una fecha límite para afrontarlos: el cumpleaños de Sheila.

Como si lo hubieran sabido, me enteré un día antes de que se iba a celebrar su trigésimo primer día del nombre en el palco de La Tramposa. Esa era la clase de jugarreta que solo se le ocurría a King Sawyer: me involucraba en una fiesta a la que no tenía pensado ir, pero a la que debía asistir como camarera.

No sería tan terrible porque Liberty estaba contenta. Iba a cumplir un mes con su novio actual, y eso significaba que recibiríamos el doble de propinas.

¿He mencionado lo mucho que me encantaba el reparto de extras? Daba igual que uno ganara más; el bote se dividía de forma equitativa.

—Se lo están pasando de miedo —comentó Maddox. Con los codos en la barra, miraba al grupo del palco: King, Sheila, las amigas de Sheila...—. ¿Por qué no pides un par de horas libres y vas con ellos?

—Porque tengo que trabajar...

—... y huir de lo inevitable, que es que ese tipo te dé un buen meneo, ¿no? Venga, no me mires así.

Lo ignoré para fijarme en lo que sucedía sobre nuestras cabezas: Dristan, el tipo con el que estaba Libby, apareció para felicitar a Sheila.

Maddox se sumió en un silencio violento.

—Parece un tío legal —dije, vigilando cómo ella se colgaba de su cuello. Él correspondió su abrazo con una sonrisa de ensueño, característica principal de su atractivo estilo Ken—. Quizá deberíamos bajar la guardia y dejar de darle sermones a la niña sobre lo que hacer con su vida sentimental... —Me giré para preguntar su opinión, pero él ya no estaba. Lo volví a ver después de dar varias vueltas limpiando la barra—. ¿Qué pasa? ¿No tienes nada que decir?

Maddox se giró hacia mí de mal humor.

—¿Por qué siempre tenemos que hablar de mí, κ?

—¿Perdón?

—Siempre tienes que redirigir las conversaciones a mí, no vaya a ser que, sin querer, toquemos algún tema que no te guste. Sabes de qué va la amistad, ¿no? Es un toma y daca. Si quisiera desahogarme a diario acerca de mi frustración amorosa, iría a ver a un psicólogo; tú estás para algo más que eso.

Parpadeé una vez.

—¿A qué viene eso?

Maddox sacudió la cabeza y volvió detrás de la barra.

Agarró un paño y se puso a restregar una mancha que había quedado sobre la madera.

—No me hagas caso, estoy cansado. He tenido un día de perros, Declan ha vuelto a casa, y lo último que necesito es que me obligues a comentar la relación amorosa de la tía por la que ando

loco. ¿No podríamos hacerlo al revés? ¿No podrías distraerme tú a mí de mis desgracias contándome las tuyas? Estoy harto de ser quien te aleje de aquello en lo que no quieres pensar, sobre todo cuando lo hago reviviendo mis jodiendas.

Me avergonzó que adivinara una de las razones por las que me gustaba hablar sobre Liberty. Le preguntaba porque me preocupaba y sentía que podía ayudarle: si en algo era experta, era en desamores. Pero también le interrogaba para que él no pudiese interrogarme a mí, y no se me había ocurrido hasta entonces que pudiera ser rastrero.

—No quieres que te pregunte por Declan, ¿verdad?

—No, es lo último que quiero. He venido a trabajar en mi día libre para no tener que estar bajo su mismo techo. Mi hermano pequeño se ha ido con mi colega Theo, y mi madre está en casa de una amiga. ¿Tú no tienes nada interesante que contar?

—Pues... King tiene una de esas... relaciones abiertas. Me lo dijo Sheila el otro día.

Maddox dejó de frotar como si quisiera encender un fuego y me miró con ojos redondos.

—¡No jodas! —soltó una carcajada sin energía—. Luego dices que tienes mala suerte. El destino se ha dado cuenta de que te interesa Sawyer y te ha favorecido. Es una señal.

—¿Favorecido? Dox, yo no confío en ese tipo de relaciones. Me parece que los infieles se escudan detrás de ellas, y...

Maddox puso los ojos en blanco.

—No me seas retrógrada, κ. Claro que hay imbéciles que hacen eso. Tu padre, sin ir más lejos, y que conste que yo recibiría una bala por él. Pero no todo el mundo da asco. Ese es tu gran problema. —Me señaló con la bayeta—. Piensas lo peor de todo quisqui. Así, normal que te dé miedo dar el paso.

—No doy el paso porque me asusta que... —Un escalofrío me obligó a abrazarme los hombros—. No estoy preparada para tener nada con un hombre. Y menos con uno que no sé qué quiere de mí.

—Pues abre esa boquita y pregunta.

—¿Por qué no abres tú la tuya para decir lo que te mueres por decir? Exacto: miedo.

—Yo soy un caso diferente. Y lo que siento por Kim no es comparable con lo que tú puedas sentir por ese tipo. —«Kim», el nombre que usábamos en clave para referirnos a Libby—. No lo digo tengo tanto que perder que me abruma pensarlo. Muchísimo más de lo que podría irse al garete en tu caso, que solo ganarías. O un polvazo, o paz mental.

—Tengo miedo, ¿vale? Voy a cumplir un lustro soltera y no he tenido contacto con ningún hombre. Tirarme de cabeza a una piscina en la que ya había dos...

—¡Hola, Kathleen! —El grito de Sheila hizo retumbar mis tímpanos. Se había asomado desde el palco—. ¿Por qué no subes un rato? ¡Vamos a abrir los regalos!

Se percató de que Maddox estaba a mi lado y la cara le cambió. No era para menos, pero aun así me molestó.

Me daba la sensación de que, desde mi última pareja, la fidelidad había dejado de importar. Mi entorno no dejaba de recordármelo: mi padre, Maddox, King y Sheila...

Sí, Maddox estaba soltero. Y sí, King y Sheila tenían una relación flexible. Pero no me entraba en la cabeza. Solo de pensar en estar en el lugar de mi compañera, me estremecía. Saber que si King salía una noche y le gustaba una chica no tendría reparos en acostarse con ella... Se abrió el suelo a mis pies.

—¡Hola! —saludó Sheila, que había bajado del palco para conocer en persona a la estrella de La Tramposa—. Soy...

—La novia de Sawyer, ¿no? —cortó él. ¿Pretendía recalcar que estaba comprometida y que

fuera a otro con el coqueteo? Entonces, ¿por qué sonreía como cada vez que tenía en mente acabar la noche acompañado—. Soy Maddox. Pídeme lo que quieras, nena.

Si no puse los ojos en blanco fue porque la atención volvió a mí.

—Venga, Kathleen. —Maddox me dio un codazo y señaló el palco con un gesto de barbilla—. Yo te cubro.

Si Sheila no hubiera estado delante —y si hubiera tenido veinte años menos— le habría escupido que era un traidor. Sin excusas, no me quedaba más remedio que subir, y eso hice, haciendo oídos sordos a lo que Sheila me contaba.

«Qué amargada estás, tía».

Pues sí, lo estaba. Era más fácil estar enfadada con el mundo que admitir que la situación me venía grande. Todos lo tenían todo muy claro, y yo estaba perdida: no me reconocía en los sentimientos que desarrollaba por King, y mis principios de siempre habían dejado de encajar con los de mis allegados.

Antes de que King pudiera acercarse a mí, Liberty se me echó encima. Tiraba de la mano del tipo rubio, que se reía contagiado por su entusiasmo.

—¡Kathleen! ¿Te he presentado a mi novio? —preguntaba cuando era obvio que no, no me lo había presentado—. Este es Dristan. Trabaja en una inmobiliaria. Dris, ella es mi mejor amiga, Kathleen Priest. Es la autora de las novelas eróticas más vendidas del mundo. Todo lo que ha escrito ha sido número uno en el Reino Unido y en el New York Times.

El tipo me miró muy sorprendido.

—¿De veras? ¿Tan buena eres? ¿Qué has escrito?

—La trilogía de Tyler Fox, que comienza con *El yugo del placer*. Solo ha sacado dos tomos, pero han sido la leche.

Liberty era mi fan número uno. Si no le devolví la sonrisa, fue porque Dristan empezó a mirarme con más interés, y no me gustó que un hombre más supiera que escribía «porno».

—En realidad, ahora solo soy camarera —atajé.

Mi respuesta le divirtió.

—Un currículum muy variado, Kathleen. Encantado de conocerte. —Me estrechó la mano—. Pero no creas que esto acaba aquí. Soy muy fácil de impresionar, y no puedo dejar pasar que he conocido a una celebridad. Tengo unas cuantas amigas obsesionadas contigo que agradecerían que les dijera que sigues viva.

—Mientras no les digas mi domicilio, ni que es improbable que vuelva a sacar algo al mercado, podré soportarlo.

Dristan me miró con una sonrisa curiosa.

—La verdad es que me suenas de algo más. Te he visto en alguna parte...

La sangre se me congeló en las venas.

Intenté mantener la pose.

—No lo creo.

—Sí, sí, de verdad. ¿No has salido alguna vez...?

—¡Oh, Swan! ¡Qué bonitos! —escuché que clamaba Sheila, abrazando sus nuevos zapatos de tacón.

El berrido entusiasta también distrajo a Dristan y a Liberty, que se olvidaron de mí. Me tomé un segundo para respirar hondo y sacudir las manos.

Falsa alarma.

Me crují el cuello y traté de concentrarme en otras cosas: luces. Gente. El regalo de Sheila... Los tacones tenían estilo y se notaba que eran caros, pero no eran ni la mitad de bonitos que los

que King me había robado.

Ese pensamiento me llevó a mirar a la fuente de todas mis desdichas, que también me observaba desde su lugar retirado en el palco.

Se había recortado la barba para el acontecimiento, y tenía el pelo húmedo, señal de que se había duchado antes de venir. Centrarme en eso para ponerme lejos del alcance de Dristan fue mala idea. Me lo imaginé desnudándose; los músculos de su espalda flexionados, sus glúteos a la vista... Lo vi levantando una pierna y otra para meterse en la bañera, o gimiendo de placer bajo el chorro de agua ardiendo. Fue como si lo tuviera delante de mí, frotando el gel entre las palmas hasta formar espuma que luego aplicaría sobre sus ingles.

Lo visualicé masturbándose con todo género de detalles. Ya lo había soñado así durante alguna que otra de mis siestas: dándose placer, respirando a través de los dientes apretados, jadeando mi nombre...

Sí, joder. Soñaba con que decía mi nombre.

Si supe que me había sonrojado no fue porque me ardieran las mejillas, sino porque King pareció leerme el pensamiento.

Me miró con una ceja alzada.

«¿Quién es la que mira al otro como si quisiera quitarle la ropa interior?», parecía decir. Yo no hallé respuesta, porque mi demonio interior se regodeaba diciendo: «Eso, Kathleen. ¿Quién es la obscena ahora?».

Carraspeé y me concentré en el siguiente regalo de Sheila.

Al principio me sentí mal por no haberle pagado a King la cuota correspondiente por los zapatos —que deberían haber sido míos—, pero cuando vi que alguien le había regalado unos pendientes con diamantes, agradecí no haber comprado nada.

Habría insultado su vanidad.

—¡No me lo puedo creer! ¡Son justo los que quería! —gritó Sheila, dando saltos. Se giró y le plantó a King un beso en los labios—. ¡Gracias, gracias...! ¡Y dices que hay otro!

Bufé y me desentendí de los regalos que me importaban un bledo volviendo a mi puesto.

Me encontré a la chica nueva muy agobiada, atendiendo la barra ella sola e intentando controlar las mesas a la vez. La ayudé preparando cócteles hasta que una prolongada caricia en el brazo me distrajo.

No me di cuenta de que había puesto cara de pánico hasta que descubrí la mirada seria de King.

—Solo soy yo.

—¿«Solo»? ¿Te parece poco? Estoy trabajando. Si quieres volver a hablar de asuntos de mi vida que no te conciernen, inténtalo más tarde.

—No deberías estar aquí. No sin supervisión, muñeca. Estás muy tensa.

Para demostrarlo, me puso las manos en los hombros que le había ofrecido al girarme. Deslizó el pulgar por una de las cervicales, presionando la cadena de contracturas.

Apreté los labios para no suspirar.

¿En qué momento habíamos pasado al contacto directo?

—Pero no he venido a insistirte en eso. ¿Por qué no vienes con nosotros a cenar? Sheila...

La mención de su nombre me erizó tanto que me tuve que quitar sus manos de encima.

—¿Qué clase de retorcido placer te produce tenernos a ella y a mí en la misma habitación, sobre todo después de lo que ha pasado entre nosotras?

—¿No la has perdonado?

—¿No vas a contestarme? ¿Qué te propones? ¿Qué hay en tu cabeza, King Sawyer? Porque

no quiero ser tu amiga, ni quiero el foco de tus miradas, ni tu ayuda. Estoy bien —añadí. Debí haber supuesto que la necesidad de recalcarlo hablaba por sí sola de la existencia de un problema—. Puedo atender borrachos, servir y coquetear con tíos sin ningún problema.

A lo mejor me pasé de la raya, pero estaba harta.

—Te has asustado cuando te he rozado el brazo. Eso no es no tener ningún problema, Kathleen.

—¡Kathleen, por favor! —me llamó la nueva—. ¡Necesito ayuda con esas mesas!

Agradecí su sentido de la oportunidad y la oleada de arrojo que me sobrevino, porque de ninguna otra manera habría ocurrido lo que ocurrió a continuación.

Sabía que él me estaba observando, lo que me produjo una satisfacción que no tardó en transformarse en determinación. Y fue la determinación la que habló en nombre de mis miedos cuando le pregunté qué quería tomar al grupo de cuatro que me tocó atender. Lo hice apoyando los codos en la mesa, ofreciendo una buena vista de mi humilde escote, y mis dientes con una sonrisa de oreja a oreja.

No debió notarse que estaba nerviosa y que me inquietaron sus miradas y codazos, porque me devolvieron la coquetería.

—¿Qué nos recomiendas tú? —preguntó uno de ellos.

—No sabría decirte —repuse con brío. Le guiñé un ojo—. A mí me gusta todo.

Un «oh» se extendió por la mesa.

Uno dio un golpe incluso, riéndose por mi descaro.

—Pues si te gusto yo, podrías sentarte a tomarte algo con nosotros. Te invitamos a lo que quieras, guapísima.

Compuse una mueca de pena.

—Desgraciadamente, tengo que trabajar toda la noche, y luego estaré molida. Pero podéis mirarme cuanto queráis.

Ellos volvieron a reírse. Estaban borrachos, pero eran unos borrachos inofensivos, gracias a Dios. Me dijeron qué querían tomar y lo apunté con floreos, intentando disimular el temblor de mis muñecas. Sirvió, al igual que el resto de sonrisitas y guiños. Sonrisitas y guiños que se esfumaron cuando uno de ellos me cogió de la mano.

El frío me subió por la espalda, pero no permití que me dominara. Saber que King estaba mirando, y que si Maddox se daba cuenta podría meterle un derechazo, fue inspiración suficiente para mantener la calma.

Al menos en apariencia.

—Si algún día te cansas de ser solo venerada con vistazos... —dijo, muy despacio. Era el único que no parecía borracho—, aquí tienes mi número.

Me quedé mirando el papelito con cara de circunstancia.

Podía agradecerse, rechazarlo y marcharme, pero quizá King lo usara en mi contra y seguir persiguiéndome para sacar a colación cosas de las que no quería hablar. Por eso sonreí, pagando casi el precio de mi vida, y me metí el pedazo de papel doblado en el escote.

Regresé a la barra marcando el contoneo de mis caderas, consciente de que el grupo me miraba y King también, quieto como una estatua donde lo había dejado. Esperé a que fuera él quien se acercara para sonreírle, burlona.

—Ahora tengo un número más en mi agenda. Lo llamaré en cuanto salga e iremos a cenar. Quién sabe si encartará pasar la noche juntos... Por si tuviera suerte, agradecería que llevaras a Sheila a tu apartamento esta vez. Me gusta tener intimidad.

No me molesté en averiguar su expresión.

Me di la vuelta y ocupé mi puesto en la barra.

Pasé la media hora siguiente atendiendo a un grupo de chicas de despedida de soltera.

Cuando volví a echar un vistazo al sitio en el que había dejado a King, él ya no estaba.

Tampoco había nadie en el palco.

—Se han pirado hace unos minutos. Iban al pub nuevo que han abierto, ese en el que trabaja Rae. Por cierto, eres experta ahuyentando tíos que se mueren por tus huesos.

No miré a Maddox al responder.

—Todavía no he conocido a ninguno de esos.

—Joder, nena, estás hecha un caso —bufó, entre divertido y resignado—. Si el genio te concediera tres deseos, estoy seguro de que le dirías que se los metiera por el culo.

—¿Y eso a qué viene?

—A que King podría concedértelos todos. Y si no, te podría dar tres orgasmos, que es lo más cercano a la magia que he visto desde... Desde eso de ahí, por ejemplo.

Señaló con la cabeza hacia su derecha, por donde Liberty apareció, tan agitada como de costumbre, y con dos bandejas encajadas bajo cada brazo.

—Jaab está esperándote en la puerta, Dox. —Meneó las caderas como si le picara una zona que no llegara a rascarse—. ¿Podéis... subirme los vaqueros? He perdido un par de kilos y tengo la sensación de que los llevo por los tobillos.

Maddox suspiró con gran dramatismo y se agachó un poco para tirar de los bolsillos de sus *shorts* hacia arriba. Se le escapó una carcajada al levantarle sin querer el polo y ver la tirilla de la ropa interior.

—¿Batman? ¿En serio? ¿Llevas ropa interior de Batman?

Liberty se ruborizó furiosamente.

—Hoy no tenía programado acostarme con nadie, ¿vale? Y la ropa interior de hombre es mucho más cómoda.

—Será de niño.

—Vete a...

—¿Gotham City? —probó—. ¿Puedo ir en el batmóvil?

—Como quieras —refunfuñó ella, que en el fondo se reía—. Pero siempre he preferido el Joker a Batman.

—Me lo figuraba... Los buenos nunca se comen una rosca.

—¿De verdad está mi padre en la puerta? —pregunté antes de que Maddox se sincerase más aún. Libby asintió y señaló su espalda en señal de «me tengo que ir». Puso rumbo a la mesa del tipo con el que supuestamente me acostaría esa noche—. ¿Y tú en serio vas a salir con él?

—Sí. Ya sabes: despedida de soltero... ¿Por cuántas va ya? Qué cabrón... —rio entre dientes—. Yo de mayor quiero ser como él.

—¿Una persona incapaz de tomarse algo en serio? Apuntas muy alto, Maddox.

Me pasó un brazo por los hombros, como acostumbraba a hacer cada vez que me hacía la ofendida.

—Era una broma, nena. Yo, con suerte, me casaré solo una vez.

A partir de ahí, la noche fue bastante tranquila. En más de una ocasión me sorprendí echando vistazos al palco, como si allí siguiera la fiesta.

Como es lógico, no llamé al desconocido después de acabar mi turno. Aproveché que estaba sola en casa para ponerme el ya constituido como una leyenda camisón beis. Encendí velas aromáticas con las que decoré la mesilla del salón, me serví vino tinto en una copa elegante y puse una película en la que volaran las vísceras.

Después me hice una bola en el sofá.

Mi paz y tranquilidad no duró más de una hora. El timbre me obligó a perderme la parte en la que la protagonista soltaba el cuchillo con expresión atemorizada.

Imaginé de quiénes se trataría: King Sawyer con su novia abrazada a la cintura. O al menos eso pensé, porque cuando abrí la puerta no me encontré con ninguna Sheila borracha.

King echó un vistazo por encima de mi hombro antes de mirarme a mí. Fuera porque estábamos solos, por el ambiente romántico de las luces de Dublín al otro lado de la ventana o porque tenía unos ojos como zafiros que me consumían la vida, tuve que contener un estremecimiento placentero.

—Estás sola.

No era una pregunta.

—Ricky se ha ido hace un rato —contesté como quien no quería la cosa. Me deleité con la manera en que se le oscureció el semblante.

Mi satisfacción se esfumó cuando dio un par de pasos al frente sin dejar de mirarme con los ojos ahogados en ese deseo que me abrumaba. Un deseo ahora atravesado por los celos.

—Pues para ser escritora de novela erótica te has tomado muy poco tiempo para los preliminares.

—¿Qué sabrás tú de cuánto tiempo me tomo para los preliminares? Lo que hacen mis protagonistas no tiene que ver conmigo. Suelo separar la realidad de la ficción.

—No sabes cuánto me apena oír eso. —Cerró la puerta de un puntapié, sumiéndonos en la semioscuridad. La única luz que llegó fue la de la televisión y la artificial de la calle, que entraba por los ventanales del salón—. Me iría mejor si supiera que te quedas tan satisfecha como ellas.

Él siguió avanzando y yo seguí retrocediendo.

—¿Y por qué te iría mejor?

—Dejaría de desconcentrarme pensando cada segundo del día en todas las maneras que conozco de hacer que te corras.

Su atrevimiento me secó la boca.

—¿Tienes esta fantasía recurrente con todas las mujeres?

—No, solo contigo. Pareces inaccesible, pero luego leo lo que hacen tus protagonistas descrito con un detalle criminal, y me doy cuenta de que es imposible que no hayas vivido cada escena en primera persona.

Retrocedí un solo paso más.

Me volvía a impresionar su altura y el calor que manaba de su cuerpo.

—No deberías creerte todo lo que lees.

Él se humedeció los labios antes de encender una de las luces cálidas. Un vistazo a la mesilla del salón le bastó para comprobar que había mentido y estaba sola: la solitaria copa de vino hablaba por sí sola.

—No lo hago —contestó, avanzando más. *Más, siempre más.* No me moví esta vez. Dejé que me rodeara con su intenso aroma masculino—. Y menos me creo lo que escucho. Sobre todo lo que sale de tu boca... — Intenté tragar saliva de manera imperceptible, pero él supo que el deseo se me había atascado justo ahí: me rodeó el cuello con los dedos y me echó la cabeza hacia atrás, pulsando mi barbilla con el pulgar— *mentirosa.*

Todo mi cuerpo cedió al contacto, tan blando y dispuesto que lo sentí más suyo que mío.

—King... —dije sin saber por qué.

—¿Tienes idea de cuándo fantaseo con las mujeres que beben vino cuando están solas; con las que se visten de satén para ellas mismas? —murmuró, con la voz ronca. Sus dedos pulsaban mi

piel en busca de un punto concreto—. Eres tan sensual sin proponértelo que me dejas sin aliento.

Su confesión sí que me dejó sin aliento. Tanteé la pared a mi espalda, donde apoyé las yemas de mis dedos en busca de soporte.

—¿Qué haces aquí? —musité, tratando de alejar la tensión del ambiente—. ¿Dónde está Sheila?

—¿Por qué preguntas por ella? ¿Te interesa tanto como yo?

Se me aceleró el corazón.

Había llegado la hora de la verdad.

Pero me tenía a su merced. Me veía incapaz de decir algo coherente cuando me estaba tocando; cuando iba a aplastarme con su cuerpo contra la pared.

—No —susurré.

—Lo sé —respondió en el mismo tono, contra el filo de mi boca—. Sé que te intereso solo yo. Y eso me complace de una forma que no podrías llegar a mi imaginar..., lo que quizá me acarree problemas.

Cerré los ojos en cuanto sus dedos acariciaron el borde de mi camisón. No lo levantó, solo apreció su textura.

—¿Qué problemas?

—Ella no soportaría que te tocara.

—Pero... —balbuceé—. Se supone que tenéis...

—Sí. Y desde que te vimos, los dos te deseamos. Pero no para compartirte, sino en privado. Yo supe que ella no te interesaba, pero Sheila no acepta negativas e insiste en que acabará convencándote. Está obsesionada contigo... No deja de hablarme de ti y dice que no me lo perdonará si me acuesto contigo sin ella en medio.

—Yo tengo algo que decir en todo eso, ¿no crees? —atiné a murmurar.

Su voz me estaba hipnotizando.

—Por supuesto.

—Ella no me gusta.

—Lo sé, mi amor —respondió con la voz ronca. Entreabrí los ojos, acuciada por la ternura pasional encerrada en su tono. Lo pillé observándome con los labios separados, respirando con dificultad—. Pero he tenido que controlarme para no disgustarla. Se tomaría como una traición que te follara aquí y ahora.

Tragué saliva.

—Estás dando por hecho que yo aceptaría.

Sus caricias en mi cuello cesaron. Las manos descendieron por mi cintura, a la que se aferró para ponerme de cara contra la pared. La excitación recorrió mi cuerpo como una bomba de largo alcance, que explotó primero en mi estómago. Sus dedos bordearon mi cadera para cerrarse en la tela que cubría mi bajo vientre; así me convenció de arquear sutilmente la espalda. A través del finísimo satén, noté el lino de su pantalón de traje.

Al pegarse a mí, sentí también lo que había debajo.

Frotó su caliente erección contra mis nalgas.

Reaccioné como si me hubiera dado un calambre.

—¿No aceptarías? —contraatacó en tono sugerente—. No quiero meter la mano en tus bragas porque estoy seguro de que sería como ir a la tumba, un viaje de ida... Pero apuesto mi vida a que estás excitándote. Te excito, muñeca —afirmó con un ronroneo. Sentí su lengua en el cartílago de la oreja—. Solo yo te excito. Ni ella, ni ese amigo tuyo del bar...

Jadeé cuando me embistió con las caderas. Quería su calor, tan distinto del mío, tan masculino

y estremecedor. Lo quería, Dios mío, y la certeza de que no iba a tenerlo esa noche estuvo a punto de partirme el corazón.

—Nunca accederé a un trío —sentencié—. Nunca.

—¿Por qué no?

—No me va. No me llama la atención. Solo... —Cerré los puños—. Olvidaos de mí como acompañante.

—A mí tampoco me convence como primera opción. Te prefiero solo para mí, y es curioso. Nunca me ha pasado nada parecido —confesó. Su verdad me puso el vello de punta, y que me cogiera por la cintura para pegarme más a él aceleró el proceso de combustión—. Pero si tuviera que compartirte para tenerte, me sacrificaría. Quiero hacerte tantas cosas... Convenceré a Sheila para que olvide ese estúpido límite que ha levantado en torno a ti.

Cerré los ojos con fuerza.

—No. Tampoco estaría contigo mientras tuvieras novia.

—No tenemos una relación cerrada.

—Lo sé, pero yo... No soy así. No me convence.

—¿Esto no te convence?

Me cogió la mano y la llevó a su bragueta. Lo sentí en todo su esplendor. Se había bajado el pantalón para que la fricción fuera más sensible. Lo noté suave, ardiendo; el relieve del prepucio y las venas que afloraban sutilmente. Era grande y ancho.

Y me aproveché como una auténtica bruja. Lo toqué tanto como quise. Había entrado en una especie de trance sexual en el que todo lo que me importaba era tenerlo en mis manos y masturbarlo, tenerlo en mi boca y devorarlo; tenerlo dentro y ordeñarlo.

—Kathleen... —siseó—. Dime que quieres que te folle y lo haré.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. Te llevaré a tu habitación y me pasaré toda la puta noche complaciéndote. Solo dilo. Si tú lo dices, me dará igual Sheila.

—Sabía que eras uno de esos cerdos. Si me tocas... —Lo sentía crecer en mi mano, bajo mis caricias canallas—. Serás un traidor y un infiel.

—Pues que me corten la cabeza —susurró en mi oído.

—No me acostaría con alguien que no es de fiar.

Dejé de sentir el aliento de King en la mejilla. Mi tajante negativa pareció servir para que me soltara, pero lo hizo tan despacio que me dio la sensación de que le había dolido.

Me giré hacia él en busca de un gesto que lo confirmase. No había ni rastro de risa en su mirada, aunque sí la más absoluta determinación a salirse con la suya.

Me puse en condiciones el camisón y me giré, intentando que no me restara dignidad que se me marcasen los pezones a través de la tela.

—¿Habías venido para algo, o solo buscabas molestar? ¿Por qué no ha venido Sheila contigo?

—Ha seguido de fiesta con mi hermana y el resto de sus amigos. Iban a pasar la noche de bares. En cuanto al motivo de mi visita... —señaló una de las sillas del comedor—. Me dejé el abrigo el otro día.

Me preparé para toparme con un abrigo invisible, pero no era invisible. De hecho, era tangible. Y para más inri, era suyo.

Sabía que estaba mintiendo como un bellaco, que había venido para asegurarse de que no había llamado al tipo del pub, pero me molestó que su tapadera fuese creíble.

—¿No podrías haber venido por la mañana?

—Sí..., si no hubiera hecho frío esta noche. También podría haber ido a por otro, pero tu casa

quedaba más cerca que la mía.

Se separó de mí y fue a por la gabardina con paso ligero. Cuando lo hubo dejado reposando en su antebrazo, volvió a acercarse, esta vez quedándose un poco más cerca de mi cuerpo. Fueron mucho más que sentimientos lo que se me puso a flor de piel. Sentí que flotaba.

—¿Por casualidad te has dejado una chaqueta aquí para venir a supervisar?

Me miró con una sonrisa de pirata, aunque se notaba que estaba afectado por mi rechazo.

—Eso nunca lo sabrás.

CAPÍTULO 9.

Eres una pesadilla disfrazada de sueño

Me levanté con un dolor de cabeza que parecía que me hubiese pasado la noche bebiendo. Tenía resaca de King Sawyer por culpa de mi subconsciente, que tomó la decisión de soñar con él. Con su cuerpo ceñido al mío.

Con sus propuestas para nada sutiles.

Yo, en un trío, con Sheila y King.

¿Se habían vuelto locos?

Gracias a Dios que habían esperado a que lo sospechara en lugar de soltármelo a bote pronto, porque no sé cómo habría reaccionado.

Seguramente me hubiera buscado otra compañera de piso. Ginebra, la vecina, no podía pagar sola el alquiler. No tendría ni que haber puesto de nuevo el anuncio en internet.

Pero no quería ser una exagerada. Estábamos en el siglo veintiuno. Aunque no me llamaban la atención determinadas prácticas, las respetaba. Escandalizarme porque aquellos dos me hubieran convertido en su fantasía era, hasta cierto punto... halagador.

El problema era que no podía evitar sentirme violenta.

Me querían desnuda en su cama. Juntos y por separado.

¿Qué coño iba a hacer?

Esperaba hablar con mi padre sobre el asunto. Se suponía que vendría en unas horas, feliz después de su despedida de soltero. Decidí esperarle sin salir aún de la cama, haciendo el amago de golpear algunas teclas.

Gavin iba a ser el nuevo Tyler Fox, el personaje que me iba a catapultar a la fama con su labia, sus manos mágicas y su belleza innegable. Pero no. El que al principio era el colmo de la perfección angelical, rubio y educado, ahora era un sujeto de metro ochenta y cinco, barbilla partida, penetrantes ojos azules y dudosa belleza... pero atractivo feroz. Un arrogante de padre y muy señor mío. Un hombre obstinado y pertinaz.

Y era, también, el eterno delirio de la protagonista: una mujer normalita de pelo y ojos castaños que odiaba depilarse las piernas.

La relación directa con mi situación actual era preocupante.

La noche anterior había escuchado cómo Sheila abría la puerta entre risas y tropiezos apenas unas horas después de que King se marchara. Suponiendo que él era quien iba pisándole los talones, decidí que me haría la dormida para evitarlos a ambos.

Cuando el reloj dio las diez de la mañana y mi dolor de cabeza era ya imposible de ignorar, me levanté de la cama, me puse esa bonita bata que mi padre me trajo de su tour por China y seguí los murmullos de Sheila.

Iba siendo hora de aclarar algunos asuntos.

Antes, revisé los mensajes: uno de Liberty, que me había pasado una foto muy sonriente con Dristan, un par de vídeos de Maddox borracho perdido cantando una canción de feria con mi padre, y...

King

Entonces, ¿qué?

¿Lo pasaste bien anoche?

Parpadeé y me quedé mirando el texto como si me hubiera insultado.
Luego recordé que se suponía que me había acostado con un don nadie y todo cobró sentido.

Kathleen

De maravilla.
Se ha pasado a desayunar.

Su respuesta fue inmediata.

King

¿Y no lo has espantado con tu mal humor matutino?

Kathleen

Tú tienes los derechos de autor de mi mal humor. Los demás ni lo huelen.

King

Ya tengo algo de ti que los demás no.

En un arrebato infantil, le cambié el nombre.

Kathleen

No es como para sentirse halagado.

Cerdo provocador

Pues lo siento, pero me siento halagado. ¿Te lo ha hecho bien?

¿Acababa de preguntarme... eso?

¿En serio acababa de...?

Kathleen

Es una bestia en la cama.

¿Acababa de responderle... eso?

¿En serio acababa de...?

Cerdo provocador

¿Se ha tomado su tiempo para los preliminares esta vez, tal y como Dios manda?

Kathleen

Sí. Es muy bueno con las manos.

Cerdo provocador

¿De veras?

¿Y con la lengua?

Cerré los ojos y me mordí el labio, preguntándome a qué diablos estábamos jugando. Él intentando inmiscuirse en mi vida, y yo disfrutando como una cría vacilándole.

Lo peor era que me entusiasmaba imaginarlo celoso.

Me estaba acercando peligrosamente a ese lugar emocional en el que no quería volver a verme nunca más.

Kathleen
Mejor aún.

Cerdo provocador

Ya veo. Dudo que una chica como tú hubiera invitado a desayunar a un tipo que no supiera unos cuantos movimientos.

Me regañé por empezar a teclear una respuesta absurda y la borré antes de tener el mal tino de contestar.

No le debía ninguna conversación, ningunos detalles, pero por algún motivo quería restregarle en las narices que podía acostarme con un hombre y pasarlo bien.

Salí de mi habitación para desayunar con Sheila, que seguía susurrando. Rápidamente asocié a King a la charla, y eso me hizo fruncir el ceño. Según parecía, tenía la poca vergüenza de mandarme esa clase de mensajes delante de Sheila.

Sí, sí, relación abierta, pero un poquito de respeto, ¿no?

Joder, ¿y si me los estaba mandando con Sheila?

¿Y si los estaba escribiendo Sheila?

Apreté el paso, lo que hizo que mi frenazo al llegar al salón fuese más brusco.

No era King Sawyer, pero era un hombre. Uno atractivo, medio desnudo, que tenía a una Sheila vestida a juego —o desvestida, más bien— entre sus brazos.

Mi barbilla casi abrió un boquete en el suelo al reconocer a su acompañante. La reacción debió ser brutal —yo no lo supe, mi alma abandonó mi cuerpo—, porque Jaab intervino con actitud apaciguadora.

—Tranquila, jaquetona —me pidió, avanzando hacia mí con una mano por delante—. Antes de que digas nada, quiero que sepas que...

No sé cómo, pero encontré mi voz.

—¿Cómo se te ocurre...? —empecé, sin voz—. ¡¿Cómo coño se te ha ocurrido, Jacobus?! ¿Con mi compañera de piso? ¡Te dije que no lo hicieras! ¡¡Te dije que no te acercaras!!

—Kathleen, cielo, tranquilízate...

—Dios mío, ¿de qué me extraño? —Solté una carcajada vacía—. ¡Es lo que siempre haces! ¡No puedes parar...! ¿Lo sabe ella? ¿Lo sabes? —pregunté, mirando a Sheila, perpleja. La culpabilidad de su expresión se intensificó—. ¿Sabías que se iba a...? ¡Te vas a casar, papá! ¡Te...! Oh, joder, Dios mío.

Me tapé la boca con la mano y retrocedí sin poder creerlo. Fui caminando hacia atrás hasta que choqué con la pared contraria.

Sabía que era un infiel, pero nunca había tenido que verlo en directo.

—Eres un... Ni siquiera tengo palabras. Te quiero fuera de mi casa ahora. Y a ti también. —Señalé a Sheila—. Os quiero lejos de mi vista, de mi vida, os quiero... ¡Fuera! ¡Ahora!

—Jaque...

—¡Cállate! —amenacé, mirándolo con los ojos vidriosos. No quería saber por qué estaba reaccionando de ese modo, y por eso no lo analicé y dejé salir toda mi frustración—. ¡En mi cara! ¡En mi maldita cara...! ¡En mis jodidas narices! ¡Te lo dije, Jaab! ¡Y a ti te hablé de cómo me sentaban estas cosas, te dije que no quería presentarte a mi padre por esto!

—Lo siento, Kathleen. Anoche estaba muy borracha, y...

—Estabas muy borracha —repetí—. Te sirve como excusa para acusarme de zorra, para tirarte al padre comprometido de tu compañera de piso... ¿Qué será lo próximo? ¿Estabas borracha cuando me asfixiaste con la almohada? Largo. Largo los dos. Ni siquiera quiero saber cómo pasó, ni dónde, ni por qué... Solo... Iros. ¡Fuera!

Crucé el salón, esquivándolos igual que si tuvieran la peste, y abrí la puerta de entrada como un abanto. Una ráfaga de aire helado acompañado de la humedad que flotaba en el aire los días de lluvia me arrancó un escalofrío. Temblaba tanto, estaba tan asqueada, que no podía pensar en nada.

Necesitaba estar sola. Necesitaba recuperar el control.

Pero cuando al cruzar el umbral vi que King caminaba por el pasillo en mi dirección, seguramente para ver a su novia, estuve a punto de venirme abajo del todo.

Entre el enfado, la sensación de traición y la tristeza, me sentí injusta. Me sentí una amargada. Sentí que, como yo no era capaz de hacer lo que quería porque estaba bloqueada, trataba de detener a los demás cuando buscaban el placer... y luego los hacía sentir mal por ello.

Era una egoísta, vale. Pero me había estado conteniendo por respeto, King se había estado conteniendo por respeto, y Sheila no había sido respetuosa conmigo.

Era mi padre... ¡Mi PADRE!

Salí al pasillo en pleno ataque de nervios y cerré la puerta de sopetón, justo a tiempo para bloquearle el paso y la vista a King.

Me daba igual qué tipo de relación tuviesen. No tenía por qué ver eso.

A mí me habría matado ver eso.

A mí, una vez, me mató ver eso.

Estaba tan acalorada, decepcionada y dolida, que apenas me fijé en que King se había puesto guapísimo. Llevaba su clásica e impoluta americana azul marino conjuntada con una camisa de rayas que le hacía parecer aún más alto.

Estilo informal, sin mocasines y sin pantalones de pinzas, sin corbatas ni pajaritas... Solo él. Un tipo que era lo bastante hombre para no fantasear con ninguno más.

—Vaya cara, muñeca. ¿Un mal polvo matutino? Menuda pregunta, la mía... Olvidaba lo que hablamos el día que nos conocimos. Tienes las expectativas por las nubes.

Me esforcé tanto por sonreír que lo conseguí.

—Entonces esta vez he debido ir sin ellas, porque estoy muy satisfecha. Y esta cara se debe a que estoy harta de que vengas a racanearme el desayuno. A partir de hoy... —Tuve que callarme cuando alzó un paquete que parecía contener cruasanes—. ¡Da igual lo que hayas traído! Vas a tener que desayunar solo en el pasillo, porque tengo cosas que hacer en la calle.

—E ibas a hacerlas en camisón.

«Estúpida».

—No sé por qué te sorprendes. A este camisón le falta poco para consagrarse patrimonio de la humanidad.

Él sonrió muy despacio y se acercó. El olor a gel y *aftershave* ejerció un curioso efecto tranquilizante en mí.

Algo se derritió en mi estómago cuando King coló un par de dedos debajo del fino tirante. Lo acarició con el pulgar y el índice lentamente, echándolo hacia atrás antes de soltarlo.

Aquello me produjo unas inexplicables ganas de echarme a llorar. Me latía el corazón muy rápido, y no se me daba tan bien fingir que no me pasaba nada.

—¿Habías venido por algún motivo en especial?

—Hablar con Sheila.

No supe si alegrarme. Según el imaginario colectivo, un «tenemos que hablar» era un sinónimo de cortar la relación.

King hizo ademán de pasar.

Me interpose entre su destino y él.

—Nunca pensé que llegaríamos a este punto —comentó—. Sé que odias que dé vueltas por tu casa, pero de ahí a iniciar una cruzada para evitarlo...

King volvió a intentar entrar. Tuve que pegar la espalda a la puerta y estirarme para imponerme.

No sirvió para mucho más que quedarme muy cerca de su cara, muy cerca de su nariz y de sus labios, de su mirada chispeante.

Estaba tan alegre como siempre.

—¿Acaso te da miedo que vea a tu noviete? —preguntó, a distancia nula de mis labios. Cualquiera que nos viera desde fuera pensaría que estábamos besándonos. La posibilidad de hacerlo real me pesó tanto que por poco suspiré—. No voy a salir corriendo por ver a un tío desnudo. —Apoyó una mano en el marco de la puerta, acorralándome—. Debería ser él quien huyera despavorido al verme a mí.

—King...

—Muñeca, voy a pasar.

No sabía por qué estaba tan nerviosa. King no era celoso. Aquello le daría igual.

Pero a mí no me daba igual.

Yo solo pensaba en aquella vez que metí unas llaves en una cerradura, empujé una puerta y me encontré con una escena que aún me atormentaba en mis pesadillas.

Allí nadie se arrepentía de nada. Ni Jaab de hacer daño a Jessamine, ni Sheila de pasarse por el forro mis sentimientos... La certeza de que nadie era fiel a nada me rompió el corazón e hice un puchero.

—Kathleen —me llamó King, preocupado—. ¿Estás bien?

Me sentí tan frustrada porque todo el mundo actuara así, por el poco respeto, por la falta de lealtad, porque uno de los dos volviera a ser mi padre y porque la otra fuera la mujer por la que King no se acercaba a mí...

Lo miré a los ojos.

—Eh. —Me tomó de la barbilla con delicadeza—. ¿Qué ha pasado?

Sacudí la cabeza, pero no me pude resistir y me aferré a sus hombros, temblando como un potrillo.

Él me devolvió el abrazo enseguida.

—¿Qué ocurre, cariño? —lo intentó una vez más.

Una lágrima corrió por mi mejilla. La sequé pegando la cara a su americana, y luego levantándola hacia él. Su mirada azul se dirigió a donde había puesto mis manos, sorprendido por mi atrevimiento.

Miró mi boca entreabierta.

«Te deseo», le quise decir. «Te deseo, pero me harías lo mismo que hace mi padre. Harías lo mismo que ya me han hecho».

King me acarició la cara.

—¿Has tenido una pesadilla?

—Vivo en una pesadilla —confesé con un hilo de voz.

No sé por qué lo hice. Él me miró con esa seguridad feroz que parecía decir que haría cualquier cosa para ahorrarme sufrimientos, que me protegería de mí misma, y yo... Yo olvidé

cómo pensar.

Me puse de puntillas y lo besé. Para distraerlo de mi patética verdad, o para respirar tranquila de una vez; para vengarme de los que preferían la pasión de una noche al amor de sus mujeres... O porque si no lo hacía acabaría entrando en un bucle de angustia del que no podría ni sabría cómo salir.

King se puso tenso por la sorpresa. En lugar de apartarme en honor a Sheila, que era lo que habría procedido, me aplastó contra la puerta con brusquedad y me obligó a entreabrir la boca mordiéndome suavemente el labio inferior.

No me dio tiempo a procesar nada. Al segundo siguiente, King ya estaba respondiendo a mi inocente contacto con una pasión irresistible que lo torció todo, empezando por mí.

Obedecí a la tentativa de sus labios. Me sedujo su sabor a café y a menta, a algo dulce y también amargo. La presión de su pecho acoplado al mío me convenció de que encajábamos mejor que bien. Si en algún momento pensé que aquello podía estar mal, se me olvidó cuando el roce íntimo de su lengua se hizo con el control de mi boca.

Me sorprendí deseándolo tanto que mis principios y mis reticencias desaparecieron para concentrarse en una única cosa. Él. King me puso a sus pies con su beso sediento, armado con una pericia que me derritió hasta la férula de los huesos.

Le di la bienvenida sin saberlo apretándome más contra él, buscando encontrarme con sus labios cuando me abandonaba brevemente; arrugando su camisa entre mis dedos para, de alguna manera, dirigir la tensión a otros puntos en los que fuera más soportable.

Pero no era soportable.

Su abrazo era tan intenso que me iba a romper.

Y no me importaba.

El ritmo del beso aumentó junto con el agobio de no extraer todo lo que quería de él... que era, en realidad, *todo*.

Nos besamos y tocamos rápido, jadeando, frotándonos y empujándonos. Nos negábamos a que acabara.

Esperé hasta que me sobrevino el desvanecimiento físico, y entonces me separé para coger una gran bocanada de aire.

King me robó el aliento solo mirándome, asombrado y también ahogado en un deseo visceral que me dolió.

Con la cabeza dando vueltas y los tobillos flojos, agarré el pomo de la puerta e intenté escapar de su intenso escrutinio; de mi deseo de volver a besarlo.

Él me cogió de la cintura. Aunque no evitó que me diese la vuelta, sus labios encontraron el lateral de mi cuello.

Jadeé al sentirlo.

—Nunca —me advirtió— jamás beses a un hombre así si luego pretendes darle la espalda.

—¿Por qué no? —balbuceé, con un puño apretado contra el pecho.

—Porque lo estarías matando.

—¿Y te sorprende? Llevo queriendo matarte desde que te conozco.

King soltó una risilla sofocada.

—Estás de suerte, porque me prestaré a todas las torturas que se te ocurran. Pero antes bésame otra vez.

Sonó tan desesperado que me conmovió. Ya no sabía qué diablos me esperaba al otro lado de la puerta, solo importaba lo que había ocurrido allí, en ese momento.

Me di la vuelta para enfrentarlo otra vez. Me chocó verlo despeinado, con los labios

hinchados.

El orgullo más ridículo me invadió.

King envolvió mi cintura con todo el brazo, ciñéndome a su pecho. Volvió a juntar su boca con la mía, esta vez con suavidad, como si temiera hacerme daño. Mi corazón dejó de latir desde que nuestras lenguas se encontraron hasta que selló el beso dándome un pequeño mordisco en el labio inferior.

Ese contacto quebró una de las murallas infranqueables que había levantado para evitarlo. Me asustó el calor que invadió mi pecho al mirarlo a los ojos, y me separé rápido.

Me refugié de mi error y del suyo poniendo una pared entre los dos. Sin pasar por el salón, me precipité hasta mi habitación con el corazón en un puño y me encerré.

Apoyada contra la puerta, me palpé los labios húmedos y tragué saliva.

«¿Ahora qué?».

CAPÍTULO 10.

Entre la espada y la pared

Papá

¿Piensas perdonarme algún día?

Me quedé mirando el mensaje con cara de pocos amigos.

Llevaba tumbada en la cama cuatro horas, contemplando el techo con mala leche tal que parecía que estuviera retándolo a derrumbarse sobre mí.

No me había atrevido a salir aún de mi habitación.

Sabía que era un comportamiento infantil, pero estaba tan dolida que no se me ocurría cómo afrontar la situación. En lugar de responder a los toques en mi puerta, había llamado a Jude, mi psicóloga. Me dijo justo lo que necesitaba oír: «No te lo tomes como algo personal. Las relaciones que tiene tu padre no tienen nada que ver con la que tú tuviste».

Pero me sentía mal, porque por culpa del comportamiento libertino de mi padre, su matrimonio se fue al garete, y yo pasé toda la infancia y adolescencia en medio de una pelea. Ahora entendía por qué mi madre me dejó de hablar cuando decidí irme a vivir con él.

Jaab nunca aprendía. No quería hacer las cosas bien.

Los toques en la puerta no eran solo de mi padre, aun así.

También de Sheila.

Volví al mensaje de texto y lo releí. Después, presa de otro arrebato infantil, edité el nombre de contacto y tecleé una respuesta lo bastante contundente para que me dejara en paz.

Kathleen

Tal vez cuando mi vida dependa de ello. Por ahora estoy mejor enfadada.

Cabrón de mierda

Cómo se nota que has salido a mí en lo de la vena dramática.

Cabrón de mierda

Vamos, respóndeme, jaquetona. Aunque solo sea diciéndome que hablaremos un día de estos.

Cabrón de mierda

O insúltame, si lo necesitas.

Cabrón de mierda

Soy tu padre, Kathleen. No puedes odiarme para siempre por esto.

¿Que no?

JA.

Ponme a prueba.

Cabrón de mierda

Jovencita, coge ahora mismo ese teléfono o te quedarás sin postre.

Kathleen

No te pongas a bromear, Jacobus, porque entonces sí me voy a cabrear.

Cabrón de mierda

De acuerdo, lo cojo. No está el horno para bollos. Pero dime que aún hay esperanza.
Lo siento, ¿de acuerdo?

Kathleen

No lo sentías cuando te tirabas a mi compañera de piso. Sé que eres un adulto, pero no estás libre, y te advertí para que la dejaras en paz. ¿Tienes idea de lo imbécil que me siento? Fui a elegir el anillo de Jessamine, Jaab.

Cabrón de mierda

Solo puedo decir que lo siento, y que debería haberte respetado. A ti y a Jessamine. Sabes que eres lo único que me importa y no soporto que nos peleemos.

En eso tenía razón, y lo odié por conmoverme cuando solo quería regodearme en mi desprecio.

Jaab podía ser un trotamundos guiado por la brújula de los deseos de Sparrow, esa que apuntaba a la mujer inalcanzable pero que acababa dominando tarde o temprano. Era, sin lugar a dudas, el verdadero Holandés Errante. Ahora bien: nunca me había dejado atrás. Nunca se había marchado de casa sin avisar, sin preguntarme cómo estaba o sin proponerme que fuera con él a conocer las culturas que le maravillaban. Nunca se había desentendido de mí, sino todo lo contrario: cuando mi madre aún podía inventarse excusas para alejarme de él, Jaab saltaba con pértiga por encima de esas absurdas historias, de esos insultos, de esos pretextos, y abría sus brazos para protegerme de todo lo que me daba miedo. De todo lo que me hacía daño, Theresa incluida.

Por eso mi madre y yo acabamos separándonos.

Jamás me había cambiado por la compañía de una mujer, y jamás lo haría. Así se lo expresaba a todos sus ligues, novias, esposas y demás mujeres que alguna vez fueron algo para él.

«Si alguna vez me haces elegir entre mi hija y tú, ten claro quién va a salir perdiendo», decía. Yo y su mejor amiga éramos las únicas que gozábamos de ese privilegiado puesto; más yo misma que La Tana, por supuesto, pero La Tana también.

Eran momentos escasos en los que me sentía orgullosa de tener un padre así, pero no solían durar mucho. Aunque a mí me tratara bien, me costaba pasar por alto su comportamiento, sobre todo ahora que él sabía que yo estuve en el lugar de esas mujeres engañadas. Lo quería, pero no podía disculpar los errores que seguía cometiendo sabiendo lo que dolían.

Sin embargo, tras el mensaje no pude seguir molesta. Entre otras cosas, porque era su vida y yo no tenía por qué meterme.

Y porque tenía mis propios problemas. Entre ellos, que casi cinco horas después de la visita de King, el beso seguía al rojo vivo.

Kathleen

¿Tan difícil sería que no te acostaras con mujeres de mi entorno? Al menos no cuando estuvieras comprometido.

Capullo carismático

Estábamos borrachos, jaquetona.
Y no sabía que era tan importante para ti.

Capullo carismático

Antes de que me digas que me lo repetiste veinte veces y que no me haga el tonto, lo siento. De nuevo lo

siento. Si te sirve de consuelo, no me casaré con Jessamine después de esto. Puedes asegurarte de que cumplo con lo que te he dicho acompañándome a devolver el anillo mañana a primera hora.

Kathleen

No se puede devolver, Jaab.
¿No oíste a la dependienta?

Idealista insoportable

Ahora que conozco a King, seguro que hace una excepción conmigo.

Solo ver su nombre escrito en una pantalla me arrancó un escalofrío.

Si acepté, fue porque me daría cierto margen de huida si a King se le ocurría visitarme. O por si se les ocurría a su novia y a él discutir delante de mí sobre algo que me tocaba de cerca.

Esa fue mi primera conclusión tras ejecutar la nefasta idea de besar a King Sawyer: debía correr en la dirección contraria.

No se volvería a repetir.

Intimar con un hombre en su situación era de por sí malo, pero fantasear con que volviera a suceder y tener que entretenerme cambiándole el nombre a mi padre en el móvil para no repetir el momento una y otra vez, ya no tenía perdón.

Debía alejarme de King Sawyer, y por un motivo evidente: había resultado ser la clase de tipo que engañaba a su novia. Sabía que Sheila se tomaría como una traición que intimase conmigo, y lo había hecho igualmente.

Yo no necesitaba a otro hombre así en mi vida.

Bastante tenía con mi padre y con mis recuerdos.

Lo que sí necesitaba era aclarar las cosas con Sheila. Por eso salí de mi habitación con el móvil en una mano y la rebeca en otra. Tenía la piel de gallina por el frío y por los nervios.

Frené en seco cuando escuché a Sheila hablando en voz alta. Al principio pensé que estaba discutiendo consigo misma, pero cuando me asomé a la sala de estar, me di cuenta de que peleaba con King.

Los dos tenían el ceño fruncido. Nunca los había visto así. Se notaba que no gritaban porque no querían que me enterase de lo que estaba ocurriendo.

—Solo digo que va contra la naturaleza de nuestra relación —decía King. A juzgar por su tono cansado, debía de llevar un buen rato sosteniendo ese argumento—. No me puedes prohibir que me acueste con una persona concreta.

—La naturaleza de nuestra relación es su flexibilidad, y si nos ponemos de acuerdo en que no vamos a hacer una cosa, estamos comprometidos a no hacerla. ¿En serio vas a echarme a mí la culpa de haberte enrollado con ella? No me lo puedo creer.

—Sabías que iba a suceder. Kathleen y yo tenemos algo. Lo tenemos desde antes de que me pidieras que no hiciese nada.

Sheila soltó una carcajada seca y se cruzó de brazos. Estaba de perfil a mí, pero podía ver su expresión irritada.

—¿Y eso debe consolarme?

—No es como si la hubiera apartado de tu lado para traerla a mi terreno. Ella no siente nada por ti, Shey. Que no quiera nada contigo no tiene por qué detenerme a mí. Es egoísta por tu parte haberlo planteado. ¿No te acuerdas de Gabriella? Ya nos pasó una vez, pero a la inversa. Ella estaba interesada solo en ti. ¿Me viste armar algún numerito? No.

—Aquella vez fuimos honestos todo el tiempo. Tú te has enrollado con Kathleen a mis espaldas.

King suspiró.

—He venido a decírtelo el mismo día, y salió de ella. No lo tenía planeado.

—Me sigue doliendo, King. ¿Tanto te cuesta entenderlo? Siento algo por ella y estoy celosa. No quiero que te acerques. Si tengo que dejar el apartamento, lo dejaré.

—¿En serio llegarías a esos extremos?

—Si me prometes que no vas a acercarte...

—Sheila, lo siento. Pero...

No pude seguir escuchando. Di un golpe con la zapatilla contra el suelo para avisar de que iba a entrar.

Sheila no contenía los pucheros, y King no podía estar más lejos del arrepentimiento.

Inspiré hondo.

—No es muy prudente ponerse a hablar de alguien que duerme en la habitación del fondo del pasillo. ¿Qué pasa, es que yo no tengo nada que decir en todo esto? ¿Os creéis que soy un juguetito que cambia de manos?

—Claro que no —repuso King con voz grave—. He venido a decirle a Sheila lo que ha pasado y cómo lo veo antes de que lo descubriera y pudiese tomárselo peor.

—¿Por qué le hablas como si supiera que...? —Sheila me miró boquiabierta. Luego se dirigió a King—. ¿Le dijiste cómo me sentía?

—Sí. Sabes que soy honesto.

—¡No tenías ningún derecho! ¡Son mis sentimientos!

—Lo siento por eso. Estuvo fuera de lugar. Pensaba que había que poner las cartas sobre la mesa. Ella debía saber qué coño estaba pasando y clarificar la situación.

Me froté las sienes con los dedos y traté de concentrarme en la conversación, pero me encontraba muy lejos de allí.

Odiaba estar en medio de su relación, porque no era algo que hubiese buscado. Si hubiera sabido lo que pasaba antes, habría encontrado la forma de apartarme.

—Basta —zanjó, cansada—. No quiero formar parte de nada de esto. No quiero romper vuestra relación.

—Habértelo pensado antes de besarlo —me espetó Sheila.

Parpadeé, sorprendida.

—No eres la más indicada para hablar de eso. Te has tirado a mi padre, un hombre comprometido. Lo mío no tiene más delito que lo tuyo, y en mi caso no me arrepiento de nada.

—Sentí que King me atravesaba con la mirada—. Mirad..., no quiero lidiar con nada de esto. Aprovechando que aún no me has pagado la mensualidad, me gustaría que te buscaras otro apartamento —le dije a Sheila—. Si no vivimos juntas, nos ahorraremos problemas. No tengo fuerzas para ser el elemento de la discordia entre dos personas.

—Lo que quieres es quitarme de en medio para liarle con King sin que me entere, ¿no? Pues me enteraré, que lo sepas.

—No pienso tener nada con nadie mientras él esté en una relación. Se lo dije y lo vuelvo a repetir para que me oigáis los dos. —Me sentí extraña teniendo que hablar con claridad sobre un tema íntimo—: Yo no creo en las relaciones abiertas y no voy a ser la amante de nadie. Seré una frígida, o estaré anticuada, pero no me va la poligamia ni tampoco las mujeres. Me habéis metido en vuestro juego como si a mí me interesara formar parte de él. No es así. Así que, por favor... —pedí, mirando a Sheila—. Recoge tus cosas.

—No es necesario, Kathleen —replicó, mirándome con los ojos húmedos—. Esto no tiene ninguna importancia.

«Y una mierda».

—De todos modos, lo mejor será que te vayas antes de que la tenga. En serio, no quiero nada de esto en mi vida. No necesito problemas, ni complicaciones, ni... —Levanté la vista del suelo —. Por favor, haz tus maletas.

Sheila hizo un mohín.

—Te recuerdo que necesitabas dinero para mantenerte. ¿A quién vas a buscar ahora? Eres una persona con la que cuesta mucho convivir, ¿sabes? No todo el mundo va a ser tan amable contigo como yo lo he sido.

Levanté las cejas, asombrada por su audacia.

—Hasta mi epilady es más amable que tú, Sheila. Al menos ella no me insulta cuando está borracha, ni se acuesta con mi padre, ni manipula a su novio para que no se me acerque. Y no te preocupes, que tengo ya una candidata en mente.

Ofendida por mi ataque, Sheila se desapareció en el pasillo. Pensé que, para «tener sentimientos por mí», parecía más bien una niña consentida que se había obsesionado con lo que no podía tener.

Saber que seguramente no me deseaba, sino que *pensaba* que lo hacía, me dejó más tranquila.

En mi camino hacia la radio, con la que pretendía acabar con el silencio, King dijo:

—En realidad es buena persona. Solo reacciona... regular cuando se siente atacada. En eso se parece un poco a ti.

—¿Ahora vas a decir que por eso te gustamos? —me burlé.

No me salió bien. Me tembló la voz al recibir en flash unos cuantos recuerdos tórridos.

—No. En lo demás no podéis ser más distintas. ¿Decías en serio eso de que no crees en las relaciones abiertas?

La pregunta me pilló de sorpresa.

Dejé de pulsar botones y me giré hacia él.

—Mi padre se ha parapetado en ellas durante años para romper corazones.

—No todo el mundo es como tu padre.

—Pero tú sí. Responder a mi beso fue como ponerle los cuernos. Su reacción lo ha dicho todo. Y no me extraña ni que ella se ponga así, ni me sorprende que lo hicieras. Sabía que eras esa clase de hombre.

—¿Me estabas poniendo a prueba?

—Sí —mentí.

King sonrió de lado.

—No te lo crees ni tú. ¿Y a qué te refieres con «esa clase de hombre»?

—Infiel —acoté sin mirarlo.

—No me creo que vayas a escudarte en eso cuando el problema que tienes es que me quieres exclusivamente para ti.

Le devolví la sonrisa, la mía venenosa.

—Sé que pedir fidelidad a los hombres es una ingenuidad, y no querría quedar como una estúpida. Pero tampoco voy a sacrificar lo que considero que está bien, o por lo menos lo que deseo, para acostarme una vez contigo. No me compensaría.

King entornó los ojos.

—Eso ya lo veremos. Puedo hacer que merezca la pena.

—No me importa ver cómo lo intentas, pero no quiero que pierdas el tiempo.

—Cuando haga algo más que intentarlo, te darás cuenta de que eres tú la que ha estado desperdiciando el tiempo.

Me aparté de él con las piernas temblorosas.

—Eres un arrogante, ¿lo sabías?

—Puedo permitírmelo —susurró. Se acercó y me tomó de la barbilla para darme un beso en el borde de la boca. Sin separarse, añadió—: Igual que tú puedes permitirte ponerme a rogar como un esclavo. Aprovecha tu dominancia sobre mí cuanto quieras antes de dar el brazo a torcer... Porque cuando estés en mi cama, Kathleen, será mi turno. Y no tendré piedad.

CAPÍTULO 11.

La realidad siempre supera a la ficción

Me di cuenta de que estaba peor de lo que pensaba cuando me alegré de haber echado a Sheila. Básicamente porque la razón principal era que no tendría que escucharla gemir, y eso delataba lo celosa que había estado siempre.

No es nada agradable tener cerca al hombre con el que fantaseas cuando está tan ocupado con otra. Había intimidades de las que hubiera preferido no enterarme. Gracias a Dios, eso se había terminado. Y no sentía ninguna pena.

¿Me hacía eso una zorra?

Quizá.

¿Me daba igual?

También.

Me enorgullecía haber puesto las cartas sobre la mesa. Y me gustaba pensar que, ahora que King había ordenado sus preferencias, iba a dejar a Sheila para dedicarse a mí. Eso era lo que ansiaba la Kathleen desesperada por sexo y atención, y eso era también lo que temía la Kathleen cabal. Un tío así de intenso podría llevarme por delante si se lo propusiera.

Mientras me peleaba conmigo misma por este asunto y decidía qué hacer con el sillón de King, trataba de negociar con Gin para que ocupase la habitación libre.

Sí, Ginebra era a la inquilina que tenía en mente.

Le faltó tiempo para aceptar la propuesta de mudarse a la puerta de enfrente.

Negociamos los detalles del contrato y unos minutos después lo sellamos con un apretón de manos. Ella llevaba un espantoso pijama con agujeros y pelusillas y yo un chándal rosa. Parecía sacada de un videoclip de *trap*, pero no me iba a cambiar para hacer mis recados. Pretendía escandalizar a la dependienta de la segunda franquicia de King's Pleasure, esa que estaba en la otra punta de la ciudad, pero a la que merecía la pena ir con tal de evitar al propietario.

—Ahora mismo tengo un asunto que atender, pero si tuvieras la amabilidad de empaquetar aunque fuera una caja y dejarla en mi salón, te lo agradecería muchísimo.

Gin me miró con diversión.

—¿Tan insoportable se ha vuelto el asedio de King «hago honor a mi nombre» Sawyer? ¿O es cosa de la rubia sacada del equipo de animadoras de una película americana?

—Es cosa de ambos. Tú solo pon esa caja, ¿quieres? —pedí, tendiéndole las llaves y guardándome una copia en el bolsillo—. Quiero que la vea cuando venga a recoger sus cosas y así se anime a empaquetar rápido.

—Eso no suena a que hayáis tenido un buen final. Y, por favor, no me vayas a poner la excusa de que «sois personas muy diferentes y no encajáis».

—De hecho, te iba a decir que las dos queremos lo mismo, por eso se tiene que marchar. ¿Vas a hacer lo que te digo?

—Si pagas el wifi, termino la mudanza esta misma noche.

—Hecho.

Unos minutos después, estaba bajando las escaleras del edificio para reunirme con mi padre. Jaab me recibió abriendo los brazos, a los que, pese a todo, no me pude resistir.

Tomamos la calle principal para llegar a la otra tienda de King's Pleasure, mucho más

próxima. Intentó averiguar por qué no quería volver a la otra, pero no le di el placer de admitir que era por King.

—¿Qué piensas hacer con Jessamine? ¿Vas a seguir con ella, sin formalizar nada?

—Esta mañana le he contado mi desliz. Ella me ha dicho que estaba dispuesta a perdonarlo. No le da tanta importancia a la fidelidad, dice. Ha sugerido que tengamos una relación abierta, pero me he negado.

—¿Por qué? Siempre has querido encontrarte a una mujer como esa. ¿Vas a dejarla marchar ahora que has descubierto que podría encajar contigo? —Sacudí la cabeza—. Olvidaba que tú nunca te enamoras de ninguna, y que el problema es que nadie te gusta para comprometerte, aunque sea a medias. Que no le da importancia a la fidelidad... —Lancé una mirada de auxilio al cielo—. Ya no se le da importancia a nada.

—Jaquetona, está bien que tú se la des —señaló, con su tono de sabio—, pero no todo el mundo es como tú, y eso no está mal. Si dos personas están de acuerdo en estar juntas bajo esas condiciones, ¿por qué iban a ser menos válidos sus sentimientos?

—Me alegra que la gente tenga la mente abierta, aunque yo no lo comparta.

—Sé que no crees en las relaciones abiertas, no tienes que fingir conmigo. Y alguien debería decirte que nadie es mejor que nadie por ser fiel, todo depende de las condiciones de la relación... A veces parece que te crees superior por no vivir el amor libre.

Eso me cabreó.

—No tiene nada que ver con eso. Estábamos hablando de ti, un hombre que encuentra placer haciendo las cosas a escondidas. Fíjate: has dejado a Jessamine sabiendo que estaba dispuesta a darte libertad. ¿Es que no tiene gracia estar con una tía si no puedes hierirla con tu inconformismo? Admítelo de una vez. —Me paré en medio de la calle para que supiera que iba muy en serio—. Tú no eres poliamoroso. Eres una sanguijuela egocéntrica y narcisista. Te regocijas en el placer morboso de acostarte con otra haciéndole saber que estás prohibido, y en el de tener a una mujer que moriría por ti esperándote en casa a pesar de todo. —Apreté los labios cuando empecé a perder el aliento—. Mejor dejémoslo aquí. No estoy de ánimos para pelear, y este asunto...

—Te toca cerca, lo sé. Y eres hija de tu madre; siempre tienes ánimos para insultarme. —Me sorprendió detectar una nota de decepción en su voz. Parecía triste, aunque era difícil saberlo porque él nunca lo había estado delante de mí—. No sabes lo equivocada que estás, Kathleen... Pero sí, mejor dejarlo aquí. Entremos.

Me molestó que se victimizara, pero que me llamara por mi nombre hizo que ese enfado precoz fuera sustituido por preocupación.

Tuve que dejar el interrogatorio para después al entrar en la joyería. Mi incomodidad se esfumó para ser reemplazada por el fastidio. Otra réplica exacta de Ciarán y Sheila estaba detrás del mostrador, exhibiendo una sonrisa pintada.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarles?

—Venimos a devolver un anillo de compromiso. —Lo dejé sobre el mostrador sin andarme con miramientos. Cuanto antes volviera a casa, mejor—. Y también un regalo de bodas. El importe total era de cuatro mil cincuenta y seis con el descuento del propietario.

La mujer me lanzó una rápida mirada de arriba a abajo.

—¿Es usted Kathleen Priest?

—No recuerdo haber pisado esta tienda las veces suficientes para que se acuerden de mi nombre.

—Un segundo. —La dependienta tecleó unos números en el teléfono y se llevó el auricular a

la oreja. Pasaron unos segundos hasta que volvió a hablar—. Señor... Sí. De acuerdo.

Esa fue toda la conversación, pero no me hizo falta saber mucha más para tener claro que había gato encerrado. Me giré para mirar a mi padre cuando supe que de la dependienta no sacaría mucho más que una sonrisa de plástico.

Mis sospechas se confirmaron no solo porque Jaab estuviera fingiendo despreocupación mirando a las musarañas, sino porque King apareció unos minutos después.

—Sabía que intentarías evitarme viniendo a la otra tienda —suspiró con dramatismo—. Te estás volviendo muy predecible, muñeca.

—¿Se puede saber qué...?

—Con permiso —dijo, avanzando a grandes zancadas hacia mí.

Me cogió del brazo para conducirme a la trastienda.

—¿Qué haces aquí? —logré articular cuando me vi en el almacén—. ¿No se supone que fue una casualidad que coincidiéramos la otra vez?

—La primera vez fue una casualidad. Esta, no. Tu padre ha sido tan amable de sacarte de tu cueva y traerte aquí para que pueda hablar contigo, algo que rehúsas hacer ignorando mis mensajes. ¿Por qué no me contestas, Kathleen?

Había estado intentando contactarme desde que Sheila se marchó dando un portazo. Pero pensaba que sería inteligente ignorarlo.

Mala idea.

Sonó tan ofendido que me olvidé de su estilo informal, su pelo desarreglado y sus ojos de fuego azul.

—¿En serio te sorprende que no lo haga? ¿Acaso no he sido sincera en las otras muchas ocasiones que hemos tenido esta conversación? Ahora nada nos une. Sabes que no quiero ser tu amiga, Sawyer, ni...

—No sabes cuánto me alegra oírlo, porque yo tampoco. —Dio unos pasos más hasta que no pude respirar un aire que no hubiera transpirado él antes. Sin comerlo ni beberlo, de pronto estuve atrapada entre sus brazos—. Lo que quiero es el derecho a acostarme contigo donde, cuando y como quiera.

Abrí los ojos como platos. Una parte de mí, esa retorcida y que despreciaba con todo mi ser, se removió con agitación, ansiosa por una demostración. Pero el resto de mi cuerpo, cien por ciento objetivo, reaccionó con una mueca desdeñosa.

Lo aparté con un par de manotazos.

—¿Y te atreves a decirlo tan ancho, después de lo que ocurrió?

—¿Qué ocurrió? Pues que no terminamos de ponernos de acuerdo —se respondió a sí mismo—. En algún momento tenía que dejarme de jueguecitos y planteártelo sin rodeos.

—Pues este no era el ideal. Ni este, ni ningún otro. Te lo repito: no se me ocurriría convertirme en la amante de un tipo comprometido, que traicionó a su novia...

—Eso ya lo veremos —me replicó. Vi algo tan pecaminoso, oscuro y enloquecedor en su expresión que no pude apartar la vista—. Muñeca, no voy a dejar a mi novia por ti. Me parece muy egoísta de tu parte que quieras que lo haga cuando, en tus palabras, solo pretendes regalarme una noche. A mí sí que no me compensa.

La decepción me bajó toda la sangre a los pies.

—Entonces no tenemos nada de lo que hablar. Conmigo no vas a tenerlo todo, Sawyer. Y aunque la dejaras, porque parece que piensas que estando soltero te haría caso, ¿quién te dice que eso sería suficiente para tener algo contigo?

—Tu lenguaje corporal —sentenció. Y tenía razón, porque bastó con que volviera a enredar

su brazo en mi cintura para que mis tobillos se hicieran gelatina. Cuando siguió hablando, fue apoyando los labios en mi pómulos—. No puedes negar que empiezas a temblar cuando entro en la habitación en la que estás. Cada vez que te toco sientes la misma corriente que yo... Es más que energía. Ni siquiera necesitamos tocarnos para que salten chispas.

Pero nos habíamos tocado y nos habíamos besado haciendo sentir mal a Sheila. Recordarlo hizo que la magia de su lenguaje de encantador de serpientes perdiera efecto.

Reuniendo todo mi coraje y rabia, que juntos no eran poco sino más bien demasiado para que un hombre pudiera pelear contra ellos sin armadura, lo empujé por el pecho.

Mi cuerpo entero ardía por él incluso al poner distancia.

—Eres asqueroso. Sigues teniendo una jodida novia a la que no has respetado —mascullé, frotándome los brazos como si quisiera quitarme sus manos de encima.

Seguían allí grabadas.

—Cuando me besaste no pareció importarte que no respetara su única condición.

Sabía que acabaría sacándolo a colación, y creí estar preparada para replicar, pero no tenía ninguna respuesta coherente.

Lo besé porque quise, y eso él lo sabía.

—No, muñeca —escuché que decía mientras me ahogaba en mis pensamientos. No me di cuenta de que se me habían humedecido los ojos hasta que no intenté enfocar la vista. Volvía a estar entre sus brazos—. No estaba intentando culparte; si todo aquello acabó sucediendo, fue porque yo respondí. Solo pretendo que entiendas que eres tan irresistible para mí como yo lo soy para ti.

—¡Eso no justifica nada! —exclamé, fuera de mis casillas—. ¡Has sido capaz de hacerle daño a Sheila, sabiendo que le dolería! Ahora, los dos lidiaremos con nuestro arrepentimiento por separado.

—Yo no me arrepiento de nada —dijo, dejándome de piedra—. Volvería a hacerlo. Y si pudiera, no solo te habría besado, sino que te habría desnudado y te habría follado en el mismo pasillo. Como llevas diciendo que nadie te puede follar desde que te conozco.

Me puso todo el vello de punta.

—Cállate. Me das ganas de vomitar, eres... eres como todos. Un capullo que se rige por sus instintos primarios y que no tiene en cuenta los sentimientos de nadie. Cabrón... ¿Y Sheila va a seguir contigo después de todo?

—Sí. Aún está gestionando el enfado, pero entiende que era injusto por su parte intervenir en algo que solo nos concierne a ti y a mí. Kathleen..., llevo aguantándome las ganas de meterme entre tus piernas desde que te vi, pensando que se me pasaría y que no tenía importancia, que no eras más que un capricho; ese bomboncito que plantan en la vida de un hombre al menos una vez para poner a prueba su fidelidad. ¿Crees que no habría podido mantenerme lejos un día más apartándote de mí cuando me besaste? Joder, muñeca, te vi medio desnuda dos veces, y ese camisón de mierda no deja nada a la imaginación. Si pude resistirme a eso, podría...

—O sea, que mi echaros de mi vida no ha servido para dejéis de sentaros a hablar de mí —corté, intentando olvidar la segunda parte de su discurso. No necesitaba oír cuánto me deseaba. Eso solo me hacía más débil—. Y, para colmo, de lo que hay entre nosotros.

—¿Ahora admites que pasa algo entre nosotros? —Sacudió la cabeza, molesto. No lo suficiente para soltarme, porque siguió teniéndome pegada a su pecho.

Y yo seguí dejándome.

—No me gusta que tengas que dar explicaciones a nadie de lo que sientes por mí. No me gustaría que mi pareja, o mi amante, o lo que sea, tenga que responder ante alguien si quiere

hacer una cosa u otra conmigo. No me gusta que haya otra persona en medio. Se acabó, King.

—Ella no afectaría en nada. En el momento en que Sheila te olvide, que va a ser más pronto que tarde porque no te verá, no le importará nada de esto. No está enamorada de mí, no pide explicaciones.

Lo miré incrédula.

—¿Y para qué quieres seguir con ella si no te quiere? ¿Es que tú sí? ¿Estás enamorado de ella?

Me dio tanto miedo la respuesta que podría definir ese momento como «el punto de no retorno». Ya no podía volver atrás, a cuando King solo era un elemento molesto. Ahora me importaba. Y me importaba tanto que esperé que se manifestara con el corazón encogido, sabiendo que me dolería dijera lo que dijese.

—Nunca he estado enamorado, así que no lo sé. Si sentir simpatía hacia alguien y querer estar con ella es amor, entonces sí. Pero no creo que signifique solo eso.

—¿Entonces? —jadeé, soltándome de mala manera para poner espacio entre los dos.

—Es una cuestión de orgullo. Igual que tú no quieres compartir, yo no quiero dejar a alguien con quien me lo paso bien solo porque una mujer me lo pida. Aunque te desee, quiera tu cuerpo encima o debajo del mío y esté decidido a tenerte, no voy a permitir que comandes mi vida.

Apreté los labios, irritada porque tuviera sentido.

En realidad, entendía que no quisiera dejarlo todo por mí. Él tenía algo con Sheila que no tenía conmigo. Tiempo. Una historia. Se conocían el uno al otro. Él y yo éramos víctimas de la atracción, pero no era suficiente para renunciar a alguien que le hacía feliz.

Por no mencionar que esos eran sus principios: la monogamia no era lo suyo del mismo modo que la poligamia no era lo mío.

Aun así, me seguía pareciendo injusto que lo quisiera todo.

Mientras trataba de encontrar las palabras, King me miraba de ese modo. Como solo me miraba a mí, esperando desestabilizarme.

—No me mires así.

King chasqueó la lengua. Me sentía tan pequeña en todos los sentidos que me pareció un lobo negro en busca de Caperucita. Y seguía siendo feo, lo juro. Un feo tentador con la labia de un príncipe y los ojos de la ambición, pero feo, al fin y al cabo.

Y seguía haciéndome vibrar con un simple vistazo.

Nada me separaba de King Sawyer. No podía engañarme a mí misma con lo contrario, porque reconocí días atrás que me moría por un beso. Ya no podía engañarle a él, porque había revelado mi posición, y esa era de una marcada inferioridad: podría hacer conmigo y mi cuerpo lo que quisiera. Y ya no podía convencer a nadie de que estaba mal, porque Sheila ya no era un obstáculo.

Una fuerza superior me arrastraba inexorablemente hacia King. Podía llamarse destino, o deseo, o que sus ojos no solo parecían especiales, sino que lo eran. Fuera cual fuera su nombre propio, latía entre los dos, y era innegable.

—Ahora es cuando puedo mirarte todo lo que quiera —señaló con la voz ronca.

—Llevas mirándome todo lo que quieres un tiempo, no será nada nuevo.

—Me alegra que lo saques a colación, porque acaba de llegar el momento en el que yo respondo que ahora es cuando puedo *hacerte* todo lo que quiera.

Di un paso hacia atrás involuntariamente. Él avanzó dos, y de golpe y porrazo ya estábamos de nuevo en la postura de siempre. Yo acorralada, y King logrando su objetivo: alterarme.

—Sé que estás de acuerdo conmigo —susurró, buscando persuadirme—. Quieres que lo

hagamos, pero eres demasiado obstinada y orgullosa para reconocerlo. Quiero empezar ahora mismo, Kathleen. Quiero follarte aquí por primera vez, en esa misma mesa.

Mi estómago se contrajo tan bruscamente que tuve que abrazármelo, temiendo que algo se hubiera roto dentro.

—Creo que yo tengo algo que decir sobre eso —me escuché decir de fondo.

La sangre se me había concentrado en los oídos.

—Puedes elegir la postura —propuso, deslizando las manos por mi cintura y colando las manos debajo de la sudadera. Me mordí el labio para no suspirar al sentir sus dedos fríos—. Kathleen, Kathleen... Parece que aún no te has dado cuenta de que acaba de llegar tu Tyler Fox. Yo cumpliré todas tus fantasías textuales.

A King le sorprendió tanto como a mí la carcajada que solté. No pude reprimirla: salió sin querer, y él la quiso tanto que cerró los ojos para saborearla con una sonrisa pintada en los labios.

—Te lo habías preparado todo, ¿verdad? —empecé, buscando cualquier excusa para apartarlo—. Hacerme venir aquí, tu discurso, liarlo todo para sacarme de quicio, luego hablar con Sheila y arreglar las cosas... ¿Cómo supo la dependienta que era yo? ¿Eso también lo tenías preparado?

—Por supuesto. Te describí. —Mi ceja alzada le dio una idea, porque sonrió como el malo de la película—. «Pamela, si pasa por aquí una mujer con unas piernas infinitas, ojos castaños, cuello elegante y humor de perros, llámame inmediatamente». Podría jurar que no me ha faltado nada... —Se inclinó sobre mi garganta para dejar un beso húmedo que me puso delirar—. Y ahora, muñeca, voy a...

—Dejarme tranquila.

Hice acopio de una fuerza sobrehumana para separarme. King no pareció sorprendido por mi reacción: todo lo contrario. Estaba muy preparado para mi rechazo, porque ni se inmutó.

—Te lo repito por última vez. Que Sheila haya dado su beneplácito no significa que vaya a abrirme de piernas para ti, Sawyer. Por si no lo sabes, las mujeres no cedemos a las fantasías de los hombres solo porque lleguen, se golpeen el pecho como los gorilas y digan «follar». «Beber». «Follar otra vez». —Eso le hizo sonreír—. Lo siento mucho, King Kong, pero vas a tener que seguir soñando. Ya te lo dije una vez. No eres la clase de hombre con la que podría pasar el rato. No confío en ti —señalé, sin necesidad de convencerme de que era cierto.

Lo era.

—Entonces insistes en que no piensas tener nada conmigo.

—Para ser un neandertal, lo has cogido rápido. Solo te ha tomado unos cuantos meses.

King estiró los labios en una mueca tan cruel como sexy que me puso el vello de punta.

—Muñeca... —Me acarició la barbilla antes de tirar de ella para acercarme a él. Habló contra mis labios al añadir—. Eso significa que voy a tener que convencerte de que lo valgo, y si debo hacerlo... deja que te diga que no te dará tiempo a respirar. Tú no sabes de lo que soy capaz. No vas a poder soportarlo.

Me lo creí. Era cuestión de tiempo que su pasión me acabara consumiendo. En sus ojos azules estaba escrito el motivo por el que debía salir corriendo. No iba a darme cuartel, porque me quería a mí, y si quería algo, se esforzaba por tenerlo.

Y a Kathleen Priest, en realidad, ya la tenía.

—Eso ya lo veremos —dije en mi camino hacia la puerta. Sabiendo que lo estaba provocando, añadí—: Por si me faltara mundo para huir de ti, siempre podría recurrir al que solo nos pertenece a los escritores: la imaginación.

CAPÍTULO 12.

Que empiece el juego

Las cosas de Sheila estuvieron fuera de mi apartamento en cuestión de días. Ella debía de estar muy enfadada conmigo, porque no se presentó ni para encargarse de esas cajas que tan importantes le parecieron durante la primera mudanza.

No podía culparla, tampoco.

Me empezó a dar cargo de conciencia la manera en que la había echado, cuando fui yo quien le alquiló el apartamento y cuando ella se sentía de forma especial por mí.

Esa no era la forma de tratar a alguien a quien le gustabas. Pero ya no podía volver atrás. Me consolaba pensando que mi actitud la ayudaría a olvidarse de mí bien rápido.

Lo que se quedó en el piso tras su marcha, fue el olor de King. Una mezcla de gel, *aftershave*, menta y fresco que tenía la habilidad de cambiar mi estado de ánimo. Estuve ayudando a Gin a colocar sus cosas con la frente arrugada y una sensación de pesadez en el cuerpo que tenía todo que ver con él. Si había un lugar donde se concentraba ese aroma, ese era el cuarto de Sheila. El que ahora ocuparía Ginebra, y en el que llevaba un buen rato metida.

—¿Dónde te dejo esto? —Señalé unos vestidos envueltos en papel transparente—. ¿Lo quieres colgado en el armario o en la cómoda?

—Ah, eso... No, eso es para devolverlo a la tienda. Déjalo separado de lo demás, sobre la silla.

Me quedé mirando embelesada la preciosa chaqueta que pretendía descambiar, sorprendida al recordar dónde la había visto antes.

En su cuerpo.

—Ya te la has puesto, y varias veces. ¿A qué tiendas vas, que te dejan devolver las cosas después de haberlas probado?

—A las mismas que tú, solo que soy lo bastante lista para saltarme las normas sin que me pillen. Como puedes ver, no parecen ni estrenadas. Y no les quité la etiqueta; se la cosí con puntos de quita y pon a la manga para que no se moviera.

—¿Eso no sale en un libro de Moccia? ¿Has sacado la idea de ahí?

—Mi hermana me contó un chiste hace tiempo en el que se mencionaba una idea similar, y me pareció muy interesante. A lo mejor ella la sacó del libro. Es probable; le gustan todas esas novelas románticas que son un éxito en ventas.

No hablaba de sí misma, no invadía mi intimidad y ni siquiera le gustaba el género que yo escribía. Era perfecta.

Si le hubiera sugerido antes que se mudara conmigo, me habría ahorrado varios episodios desagradables y a un hombre peligroso.

Respecto a eso..., me costaba pegar ojo ahora que había aclarado que iba a asediarme sin compasión. No me mandaba más de dos mensajes en un día, pero eran lo bastante contundentes para tenerme el día entero temblando.

Aunque debía admitir que, con esos besos que ponía al final de cada texto, ya estaba delirando.

Me dio dos días de margen para hacerme a la idea de que pronto sería una cautiva en su habitación: cuarenta y ocho horas que invertí en imaginación avanzando unas cuantas páginas

con el libro de Gavin. Ni que decir tiene que, a esas alturas, Gavin ya no era Gavin: no como lo imaginé en su primera definición, al menos. Ahora era la clase de monstruo seductor del que yo estaba huyendo.

—¿A qué te dedicas, Gin? —pregunté cuando acabamos.

—A todo y a nada. Trabajo en lo primero que pillo hasta que me llega el finiquito. Ya sabes. Contratos basura.

—¿Estudias?

—No, ni tampoco he estudiado. Llevo currando desde los catorce. Por suerte, siempre he sido alta y me salieron las tetas a los doce, así que al margen de lo que pusiera en mi carnet de identidad, me contrataban en clubes nocturnos. Solo quieren caras bonitas.

No hacía falta que me lo dijera. El señor Brennan nos tenía a Liberty, a Maddox y a mí en la barra para conquistar al público con nuestro físico.

Había sido un gran jefe de marketing, el muy cabrón. Se había cuidado de colocar distintos atractivos para no dejarse ningún sector fuera: la pelirroja canija y pechugona, la morena estilizada, y el Kurt Cobain que era la fantasía de todas.

El timbre interrumpió nuestra charla, y me molestó. Gin siempre me había caído bien, y tenía la esperanza de fomentar esa convivencia agradable con la que había soñado desde el principio.

Fui a recibir al tercero en discordia, imaginando que serían más tipos de la mudanza... O King Sawyer preparado para sacarme de quicio.

En esa ocasión, fue lo segundo.

—Menuda cara —lamentó él—. ¿Hoy también esperabas a los testigos de Jehová?

—¿Por qué iba a esperarlos?

—Cometiste un pecado, ¿no? ¿Ya no quieres confesarte?

—No sé si sabes a lo que se dedican los testigos, pero no tocan a tu puerta para hacerte confesar. ¿Puedo ayudarte en algo?

—La pregunta es, muñeca: ¿puedo yo ayudarte en algo a ti? ¿A quitar ese ceño fruncido, por ejemplo...? —Eché un vistazo por encima de mi hombro y sonrió, tan encantador como de costumbre. A ese hombre lo parieron riendo—. Hola, Gin. ¿Estás segura de que quieres vivir en la guarida del lobo?

—Tan segura como tú lo estás de que necesitas pasarte a tocarle las narices a dicho lobo continuamente —rezongué.

—No he dicho que tú seas el lobo, muñeca. Lo comentaba porque podría molestarle que nos pongamos a aullar en la madrugada. Recuerdo que a ti no te hacía mucha gracia... Claro que eso podría ser por otras razones.

Puse los ojos en blanco.

—¿Qué. Quieres? —deletré.

Pasó al recibidor con las manos en los bolsillos.

—Venía a por unas cuantas cosas que me dejé.

—Te llevaste tu chaqueta hace tiempo.

—Esa chaqueta la coloqué ahí para tener la excusa de ir a verte. Me refería a las cosas que me dejé de verdad.

En lugar de quedarme boquiabierta, volví a sonreír irónica.

—¿Quieres decir con eso que te vas a llevar de una vez ese jodido sillón?

—No. Seguro que le encontramos utilidad un día de estos.

Gin soltó una sonora carcajada.

Miró al origen del desastre con los ojos brillantes.

—No tengo ni idea de cómo es que aún se resiste, te lo digo en serio —declaró ella, sacudiendo la cabeza—. Esto es un asedio y lo demás son tonterías.

King exageró una reverencia bajo mi mirada perpleja.

No me podía creer mi mala suerte. Antes tenía que soportar a dos tortolitos en mi salón, y ahora tendría que andarme con cuidado por si mi compañera y Míster Cumpliré Tus Fantasías Textuales conspiraban para hacerme caer en cuanto les daba la espalda.

Porque estaba claro en qué equipo estaba Ginebra.

—Por cierto, se ha dejado cosas de verdad —añadió ella, dirigiéndose a una caja mediana que había dejado sobre una silla—. Aquí están los cachivaches que Sheila se ha olvidado. Supongo que algunos, como el cinturón ancho y el Rolex, son suyos.

King me miraba con una sonrisa canallesca. Se acercó a mí hasta que nuestros pechos casi se rozaron. Si no me separé, fue por orgullo... Y porque olía tan bien que la boca se me hizo agua.

—Si quieres, las dejo aquí y vengo otro día.

—No veo por qué. Odio ponerme cinturón.

King rodeó mi cintura con un brazo y me trajo hacia él. No me di cuenta de lo grandes que eran sus manos hasta que logró abarcar mi cadera con una sola.

—Conmigo cerca no te haría falta... Aunque teniéndome lejos, me atrevería a decir que lo necesitarías. No me imagino cómo mantendrías una treinta y cuatro en su sitio si un día te olvidaras de cenar.

—Y yo no me imagino cómo te mantendrías sano y salvo sin flirtear durante diez minutos. Ya sabemos que te encantan las mujeres de la treinta y ocho; ¿por qué no vas a buscar una? En este edificio no las hay de tu tipo.

—¿Cuál es mi tipo?

—Las rubias curvilíneas.

—Pues cómo se nota que la gente cambia, porque ahora me piro por las delgaduchas con las tetas pequeñas.

—¿Así es como pretendes que me enamore de ti?

—Si los halagos no sirven... A lo mejor eres de esas a las que les gusta que las piquen.

Lo empujé por el pecho como si me hubiera sentado mal, y solo para tener una excusa para alejarme de él, me acerqué hasta la caja que contenía su reloj, y, esperaba, su sentido común. La cogí haciendo todo el ruido posible y la dejé en sus brazos. Luego lo guie hasta la puerta a base de empujones y lo eché.

Fue difícil, porque pegó su nariz a mi cara sin dejar de sonreír, y preguntó:

—¿Entonces no quieres ninguna biblia?

—¿Te hacen ilusión las referencias religiosas? Pues escucha: lo que quiero es que caiga el Apocalipsis sobre ti.

—Muñeca, yo soy el Apocalipsis. No vas a sobrevivirme.

Como no hacía falta que terminara de hablar para saber lo que quería decir, le cerré la puerta en las narices y luego me palmeé los muslos, satisfecha. Miré a una Gin con las cejas en alto, que me estudiaba a su vez como si fuera un ser mitológico.

Ya me imaginaba qué era lo que se estaba preguntando.

«¿Por qué te resistes?».

—Es una cuestión de orgullo femenino. Está intentando conquistarme.

—Pues yo diría que está consiguiéndolo.

Como no tomé la precaución de cerrar la puerta con llave, esta volvió a abrirse. Un King sin caja en la mano, pero sí con los ojos más azules que el propio azul, cruzó el umbral.

—¿Qué diablos quieres ahora? —me desesperé.

—Es que se me ha olvidado otra cosa.

Despegar los labios para preguntar el qué fue un error, porque así tuvo un mejor acceso a mi boca al besarme. Tomó mi rostro entre las manos y presionó su pecho contra el mío mientras me devoraba con todo lo que tenía, llegando incluso a levantarme los pies del suelo.

Respondí. Respondí porque no haberlo hecho habría sido tarea del Supremo. La pericia de su lengua y sus labios me sometió. Mi voluntad fue duramente aniquilada bajo el peso de su resolución y su dulce sabor, que me puso a delirar de tal modo que llegué a pensar que estábamos solos.

King bajó las manos de mis mejillas a mis caderas, y rodeó mi cuerpo para agarrarme de las nalgas, que apretó con tanta fuerza que casi me volvió a alzar en vilo. Mis brazos ignoraron lo que mi lado racional gritaba, y lo estrecharon con ansia viva.

Todo el vello se me puso de punta cuando sentí su dureza contra mí. Supe que estaba todo perdido, y ahí me abandoné a un manoseo frenético y desesperado que acabó conmigo trastabillando hacia atrás, y con él muy despeinado.

Si Ginebra no hubiera estallado en aplausos no me habría dado cuenta de que estaba allí. Me dejó tan mareada que solo pude mirarlo sin pestañear.

Su pasión me puso a temblar y me hizo sentir muy viva. Más viva al sostener su mirada, repleta de promesas igual de sucias que el beso que me acababa de dar.

—¡Joder! —exclamó Ginebra, extasiada—. ¿Quién quiere canal porno teniendo a este hombre por aquí?

King ni siquiera la miró cuando sonrió a modo de victoria. Esa victoria que habría arrancado de su cara de un puñetazo si no hubiera seguido jadeando sin aliento.

Dejó el apartamento con un simple aviso:

—Vete acostumbrando.

CAPÍTULO 13.

Trabajando por trabajar

Podía resistir visitas esporádicas de ese tipo siempre y cuando Ginebra estuviera presente para ejercer de muralla entre King y yo. Que, en realidad, no lo hacía ni aun en el mismo salón que nosotros, porque estaba encantada con el muy cabrón.

Y el «muy cabrón» siempre se las arreglaba para poner una excusa irrefutable que justificaba su proximidad.

Aunque, siendo sincera, no tenía ganas de rebatirle.

Si no se había «olvidado» algo, era que «necesitaba» algo. Si no, que quería ver un partido de fútbol europeo y había instalado los canales en nuestra tele en lugar de la suya. Si no, que Gin lo había invitado a tomar una cerveza en casa. Si no, que había arrancado a llover cuando casualmente pasaba por el barrio y debía ponerse a cubierto.

—Eres irlandés —le recordé—. ¿Todavía no te has hecho el cuerpo a la lluvia?

Excepto los días que quedaban porque se caían bien o porque Gin necesitaba que arreglase algo, mi compañera nos dejaba solos con la ilusión de que intimáramos.

Había declarado con solemnidad en varias ocasiones que, si yo no estaba contenta con él, ella se encargaría de redirigir la atención de King a su persona.

Sabía que no lo decía de broma. A Gin le pirraban los hombres ricos. Y él era rico y atractivo, lo que lo convertía en un hombre de su tipo con un extra delicioso.

—Tampoco me termina de gustar —comentó en una ocasión, después de que le aclarara que podía hacer con él las guarrerías que quisiera—. Si acabara en su cama, seguro que diría tu nombre en vez del mío.

—¿Qué tonterías dices? —rugí.

Como si no me hubiera sentido halagada.

—En serio, Kathleen, no te haces una idea de la suerte que tienes. A mí nunca me han mirado como ese tipo te mira a ti, y créeme cuando te digo que he estado con unos cuantos. —Hizo una mueca cargada de desdén.

Esos «cuantos» no le merecían respeto.

—Sigue con su novia —le recordé.

—¿Qué más da? La mujer impone, pero no impide.

—No me puedo creer que acabes de decir eso.

—Si se hubieran jurado fidelidad, no abriría la boca... O sí, nunca lo sabrás —dejó caer, levantando las cejas.

De hecho, sí lo sabía. Unos días atrás, me soltó que para oficializar una pareja alguna de las dos partes debía tener un amante. Si no, faltaba el elemento indispensable que dotaría el romance de una dimensión realista.

Claro que, si se lo hubiera mencionado parafraseándola, Gin habría dicho que «eso no había salido de sus labios».

Solía renegar de sus propios comentarios fuera de lugar o desagradables en exceso para redimirse por hacerlos.

—Como no se van a casar, puedes sentirte libre de hacer lo que te plazca. ¡Desata a tu zorra

interior!

—Deja de insistir, o al final pagas el wifi tú —amenacé—. No me da la gana de ser la segundona, y punto.

—Entonces acaba con la novia. Se tumbaron las Torres Gemelas, no se va a poder tumbar una pareja...

—No me puedo creer que acabes de decir eso —repetí—. Córdete un poquito con el humor negro, ¿no?

—Ni que lo hubiera tuiteado, hija. Relájate. Si no puedo ser malintencionada en privado, ¿qué me queda? —Hizo un aspaviento para restarle importancia—. En fin... Me marchó a trabajar. Con suerte, no me despiden.

Para mí era evidente que King había sobornado a Ginebra para que me hablara bien de él. Con lo que no había contado era con que mi padre y Maddox también me vendrían con la misma perorata: uno mencionando a King en cada una de sus llamadas, y el otro susurrándome su nombre al oído cada vez que pasaba por mi lado.

—Alguien ha venido a verte. ¿Quién será? —canturreó una noche, sonriendo canallesco—. Voy a ambientar el encuentro con una cancioncita lenta de los Bee Gees.

Le lancé una afilada mirada de aviso.

—Ni Bee Gees, ni leches.

—Bueno, pues una baladita de los Scorpions.

—Haz el favor de recordar la edad que tienes, ¿quieres?

—¿Qué edad tengo? No pienso madurar si eso conlleva obedecer a la amargada que llevas dentro. ¡Dale una alegría al cuerpo, hombre!

No estaba segura de que lo que sentía por King fuera alegría. La sensación que me invadía al verlo, y que me invadió cuando vi que se sentaba frente a la barra, no entraba en la categoría de lo agradable. Era tan intenso y sobrecogedor que mi cuerpo parecía poseído por el diablo. Me hacía consciente de mi cuerpo, y eso me creaba tanta inseguridad como me hacía... sentir viva.

Era invencible, y también estaba muy vulnerable.

A la larga terminaría por volverme loca.

—Ya que has venido, podrías haberte traído a Dristan —le dije sin mirarlo, pasando la bayeta por la barra—. Libby está desesperada por verlo.

King fingió no escucharme y se levantó un poco para pegar la boca a mi oreja.

—No te oigo, muñeca. La música está demasiado alta.

Sonaba un tema de Fifth Harmony, un grupo femenino ya desarticulado que le encantaba a la nueva.

La letra decía «estoy enamorada de un monstruo».

Haber música, la había. Pero no estaba *tan* alta.

Fui a mirarlo con sorna y... me di por escarmentada.

Llevaba una camisa negra abierta por el cuello, remangada por el codo, y ese reloj discreto y elegante que se dejó en la habitación de Sheila.

Evité fijarme en sus musculosos antebrazos devolviéndole la mirada. Sus ojos brillaban más que los neones.

—¿Es esta la mujer de la que me has hablado? —preguntó el tipo que estaba a su lado.

—¿Le has hablado de mí? —mascullé, avergonzada—. ¿No sabes conquistar a tus víctimas sin público?

El desconocido que le acompañaba se rio. Tenía el pelo rapado al uno, barba de varios días y unos ojos chispeantes. Era centímetros más alto que King, pero parecían de la misma estatura por

la arrogancia innata que le ponía al capullo el cuello tieso. Era menos ancho, pero estaba más fibrado, y por seguir con las disimilitudes... No había nada de feo en él.

Era una versión de King solo masculina, no violentamente masculina, y más pendenciera que elegante, pero llena de personalidad: lo gritaba su camiseta desgastada de Pink Floyd y las pulseritas de cabo y cuentas que lucía en la muñeca.

—No me extraña que te esté dando calabazas —opinó el desconocido—. Eres muy poco para ella. Debería intentarlo yo.

Dios los cría y ellos se juntan.

Me apoyé en la barra con una sonrisa.

—Os noto un poco necesitados. Aquí se viene a beber, no a ligar. Pero si lo que estáis buscando es un par de chicas, os puedo recomendar un muy buen sitio en el extrarradio.

El tipo silbó.

—Eso no ha sido nada bonito, preciosa. ¿Por qué iba a pagar por compañía pudiendo ganármela?

—No le hagas caso a Kathleen. Esa ha sido una clásica pero muy burda muestra de sus mecanismos de defensa —intervino King con desenfado—. Los usa cada vez que le dicen algo bonito porque tiene miedo de que la traten como a una reina.

—Tengo miedo de que me quiten el puesto, así que si me decís qué queréis tomar y me dejáis seguir trabajando, os lo agradecería muchísimo. Como veis, esto está a rebosar hoy y no damos abasto.

—¿En serio? —King intercambió una mirada con su amigo. Luego me miró a mí de arriba abajo, deteniéndose en el nudo marinero que le había echado al polo para no pasar calor. Exhibía la franja inferior de mi abdomen—. Quizá deberíamos echar una mano, Brayden.

Fue ahí cuando empezó el juego sucio.

Y tan sucio.

No sirvió de nada que intentara frenarlo. Tanto él como Brayden se colaron tras la barra con el objetivo de servir sin ninguna experiencia, sin permiso del jefe y sin darme tregua a mí. Maddox les dio su beneplácito sin pensarlo dos veces y encima tuvo la desfachatez de lanzarme un beso, como si tuviera que agradecerse.

—Pero bueno, ¿tú de qué parte estás?

—De la de King —respondió, ofendido porque lo hubiese dudado.

—No lo odies por eso —intervino el aludido, sonriendo con arrogancia—. El mío es el equipo ganador, y a nadie le gusta perder.

Me giré hacia él, dispuesta a olvidarme de Maddox, de Brayden y de la madre que los parió y centrarme en lo importante..., que no era el pecho que King insinuaba con aquellos botones sueltos.

No, no era eso.

—No puedes hacer esto. Me van a echar por tu culpa.

—Claro que no. Si el jefe se enfada, le decimos que hemos bebido demasiadas cervezas y resulta que, a la hora de pagar, no teníamos la cartera. Tú, muy amablemente, has ofrecido la alternativa de ponernos a trabajar para compensar en lugar de llamar a la policía.

—¿Lo tenías planeado? —jadeé, perpleja.

—No, aunque reconozco que soy del tipo planificador.

—Más bien manipulador.

—También.

Sacudí la cabeza, exhausta.

Lo peor era que el jefe se lo tragaría.

Me aferré a un clavo ardiendo para echarlo.

—¿Acaso tienes idea de cómo se prepara un cóctel?

—Aprendo rápido —me contestó con el hombro pegado al mío. Me echó un vistacito intencional—. No puede ser muy difícil. Mezclar —empezó a enumerar con tono sugerente—, agitar y servir.

Se rio al verme poner los ojos en blanco.

Durante la media hora siguiente, estuvo atendiendo a un grupo de chicas que no debían de tener ni el mínimo de edad para entrar. Se lo estaban comiendo con los ojos, y no las culpaba.

Mejor lo culpaba a él por dirigirse a ellas como si estuviese dispuesto a aceptar pagos en especie.

—No se coquetea con los clientes —le solté de mal humor.

—¿No? —preguntó, guiñándole a una chica—. Porque me acuerdo de que te guardaste en el escote el número de teléfono de un tipo. No te preocupes... —Ladeó la cabeza hacia mí—. Ahora mismo solo tengo ojos para ti.

El «ahora mismo» me molestó más de lo previsto por su corta duración.

Intenté distraerme de las provocaciones de King sin salir de la barra, preocupada por si la cagaba porque me tocaría a mí responder ante el jefe de ser el caso.

Pero tanto Brayden como él se desenvolvieron tan bien que me quitaron parte de la carga.

Su amigo atendía con desparpajo, y saltaba a la vista que tenía experiencia en el sector; King, por otro lado, funcionaba como reclamo publicitario al inducir al cliente a consumir más.

Cuando el reloj dio las once, me puse a limpiar la barra.

—Con permiso —susurró King en mi oído.

Fui a preguntar qué quería, cuando de repente me cogió de la cintura y me pegó a su pecho para meter mano a la nevera que había a mi espalda.

Al principio creí que era para eso, al menos. Luego recordé que se trataba de él y no supe si tensarme o derretirme.

King apoyó la barbilla en mi coronilla mientras buscaba lo que necesitaba. Se aprovechó de la situación utilizando la mano que me sostenía para acariciar con los dedos la franja de piel que dejaba al aire.

Agradecí que Maddox hubiera tomado el relevo a Fiona, la nueva, para poner la música a toda pastilla. Si mi amigo no hubiera sido un DJ frustrado, King habría oído mi suspiro.

Se le cayó al suelo, y sospechosamente cerca de mi pie, una de las bandejas que Liberty había estado cargando.

—¿Podrías haberme dejado sin dedos, imbécil!

Él sonrió de lado. Recogió la bandeja y, tomándose su tiempo ya agachado, se levantó prodigando con parsimonia una caricia larga y sensual a toda mi pierna, desde el tobillo hasta el borde del *short*.

Me agarré a la barra para contener el escalofrío que estuvo a punto de sacudirme.

Dio por concluida la expedición rodeando mi muslo con la mano y colándose bajo el pantalón. Me dio un pellizco justo en la curvatura de la nalga, y ahí se quedó.

—¿Qué estás haciendo? —mascullé, acalorada.

—Creía que ya lo sabías. Soldado avisado no muere en guerra, ¿no es eso lo que dicen? —ronroneó, acariciándome el borde de la oreja con los labios—. Yo nunca hablo en vano. Pero si crees que hago más de lo que puedes soportar..., dime que pare. —Abrí la boca para pronunciar la palabra, pero él se aseguró de que no renegaba de mis sentimientos rozándome la línea del

mentón—. Piensa en lo que quieres de verdad... Y piénsalo muy bien, Kathleen.

—No entiendo por qué te tomas tantas molestias conmigo —jadeé sin poder moverme—. Puedes liarle con quien te dé la gana. Ninguna mujer se negaría.

—Reconozco que tu absurda oposición me parece tan divertida por ser de pega como a veces me desquicia, y no para bien. Y reconozco también que me doy por vencido enseguida porque odio perder el tiempo. Pero contigo... contigo, muñeca, podría ser de los que nunca se van del todo. No puedo hacerlo; mírate. Si ahora no puedes respirar, no quiero imaginarme cómo te pondrías si te volviera a besar. —Me estremecí solo de pensarlo, y él sonrió—. Dime... —susurró, pegando la boca a mi oreja. Sus dientes atraparon el lóbulo y siguieron hacia arriba, calentándome con su aliento y la insinuación de una lamida juguetona—. ¿Quieres que pare de verdad?

Cometí el tremendo error de apartarlo de mí sin contestar, dedicándole una mirada que, lejos de parecer irritada, expresó todos mis anhelos: si me tocaba, yo respondía desesperada.

Nunca le diría que me dejase en paz, porque una parte de mí no quería que lo hiciese... Y él lo sabía.

Pero no iba a permitir que me toquetease en público.

Eso seguro.

Salvo un momento en el que Libby lo asaltó para averiguar dónde estaba Dristan, King no se separó de mí. Aprovechaba cualquier descuido para rozarme la cadera, para besarme el hombro, la mejilla o el cuello, para rodearme con los brazos, para susurrarme tonterías al oído...

Aunque quería tener presente que Sheila seguía en la película, y con el papel principal, él me inducía a olvidarlo con sus caricias.

Cuando ya no podía respirar sin notar un mareo intenso, cuando estaba paranoica, preguntándome dónde pondría sus dedos a continuación, y peor: cuando ya estaba echando de menos ese descaro, King pegó su pecho a mi espalda mientras terminaba de quitar unas copas vacías. Se acopló enteramente a mí, haciendo que sintiera los botones de su camisa, el calor de su zona pectoral, y el ardor de su bragueta.

Contuve el aliento un momento, quedándome muy quieta.

Me acordé de la noche que vino a recoger su chaqueta, y mi cuerpo entró en combustión.

Él apoyó las manos en la barra, encerrándome entre sus brazos.

No pude apartarme con la excusa de volver al trabajo. Ya no había nadie a excepción de los socios habituales. Liberty había terminado el turno, y Maddox se había retirado para acompañarla a casa.

El corazón me latía tan rápido que parecía que estaba a punto de caer por una pendiente.

—Kathleen, date la vuelta. —No le hice caso. Recurrió a su tono de encantador de serpientes—. Muñeca, gírate.

Tragué saliva y, con la mente en blanco, viré sobre mis talones. Lo que vi en su expresión me dejó fuera de juego.

Aquel hombre realmente quería tenerme.

Realmente me deseaba.

Era una locura.

Y yo solo podía pensar en que me hormigueaba la piel. Me dolía tanto el estómago por refrenarme que, por un momento, pensé que iba a desmayarme.

El impulso de besarlo fue tan intenso que lo tuve que apartar con las dos manos. Fui a refugiarme al baño de los empleados. Si no metí la cabeza bajo el chorro de agua, fue porque no cabía. Me empapé el cuello, el pecho, las mejillas... Estuve refrescándome hasta que la voz

preocupada de King me llegó desde el otro lado de la puerta.

Podría haber hecho oídos sordos y haberme quedado allí un rato más, pero después de tanta provocación estaba llena de adrenalina. Me sentía valiente, capaz de hacer lo que quería. Así pues, con la mano temblorosa y el corazón a mil por hora, giré el pestillo y abrí.

Nos miramos a los ojos un segundo. Yo respiré hondo e hice el amago de asentir con la cabeza. Él no necesitó más para entrar en el baño, bloquear la puerta y rodearme la nuca para traermela hacia sí.

Me agarré a sus tensos bíceps para no caerme mientras me obligaba a retroceder. En el momento en que mi espalda dio contra el lavabo, su lengua alcanzó la mía, inundándome con su sabor ya familiar. King me levantó por la parte trasera de los muslos y me sentó sobre el borde.

Solté un gritito al mojarme el pantalón.

Él lo acalló besándome más profundamente al tiempo que apretaba mis muslos con unas manos que tenían hambre, sed, angustia. Mis caderas cobraron vida propia y se contonearon en su dirección. Él animó el movimiento empujándome por el trasero hasta que estuve pegada a su cintura.

Ni corto ni perezoso, King llevó la mano al cierre de mis vaqueros y lo desabrochó para introducir los dedos. Presionó mi centro con la base de la palma mientras trasteaba por debajo de la ropa interior.

Jadeé contra sus labios al sentir el roce de sus yemas.

Se me encogió el estómago de pura necesidad.

—Joder —masculló—. No sabes cuánto llevaba queriendo tocarte aquí. He soñado con tu coño, Kathleen.

Le rodeé el cuello con los brazos para acercarlo a mí y lo besé para silenciarlo. King fue tentándome con los dedos, haciéndome cosquillas al rozarme las ingles.

No estaba siendo Kathleen, porque Kathleen no se retorció, ni murmuraba tonterías sin sentido, ni le clavaba las uñas en la espalda a un hombre al que miraba como si fuera de otro mundo. Pero a Kathleen tampoco la miraban como si fuera un sueño hecho realidad, ni la tocaban con la impotencia de haber tardado tanto en hacerlo.

Dejó de investigar y acariciar los pliegues superficiales para introducir dos dedos. Automáticamente me olvidé de mis pensamientos y me puse tensa. Él también lo hizo al notar que no podía avanzar a pesar de no haber estado tan excitada en mi vida, y que yo no daba de mí misma por culpa del dolor.

—Muñeca —susurró, pegando los labios a mi oreja. Ese roce tan electrizante incendió mis venas y me hizo apretar los muslos, comprimiendo su mano traviesa—. ¿Cuánto llevas sin sexo?

Me pasé la lengua por los labios y lo miré a los ojos. En la fracción de segundo que tardé en parpadear, me hice mil preguntas. La más importante fue si quería contestar a eso.

Era necesario si quería que me tocara.

¿Lo quería?

¿Era imprescindible?

Tenía claro que no, pero sostuve su mirada embriagada por la situación y mi cuerpo recibió un latigazo de deseo a modo de castigo por haber pensado lo contrario.

Estaba convencida de que hablar me enfriaría, pero tuvo el efecto contrario. Afianzó la mano en mi cadera y sus dedos siguieron proyectando su destreza bordeando mi hendidura.

—Mucho tiempo.

—¿Cuánto? —Solo se escuchó mi débil jadeo al sentir su lengua en el lateral del cuello—. Dímelo, Kathleen.

Eché la cabeza hacia atrás para facilitarle el acceso y hacer que se olvidara de la pregunta, pero no lo conseguí, porque King me cogió de la mandíbula y me obligó a mirarlo con un tirón suave. Se me escapó un gemido de sorpresa al sentir un dedo indagando dentro de mí. El roce de su pulgar sobre el clítoris provocó unas cosquillas irresistibles que se extendieron por todo mi cuerpo.

—Kathleen.

—Unos... tres años —solté de carrerilla—. Soy una frígida, como tú decías.

Dejé de hablar cuando esa mano que me sostenía se metió bajo el polo y me desabrochó el sujetador. Su destreza podría haberme hecho reír de incredulidad si su mirada no hubiera sido solemne.

Su palma cubrió uno de mis pechos bajo la ropa.

El calor me hizo cerrar los ojos.

—No eres ninguna frígida —habló, pegado a mí. Como movimiento involuntario, entreabrí la boca. Él aceptó mi tímido ofrecimiento succionándome el inferior y tirando de él—. Solo estabas esperando al hombre correcto. Al momento correcto. Ninguna insensible se pondría así con un puñado de besos. —Introdujo aún más el dedo. Me revolví y presioné las pantorrillas contra su trasero—. Joder... Estás deseando que te folle, ¿no es así? Quiero oírtelo decir. Asegurarme de que no estoy loco... De que me correspondes.

Apreté los labios para no gimotear y dejé de abrazarlo para apoyar las manos a mi espalda. Él, a modo de respuesta, pegó su torso a mi pecho y me pellizcó el pezón, que se convirtió en otra zona erógena activa.

—Kathleen... Quiero que lo digas.

—Eres un prepotente de mierda.

—Pero necesitas a este prepotente de mierda dentro de ti —escuché en mi oído con una voz tan visceral que conectó con el nudo de mis tripas—. Dilo. Lo merezco después de lo mal que me has tratado.

—Vete al infierno, King Kong.

Su aliento calentó mi rostro cuando se rio. Fue un sonido tan especial en un momento tan íntimo que se me contrajeron todos los músculos, como si deseara retener su carcajada. Muy pronto reconocí la sensación como el precedente al orgasmo, unido a una tensión mental que derivó en la locura de acabar gimoteando:

—Sí, maldita sea. Quiero que me folles. ¿Contento?

A modo de contestación, King me cogió de la mandíbula y se aseguró de que lo miraba a los ojos un momento antes de besarme muy despacio, como si quisiera hacerme consciente de hasta qué punto estaba feliz.

Tanto lo estuvo que llevó ese beso al infinito.

Sentí que iba a desfallecer. Que, como no me soltara, me moriría. Y si lo hacía, me moriría igualmente.

Fui a coger aire, pero el orgasmo me lo arrebató antes. Una fuerza desempolvó todo lo que había contenido y envió un estremecimiento de la cabeza a los pies. Grité algo ininteligible y perdí el equilibrio para volver a aferrarme a él enseguida.

—Lo estaré el día en que lo haga —musitó, pegado a mis labios. Me dio la sensación de que no soportaba la idea de alejarse de mí, aunque solo fuera para respirar. Yo tampoco quería hacerlo, por eso me dolió que se retirase despacio—, pero ese día no va a ser hoy. Tenemos que disfrutarlo los dos, muñeca, y follarte en un baño sin estar preparada solo te hará daño.

Abrí los ojos como platos, sorprendida.

¿A qué venía eso?

Cualquier otro hombre me habría bajado el pantalón en esas circunstancias. En cualquiera, en realidad.

Él me habría obligado a tener sexo, así hubiera estado una década sin un hombre. Aunque no hubiera querido. Aunque no me hubiese encontrado bien.

No miré a King mientras pensaba en ello, desorientada por su caballerosidad. Me recompuse como pude, con la cabeza hecha un lío y las piernas temblorosas, me aclaré la garganta y balbuceé algo sobre mis responsabilidades para con el club antes de salir del baño.

King no me dejó en un principio, con sus «muñeca, ¿qué pasa?», «¿te has mosqueado?», «esto es por tu bien. Si por mí fuera...»; por eso tuve que tomar medidas y escabullirme por debajo de su brazo para respirar aire fresco.

Me refugié en sala de descanso, donde traté de acompasar mi respiración.

«Ese día no va a ser hoy».

No sonaba a «no te quejes, sabes que te va a gustar».

Cerré los ojos y traté de apartar esos pensamientos. Pero no es que estuvieran en mi mente; es que conformaban mi mente. Estaban pegados a mi piel, envenenaban mi espíritu.

No era un recuerdo, porque los tenía presentes. Y de eso no se podía huir.

Me senté en la cama de la salita, aún sudorosa y temblando.

Sabía que no debería haberme ido así. Pensé en escribirle un mensaje, pero temblaba demasiado para acertar a tocar las teclas.

Poco a poco, la excitación se fue evaporando, y en su lugar me invadió el pánico por lo que había estado a punto de hacer.

Llevaba tres años sin dejar que nadie me tocara, ¿y ahora permitía que lo hiciese un tipo con los antecedentes de King, para el que solo sería... una más? ¿Una noche?

La puerta se abrió y un Maddox con el ceño fruncido asomó la cabeza. Nada más intercambiar una mirada, lo supo.

Avanzó hacia mí y se puso de rodillas para mirarme a la espera de que tomara la iniciativa de desahogarme.

—¿Has acompañado a Libby? —balbuceé—. Estaba triste.

—De ahí vengo. Y sí, el tal Dristan no le está haciendo mucho caso... —respondió con prudencia. Examinó mi rostro con preocupación—. Lo siento, κ. No sabía que te pondrías así. Si lo hubiera imaginado, le habría mandado a su puta casa.

Fui a responder que debería haberlo hecho, que necesitaba que me dejaran en paz, pero llevaba así demasiado tiempo, y, por fin...

Por fin quería a alguien cerca de mí.

—No es eso.

—¿Entonces?

—Es solo que... —Sacudí la cabeza, nerviosa—. No tiene sentido. Debería sentirme bien, pero no... No puedo. Él no debería... —Mi voz se apagó—. No creo que esté preparada para que me traten bien —musité—. ¿Tiene algún sentido?

Maddox tomó una de mis manos y se la llevó a los labios.

—Claro que estás preparada, nena. ¿No ves que nadie te ha tratado mal? La única que lo hace eres tú. Déjate cuidar.

Encogida por la emoción, lo abracé.

—Para eso tendría que aprender a... no estar a la defensiva, y... No sé cómo hacerlo. No lo sé, Dox.

—Aprenderás, κ. Ya lo verás.

CAPÍTULO 14.

Querer es poder

Ya no había vuelta atrás.

Lo supe al día siguiente de encerrarme en el baño con King, que cambió las visitas inesperadas por avisos.

Como una persona normal.

King

Voy a verte cuando salgas.

xx

La friolera que me daba cuando veía esos «besos» rozaba lo surrealista.

Kathleen

Eso no parece una sugerencia.

King

Yo soy más de amenazas, muñeca.

¿Aún no te has dado cuenta?

Kathleen

Pues según dicen, con amenazas no se consigue nada.

King

A lo largo de la historia, los grandes reyes y conquistadores han tenido lo que han querido a través de ellas.

Kathleen

¿Vas a pedirme que empiece a llamarte Carlomagno?

King

Claro que no. No me imagino llamándote a ti «Europa del siglo VIII».

Enseguida recibí otro mensaje.

King

Te esperaré cuando salgas, te llevaré a casa y te enseñaré cómo pongo el pecado en el mundo. xxxx

Eso me ilusionaba. Me aterraba, como a cualquiera que estuviese ante lo desconocido, pero también me sentía atraída. No podía recordar la última vez que alguien vino a recogerme para llevarme a casa, o se hubiera propuesto tratarme bien.

No iba a fingir más que me molestaba su tenacidad. Lo que estaba era ansiosa y preocupada como una virgen.

Acabaría pasando. Era un hecho.

Ni siquiera pensaba en Sheila ya, porque él nunca la había mirado como a mí... Y eso, por el

momento, era suficiente para tranquilizarme.

Pretendía convencerme de que King no me interesaba para nada más que una noche, y dejar que me llevase a la cama teniendo novia sería una señal clara. Me daba igual ser la segunda porque no quería ser la primera: a eso me refería.

Aunque en el fondo, y no tan en el fondo, no era así.

Esa noche llegué a La Tramposa preguntándome quién se merecería que tomara sus horas extra. Quizá, si me quedaba trabajando hasta muy tarde, King se cansaba de esperar y se iba a casa...

... O no.

Seguía siendo King Sawyer.

Entré en la sala de descanso para cambiarme. Allí me topé con Maddox y Libby, y no bromeando, como de costumbre.

Supe que algo iba mal cuando la vi sentada con la cabeza gacha. Él le susurraba algo que no alcanzaba a entender, de rodillas frente a ella.

—¿Qué ocurre? —alcancé a preguntar—. ¿Libby?

Ella me miró. Tenía los ojos enrojecidos y surcos en las mejillas de haber estado llorando.

Olvidé lo que me preocupaba y me acerqué.

Intenté intercambiar una mirada con Dox, pero no apartó la suya de la chica, que arrancó a sollozar.

—¿Es tu madre? —pregunté en voz baja. Estaba enferma y la mayor parte de los días que faltaba al trabajo, era porque debía quedarse cuidándola. Ella negó—. ¿Entonces?

—Es una t-tontería. —Trataba de secarse las lágrimas, pero no era lo bastante rápida—. Sabía que acabaría p-pasando. Debería haberlo visto, o sospechado, o...

—No es ninguna tontería si te ha puesto así. —Miré a Maddox—. ¿Tú lo sabes?

Él asintió sin despegar la mirada de ella.

Liberty soltó una carcajada sin vida que me puso el vello de punta.

—Claro que lo sabe. Si lo p-p-predijo... Solo he sido una estúpida... una vez más. Aún no aprendo que no hay nadie en este mundo capaz de quererme.

—Pero ¿qué dices? ¿De dónde sacas eso? —Desesperada porque no decía nada, me senté a su lado—. Libs, háblame.

Tardó en ordenar sus ideas.

—Anoche le pregunté a King por Dristan, porque estaba muy... No me llamaba, decía que estaba muy ocupado, y... —Su cara se contrajo en una mueca de dolor, a lo que siguieron más lágrimas—. Yo me lo creí. Pensaba de veras que tenía cosas importantes que hacer, o que... Él lleva una empresa —intentó explicarse, mirándome en busca de comprensión—. Lo normal es no tener mucho tiempo libre.

—Claro que sí —asentí enseguida. Le estreché la mano—. ¿Y bien?

Liberty agachó la barbilla.

—King me dijo ayer que podía encontrar a Dristan en un pub con sus amigos. —Despegué los labios para intervenir, pero me cortó enseguida—. Ya sé que todos me decís que no debo estar encima de los hombres, y que tengo que dejarlos hacer su vida, esperar que me busquen, hacerme de rogar... Lo sé muy bien. Siempre intento ceñirme a ese patrón de cosas que no hacer, cosas que sí hacer... Pero es que lo echaba de m-menos. —Se le escapó un puchero—. Así que me salté la regla, y cuando fui... tenía... él... estaba... y-yo...

—Había una tía en su regazo —concluyó Maddox.

Fue sorprendente el equilibrio entre sus ojos, que echaban chispas, y su tono modulado al

hablar para aparentar calma.

Miré a Liberty horrorizada.

—¿Qué hiciste? Lo dejaste, ¿no? O te fuiste. —Liberty me devolvió una mirada cargada de humillación—. Oh, joder... ¡Libby! —pronuncié como si no tuviera remedio, imaginando lo que habría hecho.

—Necesitaba una explicación —se defendió, mirándose las manos—. Soy... Soy una persona... que necesita entender las cosas, el porqué de una mentira, o... Quería que me dijera... si era mi culpa, o si... Yo no quería sentirme culpable, ¿vale? —Se mordió el labio para no romper a llorar de nuevo, pero fue inevitable—. Él ni siquiera apartó a la... No la apartó de sus muslos mientras hablaba conmigo. Me sentí tan... estúpida e insignificante. Pero debería haberlo visto venir. Los hombres guapos nunca... No valgo la pena. No sé cómo se me ocurrió...

—¡Deja de echarle la culpa! —interrumpí—. Libs, tienes que aprender de una vez por todas que, si un hombre te engaña, es porque él no vale la pena. Ni merece tu tiempo, ni tus lágrimas, ni tus pensamientos. No puedes machacarte cada vez que te dejan o te sustituyen. No es justo para ti.

Liberty ni siquiera asentía, como las otras ocasiones en las que había aparecido llorando porque le habían vuelto a romper el corazón. Normalmente me escuchaba, tomaba mis consejos, me daba las gracias y pronto volvía a la normalidad, pero ahora... Estaba fuera de sí.

—Si hubiera sido la primera vez, o la segunda... Te diría que tienes razón. Pero no es verdad. Por p-pura estadística, soy yo el problema. Es el quinto que me hace esto. El quinto —recalcó, con los ojos inundados—. Hay algo muy... muy malo en mí. —Sonó tan segura que parecía haber dicho algo tan cierto como que la Tierra era redonda, y eso me asustó tanto que casi se me contagió el llanto—. Algo ho... horrible e imperdonable. O a lo mejor solo soy la chica a la que te tiras y luego eliminas de tu lista de contactos. Brian ni siquiera me dejaba dormir en su cama, no me llevaba a su casa jamás, y Craig siempre me decía que solo era un buen culo. Los demás no lo han dicho, pero... lo han demostrado. Y tienen razón. Tienen que tener razón, porque todo el mundo me abandona más temprano que tarde. Lo único que quieren de mí es un polvo, y como saben que lo que necesito para caer son palabras bonitas, me hacen creer que valgo la pena y luego... luego...

»Pero ya está. No pasa n-nada. Supongo que es cierto eso que se dice de que hay mujeres que te alegran la piel, y otras que te calientan el alma, y yo soy un apaño temporal.

No pudo seguir hablando. La pena la atacó a traición y cada vez que intentó retomar el hilo se le atascó la garganta. Solo entendía palabras sueltas por los hipidos. Al final se rindió del todo cubriéndose la cara con las manos.

Yo no sabía qué hacer. Jamás había visto llorar a alguien de esa manera... excepto a mí misma. Por eso me rompí con ella, porque sabía lo que era estar herido en el único lugar donde no se podían poner tiritas.

Agradecí que Dox estuviera allí, porque no se me ocurrió manera de consolarla. Él se sentó a su lado y la protegió entre sus brazos con un cuidado reverencial. Liberty, tan deshecha en lágrimas que nadie se atrevía a decir nada, le devolvió el gesto con fuerza y escondió su humillación en el hueco de su cuello masculino.

—No está hecha la miel para la boca del asno —le explicó con candidez—. Todos esos tíos te tienen miedo. Saben que no están a la altura del amor que les das, y se asustan. —Hizo una pausa, cabreado por no saber qué hacer. Me miró tan preocupado que por un momento pensé que iba a llorar él también—. Vamos, Libby. ¿Quién no iba a quererte a ti?

Me levanté con un nudo en la garganta. Sabía de sobra quién no la quería, y lo que era peor

aún: quien sí. Esa era una de las grandes injusticias del mundo. Sufríamos por quien no merecía la pena hacerlo cuando había una persona a nuestro lado que estaba dispuesta a hacernos la vida sencilla.

Después de escuchar su pequeño discurso, Liberty despegó los labios e hizo el esfuerzo de hilar algunas palabras seguidas, todas llenas de odio hacia sí misma.

—Son las ocho y media —interrumpí, incapaz de seguir escuchando aquella sarta de barbaridades—, pero creo que entre la nueva y yo nos podemos apañar. Quédate con ella hasta que se tranquilice, Dox, y luego súbela a un taxi. No puede trabajar así, y ha acumulado horas de sobra para tomarse un descanso. No la dejes hasta que deje de llorar.

»Y tú... Tienes tres días para mejorarte —la advertí—. Uno para llorar, otro para analizar la situación con frialdad, y un tercero para comprarte un vestido bonito. El sábado iré a recogerte e iremos a bailar, ¿de acuerdo?

Liberty se mordió el labio.

—En tres días no creo que haya llorado cuanto necesito.

—Sé que es muy tentador lamerse las heridas, pero no van a curarse nunca si les metes el dedo. El sábado nos veremos. Si no estás lista, te sacaré a rastras.

Le lancé una mirada a Maddox, asegurándome de contar con su respaldo. Él asintió, aunque no convencido.

Ninguno lo estaba.

Libs era alegre por naturaleza. Incluso siendo protagonista de auténticas desventuras, la contrariedad se le pasaba pronto y a los diez minutos estaba riéndose.

Pero Dristan le había dado fuerte. Demasiado fuerte.

Tener aquello en mente mientras ocupaba mi puesto me puso de tan mal humor que no pude pensar en otra cosa.

Liberty era enamoradiza, amable y feliz, y la gente tendía a confundir todas esas virtudes con ser imbécil. Eran pocos los que no se aprovechaban de eso para hacerle daño.

Quizá ella los perdonase culpándose a sí misma, pero yo no pensaba olvidar los nombres de los que la habían herido.

—Kathleen —me llamó el jefe. Como era habitual, estaba dando vueltas para confirmar que todo marchaba—. ¿Estáis Fiona y tú solas? ¿Dónde se han metido los otros dos?

El señor Brennan era un tipo alto que emanaba autoridad. Llevaba escrita la palabra «americano» en la frente, y el traje parecía su segunda piel.

—Liberty no se encuentra bien, y Maddox está con ella. —Eso no le convenció. Por eso añadí —: Escuche, ha habido un problema grave y necesitan el día. Pero no creo que pase nada. No hay nadie a estas horas. Fiona y yo los cubriremos.

Lo bueno de no hablar de urgencias con frecuencia era que el jefe te tomaba en serio cuando las mencionabas. Brennan era duro, pero transigía y no hacía preguntas.

Fue uno de esos casos.

Sin pedir explicaciones, desapareció en su despacho.

Las horas pasaron rápido, en parte gracias a la ayuda de Fiona. Sobre las dos de la madrugada terminé el turno, molida físicamente y hecha polvo en el resto de los sentidos.

Solo quería llegar a mi casa, tumbarme en la cama y llorar porque el mundo era injusto.

Había días que era mejor no levantarse.

Claro que las cosas habían cambiado, y me encontré a King esperándome fuera del club. El lugar y el interés del susodicho no era lo único distinto desde que tenía quince años, porque en vez de alegrarme de verlo, terminé por explotar.

Cuando ese King sonriente que me sacaba de quicio se acercó a mí, no me lo pensé dos veces y le empujé por el pecho.

—Un buen amigo, ¿no? —le solté, descompuesta por la rabia—. Un buen amigo que sería buen novio, dijiste. Y que la chica le gusta. —Me reí sin humor, envenenada—. Así es como os lo montáis ahora los ligones, aunando fuerzas para tener a las mujeres contentas sin levantar sospechas hasta que las engañáis. Debería haberlo sabido. La palabra de un tío que traiciona a su novia porque otra lo pone cachondo no vale nada.

King se me quedó mirando como si no me entendiera. Al margen de su confusión, era evidente que confiaba en su capacidad de sobrellevar la situación.

Podía estar desorientado, pero también muy tranquilo.

—Si me explicaras las cosas por el principio en lugar de empezar por el final, quizá...

—Dristan —corté, queriendo irme de allí lo más rápido posible—. Dijiste que Dristan era de fiar, y resulta que le va el juego a dos bandas. Justo como a ti... ¡Qué sorpresa! Supongo que ese tal Brayden del otro día también estará orgulloso de hazañas similares. Os habéis juntado todos los salidos de la ciudad porque tenéis propósitos comunes, ¿no? Si fuerais un poquito más jóvenes a lo mejor hasta apuntabais vuestras conquistas en un libro.

—Kathleen, escucha. No lo sabía.

—¿Qué ganabas vendiéndome a Dristan como una buena persona, eh? —le increpé, desesperada—. No iba a caer en tu cama antes porque me asegurases la relación entre mi amiga y el tuyo.

—Kathleen, te lo juro. —Levantó las manos—. Es un buen amigo mío, sí, pero eso no significa que sepa cómo trata a sus parejas. Me preguntaste si se podía confiar en él, y yo dije que sí, porque puedo hacerlo.

—¿Me estás diciendo que no sabes cómo trata un muy buen amigo tuyo a las mujeres? Salís juntos, King. Habéis venido cientos de veces a La Tramposa juntos. ¡Hasta le dijiste a Libby dónde podría encontrar a Dristan: con otra tía en el regazo! Sabías lo que estaba haciendo con esa otra mujer, y la enviaste para que lo viese...

—¿Cómo? Creo que te estás poniendo un poco paranoica. —Me tensé de golpe—. En serio te lo digo —insistió—. Sabía que Dristan estaría por allí porque me lo dijo. ¿Qué iba a saber yo que estaría con otra? Me parece ilógico que pagues conmigo lo que le han hecho a Liberty. Te aseguro que te hablé de corazón cuando me preguntaste.

Desvié la mirada.

Tenía su parte de razón, pero me costaba aceptar que no estuviese tan indignado como yo. Me dolía saber que a él jamás le despeinaría lo que a mí más me afectaba en el mundo.

—Me voy a casa.

Intenté esquivarlo y doblar la calle, pero King no me lo permitió. Me puso una mano en el hombro de manera contundente, no con brusquedad ni para hacerme daño. Aun así, reaccioné con un manotazo y apartándome con la misma rapidez con la que mi corazón latía.

—He dicho que me largo —repetí entre dientes—. Si quiero irme es porque me quiero ir, no porque quiera que me retengas y me convenzas, ¿entiendes? Y si te digo que no...

—Kathleen, puedo encajar una negativa —cortó, quitando la mano de mi hombro—. Puedes irte si quieres, pero creo que esto es injusto. De hecho, me suena bastante a una excusa. Si necesitas una para enfadarte conmigo y así mantenerme alejado..., deja que te diga que puedes decirlo. Ahora bien: si hay algún problema ajeno a mí o necesitas ayuda...

Aquello me puso más a la defensiva.

—¡No necesito ayuda! —le ladré, tensa—. ¡El problema es que no confío en ti! ¡No puedo

acostarme con un tío que me mentirá a la cara, estará trapicheando con otras a mis espaldas, o...!

—Yo no te he mentado a la cara nunca. Ni a ti, ni a Sheila. Puedo ser promiscuo, pero no un mentiroso.

—¿Te parece poco? Y solo para que te quede claro, no es ninguna excusa para enfadarme, porque, de todas formas, yo iba a... Lo de ayer... Tú... —Me recompuse cogiendo una gran bocanada de aire—. Me voy a sentir mal si vuelves a tocarme...

—... estando con Sheila —completó él—. No hace falta que lo repitas, ya sé que...

—No, no lo sabes. No lo entiendes. Yo no quiero ser... Mira, no estoy preparada para tener nada con alguien que sale simultáneamente con otra persona. Aún estoy gestionando algunas cosas relacionadas con eso. Si no fuera así, quizá no me importaría, quizá yo misma sería... poliamorosa, o polígama, o como se llame. Pero salía con alguien para quien era... una más, y no voy a pasar por ahí otra vez. Si me meto en la cama contigo, estaré pensando en eso, y...

La expresión de King se suavizó tanto que me arrepentí de haberme sincerado.

No quería compasión. Quería comprensión.

—En mi caso no sería como una infidelidad.

—No importa que no lo sea, yo lo siento así de todas formas: sucio y retorcido. Y no es tu problema. Es el mío. —Busqué las luces de la calle para no enfrentarlo—. Mira, lo siento. Siento haber cargado contra ti. Lo de Libby me ha... me ha roto. Ha hecho que me dé cuenta de que no puedo con esto. Me duele.

—Ya no estoy con Sheila.

Levanté la barbilla de golpe.

Sus ojos brillaban tanto que deslumbraban.

Me costó seguir hablando. El alivio y el pánico unieron sus fuerzas para tirarme abajo.

Iba a sufrir otro cambio de humor en la noche. Genial.

—Vamos a enfocarlo de otra forma —siguió hablando con las manos en los bolsillos—. Dime qué quieres de mí. Yo he sido muy claro en ese aspecto y no me importa repetirlo, pero es absolutamente indiferente si tú no eres clara también.

—Solo quería... que estuvieras soltero —musité.

—No es cierto. Te acabo de decir que lo estoy y has puesto cara de pánico.

Odié que le resultase fácil leerme.

No supe lo que responder. Esperaba una discusión plagada de gritos; recriminaciones, incluso. Esperaba que King me mandara al carajo por indecisa, por loca, por cruel.

Pero no fue así. Había un hombre interesado en saber qué necesitaba y cómo podía dármelo.

—Solo porque me ha sorprendido. Dijiste que no la ibas a dejar. Que era una cuestión de orgullo.

King se encogió de hombros.

—No me avergüenza tragármelo cuando es necesario. Y, después de meditar, me di cuenta de que una noche contigo podría valer más que cualquier cosa que tenga.

King quiso acercarse, pero yo retrocedí tan contrariada que no sabía a dónde mirar.

Había estado defendiendo lo que quería con indecisión porque no estaba segura de que importara mi preferencia, y ahora él lo ponía todo en mis manos.

—¿Quieres estar conmigo? —retomó con paciencia—. ¿Quieres que te prometa exclusividad? ¿Necesitas saber que estás en una relación segura para tener sexo?

—No. No, no... No confío en ti, eso es todo. La confianza es la base de cualquier relación, incluso si se basa en el sexo ocasional. No quiero sentir nada, ni siquiera atracción, por un hombre al que podría encontrarme en un bar con otra mujer encima; un hombre con el que

estaría fantaseando en casa mientras él le hace arreglos a su novia en un cine... —Tuve que reprimir un escalofrío—. No importa si solo siento lujuria o deseo sexual. No podría oler otro perfume en tu camisa.

La sola idea de pasar de nuevo por algo así me dio ganas de llorar.

—Entonces quieres exclusividad —zanjó.

No sabía si era cosa mía o de verdad fue así, pero me pareció que lo pronunciaba con acritud.

Clavé la vista a mis zapatos un momento, avergonzada por haberle pedido algo así. Darme cuenta de que no sabía dónde estaba de pies, dónde quería estar o a dónde me llevarían mis decisiones me hizo experimentar un vértigo que casi derivó en un ataque de ansiedad.

—Kathleen —susurró él. Se acercó tan despacio que no me dio tiempo a huir. Sus dedos me acariciaron la barbilla y me la levantaron. Su mirada fue más comprensiva que azul—. Solo dime una cosa. ¿Me deseas?

Inspiré profundamente.

—Sí —contesté con voz queda—. Dios, sí.

—¿Lo suficiente para arriesgarte? —Eso era más difícil, y lo supo, porque agregó—: Reformularé: ¿me deseas más de lo que el miedo te frena? —Asentí dubitativa, y luego volví a asentir, más segura—. ¿Me quieres solo para ti? —Intenté devolver la vista al suelo, pero no me dejó—. Sé la respuesta a esa pregunta. Me la has respondido muchísimas veces. Pero quiero oírte decir, y quiero que me digas por qué te cuesta tanto admitirlo.

—Porque no quiero que pienses que tiene que ver con que... siento algo por ti.

—Claro que sientes algo por mí, igual que yo lo siento por ti. Por eso te pido que pongas las reglas. Yo las acataré —prometió, mirándome con esa sinceridad que pesaba más que él—. ¿Quieres salir conmigo? Saldrás conmigo. ¿Quieres sexo ocasional? Tendrás sexo ocasional. Solo dime qué quieres que haga —habló muy despacio—, y yo lo haré.

—¿Dónde está la trampa? —me extrañé—. No puede ser tan fácil, y menos después de lo de ayer. Estabas ahí, conmigo: podríamos habernos acostado. Si no ocurrió, fue porque tú no quisiste. Lo que pretendo decir es que ya podrías haberme tenido sin necesidad de ceder. Yo no sé imponerme.

—Pues te has impuesto —resolvió con sencillez—. Escucha, estoy en una relación abierta porque es mi preferencia. No significa que me vaya a morir si me meto en una cerrada. Me adapto si es necesario, y entiendo que en este caso lo es.

—¿Me dejarás si te digo que me dejes?

—Lo haré. Pero solo si me lo dices tú —especificó—, no tu miedo.

—Estoy más hecha de miedo que de mí misma —confesé con un hilo de voz.

—Lo sé. Y, aun así, te vemos de vez en cuando. Así de fuerte debes de ser, que brillas en la oscuridad.

King se inclinó para besarme en los labios.

Iba a ser un simple sello, una ofrenda de paz temporal, pero las chispas saltaron en cuanto entró en contacto conmigo y acabó invadiendo mi boca.

Lo hizo muy despacio, como si quisiera escribir su nombre con la lengua. Me acarició la barbilla, las mejillas y el pelo con los dedos hasta que me relajé entre sus brazos.

—¿Quieres que te deje ahora?

—Lo preguntas después de besarme, cuando sabes que no me puedo negar.

Él se rio suavemente.

—Puedo preguntártelo mañana.

—No —murmuré.

—¿No hace falta que te lo pregunte mañana, o no quieres que te deje?

—Lo segundo.

—Para ser escritora, parece que te cuesta decir algunas cosas. Se te resisten las frases en estilo directo, ¿no?

—Hay cosas que aún no he conseguido volver a escribir desde que lo dejé. Deben ser esas las que se me atragantan.

King sonrió con ternura.

—Esperemos que pronto recuperes la voz, entonces.

Eso esperaba yo también.

CAPÍTULO 15.

Like a Virgin

Liberty tenía los viernes libres, y el fin de semana le tocaba currar a los de los turnos festivos, así que estuve sin verla un par de días hasta que llegó el sábado.

En teoría habíamos quedado para salir de fiesta, y pretendía llevarlo a la práctica aunque la idea me produjera una úlcera estomacal. Todo fuera por subirle un poco el ánimo, y también por evitar un par de días más a King, quien había tenido la amabilidad de darme espacio mientras le daba vueltas a su... ¿propuesta?

Me sentía poderosa porque un hombre hubiera renunciado a sus preferencias por mí..., pero también culpable. Además, tenía la sospecha de que no mantendría su palabra por mucho tiempo; de que el «trato» me explotaría en las narices cuando menos me lo esperara y sufriría como una condenada.

Lo que sabía era que no iba a explotarme esa noche, así que me arreglé a conciencia para divertir a mi amiga.

—Guau, estás muy sexy. —señaló Gin, mirándome desde el sofá—. ¿A dónde vas? ¿Y con quién? ¿A qué hora vuelves? —Toda mi respuesta fue una ceja alzada—. ¿Qué pasa? ¿No te gusta que haga de novio celoso? Mira que aún no me he metido en faena con los «llevas demasiado escote». Ni lo haré nunca. Nunca se lleva demasiado cuando se tienen tus tetas.

—¿Mis qué?

Aunque hubiera bromeado sobre mi poco pecho, esa noche me sentía invencible con mi Chanel, un vestido negro de corte por encima de la rodilla y abierto hasta medio pecho.

Era una de las pocas prendas con historia que me había permitido conservar de mi, digamos, vida anterior.

—Voy a DeLuca's. Siempre ha sido el sueño de Liberty que la lleven a ese restaurante, y creo que no hay mejor momento para hacerlo que ahora. A saber cuándo volveré. Por si acaso, no esperes despierta.

Me puse en marcha antes de arrepentirme.

Nunca me había gustado la vida nocturna.

Esperé en la entrada del restaurante a que los invitados se dignaran a aparecer. Tuve que soportar los vomitivos halagos de los borrachos que rondaban por Temple Bar.

Cuando ya había soportado el quinto grito y empezaba a ponerme nerviosa, saqué el móvil para llamar.

Vi que tenía unos cuantos mensajes.

Maddox

Lo siento, nena, me ha surgido un problema. No voy a poder ir.

Liberty

No me encuentro bien, K. Vamos a dejarlo para otro día, ¿vale?

Parpadeé, perpleja.

Le escribí a Dox porque no creía que Libby fuera capaz de soportar un reproche.

Kathleen

¿Va en serio? ¿Y me lo dices ahora?
Ya estoy en la puerta de DeLuca's!!

Maddox

Es mi hermano otra vez.
No puedo, de verdad.
Ya te compensaré.
Sexualmente, si quieres.

Lancé una mirada desesperada al cielo, preguntándome por qué Dios me había rodeado de hombres con los que era imposible cabrearse. Le deseé suerte en la tarea de encauzar el futuro de su hermano mayor.

Desde que se empezó a mover en círculos problemáticos, Declan O'Neil coleccionaba problemas con la ley. Sus amigos y él cometían actos vandálicos, entre otros delitos menores, y participaban en organizaciones ilegales que promovían la violencia e incitaban al odio. Pasaba largas temporadas fuera de casa, lo que era un alivio para la familia. Pero cuando aparecía, Dox tenía que estar allí para minimizar los daños.

Escribí a Libby mientras volvía a casa.

Kathleen

¿Todo bien?

Liberty

Sí. No te preocupes.

Era imposible que no me preocupara.

Pensé en la noche que me esperaba y me vi encerrada en casa dándole vueltas a todo, lamentando mi soledad. Me rebelé contra el aburrimiento y la tristeza, y decidí llamar a mi compañera. No me había arreglado para nada, ¿no?

Gin sonó ilusionada por la propuesta. Le di el nombre de La Tramposa, el único sitio donde me sentiría segura. Declaró que estaría allí en cuarenta y cinco minutos.

Tenía mis ciertas reticencias sobre quedarme a solas en la barra de un bar durante tanto tiempo, pero por lo menos era mi club privado de confianza. Fiona se alegró de verme y me atendió con una sonrisa. Me preguntó cómo podía ir allí en mi tiempo libre, si no estaba harta ya de verlo, y me reí cuando me contó una anécdota sobre un cliente que acababa de despedir.

Me tuvo que dejar rápido porque la requerían en los palcos, momento que aprovecharon algunos clientes para intentar invitarme a algo.

Algunos no se tomaron bien el rechazo.

—¿Qué pasa? ¿Es que tienes novio, o qué?

—Tan guapa y tan borde, vaya desperdicio...

—A ver si te crees que invito a una copa a cualquiera. Eres muy afortunada porque te esté prestando atención justo a ti.

—Pues tampoco eres para tanto.

—Ah, ¡otra frígida! Si no quieres que se te acerquen, no vayas vestida como una puta.

—Irás vestida como le dé la gana —espetó una vocecita, por lo visto igual de cansada que yo del acoso y derribo. La dueña del tono molesto se situó a mi lado con los brazos cruzados—. Y no es una frígida. Es mi chica. Ya puedes estar perdiéndote.

El pesado número seis se nos quedó mirando con los ojos entornados, sopesando si creerse lo que acababa de decir o no. Yo aproveché ese segundo largo para terminar de reconocer el perfil de la susodicha, que me sonaba bastante.

No podría haber olvidado su cara ni queriendo.

Era la hermana de King.

Nos habíamos conocido, y no de forma oficial, en unas circunstancias muy poco halagüeñas para mí. Para ella no; era tan guapa como la recordaba.

—Eso es porque no habéis estado con un hombre de verdad —terminó por declarar el tipo.

—Oh, ¿y tú eres ese hombre de verdad? —sonrió ella. Me hizo gracia que tuviera el mismo diente torcido que King, el colmillo superior—. No nos interesa probar, pero gracias.

Esperó con una paciencia envidiable a que el tipo bajase del taburete y se marchara a incordiar a otra. Entonces se plantó delante de mí y me tendió la mano.

—Eres Kathleen, ¿verdad? Kathleen Priest. Qué agradable sorpresa. No me habrás reconocido, ¿no? —Por un momento temí que me recordara el terrible episodio de aquella noche, pero fue tan prudente que sentí hacia ella un ramalazo de amor desmedido—: No llegué a presentarme cuando coincidimos. Soy Swan, encantada.

Del mismo modo que el nombre de su hermano honraba la actitud con la que afrontaba la vida, el suyo iba que ni pintado con su apariencia física. Era tan estilizada como una bailarina de ballet, y tenía el aspecto delicado de las mujeres nórdicas.

Estreché su mano sin saber qué decir.

—¿Qué haces sola, si no es inconveniente preguntar? ¿Estás esperando a alguien? —Asentí, pensando en lo estúpida que le estaría pareciendo por no despegar los labios—. ¿Por qué no te vienes conmigo mientras llega? Mis amigas y yo estamos allí arriba, en el palco. Somos las de la despedida de soltera.

Levanté la mirada hacia el palco para comprobar que era verdad. Y lo era.

O eso, o tenía unas amigas un tanto excéntricas, porque no parecía normal salir a la calle con porras y gorras de policía.

Ella no la llevaba, pero de su cuello colgaba un silbato con forma de...

—Yo no he elegido los accesorios —se defendió, riéndose. Sus ojos brillaban tanto que transmitían buen humor. No pude contener la sonrisa. Era digna familia de su hermano—. El único hombre que has visto es mi novio, que es el hermano de la que se casa. Son mellizos y es muy sobreprotector con ella, así que era o venir a hacer de guardaespaldas, o quedarnos todas en casa. ¿Qué dices? ¿Te vienes? A lo mejor se asoma King en un rato. Es muy amigo del grupo.

Estuve a punto de poner los ojos en blanco.

—King es amigo de todo el mundo, está claro —mascullé por lo bajini.

Ella se me quedó mirando sin saber cómo tomárselo.

Al final se rio.

—Pues no sé si es amigo de todo el mundo, pero es verdad que levanta pasiones. ¿Vienes, o no? Tiene pinta de esperarte la segunda ronda de pesados si no pareces... ocupada.

Asentí con la cabeza. A pesar de no conocerla, me había caído bien en el acto y me sentía cómoda en su compañía. También accedí porque estaba acostumbrada a ver a King a diario, o recibir sus mensajes, y después de tres días de silencio tenía ganas de cruzarme con él.

—¿No le molestará a tu amiga que me acople cuando no la conozco de nada?

—Qué va, Caitriona es la mujer más sociable del mundo. Para ella, cuanta más gente haya en una fiesta, mejor.

La seguí hasta el palco.

—Ese es mi novio, Brian.

Era de la misma estatura que Swan con las plataformas: rozaba el metro ochenta, pero no llegaba. Tenía un atractivo innegable, aunque más que pareja, parecían hermanos. Era igual de pálido, con el pelo también casi blanco y los ojos grises.

Swan me presentó a las chicas e intentó incluirme en todas las conversaciones. Yo me desenvolvía de forma más o menos decente en los grupos de gente que conocía, y podía tratar con desconocidos siguiendo un orden, pero no estaba del todo preparada para socializar a tan gran escala. Y menos cuando se tomaban las confianzas de preguntarme por mi vida privada, me cogían de la mano o me animaban a bailar.

Gin apareció pronto, pero era un animal social y se dedicó a hacerse amiga de todas las chicas.

Justo cuando iba a escabullirme, enfadada conmigo por haber tenido la idea de salir, King apareció.

Cuando lo vi, él ya me había visto antes.

Mis ojos se deleitaron con la camisa blanca, el cuello y la barba, hasta encontrarse con una mirada... ¿aliviada? Tanto si lo era como si no, me derretí antes de levantar mis defensas. Él se acercó apartando al gentío sin despegar los ojos de mí, como si yo hubiera sido su destino desde el primer momento.

No preguntó. Tuvo que vérmelo en la cara. Me retiró del grupo cogiéndome de la cintura. Creo que mi docilidad nos sorprendió a ambos. Era lógico que me tranquilizase estar lejos del barullo, pero no que encontrase un remanso de paz entre los brazos de un hombre.

—Eres a la última persona a la que esperaba ver hoy, la verdad. ¿Crees en el destino? —preguntó, entre serio y burlón.

Contuve la carcajada a tiempo.

—Definitivamente has leído mis libros... y has visto unas cuantas películas románticas de más. ¿No tenías nada mejor con lo que presentarte que con una frase mil veces reutilizada en el cine?

King me apretó contra él.

Sonreía como un niño risueño.

—No he podido pensar en nada mejor. Ahora mismo me siento como Edward cuando vio a Sandra por primera vez.^[2] ¿Has visto la película? El tiempo se paró y tuvo que apartar las palomitas que flotaban en el aire para llegar hasta ella.

—No sé cuál dices.

—¿En serio?

—Muy en serio. Me va más la sangre y el misterio.

—Mejor, entonces. He hecho una referencia bastante cursi y, si lo hubieses entendido, habrías puesto los ojos en blanco.

La mano que rodeaba mi cintura se deslizó muy lentamente hasta llegar al final de la cadera. Casi olvidé dónde estaba. Le quedaba tan bien lo que llevaba puesto... Le quedaba todo tan bien. La chaqueta oscura contrastaba con sus ojos, y sus ojos, con su piel, y su piel con la camisa blanca, y la camisa blanca, con el pelo negro.

Me lo quedé mirando sin parpadear.

—No pareces la clase de tipo que dice cursiladas.

King se inclinó sobre mí y apoyó la mejilla contra la mía.

—¿Y qué clase de hombre parezco?

—De los que no las necesitan para tener a una chica en el bote.

—¿Eso ha sido un halago? Algo me dice que esta noche voy a ser muy afortunado —soltó una risa ronca—. Pues, para tu información, puedo ser cursi. Solo tendrías que darme tiempo y una oportunidad. —Bajó aún más la mano, amenazando con colar un dedo bajo el dobladillo de la minifalda del vestido. Sus labios no se movieron de la punta de mi oreja—. Sobre eso... ¿Has pensado en mí estos días?

Tragué saliva.

—Sí.

Tuvo que sorprenderle que lo reconociera, porque se quedó un momento en silencio.

—¿Ah, sí? Espero que te haya servido mientras estabas en la ducha.

Me reí sin saber muy bien por qué. Porque estaba nerviosa, a lo mejor. Histérica, si queremos hablar con propiedad.

Él me rodeó con el otro brazo. Lo guio a la parte alta de mi espalda, la que las puntas de mi pelo acariciaban. Enredó los dedos en un mechón y tiró con suavidad para que lo mirase.

—¿Has llegado a alguna conclusión, Kathleen?

El corazón me empezó a latir a toda prisa.

Mi cabeza intentó echar abajo todas las decisiones tomadas, todas las que lo dejaban entrar oficialmente en mi vida, pero no se lo permití.

Los ojos de King tampoco lo dejaron pasar.

Había adquirido la capacidad de bloquear los demonios de mi conciencia.

—Solo sexo —declaré, intentando transmitirle que era una decisión inamovible—. No necesito una pareja estable, ni un buen amigo con el que divertirme, ni nadie que me acompañe en mis malas horas. Ni citas románticas, ni que me cojas de la mano, ni quedarme a desayunar. Solo nos acostaremos.

—¿Algo más?

—Y seremos siempre sinceros el uno con el otro.

King se pasó la lengua por el labio inferior. Parecía tentado de sonreír, pero no lo hizo. Afianzó sus manos en mi cintura y me estudió un segundo, como si no supiera si fiarse del todo, y al fin sonrió de verdad.

No era un gesto risueño o arrogante, como era habitual. Significaba el cierre de un pacto.

Su solemnidad me hizo más consciente de lo que pasaba.

De lo que iba a pasar.

—Entonces empieza siendo sincera ahora. ¿Quieres que te lleve a casa?

El vello se me puso de punta, más por la expectación y el deseo que por el pánico, aún presente entre los dos.

Daba gracias a haberlo conocido en los últimos meses, y daba gracias a que tuviera ese efecto sobre mí, porque de haber sido cualquier otro, habría salido corriendo muy lejos.

Asentí con la cabeza y me sacó del local.

Pensé que disfrutaría de un momento para empaparme de las curiosidades de su apartamento. Fijarme en la decoración. Descubrir si tenía alguna mascota. Respirar, en definitiva, y reconocer el perfume de King en el aire. Lo habría agradecido. Igual que un té que me templara los nervios, o una de nuestras charlas insinuantes hasta el dormitorio.

Pero no lo tuve.

No tuve ni un solo instante.

Después de conducir en silencio hasta la casa, estudiando la raja de mi falda a través del retrovisor, y después de seguirme sin decir nada hasta la puerta del apartamento, King abrió, me dejó pasar, cerró...

... Y en cuanto me di la vuelta para asimilar que estaba a solas con él, toda prudencia desapareció. King la aplastó al besarme con urgencia y sin control alguno, como solo besaría un hombre si le dijeran que nunca más volvería a hacerlo.

Por si la tensión sexual del camino no me había excitado lo suficiente, sus labios terminaron de convencer a mis tobillos de ceder.

Me abracé a él y lo convertí en mi único punto de apoyo.

King me cogió en volandas con una facilidad asombrosa. Pero tenía que darle su toque a la escena, y optó por echarme sobre su hombro, como cuando me obligaba a ver película.

—¡King! —me quejé—. ¿Eso era necesario?

—Sí. Me gusta tener tu culo a mi alcance, Kathleen.

Y me propinó un azote.

No encontré nada mejor para defenderme, así que dejé que me llevara a su habitación sin preocuparme de dónde estaba.

Me pareció que caía desde una altura vertiginosa sobre un colchón enorme. No perdí el aliento por el golpe, que fue más bien benevolente, sino porque King se posicionó encima para devorar mis labios de nuevo.

Su pecho aplastó el mío, y lo único en lo que pude pensar fue en el miedo a que se percatara de que mi corazón latía por encima de sus posibilidades.

Entre la nube de placer erótico, me preguntó:

—¿Tomas la píldora?

—Ajá... Por dolores menstruales.

«No tenías que añadir eso».

Murmuró un «bien» que me llegó entrecortado.

—Maldita sea... —gruñó mientras me daba la vuelta para bajar la cremallera. No terminaba de decidir si me preocupaba o me fascinaba ser tan manipulable entre sus brazos—. Si no llevaras un vestido caro de cojones, ahora estaría hecho trizas.

—¿Sabías que era caro?

—Chanel combina de maravilla con mis joyas. No tanto como tú, aun así.

—¿Eres siempre así de intenso? ¿Podré llevar mis prendas favoritas cuando andes cerca?

—Siempre preferiré que no te pongas nada. Pero sí, podrás. Nunca he sido tan intenso como contigo, Kathleen, y tienes toda la culpa. Me has tenido babeando durante meses.

Ahí iba toda una declaración.

Me habría puesto más nerviosa si King no hubiera sabido de antemano cómo iba a reaccionar y me hubiese distraído con besos húmedos y perezosas lamidas a lo largo de la columna.

Me retorcí e intenté incorporarme echando el peso sobre mis rodillas, lo que hizo que elevara el trasero y acabara siendo el punto de interés de King. Lo supe porque eché un vistazo por encima de mi hombro y lo vi y lo sentí metiendo las manos debajo de la falda.

Ahuecó mis cachetes con las palmas y los pellizcó antes de colar los dedos en la tira de las bragas e ir retirándolas poco a poco.

—¿Lo escuchas? —preguntó en voz baja.

Era consciente de que lo miraba con los ojos entornados, los labios entreabiertos y siendo toda yo el ojo del huracán que era King Sawyer entre mis piernas.

—¿El qué?

Él mantuvo la expectación con una sonrisa torcida.

Me levantó la falda hasta la cintura y dejó caer mi ropa interior hasta que se enredó en mis rodillas.

Ese brevísimo silencio me hizo sentir expuesta, sobre todo por la postura de estar a cuatro patas, mordiendo la almohada. Pero era dueña de sus pasiones, y eso me encendía. Tanto que, cuando me acarició desde la parte trasera de los muslos hasta la cintura, empecé a temblar como una hoja.

—Se me va a salir el corazón del pecho —susurró él, fuera de sí—. Tienes que escucharlo... —Se interrumpió para soltar una blasfemia—. Si nada me lo hubiera impedido, te habría puesto en esta postura desde que me llamaste cerdo.

—Entonces tienes una gran fijación por las mujeres que te tratan mal... y un profesional debería mirártelo.

No pude decir nada más, porque me dio la vuelta de golpe y terminó de sacarme el vestido sin contemplaciones. No temí por él, aunque lo lanzara a Dios sabía dónde. Tener de nuevo sus ojos sobre mí fue incentivo suficiente para recordar que había cosas más importantes, más primitivas, que merecían mi atención.

King tiró de mi cadera para colocarme debajo de él.

Se inclinó y rozó mi nariz con la suya.

—Lo que me sedujo no fue el insulto, muñeca. Fueron tus tetas marcándose en ese camisón. Aunque me hiciste reír... —añadió—. Eres muy ingeniosa.

Me convenció de que el satén raído de mi pijama era mejor que las vaporosas sedas de una diosa. Eso debió hacer brillar mis ojos, porque sonrió muy satisfecho y empezó a repartir besos por todo mi cuello, mi pecho y mis hombros; por mi estómago, por los huesos de mi cadera.

Sus labios tenían un efecto perturbador y sexual. Aunque eran fugaces, los seguía sintiendo al retirarse, como si me los hubiera tatuado.

Sus besos tenían un eco que me llenaba de ansias.

—King... —jadeé—. Aún tienes la ropa puesta.

Él levantó la cabeza y me miró con esa sonrisa canalla que me molestaba porque no podía enmarcarla en mi habitación.

Lo eché de menos en cuanto se incorporó.

—Pues quítamela.

Me senté sobre las rodillas, completamente desnuda, y llevé mis manos inseguras a los botones.

«No es la primera vez que lo haces. Lo has hecho muchas veces antes», me decía mientras intentaba desnudarlo lo más rápido posible. Acabé sacándole la camisa por los brazos a tirones, poseída por una impaciencia que él debió encontrar encantadora.

Quise ponerme manos a la obra con los pantalones. La visión de su torso desnudo me lo impidió. Me dejó fuera de juego. Sabía que era ancho y fuerte, pero no esperaba que fuera así de cerca. Mis dedos acariciaron la línea de fino vello oscuro que nacía bajo su ombligo, y subieron a rodear los pezones encogidos.

Disimulé muy mal la fascinación, porque King tiró de mi barbilla y susurró, tan despacio que yo misma paladeé sus palabras:

—Si vuelves a mirarme así, te follaré hasta volcarte los ojos. No importarán ni el lugar, ni la hora, ni con quién estemos. Simplemente lo haré, ¿de acuerdo?

Me mordí el labio y asentí.

Dejé de ser un ser humano para convertirme en un foco de fuego del que saltaban chispas.

Estaba calentándome, y King ya ardía; casi me quemé al quitarle el cinturón.

Él se bajó los pantalones sin despegar los ojos de los míos, y, como si más que una mirada fueran dos manos, lo sentí tan dentro que me estremecí.

King envolvió mi sexo. Respingué, sorprendida por la humedad que había encontrado. Introdujo un dedo y me exploró trazando círculos. Yo, aún sobre mis rodillas, casi cedí al peso de las sensaciones. Para no desplomarme, me agarré a sus hombros y lo besé.

Era la primera vez que tomaba la iniciativa desde el beso. Quizá por eso gruñó de placer y presionó con un segundo dedo, como si quisiera gratificarme de algún modo.

Lo conseguí, aunque le costó que me acostumbrara a la sensación. Tuvo que separarme las piernas con la rodilla y sostenerme contra él para convencerme profundizando como necesitaba de perder el sentido.

—Joder, lo sabía —jadeó contra mi boca. Apreté los muslos para comprimir sus dedos. Me contoneé contra ellos, jugando con su lengua a la vez—. Sabía que eras pura fachada y en el fondo te morías porque te tocasen así. Eres fuego.

King volvió a tenderme sobre la cama. Esta vez se ensañó con mis pechos. Toda mi piel ansió el calor húmedo de su boca. Intenté concentrarme en cada pequeño mordisco, en cada succión, cada beso, pero unía y alternaba tan bien unos con otros que no conseguí diferenciarlos.

Empecé a sudar. Todo iba a parar a mi bajo vientre, que se encogía y dilataba con cada caricia, dudoso entre si quería más o quería parar. Ahí dentro estaba la pasión que dominaba el resto de mi ser.

Necesitaba algo más, quería algo más.

Mi cuerpo lo gritaba entre estremecimientos.

—King, por Dios... —Me mordí los labios para no suplicar entre sollozos—. Hazlo... Hazlo ahora.

—Muñeca, necesitas mucho más. Te va a doler.

Le clavé las uñas en la espalda, tratando de descargar en vano la tensión que se concentraba en mis ingles.

—Me da igual.

—Kathleen... No quiero hacerte daño.

Lo miré directamente. No estudié su expresión como vi que él sí estudiaba la mía.

—Te lo estoy pidiendo.

Sus ojos se oscurecieron, y mi cuerpo se endureció como si acabara de darme el sí.

—Quiero oírtelo decir en serio. Pídemelo.

King retorció los dedos dentro de mí, pulsando el clítoris con el pulgar y frotándolo, llevándome a una nueva dimensión de placer.

Seguía pendiente de mí. Me miraba como si no hubiera nada que le produjese mayor satisfacción que verme al borde del orgasmo.

—Quiero que me folles —rogué entre gemidos. Por sus ojos pasó un destello de reconocimiento ante el lenguaje que a él le encantaba usar—. Ahora.

Mi excitación creció cuando lo vi levantarse para quitarse los bóxers. Volvió enseguida para separarme las piernas. Se colocó entre ellas con la espalda recta y la cabeza alta, mirándome con los ojos entornados. Entonces pensé que era invencible, y que iba a hacerme invencible a mí.

Desvié los ojos hacia su entrepierna, pero se me secó la boca justo antes, cuando llegué al nacimiento del vello.

King frotó el prepucio caliente contra mí. Tentándome. Seduciéndome. Sacándome de quicio. Me pasé la lengua por los labios hinchados cuando sacó los dedos de mi interior y sustituyó

aquel vacío por su miembro.

Se introdujo dentro de mí muy despacio, rompiendo todas mis barreras.

Justo cuando iba a ponerme a suplicar, se empaló de golpe.

—Dios, joder... —Me acorraló colocando los brazos a cada lado de mi cintura. Se impulsó hacia delante, con la barbilla casi pegada al pecho y la boca entreabierta—. Eres tan sexy, Kathleen. Voy a hacer esto diez veces más esta puta noche.

Y yo no iba a decirle que no, porque mi cuerpo lo había estado esperando. La ligera molestia al acogerlo se convirtió en una densa y delirante sensación de placer que casi me aniquila.

Elevé las caderas, buscando un contacto aún más íntimo. Él me cogió por debajo de las rodillas y comenzó a balancearse.

—Oh, Dios...

—No, Dios no. King —corrigió, con un amago de risa.

La carcajada se me entrecortó. La cabeza me zumbaba y los oídos me pitaban. Tenía los cinco sentidos puestos en el movimiento ondulante de su cuerpo, en sus uñas clavándose en mis muslos, en su miembro produciendo una dulce tensión en mi interior. Sus embestidas iban aumentando conforme yo pedía, rogaba, suplicaba, decía su nombre. Él me observaba como si no hacerlo fuera a privarle del placer definitivo.

Supe que estaba a punto de correrse cuando se le desencajó la mandíbula. Me arañó las piernas al desplazar las manos hasta mis ingles. Ahí se dedicó a masajear el clítoris con la yema del pulgar. Sus estocadas eran más y más firmes, más y más inclementes. Lo sentía como nunca había sentido antes; una parte de mí que me dejaría vacía cuando se retirara.

—Sí, sí... —me oía gemir en una letanía—. Más fuerte...

—Córrete conmigo. Quiero que sea conmigo, muñeca.

Mis caderas cobraron vida propia. Mi cuerpo, rígido y al borde de la saciedad al mismo tiempo, se hizo de granito para romperse en mil pedazos después. Alcancé el orgasmo más bestial con las manos de King agarrándome de las nalgas y sus ojos puestos sobre mí, empapados de algo muy parecido al orgullo. Mi visión se emborronó como la pantalla de una televisión antigua. Por un instante, solo vi manchas de colores, solo oí mis incontrolables jadeos. Después... volví a la realidad.

King no se apartó de mí enseguida. Se empujó más dentro, más profundo, como si quisiera averiguar a qué punto no había llegado, colmándome del todo.

Tuve la impresión de que iba a explotar, y me abracé a la cama para que no ocurriese.

Entonces, King se retiró.

Me excitó que el semen bañara mis muslos y goteara sobre mi entrepierna. Envié una mirada nublada a King, pidiéndole sin hablar que volviera a penetrarme. No podía hablar o pedir más, pero quería más.

Sin embargo, él se tumbó a mi lado, quizás sabiendo que no soportaría un segundo round tan rápido.

Por un momento, no supe qué decir. Necesité un minuto para acompasar la respiración y asimilar que estaba desnuda en su cama, con las piernas totalmente abiertas, hipersensible. Mi ritmo cardíaco estaba tan disparado que debería haberme preocupado.

Hice un recorrido por lo que acababa de pasar.

Su cara. Sus palabras. Su sudor. Su pasión y su ternura.

—Quién iba a decir que en el sexo serías todo lo serio que no eres normalmente —medité en voz alta.

—Quién iba a decir que en el sexo serías todo lo simpática que no eres normalmente.

Apreté los labios para no sonreír.

—*Touché*.

—... *For the very first time.*^[8] Y por mí, solo por mí —oí en mi oído. Su voz sonó tan ronca y abismal que todo mi cuerpo se encogió, de nuevo contagiado del ardor que nunca se iba del todo cuando se trataba de él—. Ven. Quiero que te tumbes sobre mí.

No existía la posibilidad de negarse.

Y así fue como, unos minutos después, conseguí mi segundo orgasmo: sentada encima de una erección insaciable.

Me sentí tan dueña de mí misma y poderosa que en ningún momento pensé que pudiera estar equivocándome.

CAPÍTULO 16.

Todos los lobos son malos si solo escuchamos a Caperucita

Cuando desperté al día siguiente, sola en una cama que no era mía y en una habitación que no conocía, me extrañé.

Me giré con el ceño fruncido y vi una alfombra Aubusson de edición coleccionista. En cuanto la reconocí, me olvidé de todo lo demás y mi cabeza se bloqueó.

Automáticamente entré en pánico.

Despierta para moverme, pero demasiado aturdida para recordar qué me había llevado hasta allí, aparté las sábanas para salir. Al ver que estaba desnuda, me abracé a ellas y las arrastré en mi decisión de huir lo más rápido posible.

Me envolví los hombros apretando los antebrazos contra mi pecho. Me esforcé por respirar en condiciones. Todo en vano, porque el miedo y la confusión me paralizaron y tuve que quedarme de pie en mitad de lo desconocido.

Cuando se me ocurrió reaccionar, me temblaban tanto los tobillos que no sabía si aguantaría echando a correr.

Busqué mis cosas por todas partes. No respiré hasta que vi el bolso tirado sobre la alfombra, donde asomaba el móvil. Me precipité sobre él y lo agarré con las manos tan dominadas por el ataque de nervios que tardé más de lo normal en teclear un número.

Mientras mis dedos hacían lo propio, no aparté los ojos de la Aubusson.

Un recuerdo fugaz de una mujer acorralada contra el suelo me asaltó. Tuve que cerrar los párpados con fuerza y sacudir la cabeza para apartarlo de mi mente.

—κ, nena, son las putas siete de la mañana y ya sabes que los domingos no me muevo hasta las... Espera, ¿estás llorando?

Maddox hizo una pausa al otro lado de la línea. Escuché el sonido de unas telas rasgándose, un susurro femenino al fondo y luego un portazo. Cuando volví a escucharlo, sonaba hueco, como si se hubiera encerrado en un baño.

—¿Qué ha pasado, Kathleen?

—Yo...

—Por favor, deja de llorar —me rogó con voz rota—. Sabes que no puedo con eso. Háblame.

No me di cuenta de que lo estaba haciendo hasta que me ahogué con el nudo de mi garganta. Fui a responder, pero el sonido de unos pasos me aceleró el corazón y tuve que ponerme a resguardo encerrándome en la habitación más próxima: un aseo con pestillo.

—¿Kathleen? Me estás acojonando.

—Dox, estoy... No sé dónde estoy.

—¿Cómo que no sabes dónde estás? Mándame ubicación y voy. No tengo el coche a mano, así que dependo del bus.

—¿Kathleen? —escuché al otro lado de la puerta. Entré en tensión cuando unos nudillos tocaron—. Muñeca, ¿estás bien?

Dejé de aferrarme al móvil.

«Muñeca», había dicho. «Muñeca».

Repetí la palabra varias veces en mi cabeza. Poco a poco, los recuerdos fueron viniendo a mi cabeza.

Maddox y Liberty me habían dejado tirada. Decidí llamar a Gin. Coincidí en una fiesta con la hermana de King. Luego apareció él. Me llevó a su casa y nos acostamos.

Era King. King Sawyer.

Y esa era su habitación.

Su rostro apareció entre las tinieblas de mi memoria como un rayo de sol entre la oscuridad. Era King. Con los ojos azules y la sonrisa arrogante. King. La barbilla partida. King.

King. King. *King*.

—¿Te has llevado la sábana? —preguntó, divertido.

Tragué saliva y apreté la mandíbula. Intenté abstraerme.

«Olvida en lo que estuvieras pensando, deja la mente en blanco como te he enseñado. Visualiza la ansiedad como una pelota, sostenla en tu mano y arrójala muy lejos, tan lejos que no puedas verla. Aleja a quienes haya a tu alrededor y concéntrate en tu respiración. Respira, Kathleen. Respira poco a poco, y tus músculos se irán relajando».

Mantuve los consejos de Jude en la cabeza. Debí hacer caso omiso de las voces de Maddox y King para transportarme a un paraíso donde solo estábamos el aire que respiraba y yo.

Solo yo, tranquila.

—Kathleen, ¿estás ahí? —insistió él.

Me levanté muy despacio.

Podía enfrentar a King. Podía enfrentar la habitación que me había causado esa impresión, pero no desnuda. Colgué a Maddox y le envié un mensaje que pretendía tranquilizarlo, sintiéndome culpable por haberlo molestado. A continuación, me anudé la sábana al pecho. Tuve la prudencia de echarme un vistazo en el espejo. Me lavé la cara rápido, me humedecí la nuca y giré el pestillo.

King apareció delante de mí con el torso desnudo y mojado, una toalla anudada a la cintura y expresión de preocupación.

Vi que despegaba los labios para decir algo. Intuí que no diría nada, y no lo dijo. Pareció quedarse sin palabras.

En lugar de indagar, se acercó a mí despacio, ofreciéndome la posibilidad de apartarme si así lo quería, y me dio un beso en la frente.

Aquello me dejó tan fuera de lugar que me quedé clavada en el sitio.

Temí que me preguntara qué acababa de pasar. Temí que quisiera acostarse conmigo en ese momento. Temí que no lo quisiera, y en su lugar pretendiese averiguar lo que cruzaba mi mente.

—¿Qué quieres desayunar? —inquirió con naturalidad.

Agradecí la pregunta. Era la única que sabía responder.

—Habíamos quedado en que no iba a haber desayunos.

—Mis desayunos también son una manifestación del sexo, Kathleen. Follo tan bien como cocino, y habíamos quedado en que querías follar.

—Preferiría irme a casa.

—¿Por qué?

No quería contestar esa duda, por legítima que fuera.

Me puse a maquinar una manera de huir sin explicaciones, y al final di con la clave.

—Vale, probaré uno de esos, pero espera a que me lave.

—El baño con ducha está en el pasillo principal. Luego ven a la cocina.

Esbocé una sonrisa más o menos creíble y esperé a que se marchara silbando la *Marcha*

Radetzsky.

Cuando lo perdí de vista, empecé a ponerme el vestido a toda velocidad. No encontré la ropa interior, así que la dejé allí. Me abracé a los tacones y al bolso con las manos.

Reconocía la textura de la alfombra en las plantas de los pies. Me sentí mucho mejor al salir de la habitación y perderla de vista.

Caminé hasta la puerta con la esperanza de que no me viera saliendo de puntillas, y, sin pensarlo dos veces, abrí la puerta y cerré.

Una vez fuera, me calcé los zapatos.

Empecé a hiperventilar.

Estaba a punto de bajar las escaleras a toda prisa cuando escuché desde el interior la pregunta de King:

—¿Qué prefieres? ¿Huevos revueltos y beicon, o tostadas francesas?

Me sentí tan mal que la culpabilidad estuvo a punto de asfixiarme. Frené al pie de la escalera y pensé en darme la vuelta, pero algo me lo impidió.

El pánico era más fuerte que él.

Bajé las escaleras mientras trataba de concentrarme en la respiración, casi llorando porque no podía apartar el recuerdo de mi mente.

No podía dejar de temblar.

No podía dejar de arrepentirme.

No respiré hasta que la brisa fresca de la madrugada me acarició la cara.

Cuando llegué a casa, me sorprendió que estuviera allí mi padre, dando vueltas de un lado para el otro como un loco. Ginebra intentaba tranquilizarlo. Se notaba que se acababa de levantar, porque su labia y su carisma aún estaban un poco nubladas por el sueño.

Nada más verme aparecer, se lanzó a abrazarme.

—¿Qué ha pasado? Maddox me ha llamado diciéndome que le has hecho un llama-cuelga muy sospechoso, que estabas llorando, y Gin me ha dicho que anoche desapareciste de la nada.

Me pegué a él como si fuese mi tablón salvador en alta mar.

No supe cómo lo hice para no ponerme a llorar.

—Estoy bien, solo... No ha pasado nada. No debería haber llamado a Dox. He pasado la noche fuera. Por favor, no te preocupes.

Fue imposible librarme de la lluvia de preguntas, que vino por parte de los dos: mi compañera y mi padre. En cuanto mencioné el nombre de King, Ginebra se activó, y Jaab consiguió relajarse. Gracias al cielo, ambos sabían cuándo no me apetecía hablar, así que no tardaron en darme mi espacio.

Anuncié que iba a acostarme. Antes revisé el teléfono, al que Maddox me había escrito las mismas preguntas que mi padre había formulado. Le hice un resumen rápido y no me tendí en la cama hasta que estuvo relajado.

También pedí disculpas por el susto.

Estaba a punto de apagar el móvil cuando King hizo la primera llamada que pasé al contestador. Me cubrí con las sábanas hasta la barbilla y me encogí debajo. La culpabilidad me pesó tanto que durante un buen rato no pude moverme. Quería responder, pero entonces tendría que hablar de mi ataque de ansiedad, de un pánico atroz al compromiso y la intimidad, del rechazo que me producía encariñarnos el uno con el otro... Y de su odiosa alfombra, con la que

temí tener pesadillas.

Pero no soñé con mujeres siendo inmovilizadas contra el suelo. Soñé con el que me inmovilizó contra el suelo. Por eso me desperté varias veces con una presión en el pecho, sin aire.

Si al principio me preocupó su reacción, cuando un día después observé que no me había llamado, esa sensación se intensificó. Cuando fui a La Tramposa para ocupar mi puesto y no lo vi pululando por allí, me convencí de que me odiaba.

Eso me inquietaba.

Desde el principio de la noche, estuve mirando en todas direcciones, esperando que apareciese. Estábamos solo Libby, Fiona y yo. La primera seguía estando deprimida, incluso más que el día que la intenté consolar. No lloraba, pero no levantaba la barbilla del escote y, cuando lo hacía, se veían unas bolsas oscuras bajo los ojos hinchados.

Estaba apagada. Y era quien me iluminaba los días.

—Vamos, Libby, ánimo —le dije, cansada de sentirme inútil.

Fui a decir algo más, pero en ese momento entró Maddox en el local vestido de calle. Le hice una señal que sirvió como saludo y como interrogación. Se suponía que trabajaba hoy, y nunca venía sin el uniforme puesto. Él se acercó a mí para preguntarme cómo estaba y robarme un beso en la mejilla. Por su sequedad y su ceño fruncido, imaginé que estaba enfadado conmigo por lo de la mañana anterior.

No se lo pude preguntar porque se metió en el despacho del jefe. Me entretuve haciendo cócteles hasta que salió, esta vez acompañado de Brennan. Se estrecharon la mano y luego este le dio una palmada en la espalda.

No vi la cara de Maddox, pero sí que me fijé en que tenía un sobre blanco en la mano.

Me mareé al comprender lo que significaba.

Intenté llegar hasta él antes de que se largara, pero había tanta gente en medio que lo perdí de vista. Cuando llegué a la calle, ya se había subido al coche e incorporado al tráfico.

Tuve que recurrir al jefe, al que asalté antes de que volviera a encerrarse en su despacho.

—Maddox me presentó su dimisión el sábado —me dijo. El corazón dejó de latirme—. Lo he arreglado todo en estos dos días para extenderle el cheque con el cobro del mes. Lo necesitaba con urgencia por motivos personales.

«Motivos personales».

Me planteé abandonar mi puesto e ir a buscarlo para preguntar, pero Brennan debió imaginar mis intenciones: sin molestarse en gastar saliva, me señaló la barra con un gesto.

Regresé a mi lugar con la cabeza hecha un lío. Allí, Fiona me preguntó a qué se debía ese comportamiento tan extraño por parte de Maddox.

—No es nada típico en él actuar de esta manera. En general es una persona que va por delante... Aunque supongo que todo el mundo se larga por la puerta de atrás en algún momento de su vida.

«Como yo, por ejemplo».

—Pero él estaba contento aquí, ¿no? A mí me dijo que le encantaba el trabajo. ¿Por qué querría irse?

Saber que Maddox había estado preocupado por algo en las últimas semanas y no me había dado cuenta, o quizá no le había prestado la atención que debía, me sentó como una patada.

Había estado tan sumida en mis dramas sentimentales que lo había desatendido.

Intenté ponerle arreglo escribiendo un mensaje.

Kathleen

¿Tiene que ver con tu hermano?

Esperé a que respondiese mordiéndome las uñas con los codos sobre la barra. Ignoré a un cliente mientras escribía mi segundo mensaje, una hilera de interrogaciones y la amenaza de llamarlo.

Di un respingo cuando un vaso se rompió cerca de mi pie.

Levanté la vista y Liberty rompió a llorar.

—Lo siento —balbuceó—. He perdido el equilibrio.

—No pasa nada. —La ayudé a recoger los cristales—. Solo ha sido una copa. A mí se me han caído mil... Relájate, Libby, por Dios.

—No puedo... —murmuró. Lo repitió otra vez, en esta ocasión más alto. Me miró con los ojos enrojecidos, llenos de tristeza y culpabilidad—. No puedo, Kathleen.

Cuadré los hombros.

—Sé que Dristan ha sido un cabrón, y que llevas muchos desengaños amorosos, pero no se va a acabar el mundo. Tienes que seguir adelante, Liberty, porque te mereces...

—No es eso —cortó—. Es por Maddox.

La aparté de la barra para no dar un espectáculo.

—¿Te ha dicho a ti por qué se va? —inquirí en voz baja.

Ella sacudió la cabeza.

—No, pero lo sé. —Un sollozo le quebró la voz—. Se ha ido por mi culpa.

—¿Cómo dices?

—No creo que se haya ido por... lo que pasó, porque yo no soy tan importante como para que renuncie a un buen trabajo. Pero es posible que haya dimitido porque... me odia.

Solté una carcajada de pecho. De las de verdad.

—Esa es, con toda probabilidad, la cosa más absurda que he oído en todos los días de mi vida. Dox te quiere con locura.

Liberty se estremeció.

—No, ya... ya no. —Me miró con arrepentimiento—. Casi nos acostamos.

No supe cómo reaccionar.

Me apoyé muy despacio en la pared.

—¿Cómo que casi os acostáis, Libs? ¿Qué dices?

Ella se miró las manos antes de concentrarse en mí.

—El día que os conté a los dos lo de Dristan... Tú fuiste a atender la barra y él y yo nos quedamos en la sala de descanso. Cuando me calmé, me acompañó a pedir un taxi y ahí... se quedó todo. Pero cuando llegué a casa y vi... —Negó con la cabeza—. Es una tontería.

—Liberty Walsh —pronuncié bien alto—, deja de pensar que tus sentimientos son una tontería.

Aquello no le hizo sentir mejor, pero al menos continuó hablando.

—Es que vi... —carraspeó—. Cuando fuimos de fin de semana al sur de Inglaterra, Dristan me consiguió en la feria del puerto de Brighton un muñequito, y lo puse en la mesilla de la entrada para verlo en cuanto llegara cuando volviera de trabajar. Y cuando lo vi allí, yo... Me sentí... muy mal. Me puse a llorar otra vez. Pensé que... Sentí que me iba a morir. Así que llamé a Maddox y le pedí que se quedara conmigo un rato. Necesitaba que me ayudara a quitar los

regalos de en medio, porque no podía ni verlos. Vino y, entre los dos, fuimos metiendo en una bolsa de basura cada uno de los ellos. Luego nos sentamos en el sofá. Él me miró muy serio. Me dijo que, algún día, alguien me trataría bien. Que yo merecía la pena, que era buena chica...

—Todo cierto —aclaré. En tono lúgubre, añadí—: Pero te conmovió y te tiraste a sus brazos.

Liberty compuso una mueca de espanto.

—¡Eso no fue así! Seguimos hablando un buen rato, me hizo reír... Se quedó a cenar. Luego... me dio otro bajón después de comer, como cada vez que... Bueno, ya sabes que me pongo hasta el culo cuando pido mexicano. Y él... Pues él... Me dijo que no me preocupase por eso, que soy muy... guapa. Y creo que, para demostrarlo..., me besó.

Parpadeé una sola vez.

—¿Que para demostrarlo te besó?

Ella asintió muy convencida.

—Solo quería hacerme sentir mejor —lo defendió—. Y yo también quería sentirme mejor, así que lo besé de vuelta. Antes de que pudiera darme cuenta, me... Nos... —Apretó los labios y respiró hondo para no llorar otra vez—. Estábamos casi desnudos, a punto de...

—Acostaros.

—Sí. ¡Pero no lo hicimos! —aclaró enseguida, no fuera yo a pensar que cometería semejante inmundicia—. Yo me arrepentí en el último momento, como es normal. Le dije que no podía, que era mi amigo, y él... Maddox empezó... Empezó como a... decir muchas cosas. —Tragó saliva—. ¿Sabes qué me dijo?

Me lo pude imaginar.

Pero no lo hizo más digerible.

—¿Qué?

Liberty se echó a llorar otra vez. Y ese llanto no tuvo nada que ver con ninguno anterior. Parecía a punto de ahogarse, pero, más que triste, estaba cabreada.

Sus puños apretados hablaban por sí solos.

—Me dijo que me quería y que él me iba a hacer feliz justo antes de ponerme a cuatro patas, como hacen todos. Como Dristan, y antes Brian, y antes Craig, y Owen... Como hicieron todos los hombres que querían acostarse conmigo y sabían que no lo conseguirían si no me decían cosas bonitas.

—¿Cómo? —tartamudeé, perpleja—. Libby, creo que...

—Él, justamente él... —Señaló la puerta con una mueca torcida, como si Maddox estuviera allí. La barbilla le temblaba tanto que casi le castañeaban los dientes—. Él, que sabía que no podría... aguantar que me lo hicieran otra vez. Él, que sabía cuánto me dolía y que ha visto siempre cómo... cómo he sufrido... Iba a hacer lo mismo.

—¿Cómo que iba a hacer lo mismo? —repetí.

Me temía lo peor.

—Lo aparté y me levanté, y... Me encerré en el baño hasta que oí que se iba —admitió, bajando la vista—. Kathleen, yo no quería romper nuestra amistad. Es solo que no sé lo que me pasó. Estaba llorando, y luego estaba él besándome, y... Lo hacía tan bien... Iba a dejarme llevar, no me importaba: es Maddox —resolvió, como si eso lo explicara todo—. Al día siguiente me trataría con camaradería, justo como hizo con su último rollo después de cortar, o como hace con todas esas chicas con las que duerme y luego vuelven a por más... Pero es que empezó a decir todo eso y yo no podía creérmelo. Que él me mintiera cuando vio que no iba a ser capaz de quitarme las bragas sin un incentivo... No lo soporté.

—¿Por qué iba a mentirte?

—¡Tú no sabes las cosas que dijo! ¡Tenían que ser mentira! Y me dio miedo que fuera capaz de llegar a decir que... me quería... No lo habría dicho si yo no le hubiese cortado, ¿entiendes? Solo quería follarme.

Había estado dispuesta a regañar a Liberty hasta que dijo todo eso. No podía culparla por proteger su corazón, aunque por el camino hubiera destrozado el de otro.

Quizá las dos éramos un par de estúpidas por reaccionar de manera desproporcionada. Quizá debíamos odiarnos. Miraba a Liberty y no me cabía duda de que lo hacía. Ella se detestaba, y yo también. Pero no era un consuelo que no estuviéramos solas en eso, sino un castigo. No éramos tan dueñas de nuestros actos como queríamos. El miedo nos dominaba.

—Libs..., ¿y si Maddox hablaba en serio? ¿Y si era verdad?

Liberty ni siquiera cambió de expresión.

Incluso me miró como si estuviera loca.

—Kathleen, estamos hablando de Maddox. Llevo años viéndole prometer el oro y el moro sin intención de cumplirlo, solo para echar un polvo.

Me pasé la mano por la cara, agobiada.

Maddox no lo había puesto nada fácil. Y, definitivamente, no había sido el mejor momento para abordar a Libby. Estaba demasiado vulnerable.

—Pero... ¿Y si te lo hubiera prometido en serio?

Liberty esbozó una sonrisa triste que me destrozó el alma.

—Sigue siendo Maddox. Los hombres como él nunca se fijan en mujeres como yo. Solo fui su proyecto de caridad esa noche. Nada más.

—Y si fuiste eso, ¿por qué te sientes culpable? ¿No será que sabes que le hiciste daño?

—Me siento culpable porque era mi amigo. —Se apartó las lágrimas de la cara para volver a su puesto—. Pensaba que su concepto de amistad estaría por encima de medio polvo... Pero me equivoqué, una vez más. Ni siquiera él era lo que parecía.

Me quedé con las ganas de explicarle que le había pasado como a Pedro con el lobo.

Justo cuando era cierto que el lobo había asaltado el pueblo, justo cuando era cierto que el hombre la quería, ella ya no se lo creía... por culpa de todos esos Pedros.

Cuando volví a casa, estaba tan molida que me tiré en plancha a la cama. Me planteé llamar por teléfono a Maddox y preguntarle cómo estaba, pero tenía mucho en contra. No había venido a contarme lo de Libby para desahogarse, y eso debía significar que no quería hablar de ello.

Debía darle su espacio. Ya propiciaría un acercamiento cuando hubiera pasado el tiempo de cortesía.

Era un buen momento para ponerme a escribir, pero estaba bloqueada y sabía por qué.

«¿Y por qué no hacía nada para resolverlo?».

«Pues porque no debería importarme».

El problema era que lo hacía. Sí que me importaba que se hubiera enfadado por mi desprecio injustificado.

Así que marqué su número a las tantas de la madrugada y esperé a que contestara.

Antes de oír el tercer tono, me di cuenta de que no sabía qué quería decirle, y, presa de un arrebato infantil, colgué antes de que oyera mi respiración.

Avergonzada, me acurruqué entre las mantas. El móvil se quedó muy lejos de mi alcance. No necesitaba tenerlo cerca para que me tentase volver a intentarlo.

En eso pensaba cuando sonó la cancioncita de una llamada entrante. *Ain't No Sunshine* de Bill Withers inundó la falsa calma de mi habitación.

Me incorporé para ver que, en efecto, era King. Me quedé mirando su nombre en la pantalla con el estómago encogido, sin entender por qué me estaba comiendo la cabeza cuando no significaba nada para mí.

Entonces recordé ese fugaz beso en la frente y la pregunta que me hizo sobre qué quería para desayunar.

Descolgué y me pegué el móvil a la oreja, nerviosa. Esperé que comprendiera con mi temblorosa respuesta que él no era el problema.

—Prefiero las tostadas francesas.

CAPÍTULO 17.

Las damas primero

Estaba soñando con un hombre de penetrante mirada azul. Me observaba mientras dormía con la cabeza descansando en la mano y el peso sobre el codo.

Había una ligera sonrisa en sus labios.

Bueno, quizá no tan ligera como de gallito. Era imposible saberlo con la tupida barba oscura cubriéndole medio rostro. Excepto los labios, cuyas comisuras apuntaban hacia arriba.

Sí, definitivamente sonreía.

No quería escuchar lo que King Sawyer me decía. Bastante tenía con sentirme culpable despierta como para soportar sus reproches dormida.

Abrí los ojos. No estaba del todo en el séptimo sueño, en realidad, sino en ese extraño punto de aturdimiento. Pero igual me sorprendió toparme de repente con un hombre tumbado a mi lado... y sí: mirándome con sus penetrantes ojos azules.

Solté un grito y casi salté fuera de la cama del respingo que di. Hice el amago de rodar por el colchón y alejarme, pero él me cogió de la cintura y me pegó a su pecho, partiéndose de risa. Parpadeé varias veces para asegurarme de que era real, de que King Sawyer me tenía aprisionada entre sus brazos.

Sus carcajadas suavizaron mis remordimientos.

—¿Se puede saber qué haces metido en mi cama? ¿Cómo has entrado? ¿Quién...? ¿Gin ha permitido que te cueles en mi habitación? ¿Te has vuelto loco? ¡¿Y ella acaso es imbécil?! —Las palabras iban saliendo como balas. Me llevé una mano al pecho y la presioné—. ¡Casi me matas del susto, puto gilipollas!

Él seguía partiéndose el culo.

—Para ser escritora, eres muy soez cuando quieres. ¿No habría quedado mejor un... «bastardo arrogante»? ¿«soberbio redomado», tal vez? Son solo sugerencias, ¿eh? Luego tú haces lo que quieras.

—Cállate, joder. ¡Y quítate de encima!

King volvió a doblarse de la risa.

—Vamos, no puede sorprenderte en serio que haya venido a verte después de que me llamaras a las tantas y me soltaras lo que me soltaste.

—¡Pues claro que no me lo esperaba! ¡Te dije mi desayuno favorito, no que mi vida dependiera de echar un polvo exprés!

Él hizo un puchero.

—¿Entonces no quieres un polvo exprés?

Apreté los muslos en un movimiento involuntario.

—Quiero que salgas de mi habitación —mascullé, pero no me lo creí ni yo. No solo no se movió, sino que el muy canalla se puso cómodo.

—Oye, Kathleen... —Por un momento, pensé que iba a hablar en serio—. ¿Sabes que el hombre neandertal compartía su cueva con el resto de la tribu?

—¿A qué viene eso ahora? Tú no eres de mi tribu. ¡Ni eres un neandertal! ¡Eres un pervertido que observa a las mujeres mientras duermen!

Me alejé de él hacia el otro extremo de la cama, frotándome los ojos. Quién sabía si por

casualidad no seguía soñando.

King rodó sobre el colchón hasta llegar al otro lado, donde yo me había hecho un ovillo bajo el edredón esperando que entendiera la indirecta.

—¿A las mujeres? No, solo a ti. ¿Y qué le hago? Es el único momento del día en el que pareces dulce e inofensiva, cariño.

Apreté los labios para no acabar riéndome a mi pesar.

Se suponía que yo no sabía reírme, y menos todavía con los hombres. Él ni siquiera era excepcionalmente gracioso, solo un payaso de circo con cuatro frases ingeniosas.

Respiré hondo hasta que recuperé mi ritmo cardíaco.

—King, ¿qué haces aquí? —suspíré, hastiada—. Son las... seis de la madrugada.

—No he podido venir antes porque tenía un par de asuntos que resolver...

—¡No estaba recriminándote que hayas tardado! ¡Pregunto quién te ha invitado!

King hizo un puchero.

—Kathleen, me estás haciendo sentir inseguro.

—Oh, por favor, no me jodas. —Bizqueé—. Sería más fácil hacer malabares con erizos que hacerte sentir inseguro.

Lo corroboró entrelazando los dedos en la nuca. Así halló la postura más cómoda en mi cama, estirado cuan largo era.

—Si alguien puede lograr lo imposible, esa eres tú.

Me lo quedé mirando con los ojos entornados, en busca de una señal que delatara que estaba fingiendo despreocupación cuando, en realidad, había venido a echarme la bronca.

Tuve que soltar lo que había estado atormentándome.

—¿No estás enfadado conmigo?

Me arrepentí de preguntarlo cuando alzó la ceja arrogante.

—¿Por qué iba a estar enfadado contigo?

Me encogí de hombros, tratando de fingir indiferencia, pero él leyó mi preocupación. Se incorporó echando el peso sobre el costado.

Tenerlo tumbado en mi cama completamente vestido me produjo una sensación muy... extraña.

—¿Creías que me había mosqueado porque me mentiste diciendo que te quedarías a desayunar para luego dejarme con un palmo de narices? —replicó con una tierna llaneza que me confundió—. ¿Porque no respondiste a mi llamada y, después de interrumpir mi sueño, me soltaste dos palabras sin sentido aparente para después colgarme? —Me mordí el labio inferior para tratar de contener un puchero. Asentí con la cabeza, a lo que él prosiguió con voz suave—: ¿Estabas preocupada por si todo eso me había sentado mal? ¿Has llorado por mí, o todavía no hemos llegado a ese punto?

El último comentario rompió la magia.

—¡Claro que no! ¡Nunca llegaremos a ese punto, bastardo arrogante! —Que utilizara ese insulto en particular hizo que sonriera de oreja a oreja—. No te inventes tonterías para ser condescendiente conmigo. Me importa una mierda si te enfa...

Antes de que pudiera acabar la frase, King tiró de mi brazo. Y tuve que agradecerlo, porque me habría puesto en evidencia con mis humillantes balbuceos.

En cuanto caí sobre él, busqué la manera de escabullirme, pero de nuevo fue más rápido que yo.

Cambió la postura para encarcelarme entre sus brazos. Me clavó en el colchón con una mirada brillante, que se intensificó cuando me separó las piernas para rozarse conmigo de manera

descarada.

Separé los labios cuando noté su erección a través de la tela.

—¿Te parezco enfadado? —preguntó, con voz ronca.

Las palabras se me atascaron en la garganta.

—No... no mucho.

—Eso es porque, en primer lugar, yo nunca me enfado. Soy como Keith Richards: estoy feliz de estar aquí, estoy feliz de estar en cualquier parte. —Se inclinó para besarme en el cuello y acariciarme el mentón con la nariz. Hundí las uñas en su hombro para que no se le ocurriera separarse—. Y, en segundo lugar..., sé que hay un motivo. Una mujer no sale corriendo de mi apartamento de madrugada por capricho. Supuse que algo pasó. Pero esperaré a que me lo cuentes tú —acabó susurrando en mi oído.

La tensión de mi cuerpo aminoró a pesar de que hubiera insinuado en voz alta mi pequeño secreto. Para distraerme de lo que acababa de decir, dedicó una caricia atrevida a la cara interna de mi muslo.

Carraspeé, buscando una fortaleza que empezaba a decaer.

—Tal vez me fui porque no quería desayunar contigo.

—¿Y no te habría gustado quedarte... —se enrolló la tira de las bragas en un dedo y, de un contundente tirón, se las cargó. Jadeé por la impresión de que pellizcara mi clítoris y lo sobara de forma perniciosamente con los nudillos— para que te hiciera esto? Porque creo recordar que mi polla dentro de ti entraba en el acuerdo, y eso habría ocurrido después del desayuno.

Hice el esfuerzo de mirarlo con sorna.

—Muñeco..., el vocabulario soez no pega nada con tu cara de Audrey Hepburn.

King soltó una potente carcajada.

Para castigarme por la burla, me penetró con los dedos y los retorció hasta que mi espalda se arqueó hacia él.

—Dios mío... No puedes... llegar a mi casa y toquetearme porque te apetezca —gimoteé—. Dije tostadas francesas, no... hazme... hazme... perrerías... Ah...

—A partir de ahora, me tomaré tus «tostadas francesas» como una invitación sexual.

—Tú te lo tomas todo como una invitación sexual.

King me levantó el camisón hasta el pecho para descubrir mis pezones endurecidos. Antes de inclinarse sobre uno al azar y rodearlo con su lengua áspera y caliente, me miró con una sonrisa malvada.

—Cuando se trata de ti, sí.

Dobló dos dedos en mi interior y retorció la lengua en torno a uno de mis pechos. La caliente succión de su boca envió una sacudida de placer al resto de mi cuerpo. Tironeó del pezón con los dientes y trazó una línea de besos húmedos por toda la zona.

Le gustaba besarme. Me había dado cuenta de que lo hacía mucho, estimular con sus labios hasta lo que pensaba que no podría ser estimulado.

Cuando presionó la boca en el valle entre mis pechos, justo en el esternón, me dio miedo que se diera cuenta de lo rápido que me latía el corazón.

—Tienes una imaginación impresionante si crees que te pido que me hagas esto con cualquier cosa que digo —le dije, esperando distraerlo de mi ritmo cardíaco.

—Estamos de acuerdo —jadeó contra mi piel. Arañó con los dientes la curva del otro pecho hasta llegar a la areola. Delineó su forma con la punta de la lengua, y cuando temblaba por su seductora tortura, me aproximó más a la culminación dedicándome una caída de ojos—. Pero no todo es fruto de mi imaginación. Me pides y haces confesiones sin querer. Cada vez que me

miras, me estás retando a demostrar que soy mejor que el demonio sobre tu hombro.

Busqué el contacto con su cuerpo arqueando la espalda. Los músculos de mi estómago se contrajeron de forma dolorosa pero dulce cuando pude atraerlo hacia mí.

—Entonces esto... esto es solo una forma de reivindicar que eres capaz de conseguir a la mujer imposible. No más que un desafío para ti.

—No, cielo. Esto... —volvió a pulsar mi clítoris y a frotarlo en círculos— eres tú siendo tocada como necesitas.

Me retorcí entre las sábanas.

—Oh... ¿Se trata solo de mí?

—Yo también lo necesito, pero el que ha cogido el teléfono y ha llamado a las tantas de la madrugada en busca de atención no he sido yo. Y no es nada malo. Todos necesitamos atención.

Un «la llamada no significa nada» murió en mi garganta cuando hundió aún más los dedos. El orgasmo salió disparado de mis labios en forma de gemido. Deliré durante los siguientes segundos, en los que luché por llevar aire a mis pulmones.

Me sentí liberada un momento.

Luego empecé a preocuparme por lo que viniera después.

Era la tercera vez que teníamos un interludio sexual. En la primera, pese a todo lo que King hizo para excitarme, yo no le di placer en ningún momento. Ahora, tampoco. Todo había sido para mí, por mí. Debía estar pensando que era una especie de aprovechada, o una amante sin recursos ni imaginación.

Rememoré todas esas veces en las que me vi forzada a hacer algo que no quería porque debía. Él tuvo que percatarse de mi tensión, porque dijo con sorna:

—Debes ser la única mujer del mundo que tras un orgasmo sigue con el ceño fruncido.

Lo miré con...

Quitó el ceño fruncido y lo miré sin más.

King estaba fresco como una rosa, vestido de la cabeza a los pies. Olía a sexo porque yo me había corrido. Tenía que estar preguntándose por qué no le devolvía el favor.

—Los pantalones. —Señalé con el dedo—. Fuera.

King arqueó una ceja.

—Por cómo lo has dicho, parece que pretendas castrarme.

—¿Esa es tu idea de preliminar?

—¿Quieres hablar de preliminares? No tengo tiempo. A las seis y media debo estar en el despacho.

Volví a fruncir el ceño. Él me lanzó una mirada exasperada que venía a significar «¿otra vez?», y suavicé el gesto.

—¿Y para qué has venido?

—Si lo tienes que preguntar, es que no lo he hecho tan bien como creía. ¿Has fingido el orgasmo?

—Claro que no.

—¿Nunca has fingido uno? —preguntó por curiosidad.

«Siempre».

—Alguna que otra vez. ¿Vas a bajarte los pantalones, o no?

King sonrió, a caballo entre la curiosidad y la sospecha. Se apartó a un lado y se tendió sobre el costado, de cara a mí.

Me observaba como si fuese un puzle de mil piezas.

—No me digas que ves el sexo como una cadena de favores. Creo que las relaciones deben

estar equilibradas, claro... —Su mirada se deslizó de mis ojos a mis pechos, a mi vientre, al borde inferior del camisón que me había puesto en su sitio tras terminar—, pero mi idea de equilibrio no contempla eso de «compensar» al otro.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con recelo. Me sudaban las manos—. ¿Que esto no ha sido un... «las damas primero», sino que tu objetivo es solo tomar mi cuerpo? ¿No esperas nada a cambio?

—Uno espera algo cuando se lo deben, y tú a mí no me debes nada. Todo placer que yo te produzca, me lo produzco a mí mismo; no necesito tu acción directa sobre mi cuerpo. En eso consiste desear a alguien, en mi opinión. Sí, me entusiasma que las mujeres me toqueteen, pero porque les da la gana, no porque sientan que hay que estar en tablas.

Me sumí en un silencio meditabundo, ignorando que King me observaba como si quisiera descifrar mis pensamientos.

No le convendría. Vería que lo tenía a él, al otro, metido en la cabeza, avergonzándome de lo que hacía y de lo que no.

—Debió ser un reverendo hijo de puta —dijo de repente.

Clavé la vista en el techo.

—No sé de qué hablas.

—No te hagas la tonta, muñeca. No lo eres ni un pelo, y te queda muy forzado. Sea lo que sea que estuvieses pensando...

—¿Qué sabrás tú sobre lo que estoy pensando? —mascullé. Me incorporé de golpe y le di la espalda para levantarme de la cama—. Voy a hacer un café.

—Dios no lo quiera —suspiró él. Fulminarlo con la mirada fue un error, porque me atrapó con sus ojos expresivos—. ¿En qué estabas pensando, entonces? ¿Sigues preocupada por si me dolió tu escapada matutina?

Fui a escupirle que no tenía nada que ver, que me daba igual, pero entonces él se levantó también y aprovechó que la falda del camisón se me había arrugado para colocármela en su sitio. Como si fuera su muñeca de verdad.

—Ignorarte a raíz del incidente no ha sido mi mejor táctica, aunque no me arrepiento. Por fin he descubierto que no le soy indiferente a Trunchbull.

—¿Táctica? —repetí, ignorando la referencia a *Matilda*—. ¿Cómo que «táctica»?

—Desde el momento en que te conocí, tuve muy claro que no funcionas bien bajo presión. Así que si te hubiera escondido la ropa para que no te fueras, no te habría vuelto a ver porque te habrías sentido acorralada. Si me hubiera interpuesto entre la puerta y tú, no te habría vuelto a ver porque desconfiarías de mí de ahí en adelante, y con razón. Y si te hubiera dejado ir y luego me hubiese enfadado, tampoco te habría vuelto a ver, pero porque no soportas sentirte incomprendida. Ahora bien..., si hubiese actuado como si nada, lo único que habría conseguido habría sido que huyeras todas y cada una de las mañanas. Algo que espero —recalcó, mirándome con fijeza— que no vuelva a ocurrir.

»Así que opté por la pasividad. Ni dar a entender que estaba tranquilo, ni hacerte pensar que no me había hecho gracia. Un punto medio. No pensé que fuera a dar resultado, la verdad —agregó con una sonrisa liviana. Alargó la mano y me acarició el pómulos—. No te cuesta ignorarme si yo te ignoro a ti.

Me quedé anonadada. No sabía si ofenderme, asustarme, o sentirme halagada porque tuviera cuidado al tratarme.

—¿Me has... manipulado otras veces?

—¿Eso crees que hago? —inquirió con calma.

—¿Qué otro nombre se le conoce a actuar de una manera esperando que el otro responda de una forma determinada?

—Solo intento hacer lo que te hará sentir mejor sin dejarme pisar por el camino. A mi modo de ver, solo procuro conocerte y ayudarte.

—No necesito ayuda —repetí, erizada.

Odiaba esas palabras.

Necesitar. Ayuda.

—Tal vez no, pero el día que nos conocimos intuí que había un problema. Te asustaste cuando me viste, y yo me pasé todo el rato tratando de averiguar si te conocía de algo; si te había hecho daño. Quería saber por qué estabas tan alterada por mi culpa.

—Sería la angustia de que hubiera aparecido un tío en mi casa para hacerme insinuaciones con su novia delante.

Él sonrió perezosamente.

—Eso me quedó claro. Igual que supe que me querías para ti. Pero encima de todo eso había un fuerte rechazo. Lo que dijiste de que nadie podría follarte tan bien, que no nos creyéramos nada de lo que escribías... No sonaba tanto a mujer despechada como a advertencia desesperada. La sensación de que odiabas todo lo que escribiste, el desprecio hacia mí... me intrigó. Aproveché que me atraías y me serví de mis sospechas para sacar al cabrón que llevo dentro. Y, en efecto, te alejabas cada vez más.

—Me caías mal.

—Tú te caías peor porque sentías algo que no te gustaba.

—A nadie le gusta sentirse atraído por el novio de otra.

—No, a nadie le gusta —cedió—, pero a ti Sheila siempre te ha importado un carajo. Lo que te detenía no era tanto el respeto hacia ella, que también, sino el recelo. ¿Recuerdas cuando nos encontramos en la zapatería? Quise averiguar si tu fobia hacia los hombres venía de una mala experiencia con un novio. Le di a entender a la dependienta que éramos pareja, y ahí estuvo de nuevo cuando ella lo mencionó: esa tensión que hace que te cambie la cara. Odias pensar en tener cualquier intimidad con otra persona.

»No confirmé lo que me olía hasta que te asaltaron. Quise saber hasta dónde llegaba la magnitud del problema, así que fui a La Tramposa y te solté el rollo de que no podías trabajar allí. Estabas cerrada en banda, pero con la presión adecuada, te movilizabas. Bastó con soltarte que no estabas bien para que quisieras demostrar lo contrario. Eres cabeza. Y valiente. Te acercaste a un grupo de tíos, flirteaste y volviste de una pieza. —Sonrió con ternura. Estiró un brazo hacia mí y me cogió de la mano—. Ni tú te lo creíste. Tu cara fue una fantasía.

»Y reaccionaste tan mal cuando te dije que pretendía seguir con Sheila... Te hice recordar algo horrible, lo sé.

Luché por mantenerme impávida, pero no supe gestionar que hubiera resultado ser calculador y perspicaz. Lo peor era que estaba admitiendo que le interesaba más allá de la cama.

—¿Tus frases guarras también buscaban una reacción por mi parte, o puedo tener la tranquilidad de que al menos en eso has sido espontáneo?

Su sonrisa juguetona me disuadió de mirarlo con recelo.

—Mis frases guarras solo buscan un final feliz para los dos.

Me levanté sin saber muy bien qué iba a hacer.

Lo que tenía claro era lo que no iba a hacer.

—Pues vas a ver tus sueños frustrados si sigues tratándome como a una rata de laboratorio. No voy a ser conejillo de indias para que puedas aplicar tus juegos psicológicos, sobre todo

porque no tienes ni idea de lo que has dicho. Estoy perfectamente bien. Si tuviera fobia a los hombres, al sexo o a relacionarme, no estarías aquí, ahora.

—Follar es fácil. Lo difícil es lo demás. Si no te preocupase algo, te habrías quedado a desayunar.

—¡Solo es un desayuno, por Dios! ¿Vas a hacer de eso un mundo?

Él ladeó la cabeza, intrigado.

—Solo es un desayuno —repitió, más despacio—. ¿Por qué hiciste de eso un mundo? Si tú lo tratas como tal, lo justo es que yo haga lo mismo... Aunque si dices que todo va bien, te creeré. No querer una relación no significa tener miedo al compromiso, ¿verdad que no?

Sentí que se estaba burlando de mi testarudez.

—Si te da miedo desayunar solo, búscate a una mujer madrugadora y múdate con ella. Por los motivos que fueran, que ya sabes que no te incumben, esas fueron las condiciones que puse: nada de intimidades fuera de la cama. Y, por si no lo sabes, no necesitas conocer el pasado de nadie para acostarte con él.

—Pero sí para saber cómo necesita que lo traten. —King aprovechó que su respuesta me dejó débil para traerme hacia sí y capturarme entre sus muslos separados—. Lo que quiera que te pasara no es ningún condicionante a mis ojos, muñeca. Puede que te cambiara, o que te impida ser tú misma, pero para mí no significará nada vergonzoso ni humillante; solo un detalle de tu pasado y carácter que me ayudará a evitar que te pongas a la defensiva. Nunca lo usaría en tu contra, si es eso lo que temes.

Quise sonreír fríamente, pero no pude.

—Las palabras se las lleva el viento. Pero no es que necesite tus promesas. Me gusta cómo me lo haces, tal y como me lo haces, y eso es lo importante. Tampoco necesitas saber cuál es mi postre preferido para hacerme llegar al orgasmo.

—Entonces no quieres que te conozca.

—Yo no quiero conocerte a ti —mentí—. Me parece justo que tú tampoco te intereses por mí. Me dio la impresión de que le había dolido mi respuesta.

Sonrió, pero cansado. Incluso resignado. Y eso me afectó.

—Si dices que no tienes ningún problema, de acuerdo. ¿Lo tienes? Última oportunidad.

Debería haberle dicho que sí, que tenía dentro algo horrible que me estaba matando. También podría haberle dicho que se largara de mi casa y no volviera, porque el trato no era que indagase en mi pasado y porque me había asustado con sus investigaciones. Pero no hice nada de eso.

—Mi único problema —empecé— es que me arrebataste los últimos tacones de la tienda y se los regalaste a Sheila.

King no dijo nada más.

Y gracias al cielo.

Deslizó las manos bajo el camisón para acariciarme la piel. Lancé un suspiro inaudible cuando se inclinó para besarme un punto por debajo del ombligo.

—Puedo probar a compensarte por eso.

CAPÍTULO 18.

Cada uno hace lo que puede con lo que tiene

Ya había esperado el tiempo de cortesía para invadir la intimidad de Maddox. Era la sexta vez que lo llamaba por teléfono y no contestaba. Había desaparecido del mapa.

A fin de no preocuparme, acabó diciéndome al cabo de los días que estaba ocupándose de la empresa de mudanzas de su familia. No tardé ni media hora en vestirme y tomar un taxi al polígono donde se encontraba la nave para verlo en persona.

Maddox estaba desplazando unas cajas hasta el camión. Iba acompañado de un treintañero de su misma complexión al que reconocí como el hermano mayor.

No me alegré de verlo.

—Vaya, vaya, pero si es Kathleen —comentó. Se palmeó los muslos y se apoyó en una de las estanterías del almacén—. ¿Qué te trae por aquí?

Había pocas personas más peligrosas que Declan O'Neil, y yo me había vuelto bastante prudente desde la última vez que coincidimos. Lo saludé, escueta, y lo esquivé tan rápido como pude para llegar hasta Maddox. Este estaba hablando con su compañero, un tipo que parecía un campeón de pesos pesados.

El ceño fruncido de Dox se acentuó al verme allí.

—¿Κ? ¿A qué has venido?

El muchacho con el que hablaba se giró y sonrió de oreja a oreja después de echarme una mirada de arriba abajo. Era tan alto que intimidaba, tenía los brazos tan fuertes que la manga de la camiseta debía de estar cortándole la circulación del bíceps, y tenía todo el cuerpo tatuado.

Incluso la cara.

—¡Qué pedazo titi! —silbó, torciendo la sonrisa. Tenía un marcado acento hispano—. ¿Qué tal estás, preciosa? Soy...

—Hombre muerto si sigues diciendo tonterías. Es mi mejor amiga —intervino Maddox, apartándolo a un lado—, así que te quiero ver teniendo un comportamiento ejemplar.

La cara del muchacho cambió tan rápido de registro que, en otras circunstancias, me habría reído. No dejó de sonreír, pero su matiz era ahora de disculpa.

—Entonces me olvido. Me estoy olvidando. No he visto nada. —Se tapó los ojos con el antebrazo y retrocedió. Como es natural, se tropezó cómicamente—. ¡Soy ciego!

Celebré que Maddox contara con un amigo con sentido del humor. El muchacho tenía cara de ser buena persona, lo que no le venía nada mal en un momento tan duro. Estaba tenso, triste... derrotado.

—No le hagas caso, es imbécil. ¿Qué quieres?

—¿Cómo que qué quiero? —Puse los brazos en jarras—. Quiero que hables conmigo, para empezar. De qué fue lo que pasó cuando te declaraste ante la única chica que te ha calado hondo, por ejemplo.

Maddox me miró con un gesto desapasionado.

—No hace falta que hables de Liberty como si fuese la gran cosa. Que fuera la primera no significa que vaya a ser la última. Ni siquiera que fuera especial.

Se dio la vuelta y se adentró en otra sección del almacén.

Dentro sonaba una canción de Led Zeppelin a toda pastilla.

El muchacho tenía buen gusto: *Good Times, Bad Times*.
Supuse que Dox podía identificarse con la letra.

*Sixteen I fell in love with a girl
as sweet as could be
It only took a couple of days
'til she was rid of me;*

*You know I've had my share
when my woman left home
for a brown eyed man^[9]*

Maddox era de los que se expresaban a través de la música.

—¿Es una broma? —rezongué, pasmado con su desdén—. ¿Cuántos años tienes, Maddox? ¿Quince? ¿Porque ella te haya rechazado ahora vas a hacer como si no te importase?

—Es que ya no me importa. Deberías irte. Tengo cosas que hacer, y ya sabes cómo fue aquello. No sé qué más quieres.

—Conocer tu punto de vista y saber si estabas bien. Por lo visto, me he equivocado pensando que necesitarías consuelo. No te veo mal.

Y era cierto. Ni ojeras, ni palidez, ni un rostro estriado por las lágrimas secas de la noche anterior... a diferencia de Libby.

Maddox parecía por encima de las emociones mundanas.

—Eso es porque estoy de lujo. Solo algo preocupado por mi padre. Se ha puesto enfermo, y ya ves que Declan pulula por aquí. —Lanzó una mirada ominosa hacia la puerta—. Tengo mejores cosas en las que pensar que en la niñata de Liberty.

Su desprecio con me dejó de piedra.

—¿Niñata? Pues para serlo, se te vio muy preocupado por hacerle entender que la adorabas.

—Ya, bueno. Son cosas que los hombres hacemos cuando queremos un revolcón. Y lo tuve, más o menos. Fue bastante decepcionante, si te digo la verdad —meditó, perdiendo la mirada en el techo. Luego se dirigió a mí con una mueca—. Se suponía que las pelirrojas eran más fogosas. Menudo timo.

—Te lanzaste sobre ella cuando estaba débil y deprimida —le recordé, sin poder creérmelo—. ¿Qué querías? Creo que ya se equivocó bastante dejando que la tocaras como para que ahora digas que...

Maddox no apartó la vista de lo que se había puesto a hacer: con un cúter, se dedicó a rasgar las tiras de precinto.

—Ah, vienes a decirme que he sido un cerdo y un predador insensible —recitó con indiferencia—. Sí, lo he sido. Pero creía que estaba actuando en nombre del amor. Ni siquiera yo sabía que solo era una ilusión. Está claro que solo me gustaba porque no me hacía caso.

Sacudí la cabeza, impertérrita.

—¿Lo dices en serio? —Maddox se encogió de hombros y rajó la cinta adhesiva con los dientes—. No te creo ni media palabra. Este no eres tú, Dox.

Dejó de sellar las alas y me miró a la cara con frialdad.

—¿Y quién soy? ¿Qué debería estar haciendo, κ? ¿Cómo debería haber reaccionado? ¿Querías que me pusiera a llorar, que fuese corriendo a tus brazos en busca de consuelo, que le rogase a ella una oportunidad...? —Extendió los brazos a cada lado del cuerpo—. ¿Qué quieres

de mí?

—Que te comportes como un adulto. Has dejado el trabajo —señaló—, y no nos coges el teléfono. ¿A eso llamas tú «estar de lujo»?

Un músculo palpitó en su mejilla.

Lancé una mirada desesperada a su ayudante, que apareció con una nueva carga de cajas.

Tenía cara de preocupación.

—Mi padre ha cumplido setenta años. Necesita ayuda con el curro —insistió entre dientes—. Llevaba tiempo queriendo dejar el trabajo para dedicarme a esto. Y si no he cogido tus llamadas, es porque sabía que me esperaba una intervención de mierda como esta. En cuanto a Liberty... —prosiguió antes de que me quejara por su tono—. Revoloteaba a su alrededor por si se presentaba la oportunidad de follármela, pero ya no tiene sentido aguantar dramas de adolescente descerebrada.

El golpe de una caja cortó la conversación.

Su ayudante acababa de arrojar al suelo su propio cúter.

Ya no estaba preocupado; estaba furioso.

—Creo que ya has dicho suficientes gilipolleces por hoy, ¿no crees? —le preguntó a Maddox. Este le lanzó una mirada hostil.

—Cállate, Theo.

—No, cabrón, cállate tú. Y lávate la boca antes de hablar de esa manera de una mujer que has querido más que a ti mismo. —Cambió el tono antes de dirigirse a mí—: No le hagas caso. Ha dormido estos días porque le he dado pastillas, o de lo contrario se habría pasado la noche deambulando como un alma en pena. Está insoportable. Cuando me contó lo que pasó, justo al día siguiente, se...

—Ha pasado casi un mes —interrumpió el aludido—. Las cosas han cambiado.

—Desde luego. Antes no eras un gilipollas que se protegería de sus sentimientos echando mierda sobre la otra persona. Acepta lo que tienes encima, joder, que no eres menos hombre porque te hayan roto el corazón. Alguna vez tenían que rechazarte, Maddox O'Neil.

Theo se retiró, ofuscado. El almacén se sumió en el silencio cuando se llevó el altavoz consigo, y sentí que no sería buena idea romperlo. Maddox se había olvidado de las cajas: estaba de espaldas a mí, inmóvil.

Cuando le puse una mano sobre el hombro, reparé en que temblaba. Se me paró el corazón cuando se dio la vuelta y usó el dorso de la mano para secarse unas lágrimas traicioneras.

Me sonrió sin ninguna emoción.

—No hay quien se lo crea, ¿verdad?

No supe cómo consolarlo.

—A mí me has convencido por un momento. Igual que casi me convenció ella cuando dijo que...

—No, déjalo —cortó enseguida—. No quiero saber cómo se siente, ni en qué piensa, ni si se arrepiente. Como me guste un poco lo que me digas, voy a ir tras ella como un estúpido.

—No lo harías.

—Claro que sí. Libby es... —Cambió el peso de una pierna y lanzó una mirada a las vigas del techo. Lloraba como si no se diera cuenta—. Es, junto con mi hermano pequeño, lo único bonito que me ha pasado en la vida. Y últimamente todo se ha estado yendo a la mierda. Declan metido en problemas, mi padre cada vez más enfermo, Liam sufriendo acoso en el puto colegio... Iba a La Tramposa de buena gana, porque sabía que allí estaría Libby. ¿No me ves capaz de ir a buscarla si sé que me echa de menos? Poca idea tienes de las cosas de las que sería capaz un

hombre con tal de encontrar un poco de paz.

—Siento mucho lo de tu padre, Dox —musité—. Espero que se ponga mejor.

Me lanzó una mirada lúgubre.

—No se va a poner mejor, κ. Nada va a ponerse mejor. Las cosas solo empeorarán. Por eso se lo dije todo. Quería, por lo menos, tenerla a ella. Como siempre he querido.

Tragué saliva.

—¿Vas a contarme lo que pasó? ¿O lo que le dijiste?

—¿Qué quieres que te cuente? —suspiró, cansado. Se frotó los ojos enrojecidos—. Le solté que estaba enamorado de ella. Que mataría a todo el que le ha hecho daño. Y ella... se levantó como si acabara de decirle que era una zorra, o algo así. Me miró con una cara de horror que no se me va a olvidar en la vida, y luego se encerró en el baño.

—Pero eso lo hizo porque... —Maddox me silenció con una mirada, a lo que solo pude suspirar—. Libby no es mala. No pretendía hacerte daño.

—¿Y se supone que tengo que ir a buscarla solo porque no era su intención? Está claro que la distancia es lo mejor. Desde que la conozco, he estado cubierto de mierda hasta las rodillas. No abría la boca porque no quería que le salpicara. Ahora que la mierda me llega a las cejas, estoy más tranquilo si se queda lejos. La historia legal de Declan solo va a ir a peor. No necesito más preocupaciones. Libby tiene que dejar de ser una de ellas.

—¿Qué significa eso?

—Que voy a olvidarme de ella, como debería haber hecho hace tiempo. Ahora tengo razones para sacarla de mi corazón. No verla ni hablar con ella me vendrá de maravilla. De hecho, me ha estado viniendo de maravilla hasta que has aparecido.

—Que no hables del tema no va a resolver nada. Estas cosas deben enfrentarse. Si no, cuando te cruces de nuevo con Libs, estarás en el mismo punto que antes.

Maddox hizo una mueca.

—Me la suda. Me la voy a sacar de dentro, así me cueste la vida. Por el momento, me está sirviendo lo de acumular odio.

Negué con la cabeza.

—Dox, ese no es... Mira, no soy la persona más apropiada para dar lecciones. Pero ¿qué piensas hacer cuando la veas?

—Con un poco de suerte, no volveré a hacerlo. Vive en una zona de Dublín que no piso, y me cuidaré de pasarme por La Tramposa.

Me dolió saber que no volveríamos a vernos asiduamente. Que su buen rollo, sus coqueterías descaradas y su música ya no alegraría los días de los trabajadores, de los clientes. Y me dolió, sobre todo, porque Maddox era el principal beneficiado de la pausa que le ponía a sus problemas cuando entraba en el club. ¿Con qué se evadiría ahora?

—Maddox —intenté de nuevo, cogiéndolo del brazo—, tú sabes que Libby te adora, ¿verdad? Quizá no de la manera que te gustaría, pero no por eso debes apartarla para siempre.

—Yo también la adoro, pero es mejor así.

Comprendí que hasta ahí había llegado mi papel en toda la historia. Porque cuando Maddox O'Neil tomaba una decisión, no había vuelta atrás, y acababa de tomar la suya.

CAPÍTULO 19.

El placer de King

Tenía que admitirlo.

El sillón que King le regaló a Sheila era cómodo. Muy cómodo. Tanto que me arrepentí de haberlo maltratado.

Llevaba media hora allí, con el portátil sobre las rodillas. No podía concentrarme en lo que tenía que escribir; me tentaba demasiado pulsar el botón mágico.

El botón de los masajes.

—¿Lo de pasarte una hora delante del ordenador antes de teclear el número del capítulo es una especie de ritual literario? —preguntó Gin. Se arrojó sobre el sofá con una camiseta de propaganda agujereada y unas mallas.

—Es el ritual del escritor bloqueado.

—¿Por qué no haces ejercicio? Ven al gimnasio conmigo. Una descarga la tensión, libera toxinas, se siente realizada... Y, por si fuera poco, se te pone el culo como el pan de pueblo.

—¿Como el pan de pueblo?

—Ya sabes. Tierno y redondito.

Solté una carcajada.

—Lo siento, pero no voy a pisar un gimnasio en mi vida.

El timbre sonó y Gin tuvo que atender a la visita; habíamos establecido una ley que consistía en que quien estuviese más cerca de la puerta sería quien la abriría. Oí un intercambio verbal en voz baja y unas pisadas seguras que solo pertenecían a un hombre: aquel que había puesto en mi salón un sillón al que se suponía que quería prenderle fuego.

Me levanté como alma que llevaba el diablo para tirarme en el sofá. No pensaba darle el gusto de verme disfrutando con el trono que llevaba meses criticando. Pero el destino quiso que el pie se me enredara con el cable del cargador del portátil y no me diese tiempo a sacudírmelo antes de saltar lejos.

Lo primero que vi de King, fue su sonrisa maliciosa.

—¡Esto es culpa tuya! —se me ocurrió bufar.

Se puso el puño cerrado en el pecho.

—«Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa»... —engoló la voz. Su sonrisa se ensanchó—. Muñeca, todavía no tengo poderes mentales para conducirte hacia el sillón. ¿Sabes? Me divierten las niñerías que haces para que no se note que te gusto. Estaba claro que acabarías picando. Resistir la tentación durante mucho tiempo es imposible y perjudicial para la salud.

No me quedó otro remedio que volver a tumbarme.

Ya me había pillado.

—¿Estamos hablando del sillón, o de tu culo arrogante?

Él me lanzó una miradita significativa.

Se sentó en uno de los reposabrazos del sillón, a mi lado, y pasó el brazo por el respaldo. Acercó la nariz a la pantalla del portátil.

Casi me alegré de no haber escrito nada.

—¿Has retomado tu profesión? —Una nota de entusiasmo se filtró en su voz—. ¿Tanto te he inspirado?

—¿Por qué ibas a inspirarme? —bufé, perpleja—. ¿Quién te has creído que eres?

Se lo pensó poniendo un dedo sobre sus labios.

—¿El rey? —sugirió, pensativo.

Me aferré a mi fuerza de voluntad para no reírme, pero fue inútil. Apretar los labios provocó que el aire se me escapara, haciendo una pedorreta.

—Eres tan estúpido...

—No lo niego. Cuando te ríes me parece que estoy soñando —confesó. Alargó un brazo y recorrió mi labio inferior con el pulgar. Se acomodó en el sillón, más pegado a mí, y echó un vistazo a la pantalla de nuevo—. Entonces, ¿qué? ¿Has vuelto a escribir?

Desvié la mirada.

—He vuelto a intentarlo. Por el momento... ¡Eh! —Le di un golpe en la mano con la que pretendió bajar el documento—. No puedes leer esto. Tengo pensado enviarlo a la editorial, y...

—Vamos, Kathleen, solo será una página.

—No —repuse, apartando el portátil de su vista.

No hacía falta que engordara su ya de por sí turgente ego mostrándole las características de mi protagonista, un hombre que, ¡sorpresa!, era idéntico a él.

—Por favor —rogó, poniéndome ojitos—. Necesito vivir de nuevo la experiencia única de leer todas esas escenas eróticas sabiendo que las has escrito tú.

—¿Se supone que eso es un halago? Porque no me ilusiona que hayas leído mis novelas para ponerte cachondo. O para imaginarme a mí cachonda —apostillé con rencor.

—No pensaba en ti apostá. Eras tú quien se infiltraba en mi pensamiento. Empezaba a leer, y al final acababa intentando averiguar dónde, cómo y cuándo escribiste la escena. No es tan raro interesarse en el autor, ¿no?

—A ti no te interesa el autor. Quieres acostarte con el autor.

—Una cosa no quita la otra. Tampoco es tan malo tener fantasías, ¿no? Me gustaba imaginarte escribiendo.

—Qué erótico.

—Y también mamándomela, pero eso no suena romántico, ¿verdad? —Su mirada se intensificó hasta tal punto que tuve que apartar la vista—. A mí no me interesan las mujeres solo para acostarme con ellas. Me interesan para todo. Quiero conocerlas. Y como tú no te dejas, habré de hacerlo a través de Tyler Fox, ¿no? Por lo pronto, *El yugo del placer* me ha servido para descubrir que tus tres años sin sexo coinciden con tus tres años de bloqueo. Entiendo que no pudieras escribir —añadió con aparente inocencia—. No tenías nada en lo que inspirarte. Qué suerte que esté aquí yo para ayudarte a repasar algunos conceptos básicos.

El estómago se me encogió cuando su mano se desplazó a mi abdomen. Sus dedos resbalaron sobre la fina tela de forma tentadora.

—Gin está aquí —susurré—. No sé dónde, pero... pero... vas a tener que conformarte con mi agradable conversación.

—Adoro tu «agradable» conversación... Pero Gin está en su dormitorio. La he mandado castigada.

—Se seguirá escuchando. Yo oía a Sheila muy bien desde la mía —recordé con amargura.

—No desaprovechas la oportunidad de recriminarme eso. ¿También tengo la culpa de que las paredes parezcan papel de fumar? —Sonrió de lado—. No, si al final va a resultar que estabas un poquito celosa.

—No estaba celosa.

—Ya... ¿Y qué puedo hacer para que admitas que sí?

—Nada, porque NO lo estaba.

El dedo que trazaba círculos alrededor de mi ombligo subió hasta el escote de mi camiseta. Uno de los tirantes se deslizó por mi hombro hasta casi enseñar un pecho, que él agarró con firmeza y comenzó a frotar con la base de la palma.

—No me gustan los celos —reconoció King—, y a ti no te sientan mejor que a nadie. Pero si admites que los tenías, creo que te quedarás más tranquila. ¿Te molestaba solo porque no te dejábamos dormir?

Bajé la mirada a sus dedos, que se infiltraron bajo la tela.

Mi piel se calentó al primer contacto.

Adoraba cómo se sentían sus manos. Y sus labios también, que se posaron en el puente de mi nariz.

—No tienes que seducirme para que te diga nada.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Nada. Es solo que... —Suspiré y cerré los ojos. Oh, joder, ¿qué más daba?—. Me enfadaba que pudieras flirtear conmigo y luego meterte en el cuarto de Sheila como si nada. Y claro que estaba celosa, pero no me gustaba. Te odiaba por hacerme sentir así. Y la odiaba a ella, también. Podrías haberme dicho desde el principio que tu relación con Sheila era la que era.

—También podría haberte follado desde el principio. Y no te metas con ella por ser ruidosa. Tú también suplicas y gimes bien alto.

—Eso es mentira.

—¿Mentira? —Arqueó una ceja. Cuando volvió a hablar, lo hizo poniendo la voz en falsete—. ¡Oh, sí, King! ¡Dame más fuerte! ¡Dios mío! ¡No pares...!

Le di un golpe en el brazo para callarlo, un gesto juguetón que no tuvo nada que ver con mi expresión.

Él se dio cuenta de que no me había hecho ninguna gracia, pero no se pudo imaginar hasta qué punto.

No necesitaba que me avergonzaran en ese sentido. Ya me sentía bastante humillada yo sola.

—Eh, eh, monada, mírame. —Me obligó a alzar la mirada tomándome de la barbilla—. Podrías gritar el abecedario y seguirías poniéndomela dura. Solo bromeaba, ¿de acuerdo? Esos gemidos tuyos son lo último en lo que pienso antes de acostarme.

Aquello me obligó a apretar las piernas.

Utilizaba un tono especial cuando quería meterme algo en la cabeza. Era manipulador, pero no lo hacía por su bien, sino por el mío. Quería que entendiera cuál era su posición al margen de mis neuras.

Era sincero. Justo como le había pedido.

—Como sea —dije para restarle importancia—. Tengo que ponerme a escribir. Si no te importa marcharte...

—¿Cómo pretendes escribir una escena porno estando tan rígida?

—No tiene nada que ver con el porno, es literatura...

Su mano trepó desde mi escote hasta mi cuello.

Arañó suavemente el lateral.

—Es inhumano.

Inspiré con brusquedad.

—Dime a qué has venido y terminemos con esto.

Mis intentos por echarlo solo reforzaron su determinación.

Como siempre.

Nunca quería que se fuera, pero tampoco sabía pedirle que se quedara. Parecía que no hacía falta. Él entendía esa parte de mí que estaba en guerra con las demás.

—Había venido a pedirte opinión sobre el catálogo de King's Pleasure. No puedo ofertar todas las gargantillas que han diseñado los expertos, ni tampoco cabrán en la página que he comprado en un par de revistas de moda. Esperaba que me ayudaras a seleccionar las más especiales.

—¿Quieres que yo elija lo que vas a vender?

—Tienes buen gusto.

—Y tú tienes personal especializado para esa tarea. ¿Alguna vez me has visto ponerme una joya? No entiendo nada de eso... Además de que el asesoramiento no entra en nuestro acuerdo de «solo sexo».

—Tranquila, cariño. Después del asesoramiento venía todo el asunto de follarte, no vaya a ser que pienses que te quiero por algo distinto de tu cuerpo.

Su rotunda honestidad me hizo flaquear.

—Muy bien. Enséñame el catálogo.

King apartó el portátil de mis piernas y lo dejó con cuidado sobre la mesilla. Me levantó del sillón cogiéndome en brazos, se sentó en el lugar que había estado ocupando yo. Luego me plantó sobre su regazo, todo esto con una naturalidad que me dejó confusa. Al verme sujeta por las caderas por una de sus manos posesivas, observando cómo trasteaba en su móvil, tuve el presentimiento de que aquella era una escena cotidiana a la que podría acostumbrarse.

—De aquí hasta aquí. —Señaló la pantalla.

Cogí su iPhone y fui pasando las imágenes.

Él apoyó la barbilla en mi hombro. Su barba pinchaba, pero me gustaba la sensación de tener su aliento pegado al cuello, su aroma envolviéndome como un campo de fuerza.

Me olvidé por completo de lo que estaba viendo y me concentré en cómo se sentía su cuerpo recio adherido a mi espalda, su brazo firme rodeándome...

—Me gustan estas —dije con voz temblorosa—. Y esta es preciosa. Si yo fuera tú, pondría esa de ejemplo en grande, como hacen con los relojes. Un fondo negro. Una mujer con ella puesta... No hace falta que se le vea la cara. Quizá un vestido escotado y negro, o azul marino. O color champán... Algo parecido al de Julia Roberts en el anuncio de *La vie est belle*... —Al ver que me miraba cubriéndose la sonrisa con los dedos, fruncí el ceño—. ¿De qué te ríes ahora?

—Bueno, muñeca... Eso no suena a «solo sexo».

—La única persona cualificada en esta relación para repetir las frases del otro soy yo —declaré—. No por nada; yo las uso cuando vienen a cuento, no como tú.

—Te he pedido que escojas, no que elabores mi campaña publicitaria —se explicó con sorna—. Pero tienes suerte de que coincidamos en gustos...

—¿Sí? ¿Desde cuándo me atraen las rubias con los dientes perfectos?

—... porque te voy a hacer caso. En cuanto a las rubias, no eres nada rubia. En ninguna de tus partes —añadió en un susurro. Me ruboricé hasta la raíz del pelo, y él se rio, ronco—. Fíjate en cómo te has puesto, escritora de novela erótica.

—Deja de usar mi trabajo en mi contra.

—Me gusta tu idea, Kathleen —me cortó antes de que me ofendiera—. Pero me gustaría más si fueras tú esa... «dama misteriosa vestida de negro, azul marino o color champán».

«¿Qué?».

Al principio pensé que era una broma, pero no vi los ánimos jocosos en ningún lado.

—¿Quieres que sea tu modelo?

—¿Oficialmente? No. Solo quiero hacerte fotos con esas gargantillas. Tal vez más adelante

saque nuevas colecciones que encajen contigo y te quiera en las revistas, pero por ahora bastará con la que voy a promocionar. ¿Aceptas?

Todas mis alarmas saltaron.

Yo no podía ni quería enseñar mi cara. Y, al margen de eso, caí en la cuenta de que el contrato de Sheila Boyd, imagen temporal de la firma y también novia temporal de su dueño, había durado lo mismo que su relación: se habían conocido gracias al trabajo, y King solo se planteó dejarla el día después de probarme su gargantilla.

Es decir: después de encontrar una sustituta.

—No estoy interesada —dije con brusquedad. Me levanté del sillón, dolida, con la excusa de rescatar mi rebeca y echarla sobre mis hombros.

—¿Por qué no? Te pagaré bien. Será una vez, y...

—No me gusta que insistan cuando he dicho que no.

—No insistiría si me la argumentaras. ¿De qué tienes miedo esta vez?

Ese hastiado «esta vez» terminó por alterarme, pero retuve a tiempo el impulso de defenderme.

Era yo la que estaba mal.

Era yo la que se lo tomaba todo como un ataque.

—No quiero exponer mi imagen, y nunca me ha hecho ilusión trabajar en un empleo de ese tipo.

—¿Y sí te hace ilusión ser camarera? —inquirió, con una ceja alzada—. Muñeca, no te estoy pidiendo que te menees en pasarelas, te alimentes de batidos proteicos y llores porque no entras en una treinta y dos. Solo son unas fotos.

—¿Te lo tengo que repetir? No me fuerces —intenté que sonara imperativo, pero en el último momento se convirtió en una súplica. Traté de arreglarlo volviendo a la carga—. Es solo que no me atrae la idea, ¿de acuerdo? No...

—A ver. —Me rodeó la cintura con el brazo y me atrajo hacia él—. ¿Cuál es el problema?

¿Me pondría en evidencia si sacaba a la luz una de mis inseguridades? Ni siquiera era importante; solo una legítima duda, pero quizá él la utilizara para atacarme en un momento crítico. Si algo había aprendido, es que había que ocultar las debilidades para que nadie pudiera usarlas en tu contra.

Sin embargo, estaba desesperada por comunicarme.

Y él también.

—¿Es ese el motivo por el que te has acercado a mí? ¿Has esperado a ganarte mi confianza y a estudiarme de cerca para valorar si sería ideal para la imagen de King's Pleasure? ¿Lo hiciste también así con Sheila? ¿Te lías con todas tus modelos?

Un solo pestañeo perplejo de su parte bastó para hacerme entender que acababa de preguntar una soberana estupidez.

—¿Eso es lo que piensas? —Asentí con miedo a que dijera que me había vuelto loca—. Creía que estaba claro que me he acercado a ti porque me puse cachondo en cuanto me diste el primer corte. De todos modos, es cierto que eres ideal para la imagen de mi marca.

—No me parezco a Sheila, que era la última.

—En la variedad está el gusto, y aunque siempre haya preferido a las rubias para mis campañas y para mis relaciones, creo que cuando se tiene una empresa es necesario apelar a la diversidad. Y al margen de lo profesional, la cosa es esta: me he acercado a ti porque me divierten tus ocurrencias. Me gusta acostarme pensando en cómo me lo voy a montar para hacerte reír la próxima vez que te vea. Si aceptas ser mi modelo, bien. Pero lo primordial es

divertirme contigo.

—¿Ese es el orden? ¿Primero mis... ocurrencias, y luego la propuesta laboral?

—Primero tu risa y luego lo demás. —Tomó mi rostro entre sus manos y lo volvió a hacer: me plantó un beso en la frente que extendió una sensación de paz por mi cuerpo—. Gracias por ser honesta.

Eso me hizo soltar una carcajada. Una carcajada amarga, pero una carcajada, al fin y al cabo: acababa de felicitarme como a un perro amaestrado.

—¿Acabas de darme un beso para inducirme a relacionar la sinceridad con un refuerzo positivo? ¿Qué es esto, King? ¿El modelo estímulo-respuesta del acondicionamiento clásico de Pávlov?

—Llámalo como te apetezca. —Y guiñó un ojo—. ¿Puedo aprovecharme de la situación para hacerte otra pregunta personal, como por ejemplo... por qué dejaste de escribir?

—No. Ya hemos cubierto el cupo de sincericidios por hoy.

—¿Y puedo aprovecharla para meterme en tus bragas?

—Eso siempre.

King sonrió de esa manera, la que me hacía temblar cuando era un hombre comprometido y yo solo soñaba con que me cogiera en volandas para hacer algo peor que ver una película. Sonreía muy despacio y seductoramente, con un secreto auestas.

Esta vez no había secreto: solo satisfacción porque había conseguido que pusiera voz a mis pensamientos.

King se quitó la camiseta de un solo movimiento y la tiró al suelo. Mis ojos se quedaron prendados de su torso desnudo, que bajo la luz anaranjada de la lámpara de la mesa lo hacía parecer un guerrero de bronce.

—Tengo un presentimiento —anunció, meditabundo—. Te gustan más mis tetas de lo que a mí me gustan las tuyas.

—Es un presentimiento acertado.

Él me llamó «pillina» con el brillo de sus ojos y aceptó el cumplido con un cabeceo humilde. Yo me acerqué y me apoyé en sus pectorales para besarlo en los labios.

Acogió mi iniciativa con un gemido seguido de un abrazo desesperado que me levantó los pies del suelo. Rodeé su cintura con las piernas mientras exploraba su boca con la lengua, atreviéndome a mordisquear ese labio inferior que siempre se lamía antes para provocarme.

Me cogió por los muslos y se sentó en el sillón, donde me acomodó con un par de gestos sobre su polla endurecida. Jadeé al sentirlo tan vital y duro debajo de mí.

Tuve que contenerme para no sonreír al saberme tan dueña de su cuerpo como él lo era del mío. Tenía cierta potestad sobre sus sentidos. Era algo innegable, algo sobre lo que jamás podría engañarme. Ni él, ni yo misma.

—Quítate eso —ordenó, señalando mis *shorts*. Me quedé tan ensimismada con su mirada salvaje que no reaccioné—. Muñeca, quítate eso o me lo tendré que cargar, y no quiero acostumbrarme a romper las cosas bonitas que te gustan.

Obedecí como un autómatas. Me deshice de la camiseta del pijama, luego de los pantalones, y, al final, se fueron las bragas. Meneé mis caderas para que se deslizaran por mis piernas muy despacio. Él observó el bailecito apoyado en el reposabrazos, con la barbilla casi pegada al pecho. Ofrecía una imagen tan imponente, tan puramente sexual, que me sentí lo bastante poderosa para ponerme de rodillas y bajarle los pantalones.

Su miembro erecto bombardeó mi cabeza de nuevas ideas, todas ellas seductoras. Tuve tan claro que quería hacerlo que la rodeé con la mano y la acaricié hacia arriba, tanteando el

prepucio con el pulgar. Escucharlo maldecir por lo bajo me animó a repetirlo. Lo masturbé con una mano mientras con la otra me agarraba a uno de sus muslos.

El calor que desprendía su piel más sensible me excitó más de lo que habría imaginado. Me deleité con sus gemidos, con la tensión de su cuerpo. Por curiosidad levanté la mirada y vi que me observaba con los ojos tan oscurecidos que parecían otros. Estaba consumido por mí, el deseo lo tenía en la palma de su mano, y no temía exteriorizar que celebraba estar en posición vulnerable.

Su emoción primitiva despertó mis sentidos.

Acuciada por la necesidad de llevarlo a otro nivel, me incliné sobre él y lamí su erección desde la base. Recorrí muy despacio el tallo, notando el relieve de las venas marcadas. Su vitalidad me sedujo y ronroneé al enroscar la lengua en torno al prepucio. Cerré los ojos un segundo para paladear el sabor salado de su humedad.

—Dios santo. No hagas eso o me matarás.

Lo miré y me mordí el labio. No pude recordar nada que me hubiera fascinado tanto como sus ojos nublados por la tensión sexual. Sin perderlo de vista, me lo metí en la boca hasta que rocé el vello púbico con los dientes. Una arcada intentó apartarme, pero no lo permití y me fui separando para succionarlo con mis labios.

No me limité, ni pensé. Sus roncós gemidos conectaban de alguna forma con partes concretas de mi cuerpo, que se iban calentando con cada lamida. Mi objetivo era humedecerlo, ponerlo a arder como él hacía siempre conmigo.

Quería que sintiera lo que yo sentía cuando me tocaba.

Su gozo iba a ser el mío.

Meforcé por contenerlo entre mi garganta. Solo cuando sentía que me asfixiaba, él me devolvía una mirada que hacía latir mi corazón a toda prisa. Entonces, desinhibida y sudando, me lo sacaba de la boca y daba una lamida perezosa a su polla empapada.

Nunca había deseado tanto excitar a alguien.

Quería que se deshiciera en mis manos.

Quería mojar me y que él se manchara.

—Kathleen... —escuché que decía, sofocado—. Voy a correr me, y no pienso hacerlo si no es dentro de ti.

Esperó a que lo soltara para levantarme por las axilas y sentarme sobre él. Sus dedos hicieron un reconocimiento lento por mi hendidura, arrancándome un estremecimiento brutal que me puso los pezones en punta.

Tragué saliva y nos miramos un instante.

Él envolvió mi nuca con la mano para traer me hacia sí.

—Te ha puesto cachonda chupármela —gruñó con voz ronca.

—Quiero hacerlo otra vez —confesé en su oído.

Sus ojos destellaron como fuegos artificiales.

—Y yo quiero ver cómo te lo tragas todo..., pero hoy no.

Me trajo hacia sí y me besó.

Me sorprendió la desesperación con la que se metió en mi boca. Arrasó conmigo. Casi no me dejaba responder, pero su furia sexual me deritió en todos los sentidos. Me tentó enviar una mano a mi entrepierna para acariciarme, y, como si hubiese leído mi pensamiento, él cubrió mi sexo con la mano.

—No... —jadeé al separarme—. ¿No te da asco? Besarme después de...

King juntó su barbilla con la mía.

—Si un hombre se niega a darte un beso después de una mamada como esa, no se merece nada de ti.

Noté una caricia distinta entre los muslos, y de repente estaba abriéndose paso dentro de mí. Agarró mis caderas y, de un empuje crudo, se empaló hasta la empuñadura.

Una cadena de estremecimientos me sacudió desde el coxis a la nuca, por donde empecé a sudar antes de balancearme hacia delante. La temperatura de mi cuerpo aumentaba tan rápido que sentí que me mareaba, y me aferré a sus hombros para no caer. Miré hacia abajo, donde el vello de nuestros sexos se confundía, y perdí la capacidad de razonar. Esa unión desató una repentina y curiosa alegría a la que me aferré. No me abandonó esa sensación, sino que me acompañó en la iniciativa de mover las caderas.

Tracé una medialuna imaginaria, primero muy despacio. Luego, cuando las primeras contracciones de placer llegaron, con agilidad.

—¿Se siente bien, muñeca? —preguntó él, jadeante—. Así, muévete así. Házmelo como tú quieras. Soy todo tuyo.

Me agarré al respaldo del sillón para elevar las caderas y dejarme caer.

Yo mandaba. Yo marcaba el ritmo. Él me besaba mientras, trataba de distraerme, pero estaba sumida en un delirio del que regresaría loca de remate. Lo monté como si hubiera perdido la cabeza. Rápido. Frenético. Escuchaba el sonido que hacían nuestros cuerpos al chocar, sentía la profundidad que tocaba cuando estaba dentro.

—Joder... Me tienes enfermo.

Presionó mis nalgas, atrayéndolas hacia él, y luego frotó mi espalda hasta los hombros. Descendió por el torso, pellizcando mis pezones y llevándose uno a la boca.

Lo succionó hasta dejar una marca rojiza cerca de la areola.

—Dios...

—Dios no —le corregí con un jadeo, abrazándole por el cuello y pegándolo más a mi pecho—. Kathleen.

Él soltó una potente carcajada.

Nuestras miradas coincidieron un instante. El choque fue tan íntimo e intenso que mi primera reacción fue apartar la vista, pero no lo hice: me mantuve allí, soportando ese azul marino que iluminaba mis cielos.

—King...

Tragué saliva cuando él clavó las uñas en mi trasero y me impulsó a seguir montándolo. Me sequé el sudor de la frente con un brazo tembloroso y volví a pegarme a él.

Me gustaba así. Mojado y sucio.

—Perdí la inspiración —logré articular—. Por eso... lo dejé.

Él me besó en la barbilla y siguió por la línea del mentón hasta llegar al lóbulo de la oreja. Me apartó el pelo, echándolo todo a un lado, y mordió el punto sensible del cartílago.

Lancé al aire un suspiro melancólico que supe que le gustó porque sonrió.

O quizá lo hizo porque había respondido a su pregunta.

—¿Por qué? ¿Qué pasó, muñeca?

—No me llames así. Llámame Kathleen... O llámame por un nombre que no le hayas dicho nunca a nadie.

—¿Te gusta «cariño»? —sugirió contra mi oído. Mi cuerpo se torció en la dirección de su aliento, hacia las cosquillas de esos labios traviesos—. ¿Mi amor? ¿Mi niña? —Propinó un azote en mi nalga que me arrancó un gemido—. ¿Mi zorra? —agregó con la voz ronca.

Ese último me sonrojó.

—Si no los has usado antes, me... me... sirven... todos.

Mi visión se tornó borrosa, y estalló ante mí una revolución de colores que prendió todo mi cuerpo. King se tragó el grito de mi liberación al besarme y acariciar la zona de mi vientre donde la fiesta estaba teniendo lugar.

Cuando volví en mí misma, me lo encontré sonriendo. Fue demasiado para mí pensar en sostenerle la mirada después de un orgasmo tan intenso, así que aparté la vista.

—¿Has llegado tú también? —murmuré.

—Ajá.

—Me alegro —comenté como si nada.

Me levanté con las piernas aún temblando.

Mi cuerpo se estremeció, vacío sin él.

King me ayudó a ponerme la camiseta. Nuestros ojos se encontraron un segundo; los míos descendieron por su pecho húmedo de sudor, por el nido de vello oscuro...

Creo que miré su miembro con anhelo.

—No tienes que apartarte en cuanto terminamos, ¿eh? Me gusta tenerte encima.

Me aparté el pelo de la cara con un movimiento nervioso.

—Es que... Me tengo que duchar.

Él decidió no insistir.

—¿Necesitas que te frote la espalda?

—Oh, por favor. Eso ha sido un cliché incluso para ti.

—Probaré con otra. ¿Necesitas que te folle otra vez?

—Me las puedo apañar con estas. —Levanté las manos.

—Desde luego que puedes... —Me di la vuelta para ir al baño, pero él me retuvo—. Voy a seguir aquí cuando vuelvas, así que si es una excusa para librarte de mí, no va a surtir efecto a la larga.

Lo miré sin poder creérmelo. No que tuviera la desfachatez de autoinvitarse, sino que me apeteciera que se quedara.

Lo achaqué a que el sexo había sido genial y no estaría mal repetirlo.

—Eres consciente de que esta no es tu casa, ¿verdad? Si quieres quedarte, necesitas que yo te lo permita.

—¿Me lo permites?

Le eché una mirada de arriba a abajo, esta absolutamente pervertida. Estimulaba mi mente y mi cuerpo como nadie lo había hecho antes. Tenía las piernas largas y velludas, unos muslos anchos y musculosos, y un pecho de bronce en el que me moría por dejar la marca de mis labios.

—Solo porque estás muy bueno.

Oí su potente carcajada en mi camino a la ducha.

Cuando volví, él seguía en la misma postura, solo que con los pantalones puestos, los pies sobre la mesa y una novela entre las manos.

Estaba tarareando de nuevo la *Marcha Radetzky*.

De nuevo me vino esa extraña sensación de familiaridad, como si siempre hubiera pertenecido al salón. A mi vida.

Llevaba meses paseándose por el apartamento a diario. Lo raro habría sido que me sorprendieran sus confianzas.

—¿Tan seguro estás de que te vas a quedar, que te has cogido un libro de la estantería?

—Yo no estoy seguro de nada contigo. Por eso me gustas. —Le gustaba. ¿Cómo podía gustarle?—. Tranquila, ¿eh? Que he dicho que me gustas, no que quiera pasar el resto de mi vida

contigo.... como tú quieres pasar el resto de la tuya con el sillón. —Palmeó el reposabrazos—. Dime... ¿Te convence ahora?

Suspiré cansinamente y fui hacia los brazos que extendió en mi dirección. «Solo será un momento», me dije, remolona. Me tendería sobre su pecho un rato y luego volvería al sofá.

Pero en cuanto sus labios entraron en contacto con los míos, las ansias me traicionaron y mis manos se aferraron a él.

—Se puede quedar —dejé caer con desenfado.

Los dos supimos que no me refería al sillón.

CAPÍTULO 20.

La mano más larga que la lengua

Como no me hacía especial ilusión compartir mi cama con alguien, fingí quedarme dormida en el salón. Así, King tendría que elegir entre hacerse un ovillo en el sillón de marras o volver a casa.

Me convencí de que preferiría planchar oreja en la cama doble de su fantástico apartamento.

Y me volví a equivocar, porque sí que durmió en el sillón.

A media noche, tuve que solidarizarme con su sufrimiento para no cargar de por vida con la culpabilidad de haberle causado tortícolis.

Dormimos juntos en el sofá, algo que significaba de todo menos Solo Sexo. Al menos, lo hicimos hasta que me agobié y tuve que refugiarme en mi habitación, de la que emergí al día siguiente con la esperanza de que King no hiciera preguntas sobre por qué se había despertado solo.

No pareció que me esperara una bronca. Esa mañana, me encontré a King charlando con una Ginebra en albornoz. Un albornoz que podía haber pertenecido a una cría de diez años, porque le quedaba más corto de lo que era decente.

Eso me cohibió a la hora de dar los buenos días.

Se reían por algo que él había dicho.

Nada nuevo bajo el sol.

Ella estaba despampanante.

Nada nuevo bajo el sol.

Era tan guapa... Me sentí un troll a su lado.

Pensé en darme la vuelta y volver a la habitación, pero justo entonces me localizaron como un pasmarote en el pasillo.

—¡La reina de Roma! —exclamó Gin—. Justo estábamos hablando de ti.

Vaya. Y yo pensando que King la habría estado acorralando con sus irresistibles insinuaciones sexuales.

Ya lo había hecho antes. Y conmigo. No sería tan raro que se volviera a repetir.

Como si me hubiera leído el pensamiento, King se dio la vuelta y me lanzó una de esas lentas miradas de arriba abajo que me activaban al toque.

—Buenos días, Kathleen —saludó con voz ronca—. ¿No te apetecerán, por casualidad, unas tostadas francesas?

Me encogí ante la expectativa de tener sexo en ese preciso momento, en esa esquina de la cocina.

Porque se refería a eso.

Ya había decidido que iba a usarlo como palabra en clave.

Mi estómago opinó rugiendo de hambre.

King soltó una carcajada que terminó de desperezarme.

—Entonces sí que quieres tostadas, pero las de verdad.

—¿Cuáles eran las de mentira? —preguntó Gin.

—No creo que quieras saberlo. —Los rodeé para servirme una taza de café. Noté la mirada

penetrante de King durante el viaje, deleitándose con cada uno de mis movimientos. Hasta que me cansé de su escrutinio y dije—: ¿Qué pasa contigo?

—Me preguntaba cómo es posible que me haya provocado una semierección tu cara de recién levantada.

Gin se atragantó.

Yo me atraganté.

—Eres muy directo, ¿no? —comentó mi compañera.

—Ni te lo imaginas —bufé yo antes de girarme hacia él—. No creo que sea mi cara. Según tengo entendido —empecé, dejando la taza en el platillo con aire remilgado—, los hombres se despiertan excitados.

—Llevo tres horas en pie.

Pasé por su lado como si tal cosa.

—Entonces permíteme decirte, King, que tienes un Prince desobediente al que enseñar modales.

El eco de su carcajada me hizo ahogar una sonrisilla detrás de la taza. Suerte que estaba de espaldas y no me vio.

—Estábamos hablando de ti —repitió Gin, siguiéndome—, y de que no quieres modelar para una de las mejores joyerías del país.

—Ya soy camarera en uno de los mejores clubes nocturnos y más exclusivos de la ciudad.

Gin me miró con los ojos entornados.

—¿Por qué no lo haces, aunque sea por los desfavorecidos?

—¿Te incluyes en eso de los desfavorecidos?

—Por supuesto. Ojalá me lo hubiera pedido a mí.

—Justo ahora voy a ver las pruebas que le va a hacer Swan a las chicas del casting. Podrías venir y dejar que te haga unas fotos. No tienes nada que hacer, ¿no?

No, no tenía nada que hacer, pero era bastante triste que me lo recordara. Y, pensándolo bien, estaba cansada de tanto tiempo libre. Me pasaba las mañanas entretenida con el paripé de «avanzar» la novela cuando ya podía darme un canto en los dientes si pasaba de las quinientas palabras.

Cualquiera se desesperaría en mi lugar.

Por otro lado, King había...

—Tienes que dejar de pensar tanto las cosas —dijo él de pronto.

—¿Eh?

—Puedo oír los engranajes de tu cabeza desde aquí. ¿No has oído por ahí que quien da muchas vueltas, al final no llega a ninguna parte?

—Mejor para mí. No me gusta salir de mi casa.

Gin bizqueó, cansada de mi santurronería.

—Venga, ¿qué es lo peor que podría pasar, κ?

Al final me convenció, y todo porque no pude pensar en nada terrible. Error. Debí contar con que me encontraría a Sheila. La reconocí ya de lejos, entre la cola de aspirantes.

Cuando se dio la vuelta a cámara lenta y me miró, todas mis inseguridades, junto con la culpabilidad, me formaron un nudo en la garganta.

No me hizo sentir mejor que, en lugar de quitarme la cara, abandonara su puesto y se acercara a mí.

Esbozó una sonrisa educada.

—Kathleen... ¿Cómo estás?

Me angustió coincidir con ella. No solo porque después de darle vueltas a nuestros rifirrafes llegara a la conclusión de que yo no había sido ni buena anfitriona, ni buena compañera —cosa de la que me di cuenta al comparar mi actitud con Gin con la que mantuve con ella—, sino porque el proyecto de las gargantillas era el sueño de Sheila, y yo lo sabía. Que King me lo hubiera ofrecido a mí no era mi culpa, pero odiaba la idea de «robarle el trabajo» o acabar con su ilusión.

—¿Has venido a probar en la campaña

No tenía sentido que mintiera, aunque me lo planteé.

—King me ha pedido que haga la prueba, a ver qué tal.

—Me lo imaginaba —suspiró, resignada—. Siempre decía que le gustabas para modelar. Tienes las medidas, la cara, la elegancia...

—¿No te molesta?

Ella hizo una mueca que replicaba una sonrisa.

—No es eso lo que más me molesta, ya lo sabes.

Me sentí culpable por haberla echado y, después, haberla separado de su novio. Viéndolo con retrospectiva, ¿quién era la verdadera bruja de la historia? Yo y nadie más que yo.

—Siento haberte echado de esa manera. Perdí la cabeza al ver a mi padre...

—No te disculpes por eso. Sabía que no te gustaría, y actué de todas formas. Por despecho, quizá. —Hizo una pausa para cerciorarse de que nadie pegaba la oreja, y añadió—: Me dolía no me hicieras caso, si te digo la verdad. Cerré la relación con King para que no pudiese acercarse a ti. Fui egoísta. Pero da igual —añadió—. Está todo olvidado.

—Me alegro —respondí, aliviada—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Vas a presentarte también para el puesto?

—¿En vaqueros y sudadera? —se rio—. He venido a ver a King, que últimamente no hay quien lo pille. Tengo que darle unas cosas que se dejó anteayer en mi casa.

Pestañeeé una sola vez.

—¿Anteayer? —me oí repetir—. No sabía que fue a verte.

—¿Por qué no iba a venir a verme? —se extrañó—. Es mi novio. En fin, la verdad es que tengo muchas cosas que hacer en la calle y no puedo entretenerme más. Ya que estás aquí y vas a verlo, ¿te importa si te dejo la bolsa? Dásela de mi parte y dile que se arregle para esta noche, ¿quieres?

Sheila me dejó la bolsa en la mano y se despidió de mí con un gesto informal.

Mi visión se emborronó. No me di cuenta de que estaba a punto de llorar. Solo de que el shock me impedía respirar.

«Es mi novio».

«Unas cosas que se dejó anteayer en mi casa».

Con los dedos flojos, abrí la bolsa para confirmar que los pantalones y la camisa eran suyos. Estaban limpios. Sheila se los había lavado, como hacían las parejas confianzudas.

Empecé a temblar.

—¡Kathleen! —llamó una voz familiar. Tuvo que hacerlo dos veces más para que me girase con cara de haber visto un fantasma. Swan me hacía señas hacia la puerta que conducía a la sala de la prueba—. ¡Ven! Ya está todo preparado.

Me arrastré como un autómata.

La estancia estaba oscura salvo por los focos y una silla en el que Swan me pidió que me sentara. Llevaba unos tejanos remangados por encima del tobillo, unas zapatillas de lona y un jersey que mostraba sus hombros.

Estaba tan ocupada con los botones de la cámara que no se dio cuenta de mi palidez y mi extraño silencio. Aproveché ese descanso para respirar hondo y convencerme de guardar la calma.

Ella no tenía por qué saber nada.

—¿Eres fotógrafa? —pregunté con un hilo de voz.

Swan me sonrió mientras miraba a través del objetivo.

—Soy un poco de todo. Trabajo de *community manager* para mi hermano, entrevisto a los modelos, hago las fotos, las mando a la empresa de diseño gráfico de mi amiga Cay... En realidad, estoy terminando el último año de Medicina. Me falta presentar el proyecto, y entonces seré libre de las garras de King Sawyer.

—¿En qué... te has especializado?

—¿En qué crees que me he especializado?

—¿Pediatria?

Swan soltó una carcajada.

—¿Por qué todo el mundo dice eso? ¿Tengo cara de madre? —Sacudió la cabeza—. No. Lo mío es Traumatología.

—¿Te gusta ver huesos partidos?

—Mujer, no todo es devolver un hombro dislocado a su sitio. Pero sí, me encantan los huesos partidos. Son mi pasión —prácticamente lo canturreó—. Dicen que no me pega, pero eso es un punto a mi favor. Siempre está bien sorprender a la gente. ¿Podrías acercarte más al cobertor? Así, bien.

Su sonrisa se desvaneció enseguida.

Apartó la cámara y me examinó, preocupada.

—Por Dios, Kathleen, estás muy pálida. ¿Te encuentras bien?

Un silbido admirativo nos distrajo a las dos.

King apareció con las manos en los bolsillos y una sonrisa brillante. Me miró como siempre hacía, de arriba abajo.

—Vaya, qué chica más bonita —comentó con desahogo. Paró junto a Swan y se cruzó de brazos—. ¿De dónde te la has sacado, hermana mía?

—Adulador —se mofó—. Veo que tú también estás muy desmejorado. ¿Venís del mismo sitio?

—Es que esta noche no hemos dormido nada. Con suerte, hoy tampoco lo haré.

«Dile que se arregle para esta noche, ¿quieres?».

La sangre me ardió en las venas.

Él no se dio cuenta, porque se acercó a mí. Apoyó las manos en los reposabrazos de la silla para arrastrarme hacia donde vio conveniente. Me apartó un par de mechones de la cara, y luego sacó el estuche de la gargantilla para ponérmela. Lo hizo despacio, sabiendo muy bien que me estaba poniendo el vello de punta... pero no por lo que él pensaba.

—Tengo manos, por si no te has dado cuenta.

Él se agachó un poco más para poner su nariz a la altura de la mía. Estuvo a punto de hipnotizarme con sus ojos brillantes.

Se me partió el corazón de pensar que pudiera mirarme así mientras me mentía.

—Lo sé muy bien, muñeca. Estoy deseando que las uses conmigo otra vez.

—¿Contigo, o contra ti?

King sonrió muy despacio mientras se acercaba a mi boca.

Le hice la cobra, pero a él no le importó. Seguramente lo asoció a la presencia de su hermana

en la estancia.

—Swan —llamé con voz temblorosa—. ¿Podrías dejarnos solos un momento?

—Que sea solo uno, ¿eh? Tengo una cita a las doce y no puedo perder mucho tiempo.

—Tranquila. No tardaré.

Cuando la puerta se cerró con ella detrás, estaba tan segura de que explotaría que me sorprendió mi reacción.

Ni lloré ni perdí los papeles. Le asesté una bofetada directa que le giró la cara.

—«Pon tú las reglas. Yo las acataré» —parafraseé, con un tono engañosamente suave—. Conque habías dejado a Sheila, ¿eh?

King apartó las manos de los reposabrazos y se estiró.

Me miró con el ceño fruncido.

—Eso hice. ¿A qué viene esto, Kathleen? Encuentro muy excitante discutir contigo, pero no pienso pasar a las manos.

Me puse de pie de un salto y agarré la bolsa que descansaba a mis pies para arrojársele al pecho.

—¡Mentiroso! —le espeté—. Acabo de ver a Sheila y me ha dado esto para ti. Espero que lo paséis bien esta noche, igual que lo hicisteis anteayer. ¡Que te den, Sawyer!

Quería dedicarle insultos peores, pero estaba tan dolida que no encontraba la voz. Hacía mucho tiempo desde la última vez que me sentía tan mal.

Mi objetivo era salir de allí, pero King me cogió del codo.

Me lo sacudí con tanta violencia que le di un manotazo.

—¡No me toques! Y a ver si te entra en la cabeza que las mujeres no queremos que nos persigan cuando ya te hemos mandado a la mierda.

—Las mujeres no deberían dar lugar a que tengan que perseguirlas cuando hacen una afirmación de ese tipo. ¿Es que no tengo derecho a defenderme?

—¿Qué vas a decir? ¿«No es lo que parece»? No quiero hablar contigo ahora mismo, ni quiero mirarte a la cara, ni... No me puedo creer que hayas sido capaz de hacer algo así. Me has distraído con tu palabrería barata para hacerme daño deliberadamente... ¡Eres un puto sádico! Y ya hay que ser poco hombre para tener a dos mujeres engañadas.

King volvió a cogerme de la cintura. Me preparé para pelear con los puños, pero me clavó en el sitio con una simple mirada directa.

—¿No se te ha ocurrido que la camisa puede ser de hace tiempo? ¿No se te ha pasado por la cabeza que Sheila pueda haber mentido, sobre todo teniendo en cuenta que la largaste de su casa y su novio la dejó por ti? Sheila no te soporta después de aquello, Kathleen. ¿Tan raro te parecería que soltado eso para molestar? —King arrojó la bolsa de plástico al suelo y cubrió mis mejillas con las manos. No me quedó otro remedio que mirarlo a los ojos—. Puedo ser muchas cosas. Arrogante, pesado, egocéntrico..., incluso manipulador a veces. Pero no soy ningún jodido mentiroso.

Lo que él me estaba dando era otra visión, no la verdad. O no necesariamente. Era cierto que Sheila tendía a soltar trolas, y King no. Me sentía inclinada a creerle, pero porque tenía tanto poder sobre mis emociones que me aterró lo que pudiera ser de mí si me hacía daño.

—Dime lo que piensas, muñeca.

—¡No me llames como la llamas a ella! —me desesperé.

—Ya no la llamo de ninguna manera, Kathleen. ¿No me crees? Podemos darle un toque ahora mismo, pero no debería ser así. Se supone que deberías confiar en mi palabra. No he hecho nada que demuestre que podría traicionarte. Además... ¿Cuándo he tenido tiempo para estar con Shey,

si paso el día en tu casa?

Ese era un buen argumento.

De pronto me sentí ridícula.

Me carcomía la desazón cuando elucubraba sobre la idea que tendría de mí: una mujer que se aprovechaba de cualquier excusa para alejarlo, que dudaba de todo, que no confiaba ni en sí misma... Iba por la vida mirando a todo el mundo de reojo, segura de que acabarían hiriéndome. Y si ya me costaba vivir así, hacerlo sabiendo que las personas de mi entorno eran conscientes de mis problemas me afectaba el doble.

—Lo siento —balbuceé a pesar de no estar convencida—. Ha sido un malentendido.

—Creo que detrás del malentendido hay algo más gordo.

—No es nada, King. Siento lo de la bofetada. Me he pasado de impetuosa... —Estiré el brazo para acariciar su mejilla—. ¿Te duele?

—Me duele más tu falta de confianza.

Apreté los labios.

—Mira... Sé quién eres desde hace unos meses, pero no sé si puedo esperar fidelidad de alguien que llevaba años en una relación sin restricciones. No... no te conozco demasiado.

—Y dijiste que tampoco querías conocerme.

—No sé por qué dije eso —admití con la boca pequeña—. ¿Podemos olvidar lo que acaba de ocurrir? Por favor. Además, estamos aquí para una prueba de fotografía, no para discutir o abrir nuestro corazón.

Regresé a la silla frente a la cámara y llamé a Swan en voz alta antes de que King quisiera profundizar.

Ahora sí sé de qué tenía tanto miedo, pero en ese entonces creía que huía de la intimidad por costumbre. Y es que conocer a alguien casi siempre conllevaba quererlo, y mi corazón no podía permitirse esos sentimientos.

Había amado hasta romperme, y luego había odiado hasta vaciarme. En ese momento, solo aspiraba a vivir tranquila, sin emociones fuertes, al margen de todo.

Swan asomó la cabeza.

—¿Todo bien?

—Sí.

Asintió y cerró la puerta.

Los hermanos se juntaron para intercambiar unas palabras que fingí no oír acariciando la gargantilla. Era preciosa. ¿La habría diseñado King? ¿O King era solo el director, el que aportó el capital para que King's Pleasure fuera una realidad? ¿Heredó el negocio de su familia...? No sabía nada. Solo que me gustaba, y que la idea de que pudiera estar con otra no solo era humillante, sino que me partía el alma.

Lo miré a la cara en busca de respuestas.

Me sorprendía saber tantas cosas de King y, a la vez, ni una sola. Le daba mala espina el café de máquina y siempre se lo preparaba él. Adoraba las series yanquis de dibujos animados con humor negro, como *American Dad*. Se partía de risa con el alien y el pez; sobre todo con el pez. Veía la tele con los brazos cruzados, y así se quedaba dormido siempre, porque a veces se daba cuenta de que se estaba mordiendo las uñas y, para evitarlo, metía las manos bajo las axilas. Se ponía a tararear la *Marcha Radetzky* cuando estaba de buen humor, pero solo subía el volumen de la radio cuando sonaba Kool & The Gang, y no tenía reparo en bailar. Lo hacía bastante bien.

Detestaba las salsas picantes. Era alérgico a las picaduras de mosquito. Le gustaban más los zapatos que a mí: le había visto estrenar alrededor de quince pares, todos mocasines Santoni.

Más que generoso, era derrochador: compraba tonterías que luego no usaba porque creía que «debía tenerlas por si acaso». Citaba mucho aquel discurso que Steve Jobs dio en Stanford; era un hombre que admiraba. También a Keith Richards y a Bill Murray. Le costaba terminar los chistes que empezaba contando porque le entraba la risa tonta...

Podía decir que lo conocía a nivel superficial, pero no sabía si tenía una carrera universitaria, si era creyente, si sus padres seguían vivos, o por qué lo llamaron King.

Si siempre creyó en el amor libre...

Él se dio cuenta de que lo estaba mirando y clavó sus ojos en los míos.

—Ríete un poco, anda —me pidió, cansado. Fruncí el ceño, a lo que él sonrió con algo parecido a la ternura—. Empiezo a pensar que tienes el síndrome del niño caprichoso: haces lo contrario a lo que te dicen solo para molestarme.

—Eso es porque yo no tengo por qué hacer lo que tú me digas —repliqué, aun sabiendo que en esa ocasión sí tenía que hacerlo—. Y no me río porque he visto suficientes anuncios de joyerías para saber que las modelos no se ríen en estos casos.

—¿Y qué hacen?

—Poner cara de orgasmo.

—Para eso vas a necesitar ayuda externa. ¿O te las apañas tú sola?

—¿Quieres que ponga cara de orgasmo?

—No, quiero que te rías.

Cruzó la habitación y me rodeó. Lucía la sonrisa traviesa que ponía cuando entraba en mi habitación para llevarme a ver películas.

Cuando supe que tenía planeado hacerme cosquillas, fue demasiado tarde. Ya me estaba doblando de la risa.

—¿Qué co... jones estás hacien... do? —logré articular entre las carcajadas—. ¡K-King!

—¡Swan, haz las fotos ahora! ¡Rápido, antes de que la posea el espíritu de Trunchbull!

Aproveché la excusa de las cosquillas para reírme otra vez.

Intenté levantarme y apartarlo, esfuerzos que solo me lo pusieron más difícil. King me acorraló contra el panel de fondo sin dejar de usar los dedos.

—K-King... P... Por favor...

—No te escucho, muñeca.

—Me estoy... Me estoy agobiando...

King me soltó en cuanto comprendió mi balbuceo. Se lo agradecí renunciando a tomar represalias.

Cogí una bocanada de aire sin apartar la vista de él.

—¿Por qué has hecho eso? —jadeé, mesándome el pelo.

—Porque era necesario.

—¿Para mi culo rígido de Trunchbull?

—No exactamente. Me gusta tu culo tal y como está. Solo me hacía falta un poco de inspiración. ¿Has conseguido hacer las fotos? —le preguntó a Swan.

Ella asintió con una sonrisa bobalicona. Hice el amago de acercarme para verlas yo también, pero él chasqueó la lengua.

—No hasta que no estén impresas. Pierden mucho si las ves aquí.

—¿Vas a imprimir todas las fotos que se hagan en la prueba? Es un malgasto de papel, no...

—Solo las tuyas.

Levanté las cejas y busqué su atención en vano. Se había quedado mirando, con una sonrisilla tierna, el reportaje. Era una expresión que jamás le había visto y que me impactó; tanto que me

olvidé de Sheila, la gargantilla y el modelaje.

Finalmente alzó la vista.

Sus ojos brillaban cuando apuntó la cámara con el dedo.

—Esto de aquí, cariño, es el verdadero placer de King.

CAPÍTULO 21.

Chicas como tú

Esa noche, Liberty estuvo especialmente torpe, y sentí que en parte era mi culpa. Me había asaltado en la sala de descanso para preguntarme por Maddox, desesperada por saber algo de él, y yo, siguiendo los deseos de mi amigo, había escurrido el bulto.

Si le soltaba que había salido de su vida para no volver, estaba segura de que la hundiría más de lo que ya lo estaba. Tampoco podía decirle que la quería de verdad. Liberty no estaba enamorada de él, pero dependía tanto del cariño de la gente que quizá se hubiera forzado a quererlo con tal de no perderlo.

Además, si Maddox me había pedido que lo dejara estar, mi deber era obedecer.

Así que conté una verdad a medias... que le afectó igual.

Se pasó toda la noche tirando vasos y contestándole mal a los clientes. Uno de ellos se quejó y tuvo que salir el jefe. Nada más vio la cara de Libby, le hizo un gesto hacia su despacho.

No me preocupé. Brennan valoraba muchísimo a Liberty y sabía que era el motor de La Tramposa, como Maddox lo fue antes que ella. No la echaría por tener unos días malos.

Mala mía. Liberty salió de allí desorientada y anunció:

—Lo siento, κ. He dimitido.

—Pero... ¿A dónde vas a ir? ¿En qué vas a trabajar?

—Hay un puesto como friegaplatos en DeLuca's. Pagan un poco menos que aquí, pero así podría llevar dos trabajos, y... Bueno, me buscaré la vida.

—No lo entiendo, Libs. ¿Por qué te vas?

—Es que... —Sacudió la cabeza y clavó la vista en un punto al fondo del local—. Son muchos recuerdos.

—Sé que te sientes culpable, pero no ha de ser así. No tienes culpa de nada, Maddox se ha ido porque ha querido, tú...

—Yo también me voy porque quiero —insistió—. Déjalo, por favor. Simplemente no puedo. También va siendo hora de que haga algo diferente con mi vida. No iba a currar aquí para siempre, ¿no?

Me fijé en que había mucho más que tristeza en sus ojos. Algo debía haber pasado, y no estaba segura de que hubiera ocurrido en un sentido físico.

Liberty había cambiado. Se le había perdido algo por el camino, y no sabía qué era ni si podía ayudarla.

—Hola, muñeca. He venido a por mis tostadas francesas.

Parte de la tensión que acumulaba mi cuerpo se deshizo. Me giré para comprobar que allí estaba King, apoyado en la barra en una postura tranquila, decidido a alegrarme el día.

Le hice una seña a Liberty para que esperase y me acerqué a él.

—Ahora no me puedo ir, ni te puedo atender. Liberty ha dimitido, Maddox no está y es el día libre de Fiona. Mientras el jefe no localice a otro empleado, no me puedo mover.

King se reclinó hacia atrás, agarrado al borde de la barra.

—Es la primera vez que me argumentas bien una excusa. Te pongo un diez. Pero no va a ser suficiente para librarte de mí bien entrada la noche.

Eché un vistazo por encima de mi hombro para asegurarme de que Liberty seguía allí. Parecía

Magdalena en el camino de Jesús a la Cruz. Desamparada y quebrada de dolor.

Miré a King.

—Luego me iré con ella a casa —dije, muy segura de mi decisión—. Necesita a alguien ahora mismo.

King ni siquiera miró a Liberty para asegurarse de que era cierto. Su mirada se intensificó.

—Eres una buena persona, Kathleen. ¿Lo sabías? Porque a veces creo que se te olvida.

—¿A qué viene eso? —Fruncí el ceño—. No será uno de esos refuerzos positivos de los tuyos, ¿no?

—Claro que no. —Sonrió sin enseñar los dientes—. Estaré por aquí si me necesitas.

Me tomó unos segundos de más reaccionar.

¿Ya estaba? ¿No iba a molestarse porque lo hubiera dejado tirado cuando habíamos acordado vernos? ¿No iba a... gritar? ¿No iba a victimizarse, a hacerme ver como si fuera la mala de la película?

«Eres una buena persona, Kathleen».

Había habido momentos, e incluso épocas, en las que no lo había tenido tan claro. De hecho, nunca me había considerado una. Quizá no era mala, pero sí una insensible con los demás, y definitivamente no se me daba bien consolar a mis amigos.

Aun y con todo, sonreí por el halago.

Fuera o no una estrategia de las tuyas para quitar el peso de mis hombros, conocerme o chequear mi reacción, acababa de conseguir que me sintiera mejor.

King no esperó a que le dijera nada más. Me guiñó un ojo y subió al palco, donde me fijé en que Brayden me observaba con la barbilla apoyada en la baranda. Después de guiñarme un ojo él también, cada uno volvió a lo suyo.

—Libby. —Tiré de ella para acercarla a la barra—. Creo que no has sido del todo sincera conmigo. Te conozco desde hace años, y has salido con toda clase de tíos desde entonces. Cuando te han hecho daño, te has encerrado en ti misma un par de días y luego has vuelto a ser la alegre Libby que todos conocemos. Supuse que no te repondrías tan rápido de lo de Dristan porque ha sido la gota que ha colmado el vaso. Pero no te habías planteado antes cambiar tu vida. Llevas trabajando aquí desde que cumpliste dieciocho, y te encanta. Y de pronto, cuando te peleas con Maddox, odias esto, no puedes sujetar una bandeja y a duras penas abres la boca. Así que dime... —Inspiré hondo, sospechando cuánto me dolería una afirmación—: ¿Tienes sentimientos por Maddox?

Aquello la pilló de improviso.

—Yo... yo... No. Es mi mejor amigo, era la gran motivación de venir a trabajar, y me hace... Me hacía ilusión formar parte de su vida, porque creía que nunca me decepcionaría. Lo ha hecho, pero ahora me da igual. Solo lo quiero de vuelta. Supongo que es porque siempre he sido una arrastrada. Desde que lo conocí, tuve claro que sería una estupidez enamorarme de él. Me metí en la cabeza que solo sufriría, y creo que por eso empecé a verlo como un amigo. Aunque... al principio... El primer año que estuve aquí... No sé si era amor, pero... me gustaba mucho.

No había mucho más que decir. De ese «principio», de ese «primer año», ya había transcurrido algo menos de un lustro. Si me hubiera dicho que también lo quería, habría intercedido aun en contra de los deseos de Maddox. Pero ya... ¿para qué?

Si quería irse, no iba a interponerme en su decisión. Cada uno era libre de buscar su felicidad como creyera conveniente.

La acompañé a la entrada del pub y me despedí de ella con un fuerte abrazo. Eso la sorprendió, y no pude culparla. Sabía que no se me daban bien las muestras de cariño a no ser

que habláramos de Maddox.

—Me has sorprendido con esa pregunta —admitió ella—. Tú antes no eras tan... perceptiva.

—¿Qué quieres decir con eso, Libby? —El corazón se me aceleró—. ¿Era una percepción... acertada?

—No, no. No te he mentado. Es solo que has cambiado en los últimos meses. Ahora te veo más contenta. Más implicada con todos nosotros.

—Supongo que estaba hundida en mi burbuja de mierda, y por fin he asomado la cabeza. — Después, como si quisiera demostrarme algo, añadí—: Pero tampoco ha sido un cambio radical. Soy la de siempre.

Agradecí que Liberty no lo rebatiera.

Regresé a mi puesto después de acompañarla a la parada del autobús y avisar de que iría a su casa a verla más tarde. No todos los días se rompía con un mejor amigo de años.

Maddox era su roca. Yo nunca ocuparía ese lugar, pero podría intentarlo por una noche.

Por las noches que quisiera.

Antes de llegar a la barra, alguien me dio un toquecito en el hombro. Me giré sonriendo, imaginando que sería King, y no. Se trataba de una cara joven y familiar, una cara que...

—¿Ya no te acuerdas de mí? —El chico enarcó una ceja—. Te di mi número.

—Ah, sí.

Él me bloqueó el paso cuando intenté esquivarlo.

—Todavía estoy esperando que me llames.

Intenté mostrarme cercana pero inamovible, convencida de que no se había acercado a increparme.

—Lo siento. Ahora mismo tengo pareja.

—No me digas. —Soltó una fría carcajada, como si en el fondo no le hubiera sorprendido—. ¿Ya la tenías cuando me pusiste las tetas en la cara?

Pensando que no se lo tomaría a pecho, o, por lo menos, no haría nada al respecto en pleno pub, respondí en tono burlón:

—Una chica hace lo que debe para ganarse sus propinas. La próxima vez que una mujer sea simpática contigo, no des por hecho que quiere que la lleves a la cama.

El tipo me cogió de la mano y tiró de mí para pegarme a su cuerpo. Cuando habló de nuevo, lo hizo asfixiándome con su aliento a ron.

—Sois todas iguales. Un hatajo de putas...

Apreté los labios e intenté hacer oídos sordos a la ansiedad que se adueñó de mí de pronto.

Eran unas manos desconocidas, unas manos desagradables, unas manos que no quería que estuvieran en mi cuerpo. Y ahora me rodeaba con el brazo, atrayéndome más hacia él, como si todavía no fuera suficiente.

Hice acopio de mi valentía para pedirle que me soltara, convencida de que esa vez podría moverme. Había pasado los últimos meses saliendo y acostándome con un hombre, no sería tan difícil.

Pero no pude.

Comprobé con horror que seguía siendo insuficiente, y que nada podría devolverme la tranquilidad. Ese «déjame en paz» se atascó en mi garganta, y allí se quedó. Ese que podría haberme librado de un manoseo desagradable que subió de mis caderas y llegó a jugar con el aro de mi sujetador.

—Tú por lo menos estás buena —le oí decir.

Me sentí impotente, de nuevo inútil porque todo mi cuerpo empezaba a pesar y nada ni nadie

podía moverlo. Al final solo era una muñeca rota en manos de quien quisiera agarrarme.

Seguía perteneciéndole a él. Todos tenían sus dedos y su maldad.

Excepto...

—Kathleen, joder.

King apartó de un empujón al tipo, pero seguía notando sus manos sobre mi cuerpo minutos después.

Ahogada en mi propia desesperación y sin poder respirar, me aferré a la chaqueta de King buscando un punto de apoyo. Él me abrazó y me llevó fuera del local, donde logré coger aire.

—Todo está bien, ¿de acuerdo? —repitió, guiándome hacia el final de la calle—. Venga, concéntrate en andar. Solo en tus pasos. Hazlo, cariño. Iremos a donde nos lleves.

Recorrimos una manzana en completo silencio. Por fuera, habríamos parecido solamente dos personas de la mano.

Después del paseo, King frenó delante de un coche que ya conocía. Acepté entrar porque me transmitió la confianza en mí misma que no sentía.

Y fue un gran error, porque de sus preguntas de esa noche no me pude escapar.

King cerró la puerta del piloto y se giró para mirarme. No había ni rastro de esa alegría vital que me empapaba con su calidez. Había perdido las ganas de ser paciente.

—¿Vas a seguir diciéndome que estás bien? —preguntó. Su tono bordeaba el enfado, pero no llegaba a tocarlo.

Presentir que podría ir alzando la voz me puso en guardia.

—Ahora no, King.

—¿Cómo que ahora no? Es el momento perfecto para que lo sueltes; ahora, cuando tienes miedo. Ahora es cuando sirve desahogarse, no luego. No pienso esperar ni un minuto más, viendo cómo te mueres de miedo...

—Nadie te ha pedido que ejerzas de psicólogo —solté en tensión—. Déjame en paz. No quiero hablar de eso ahora. Ya estoy bien.

—¿Que estás bien? —Soltó una carcajada vacía—. Mira, Kathleen... Me alegra que te haya servido rehuir a los demás para no tener que hablar de ello. Me alegra que hayas tenido la suerte de rodearte de gente que no insiste. Pero a mí no me vas a pasar por encima. Así que habla.

Me sentí acorralada en un coche que no era mío, que podría arrancar en cualquier momento, y con un hombre enfurecido.

Quería salir corriendo, pero me temblaban las piernas.

—¿Qué vas a hacer si decido no contestar?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Solo intento ayudarte, ¿entiendes? No estoy aquí para hacerte sentir indefensa, o... —Apretó los labios—. O lo que sea que haya en tu retorcida cabeza, eso que desconozco y empiezo a pensar que no voy a descifrar jamás.

Eso me dolió.

—Pues si soy tan retorcida, no sé qué haces aquí todavía. No te estoy obligando a que insistas. Todo lo contrario. Yo no soy la que ha forzado los límites de una persona e intenta meterse en su vida para dárseles de salvador. No hay nada que salvar aquí, King, así que...

—Ni se te ocurra salir del coche —me amenazó. Me quedé inmóvil—. No te vas a ir hasta que hables.

No aparté la mano del asidero, pero lo miré por encima del hombro.

Hice de tripas corazón para esbozar una sonrisa. Estaba destinada a ser despectiva, pero se torció en una mueca de dolor.

—¿Sabes? No se te da nada mal hacerte el comprensivo y cariñoso. Casi me la cueles. Mala suerte que casi siempre se os acabe viendo el plumero, a ti y a todos los que son como tú. Que te vaya bien.

Abrí la puerta y salí antes de que intentara retenerme.

La brisa fría aireó mis mechones sueltos y se me metió por debajo del polo, estremeciéndome. Tuve que echarle una llave mental a mi cabeza para acallar los pensamientos y así evitar romper a llorar.

Yo no quería pensar que era otro controlador o que yo era su proyecto de caridad, igual que no quise pensar que Sheila y él seguían juntos. Pero mi mente estaba programada para lo peor. Al mínimo inconveniente, saltaban las alarmas.

Alarmas que él había aprendido apagar.

Lo hizo en cuanto sus brazos me envolvieron por detrás.

Llevé enseguida las manos a las suyas, intentando apartarlo con debilidad, pero cuando apoyó la barbilla en mi hombro y presionó los labios contra mi mejilla, no pude hacer nada.

Estaba de nuevo a su merced.

Decirme algo que no me gustaba, algo que me recordaba al pasado, no era suficiente para disuadirme de estar con él. No sabía dónde estaba mi límite, igual que no lo supe en el pasado y por culpa de esto acabé en lugares muy oscuros. Me aterraba la sensación de que, para espantarme definitivamente, tendría que hacerme daño. Mucho, muchísimo daño.

—Lo siento —susurró King—. No he estado muy fino. No quería asustarte. Es que no saber me está matando, pero tienes razón. No puedo obligarte. Perdóname.

Me eché a llorar en absoluto silencio. Me había entrenado para hacerlo sin que nadie se diera cuenta.

Ni siquiera durmiendo en la misma habitación que yo.

—¿Por qué insistes? —balbucí—. Esto no te afecta a ti, no... ¿Es que no ves que son cosas que duelen? No puedo decirlo en voz alta y volver a casa como si nada, King. No puedo hablar de ello y esperar que no me ataque mientras duermo.

King me apretó contra él.

—Sí que me afecta, Kathleen. Y a Maddox, y a tu padre, y a Liberty; incluso a Sheila le afectaba. Todo el que vive cerca de ti y se preocupa por tu bienestar, sufre. Déjalo salir antes de que te asfixie.

—No. No... —Negué con la cabeza—. No estoy preparada para liberar... esas cosas. Solo... déjame, por favor. Prefiero llorar en medio de la calle a que me asedies con tu curiosidad. Es que no entiendo por qué no lo dejas estar sin más. Nada de esto suena a «solo sexo».

—Olvídate de eso por un jodido momento. Ya no se trata de ti y de mí, sino de ti. Solamente de ti. Quiero que seas feliz, y creo que tú quieres serlo; no somos enemigos. Tenemos una meta en común. Por eso no lo dejas estar.

—¿Nunca te has planteado que ves fantasmas donde no los hay?

—Jamás. He vivido durante años con una persona que se comportaba de una manera similar a la tuya. Reconocería los síntomas en cualquier persona, en cualquier sitio, a cualquier hora.

Aparté sus brazos para girarme y mirarlo.

—¿De qué estás hablando?

—Mi madre. —Su mirada se apagó—. Cada vez que un tipo la rozaba, aunque fuera sin querer, se paralizaba. Incluso si se quedaba a solas en un pasillo del supermercado con un

hombre que ni la estaba mirando. No podía abrir la puerta si el de la venta a domicilio, el del gas o el repartidor era un hombre. Reaccionaba como tú, que hiperventilas, pides ayuda con la mirada, lloras de miedo.

—Lo siento mucho por ella —musité con un hilo de voz.

—No lo hagas. Aceptó mi ayuda y la de mi padre adoptivo. Citas con especialistas, terapia de grupo, concienciación; todo eso la ayudó a ir siendo poco a poco ella misma, una mujer que yo nunca había conocido. Aun así, nunca perdió la mirada que tú tienes: la de estar repitiendo para sus adentros una y otra vez lo que le pasó. Así que, como ves, no es que sea perceptivo. Es que lo he vivido antes. Supe que había algo mal y necesité erradicarlo.

—¿Qué debo sacar en claro? —tartamudeé—. ¿Que en el fondo solo estás aquí porque piensas que soy tu madre...? ¿Porque quieres ayudarme y crees que la única manera es...?

—Claro que no, por Dios. Podría haberte ayudado desde fuera recomendándote especialistas. Si estoy aquí, contigo, no es porque quiera ser un héroe. Tampoco quiero ser tu héroe. Estoy porque quiero estar contigo.

—King...

—Adoro cómo te ríes, Kathleen —confesó de carrerilla—. Me divierten tus respuestas mordaces. Eres exitosa, aunque no lo veas, lista y leal a tus amigos. Todos los días descubro algo de ti. Como, por ejemplo, que de cuando en cuando puedo arrancarte un amago de ternura. No estoy aquí por lo que eres cuando penas, sino por todo lo bueno, que no es poco. Estás llena de virtudes a pesar de que alguien te las quiso arrancar. Me inspiras.

Algo dentro de mí, quizá eso que estaba tan podrido, tan roto, se rompió del todo; cedió para que entrara la luz.

No podría haber encontrado las palabras para agradecerle su honestidad. Traté de pagarle con mi reciprocidad.

—¿Qué... le pasó a tu madre? —pregunté en voz baja.

Él no contestó enseguida.

—El director de la empresa para la que trabajaba abusó de ella. Solo tenía dieciocho años. —Hizo una pausa—. Aun así, creo que lo peor fueron las consecuencias.

Un pitido intenso se instaló en mi oído.

Temí la respuesta.

—¿Qué consecuencias?

King ni siquiera pestañeó.

—Yo. Pero, de nuevo, esto no es sobre mí, ni sobre tú y yo. Esto va sobre ti.

No estaba segura de querer seguir hablando de mí. De todas las penas que King Sawyer pudiera haber tenido, nunca habría imaginado algo así.

—Puedes estar tranquilo —le apacigué—. No me hicieron lo que sugieres. Una persona en la que confiaba me... hirió. Es todo lo que puedo decirte por ahora.

—Es más que suficiente. Sobre todo por ese «por ahora».

Sonreí por inercia.

—Eres incansable. Siempre tienes que lograr lo que quieres.

Él no contestó a eso.

—Ven conmigo, anda. Te llevaré a casa.

El trayecto fue como siempre que íbamos los dos en coche. Silencioso. Él estaba centrado en la carretera, pero me lanzaba miradas de reojo que yo fingía no interceptar.

Me sorprendía cómo algo tan bonito como King podía ser fruto de un acto reprochable. Yo no habría tomado la misma decisión que su madre, lo que me llevó a preguntarme cómo habrían

sido mis últimos meses si él no hubiese abierto los ojos al mundo.

Tristes, como poco.

—Es la primera vez que mencionas a tu familia —dije en voz baja. Él aprovechó un semáforo para mirarme inquisitivo, invitándome a continuar—. No decía en serio lo de que no me interesaba conocerte.

Él sonrió para su coleteo.

Ya lo sabía antes de que lo admitiera.

—¿Qué quieres saber de mí?

—No lo sé. —Recogí las piernas y me las abracé—. ¿Qué quieres que sepa de ti?

—No tengo nada que esconder. Podría contártelo todo.

—¿Por qué te llamaron King?

Él se rio por mi elección.

—Porque la primera vez que di una patada, fue cuando mi madre estaba comprando el último libro de Stephen King. Se acababa de publicar *Misery*. ¿La has leído?

—¿La del tipo que escribe novelas románticas victorianas, sufre un accidente y acaba siendo torturado por una enfermera que admira su trabajo?

—La misma. No es que mi madre me odiase antes de darle la patada, pero tenía una carga psicológica encima tan brutal que no quería saber nada de mí —contestó con naturalidad—. Le hizo gracia que llamara su atención justo en ese momento. Mi abuelo me contó que fue la primera vez que la vio sonreír desde aquello.

»A raíz de mi muestra de interés por el escritor, ella empezó a acercarse a mí. En cuanto llegó a casa, se puso a leer en voz alta. Te aseguro que cuando nací no me acordaba de nada de la historia, pero parece ser que era un público entusiasta. Le daba patadas cada vez que continuaba la lectura.

Sin darme cuenta, acabé con una sonrisa en los labios.

—¿Y por qué King, en lugar de Stephen?

King ladeó la cabeza hacia mí con aire divertido.

—Me llamo Stephen King Sawyer.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—No me lo creo —me reí.

—Te enseño mi carné cuando quieras. Me llamo Stephen. Lo que pasa es que al poco tiempo de nacer, mi madre conoció a un hombre que se llamaba así. De alguna forma había que diferenciarnos. —Encogió un hombro y añadió, divertido—: Cuando me llevaba a jugar al parque, era el rey entre los niños. Todas las madres me miraban con curiosidad.

Detrás del nombre había mucho más: el sufrimiento de una mujer que debió pensar que lo que llevaba dentro estaría recordándole toda la vida el daño que le hicieron.

Me puse en su lugar y todo rastro de diversión se esfumó.

Quería hacerle preguntas sobre ella, saber cómo lo había superado, si ahora era feliz. Pero de mis labios no salió nada parecido, porque antes me asaltó una duda crucial.

—Ya hemos llegado —anunció King, aparcando justo en la puerta de la cochera—. Puedo arriesgarme a acompañarte a la puerta. No creo que a estas horas vayan a multarme por poner el coche donde no debo.

—King —interrumpí.

—Dime.

Me aclaré la garganta.

—El otro día dijiste que, fuera lo que fuese que me pasó... No lo usarías en mi contra. Y que no sería un condicionante a tus ojos.

Su expresión tierna me desarmó.

—Me alegra que me escuches cuando hablo. A veces pienso que solo te quedas con lo que podría desacreditarme.

A pesar de la amargura en sus palabras, tuve que contener una sonrisa de satisfacción: se estaba abriendo a mí.

Hasta entonces, había tomado a King por una persona feliz en su simplicidad, que no señalaba lo que le molestaba porque nada le molestaba. Ahora descubría que sí, que mi distancia le hería, y que se lo callaba porque quería tener la fiesta en paz.

Se acababa de presentar ante mí como un ser humano con sombras y miedos a quien mi actitud no le era indiferente.

Y eso me gustó.

Significaba que yo no estaba en inferioridad de condiciones.

—Me preguntaba si no lo usarías para tenerme lástima.

King se tomó un segundo para pensarlo.

—Creo que la gente está muy equivocada con el concepto de la lástima —empezó con la vista clavada en el techo—. Se creen que hay que tenerla hacia quienes sufren, pero yo solo la siento por los inútiles y los negligentes, que son a los que la vida les viene grande.

—¿Y qué sientes entonces por los que sufren?

—Si no puedo hacer nada, impotencia. Si siguen en pie a pesar de todo, admiración. Y siempre empatía —recalcó, muy serio—. Pero no se trata de lo que yo sienta hacia nadie, sino de lo que sienten ellos: cuando veo a alguien pasarlo mal, mi primer impulso no es pensar en qué opino, sino ayudar.

No sabía que necesitaba esa respuesta hasta que la tuve.

Unas repentinas ganas de abrazarlo estuvieron a punto de ahogarme, y, por primera vez, no me reprimí. Desabroché el cinturón y me senté torpemente en su regazo.

Él no dijo nada. Solo me rodeó la cintura con sus brazos.

—Gracias por contarme lo de tu madre —susurré con los labios pegados a su sien. Lo besé allí, en la frente y entre las cejas con ternura. Él no sonreía al recibir mis atenciones, pero tenía una expresión beatífica pintada en el rostro.

—No se dan. Este tipo de historias hay que contarlas para que no queden en el olvido.

Vacilé antes de preguntar, inquieta:

—¿Terminó queriéndote?

—Muchísimo. El corazón de mi madre es tan inmenso que ese hijo de puta no pudo echarlo a perder para mí. Pero si no me hubiera querido, lo habría entendido —sentenció.

—Suen a que le has dado una pensada o dos al tema.

—Estuve obsesionado con el asunto en la adolescencia, que fue cuando me enteré —confesó con un cabeceo—. Todo el mundo aplaude su decisión, dice que hizo lo correcto, que fue valiente. Y lo fue. Pero no era su obligación serlo, ¿entiendes?

—Lo entiendo.

—Si yo no hubiera estado aquí ahora, me habría gustado que, aun así, se hubiesen referido a ella como una valiente, y que jamás la hubieran hecho sentirse un monstruo.

Lo estreché entre mis brazos.

—Suen a particularmente duro viniendo de ti —murmuré.

—Todo el mundo me mira con extrañeza cuando digo algo así, pero es lo que pienso. Ser

fruto de un abuso condiciona tu vida desde que naces. Aunque me quisiera, ella no estaba bien, y no lo estuvo hasta mucho tiempo después, cuando yo ya la había oído llorar y visto sufrir por esto. Pasamos muchos años visitando un psicólogo, juntos y por separado. Podía quererme más que a nada en el mundo, pero se alegró cuando le dije que me independizaba. Yo no dejaba de ser la prueba del mayor horror de su vida. Y aunque lo hacía bien, aunque se esforzaba por ser una buena madre y lo ha sido, me daba cuenta de lo que estaba pasando. No te imaginas la impotencia que sentía.

Sí que me la imaginaba. Su tono de voz ronco aportaba más de una idea.

Era estremecedor.

Entendía lo que quería decirme, y me asombró lo empático que era con la situación de su madre. Creo que fue la primera vez que pensé en lo mucho que lo admiraba.

Pasamos un rato en silencio, él apoyado sobre mi coronilla, y yo acariciando los rizos oscuros y cortos de su nuca.

Podría haberme quedado allí para siempre, pero debía subir a casa y preparar las cosas para ir con Liberty.

—King —musité al fin, preparada para hacer la pregunta que me estaba atormentando.

—¿Mm?

—¿Eres feliz, o solo finges mejor que yo?

No tuve que esperar mucho hasta que respondió.

—Creo que no necesitas ser el resultado de una aberración para inspirarte en la certeza de que hoy podrías no estar aquí; para motivarte a cumplir metas y estar muy agradecido por la oportunidad que se me dio. Para mí, estar feliz no es solo una responsabilidad, sino un gusto que me doy; un regalo que le hago o intento hacer a quienes me rodean. Así que, sí. Soy muy feliz, muñeca. —Me besó la frente con cariño—. Y no dudes que te arrastraré conmigo, porque ¿sabes qué?

—¿Qué?

—En mi paraíso faltan chicas como tú.

CAPÍTULO 22.

Los feos lo hacen mejor

Esa noche tuve un sueño que me obligó a abrir los ojos de sopetón. Por variar un poco, no fue una pesadilla.

Fue la inspiración.

No tenía escenas en mente, no tenía las palabras exactas de mis personajes en la punta de la lengua, pero lo sentí en cuanto desperté.

Mi musa acababa de regresar.

Me incorporé tan rápido que casi no vi al hombre que tenía a mi lado.

¿Un hombre? ¿A mi lado? ¿Por qué?

¿Desde cuándo?

Solté un grito ahogado y me llevé una mano al corazón por la impresión de verlo allí, de nuevo, tendido sobre su costado y mirándome con la sonrisa del gato que se comió al canario.

—¡Joder! ¡Para de hacer eso! ¿Quieres matarme del susto?

Los recuerdos de la noche anterior vinieron a mi cabeza. La discusión, la confesión; me acompañó a casa y me dio un beso de buenas noches. Luego llamé a Libs y nos hicimos compañía virtual porque ninguna de las dos estaba de humor de verse.

No recordaba la parte en la que King se infiltraba en mi habitación. Básicamente porque no ocurrió, y lo delataba que llevase una camisa distinta a la del día anterior.

—Muñeca, tus recibimientos matutinos dejan mucho que desear —comentó, como si no estuviera a punto de echarse a reír—. Voy a tener que empezar a replantearme esto de venir.

—Vaya, no me puedo creer que por una vez hayas captado el mensaje. —Aparté las sábanas de un movimiento airado e intenté levantarme, pero King se colocó encima de mí antes de que pudiera incorporarme un poco—. Pero ¿qué...?

No fueron sus palabras lo que me calló, sino su mirada.

—Tienes que ver las fotos —dijo, recreándose en mi cuerpo con un vistazo intenso—. Cay es rápida. Ya las ha revelado.

—Seguro que te pusiste a darle latigazos para que lo hiciera a la velocidad de la luz y así tener una excusa para venir.

King agachó la cabeza para acariciarme la nariz con la suya.

—¿De veras piensas que necesito excusas? Qué importa. Mi pretexto de hoy es bastante más sencillo. Me he levantado con ganas de lamerte de arriba a abajo.

Me costó prohibirle que me besara.

—Se me ha ocurrido una idea, King. Necesito escribirla ahora mismo o se me olvidará.

King tardó exactamente dos segundos en apartarse. Me emocionó que se mostrara tan dispuesto a colaborar y que pareciera casi tan entusiasmado como yo misma.

—Espero que merezca la pena, muñeca.

Me tentó contestarle algo cortante, pero al verle tendido en mi cama con esa familiaridad suya, solo pude sonreír.

—Merecerá pena —le aseguré con una coqueta caída de ojos—. El protagonista de mi libro está inspirado en ti.

Su cara fue un poema. Me regocijé internamente por haber sido capaz de desarmar por

completo al hombre que para todo tenía respuesta, y hui de la habitación con el portátil antes de que pudiera ganarme soltando una tontería, una guarrada o, peor: algo bonito.

Me senté en el sofá con el ordenador sobre las rodillas y me puse a teclear. No sé cuánto tiempo estuve allí, moviendo los dedos sobre las letras sin detenerme a releer. No paré hasta que terminé el capítulo. Escribí diez páginas de un tirón.

Satisfecha con la sesión, llevé el portátil a la cocina, lo dejé sobre la encimera y me estiré mientras buscaba algo en la nevera. Quise darme prisa para seguir con el siguiente y todos los que vinieran después, pero al darme la vuelta, sorprendí a King con los codos sobre la mesa, echándole un vistazo a la pantalla.

—¡Eh! —exclamé—. ¿Qué haces?

—Leer sobre mi personaje. Ha sido un poco cruel decirme que te has inspirado en mí para luego no dejarme verlo, ¿no?

Me guiñó un ojo que me dejó fuera de juego.

Tenía razón, pero si dejé que husmeara en mi trabajo, fue porque no me importaba que lo hiciera. Él se regocijó en mi permiso con una sonrisilla que duró hasta que se topó con algo no tan divertido.

Levantó la mirada de golpe y me miró con fingida ofensa.

—¿Feo? —Se llevó una mano al pecho—. ¿En serio esa es la descripción que haces de mí?

Oh, mierda.

No había leído las páginas nuevas, sino las antiguas. Esas en las que describía a Gavin a imagen y semejanza de King, o lo que King me pareció la primera vez que lo vi: un hombre de facciones demasiado toscas para ser canónicamente hermoso, y cuyo rasgo más atractivo era la barbilla de Espartaco.

King se acercó a mí como un depredador al acecho.

No estaba enfadado, y se le daba fatal fingirlo.

Antes de que pudiera pedirle que me dejara escribir, me vi acorralada por sus grandes manos. Las metió bajo mi camiseta para cerrarse en torno a mis pechos. Me pegó a la nevera de un brusco empujón que arrojó al suelo un par de imanes, y me frotó y magreó como si quisiera humillarme, algo que me excitó más de lo que me habría gustado admitir.

Cuando ya estaba gimoteando en voz alta, me embistió con las caderas para que sintiera su semierección en el vientre.

Suspiré y me estiré para alcanzar su boca. Él no me besó; atrapó mi labio inferior entre los dientes y lo succionó. No se habría dado por satisfecho si no hubiera empezado a suplicarle un trato más rudo aún.

—Este feo te está sobando las tetas... y parece que estás a punto de correrte —indicó con un susurro. Sacó la lengua para lamerme la comisura de la boca y el borde del labio superior. La abrí de par en par para recibir un beso sucio que me hizo ronronear—. ¿No te gustaría rectificar el texto?

Ah, no. Nadie iba a volver a decirme lo que podía escribir y lo que no.

Roté las caderas hacia él y metí la mano en sus pantalones. Lo miré con ese desdén que a veces le hacía tanta gracia, y que en ese momento le puso duro como una piedra.

—No. —Le agarré la polla con propiedad, y sonreí con la misma soberbia que él al notar que se crecía con mi tacto—. Quiero ser fiel a la realidad cuando escribo.

—Me rompes el corazón, Kathleen.

—Soy una mujer perversa.

Se dejó arrastrar por la misma corriente sexual que a mí me estaba humedeciendo. Pero se

tomó aquello como una afrenta personal y me cogió en volandas, ignorando mis gritos, para hacer el trayecto hasta la habitación y tirarme sobre la cama.

A esas alturas, mi inspiración se había ido a hacer puñetas. Si la musa se te aparecía y no apuntabas las ideas, se acababan desvaneciendo a modo de castigo por no prestarles atención. Pero no me molestó, porque King Sawyer en su máxima gloria estaba encima de mí, sirviéndose de los talentos de esa boca milagrosa suya para hacerme estremecer.

Era otra clase de inspiración que también me venía bien.

Él debió ver en mis ojos que estaba más que lista y dispuesta a que hiciera conmigo lo que le diera la gana, porque no se lo pensó a la hora de desnudarme.

Comenzó el ritual que yo empezaba a adorar, el de besar y venerar mi cuerpo. Sus labios tenían un don: encontraban un punto perdido y lo estimulaban con la dulce presión de un beso casto, una ardiente lamida o con mordiscos desconsiderados cuya marca luego yo observaba en el espejo con un morbo que me hacía suspirar.

Se detuvo a rastrillar mi cuello con los dientes; ese día iba a tocar el sexo salvaje, el sexo que dejaba marcas. Me estiré más, acariciando los rizos rebeldes de su nuca.

Mis caderas se empezaron a mover buscando ese final feliz que tanto nos gustaba.

Pero King no me lo dio de primeras. Quería torturarme, y bendita tortura. Se movía con una delirante lentitud por toda mi desnudez, desde mis pechos hasta mis caderas, y de ahí, a mi entrepierna.

Sin más entretenimiento inocente, posó su boca a la altura del clítoris y lo atrapó con los labios para succionarlo.

En cuanto noté la textura ligeramente rasposa de su lengua indagando entre mi sensibilidad, mi impulso fue cerrar las piernas. Él las mantuvo abiertas sujetándome por los tobillos.

Un estremecimiento de puro placer me atravesó como un rayo.

King arañó la cara interna de mis muslos en su camino a las ingles, que mimó con caricias atrevidas. Su boca no dejó de succionarme, de animarme a reaccionar como una perversa.

—Más —rogaba, retorciéndome—. Joder, cómo me pones. Tócame ahí... Tócame... King, por favor...

Mi espalda se arqueó sin que yo se lo pidiera.

Él ronroneó al oír su nombre en mis labios. Dobló y retorció la lengua dentro de mí. Sus caricias húmedas aumentaron el ritmo y la profundidad. Una tensión imposible, compuesta por el deseo de que continuase y también se detuviera para colmarme de una vez se adueñó de todos mis músculos.

Todo yo palpitaba, sumida en un placer indescriptible.

—¿Un feo te puede hacer esto? —Su voz ya no era ronca; estaba quebrada, partida en dos por el deseo—. ¿Un feo te puede hacer sentir así...?

—Los feos también... follan bien. No seas... desconsiderado.

Agarré las sábanas, gimoteando palabras sin sentido.

Cuando supo que mis piernas se habían cansado de pelear, las soltó y usó los dedos para indagar entre mis pliegues. La palma de la otra mano me cubrió el pubis, que acarició un instante antes de trepar hacia mi torso. Me pellizcó un pezón. Una, dos, tres veces. A la cuarta me dolió, pero ese dolor se transformó en una sacudida de satisfacción morbosa.

Me corrí bestialmente. Balbuceé incoherencias y me aferré, esta vez, a su cabello negro. King siguió buceando entre mis piernas sin esa urgencia violenta, que reemplazó por succiones suaves e incluso tiernas. Terminó por convencer a mis pobres piernas de rendirse: cayeron, exhaustas y dobladas, a cada lado de mi cuerpo.

No me di cuenta de que tenía los ojos cerrados hasta que los abrí y me topé de golpe con King, que ya se había colocado delante de mí con expresión interrogante.

En ese momento podría haber aceptado cualquier cosa que me hubiera pedido.

—Podría editarlo —cedí.

Él solo se rio.

—Es tu libro, muñeca. Puedes escribir lo que te dé la gana. Como si me pones un ojo en la frente o un rabo en la espalda. Esta solo era mi nueva excusa para llevarte a la cama. ¿Qué te ha parecido?

—¿La excusa? Pobre. ¿El desempeño? Insuficiente. —Le rodeé por los hombros para mantenerlo pegado a mí—. ¿No se te ha olvidado algo...? —insinué, deslizando la mano por su pecho hasta rozar su vello púbico con los dedos.

—No pienso premiarte con una follada después de lo que has escrito sobre mí, preciosa —fingió indignarse.

—Peor para ti. Eres el que se encuentra en una situación... delicada cuanto menos.

Me mordí el labio, tan desesperada por él que no sabía ni quién era yo. No se negó a que lo masturbara lentamente con la mirada clavada en la suya.

La suavidad de la piel satinada de su polla, el calor que emanaba... El fuego volvió a estallar dentro de mí.

Tiré de su pelo, que aún tenía bien agarrado, para acercarlo a mi pecho y hablarle en voz baja.

—Quiero... —recorrí el cartílago de su oreja con la punta de la lengua—. Quiero follarte tan fuerte ahora mismo que no me aguanto ni de pie.

Él exhaló bruscamente el aire que había contenido y giró la cabeza para morderme el cuello y succionar tan fuerte que al día siguiente tendría una marca. Lo animé sin dejar de apretar la erección que me traía entre manos, y de la que él me apartó cuando decidió apiadarse de mí.

En un abrir y cerrar de ojos, me tuvo a cuatro patas sobre la cama. La idea de postura me sedujo de tal modo que miré por encima del hombro para ver cómo reaccionaba al coqueto contoneo de mis caderas.

De rodillas a mi espalda, King disfrutó del espectáculo con la vista fija en el coño que le ofrecía sin reparo. Él mismo se servía de las vistas separándome las nalgas con las manos para contemplar mi humedad mordiéndose el labio.

Me acarició desde la base de la espalda hasta el hombro, y cuando llegó a la nuca, me agarró la melena de un puñado y tiró para que oyera muy de cerca su voz gutural:

—Me pones cerdo cuando te comportas como una puta.

—¿Ah, sí? Pues demuéstalo.

King sonrió con el labio inferior todavía atrapado entre los dientes.

Un segundo después me había penetrado con brusquedad.

No me quedó otro remedio que mirar hacia delante para no perder el equilibrio.

Me concentré en el cabecero de la cama, que empezó a dar golpes rítmicos contra la pared conforme King me follaba a un ritmo devastador.

Se agarró a mis caderas para impedir que rebotara hacia delante, para fijarme en el sitio con la determinación de llevar la voz cantante; de ser el único que se sacudía para llenarme.

Y cómo me llenaba. No quería que parara, y me aseguraba de que permaneciera a merced de su obsesión por mi cuerpo tensionando mis músculos internos para apretar su erección.

Le oía hiperventilar como si estuviese enfermo.

—Dios, no hay nadie como tú —siseó entre dientes.

Cubrió una nalga cariñosamente antes de azotarla.

—Ah... Me voy a correr... me voy a...

«Quien avisa no es traidor».

No pude soportar mi propio peso. Aferrada a las sábanas para contener un grito de liberación, me derrumbé. Mi mejilla golpeó el colchón, y en esa lasciva postura aguanté mientras el orgasmo me hacía vibrar: con el culo erguido, a disposición de sus últimas embestidas.

—Cómo me aprietas cuando te corres... Me vuelves loco.

—Sigue..., por favor. No pares todavía.

No había ni rastro de la mujer vergonzosa de antaño, y él lo sabía. Sabía que yo no me negaría a ninguno de sus pedidos obscenos, porque lo quería todo de su cuerpo.

Por eso vació mi interior, me dio la vuelta igual que si fuera su muñeca, y se encaramó a la cama sin dejar de ordeñarse la erección, preparado para correrse también.

—Ven aquí y abre la boca —me ordenó.

El estómago se me retorció por las ansias de chuparlo, de bebérmelo, de bañarme en él; quería su semen goteando por mi piel y derramándose entre mis muslos.

Obedecí con mis fantasías en la cabeza y sustituí la mano con la que se había estado masturbando pacientemente.

La besé con ternura, la lamí con fruición.

Me acaricié la mejilla con el prepucio y cerré los ojos para paladear la sensación. Solo lo miré para advertirle:

—Esto... —apreté su polla con los dedos— es mío.

—Eso es tuyo, mi amor —confirmó sin aliento—. Tuyo y de nadie más.

Me di por satisfecha y la succioné con delicadeza hasta que disparó la primera carga. La custodié en mi boca, con la lengua fuera, para que viera que no mentía, que la quería toda, y cerré los ojos de nuevo para que su orgasmo me salpicara en la cara. El líquido caliente aterrizó en mis mejillas, sobre mis labios, y se fue deslizándose por mi barbilla como uno de esos besos sucios que me daba.

No me sentí saciada ni cuando acabó. Seguí acariciando su miembro ahora flácido, seguí besándolo, seguí torturándolo al rastrillar su volumen con mis uñas.

Estaba obsesionada con King. Con los sonidos que emitía. Con lo que me decía. Con su grato asombro. Con su morbo. Me espoleó a hacer lo que me diera la gana cubriéndome una nalga con su mano e introduciendo un dedo en la hendidura entre mis cachetes. Así me hizo gimotear, y así me secó el sudor y la humedad que empapaban mis dos aberturas.

No paré hasta que estuvo duro otra vez. Y una vez lo tuve tenso y caliente entre mis dedos, alcé la mirada y rogué:

—Fóllame otra vez.

—Quiero que veas tus fotos, a ver si por casualidad sientes lo mismo que he sentido yo y me dejas convertirte en mi musa.

King fue quien rompió el silencio después de seis horas de sexo desenfrenado. Yo estaba tan cansada que no podía ni abrir los ojos, y él, recostado a mi lado, acariciaba mi vientre con un dedo jugueteón.

Parecía que estuviese trazando palabras al azar.

No estaba en condiciones de descifrarlas.

Me reservé la pregunta sobre lo que él sintió al ver mis fotos, sospechando que podría

gustarme demasiado la respuesta.

Tuvo que ayudarme a levantarme para ir al salón, donde había dejado el sobre tamaño A3.

Por lo visto, esa había sido su intención al prestarme una de sus visitas sorpresa: enseñarme las imágenes, no pedirse el día libre para someterse a mi raptó de libido.

—No voy a forzarte a hacer nada. Ni quiero —advirtió con seriedad—, pero de corazón te digo que me gustaría que fueras la cara de la campaña. Sé que no podré encontrar a otra mujer como esta. —Sacó las impresiones y me las tendió.

Dicha mujer sonreía a la cámara. Las cosquillas le habían dejado un brillo en los ojos que la hacía preciosa. Nada que ver con la Kathleen Priest que yo veía en el espejo.

Swan y la editora habían realizado un trabajo espectacular, porque no me gustaron solo porque saliera guapa. Me gustaron porque mostraban aquella versión de mí misma que echaba de menos; a esa Kathleen que podía hacer felices a los demás, que era abierta y no tenía miedo de equivocarse, salir a coquetear, reírse en voz alta... Bailar.

Las fotos me parecieron tan personales que me inquietó la idea de que todo el mundo las viera.

Estuve un rato callada.

Quería protagonizar esa campaña para complacerlo como él me había complacido a mí, pero no podía arriesgarme. Era una mujer anónima porque había pasado mucho tiempo desde mi última aparición en público; porque escribía sin dar la cara, y porque me preocupé de que mi aspecto cambiara para no ser reconocida una vez abandoné Estados Unidos.

Incluso me mudé para que no me reconociesen por la calle, y lo había conseguido. El «me suena haberte visto en alguna otra parte» de Dristan fue el único amago de paso atrás que di en tres años, y se trató de una falsa alarma.

Salir en televisión y en carteles podría darme problemas.

Miré a la sonriente Kathleen de la fotografía y suspiré.

Me entristeció pensar que podría no volver a ser esa chica.

Aunque lo había sido en los segundos que duraron aquellas cosquillas a traición. Esa certeza inspiró un pensamiento: esa Kathleen solo existía cuando King Sawyer la miraba.

—Estoy empezando a pensar que te enfadas después de un orgasmo porque quieres otro.

Me habría reído si la revelación anterior no me hubiera robado el aliento.

¿Qué me asustaba tanto? King no parecía ser como él. King tenía en cuenta mis opiniones, mis deseos; se preocupaba por mí y aseguraba que pretendía cuidarme. No solo de amenazas externas, sino de mí misma. Incluso de su forma de ser, a veces autoritaria.

Pero que parte de mi ilusión estuviera en manos de otro nunca sería una buena noticia.

Ni siquiera en el caso de que fuera recíproco.

«La pareja es un complemento, Kathleen», recordé.

Jude me lo había repetido tanto que lo tenía grabado.

Sacudí la cabeza, ajena a que King me observaba.

Él también había sido como King. Todo un príncipe azul. Y no tardó en revelar su verdadera cara e imponer su voluntad.

Lo único que me consolaba era saber que yo ya no era ni sumisa, ni obediente. Esta vez, si un hombre me decepcionaba, no me quedaría a ver cómo lo hacía otra vez. Me largaría sin mirar atrás, aunque la idea de dejarlo marchar se sintiera como una puñalada.

—Muñeca, tienes una cara muy rara.

—Me gustan las fotos. De verdad, son muy bonitas —dije al fin con una pequeña sonrisa—. Pero no voy a trabajar para ti. Y, por favor, no insistas. No quiero ser una imagen pública.

Quiero y necesito permanecer en el más absoluto anonimato.

Él se mordió el labio, pensativo.

—¿No puedo convencerte de ninguna manera?

—No.

—¿Por qué *necesitas* ser una persona anónima?

Tragué saliva.

—Te lo contaré más adelante, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Pero... Kathleen. —Me cogió de la mano—. Si estás metida en algún problema... —empezó con tiento.

—No es nada de eso. Tranquilo.

King suspiró, resignado, y me soltó para que me pusiera en pie.

—No te haces una idea de lo frustrante que es tratar contigo —admitió, frotándose la nuca. Estaba despeinado, sudoroso y guapísimo, y lo estaba por mí y por mis manos—. No me he preocupado tanto por alguien en mi vida... o casi.

En lugar de tomármelo personal, me obligué a empatizar.

King era comprensivo conmigo, y lo cierto era que hasta yo me frustraba a mí misma.

—Siento ser tan neurótica.

—No lo he dicho para que te disculpes. Solo necesitaba que lo supieras. Y no hay que pedir perdón por ser de determinada manera, sino luchar para mejorarse.

Sonreí sin muchos ánimos.

—Quién me iba a decir que serías un pozo de sabiduría.

Él me sentó en su regazo.

—¿Crees que soy sabio?

—Estos últimos días has tenido unos momentos de reflexión muy interesantes.

—Será porque estudié Filosofía.

Alcé las cejas, sorprendida.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y cómo se pasa de la reflexión a King's Pleasure?

Se encogió de hombros.

—Todos los negocios siguen una filosofía. Si tienes una muy bien cimentada, no hay lugar para los problemas. Al menos, no los estructurales, porque percances surgen siempre. Estudié Economía aparte: una carrera por gusto, y otra por la salida profesional.

»Aun así, no creas que levanté un imperio de joyería de la nada. Compré una empresa en bancarota con una aportación de mi padrastro, y gracias a mi hermana puedo decir que tengo éxito. De no haber sido por la colaboración de mis familiares, dormiría en mi habitación de la infancia, acompañado solo de los pósteres de las Spice Girls.

Solté una carcajada.

—¿Tenías a las Spice Girls en tu pared? —pregunté con una sonrisita—. ¿Cuál era tu preferida? A ver si lo adivino... ¡Emma Bunton!

—Reconozco que me han ido siempre las rubias, pero en ese caso me moría por Victoria Beckham. Os dais un aire, por cierto. A lo mejor por eso estoy obsesionado contigo. O porque eres una guarra insaciable como yo —apostilló.

Sonreí con regocijo cuando me robó un beso en la sien.

—¿Y siempre te han ido las relaciones abiertas, o también ha habido excepciones?

Me costó ocultar mi decepción cuando respondió:

—Nunca he tenido una relación cerrada, pero no porque la monogamia me parezca obsoleta. Tengo treinta y cinco años, me considero joven, y creo que la juventud es para no cerrarse puertas.

—Eso lo dices porque no te has enamorado nunca. Puedes estar conforme con lo que tienes y no sentir la necesidad de ir a la calle a buscar carnaza.

Me miró como si supiera algo de lo que yo no tenía ni idea.

—No es cuestión de enamorarse o no enamorarse, muñeca. Un amigo mío vive una relación abierta con su esposa. La ama solo a ella, y, si ella se lo pidiera, se pasaría a la monogamia. Pero lo establecieron así y les va bien. Si les gusta otra persona, se lanzan, y luego vuelven a casa con el amor de su vida.

»No hay que despreciar formas de vida ajenas. No mientras sean sanas y no hagan daño. No somos nadie para juzgar a los demás. Ni bajo la excusa de no entenderlo o no compartirlo, ni bajo nada.

Me aludí con el rapapolvo final, pero no me enfadé. Es más, me gustó que reconociera mis defectos; que su pasión hacia mí no hubiera surgido del total desapego hacia mi lado oscuro. Así, si alguna vez llegaba a apreciarme, tendría la tranquilidad de que lo hacía sinceramente.

—Yo no puedo evitar sentirme celosa a veces —reconocí.

—Cada uno es como es. A mí me gusta cuando te pones tan territorial, si te digo la verdad. — Me besó el hombro desnudo y presionó un punto sensible de mi cuello con la punta de la lengua —. Nunca pensé que me sentiría atraído hacia algo así. Supongo que la vida siempre nos tiene reservada una sorpresa.

Aproveché que estaba sentada en sus muslos para cambiar la postura a horcajadas. Le eché los brazos al cuello, coqueta.

—¿Sorpresas como... —me contoneé contra su sexo— esta?

—Esa es mi sorpresa favorita —reconoció. Acto seguido me aplastó contra el sofá, y entre caricias nerviosas y carcajadas que la angustia por tocarnos nos entrecortó, nos servimos del cuerpo del otro... otra vez.

La promesa fue parar cuando nos hartáramos.

Como si eso fuera posible.

CAPÍTULO 23.

Prepárate conmigo

—Que sea la última vez que te crees que voy a recibirte en consulta solo porque me has escrito «voy a ir a verte» —me advirtió Jude con el móvil en la mano, donde destacaba la prueba del delito: mi último mensaje—. Tengo una vida y una agenda de pacientes, Kathleen Priest. Y no eres mejor que los demás.

«Eso no te lo crees ni tú», estuve a punto de decir. Pero Jude no perdonaba la soberbia, así que pasé a su despacho con una sonrisa beatífica.

—Solo será un momentito de nada.

—¡Más te vale, descarada! Tienes suerte de que esté libre —suspiró, ya a solas. Se sentó en el sillón con cuidado. Cruzó las piernas y me miró—. Así que has conocido a un hombre.

Abrí la boca para responder, pero me quedó en la mueca de asombro.

Jude lucía el pelo negro con un favorecedor corte bob escalonado. Desde que la conocía, había llevado unas gafas cuadradas que me recordaban a las de Gisele Bündchen en *El diablo viste de Prada*. Tenía alrededor de cincuenta años, y se conservaba como si tuviera quince menos.

—No pongas esa cara. Se pillá antes a una enamorada que a un cojo —añadió ante mi silencio.

—No creo que sea así el refrán. Y no he dicho que me haya enamorado —me apresuré a balbucear—. Sí es verdad que estoy con un hombre. El primero después de... del anterior.

—Después de Nolan. Puedes decir su nombre. No se te va a aparecer. Nolan. *No. Lan* —deletreó. Estudió mi reacción—. ¿Cómo te sienta oír su nombre?

—Me sorprende que lo recuerdes.

—No nos vayamos por los derroteros de «Jude me quiere, Jude no me quiere», haz el favor. —Bizqueó, y yo reprimí una risotada. Desde que finalizaron nuestros seis meses de terapia, la psicóloga se mostraba más familiar conmigo—. Nolan, pues. ¿Qué sientes?

—No he venido a hablar de... Nolan.

—¿Cuánto llevas sin decir su nombre en voz alta?

—Años. Pero no he venido a hablar de eso —repetí.

—Has venido porque te sientes insegura, te matan los celos irracionales y te cuesta abrirte con tu hombre. Y estás cagada del susto, también.

—No es mi hombre —repliqué con irritación—. ¿Por qué en tu placa pone «psicóloga» en lugar de «vidente»?

—Porque no leo el futuro. Leo caras y me conozco muy bien las consecuencias a largo plazo de un maltrato. ¿Cómo se llama tu hombre? —recalcó por el gusto de molestar—. ¿Cómo es?

—Se llama King.

—Yo conozco a un Prince. Vamos, hálame de él. Porque has venido a hablarme de él, ¿no?

—No exactamente, pero... ¿qué quieres que te diga? King es... arrogante y medio manipulador. Cansino de tan tenaz...

—Entonces lleváis tiempo juntos. Si hubierais empezado ayer, me habrías recitado sus virtudes.

—Y si hubiera estado enamorada.

—Ahí te equivocas, amiga mía. Esa lista de defectos viene a significar «dime que es de lo peor y que tengo que dar la vuelta, porque yo sola no me convenzo», o algo del palo de «¿ves como no estoy enamorada, Jude? ¿Ves? ¡¿VES?!».

La psicóloga se sirvió mi silencio en una copa y se lo bebió con una sonrisa suficiente.

Hacía mil años desde la última vez que me trató como a una paciente. Después de dejar la terapia, ella y yo nos habíamos visto para charlar. Era la única persona con la que me atrevía a hablar de estos asuntos, lo que quizá la hiciera mi amiga.

Algo muy poco profesional, pero, siendo sincera, eso Jude lo había sido siempre.

Al fin y al cabo, se casó con uno de sus clientes. «El peor de todos ellos», solía decir las pocas ocasiones que lo mencionaba.

—Aparte de venir a jurarme sobre todas las cosas que no estás enamorada de King, cuéntame a qué has venido.

—A por consejos. Quiero contárselo, Jude, pero no puedo. Y mientras no pueda, voy a parecerle una neurótica, porque no me entenderá. Y es que cuando intento explicarme...

—Te bloqueas porque tienes miedo. La pregunta es de qué. ¿De lo que sientes, de su reacción..., o de que vaya a hacerte lo mismo?

—Sabes que no se lo he contado a nadie más que a ti. Debe ser eso.

—Tu padre sí lo sabe.

Sacudí la cabeza.

—A él nunca le di detalles.

—A King tampoco tienes que darle detalles. Dale a la gente lo que le quieras dar, Kathleen: mucho, poco o una mierda. No les debes un carajo, igual que ellos no te deben un carajo a ti. Si crees que te va a sentar bien relatar la historia con pelos y señales, adelante. Si lo haces solo por complacerlo y quitarte la etiqueta de neurótica, ya no me parece buena idea. No puedes hacerlo por él. En todo caso, para mejorar la relación. ¿Tenéis confianza?

—En algunos aspectos.

—¿Y quieres tenerla en este? Entregarle tu dolor a alguien, la pena de tu vida, es un gran paso. Le estarías dando una parte de ti. Pero no me parece mal, si es lo que tú quieres. En algún momento tenía que pasar.

—Entonces... ¿Debería decírselo?

—¿Esperas que te dé el visto bueno? —Enarcó una ceja—. Eso solo lo sabes tú, Kathleen.

Al salir de consulta, me topé con Liberty y con su madre.

Por recomendación mía y por desesperación de su hija, la señora Walsh había empezado a ver a uno de los psicólogos de la clínica de Jude unos meses atrás.

Toparme con ella no fue del todo una grata sorpresa porque nos veíamos con frecuencia. Si no podíamos quedar, la llamaba para cerciorarme de que seguía progresando.

Besé en la mejilla a la madre y a la hija.

—¿A qué hora tenéis la cita?

—Va a entrar ahora a la consulta de Samuel —respondió Libby, señalando a su única familia con un gesto—. Yo voy a esperarla durante este rato.

—Entonces te viene bien tomarte un café conmigo. ¿Un té? —sugerí al ver que dudaba—. ¿Una cerveza? Te invito a lo que quieras, guapa.

Ante mi insistencia, a Libby no le quedó otro remedio que ceder. Me dedicó una sonrisa

vulnerable que sé que le costó la vida fingir, y se cogió del brazo que le ofrecí para salir cuando la señora Walsh desapareció en el despacho de Samuel Healy.

Pretendía preguntarle por la sonrisa dulce que el psicólogo le había dirigido al localizarla en la sala de espera, como si se conocieran de algo.

Me tuve que quedar con las ganas.

Al cruzar el umbral de la puerta de salida, una barahúnda armada con cámaras y blocs se abalanzó sobre nosotras.

—¡Señorita McGrath! ¿Podría responder unas preguntas?

—¡Señorita McGrath! ¿Es cierto que sale con el empresario King Sawyer?

—¿Es verdad que le ha quitado el puesto a la modelo Sheila Boyd en la campaña publicitaria, y que ahora son enemigas?

—¿Sigue en contacto con Nolan Sullivan?

—¿Por qué ya no publica libros? ¿Se ha retirado?

—¿Qué hacía en una clínica de psicoterapia, señorita?

—¿Es verdad que su padre, el famoso corresponsal de guerra Jacobus Priest, se acostó con Sheila Boyd...?

Eran tantas preguntas, y era tanta gente gritando al mismo tiempo; tantos flashes deslumbrándome, tantos ojos puestos en mí, esperando una confesión tras otra sobre mi vida privada... Fue tanto de pronto, sin anestesia que reaccioné aferrándome al brazo de Liberty con la esperanza de que me ayudara a sortear a la horda de periodistas.

Pero estaban taponando la salida.

Ni siquiera volando nos pondríamos a cubierto.

—κ, tranquila —me dijo Liberty. Estaba más pasmada que yo, pero no se dejó avasallar y se concentró en hacerme sentir bien frotándome la espalda—. Ven, vamos a salir por otro lado.

Libby me guio al interior del edificio, lo que obligó al gentío a retroceder. Dentro de la ansiedad que me había nublado el juicio, admiré a mi amiga por de guardar la calma y priorizar mi bienestar, no la curiosidad que debía de estar sintiendo.

El recepcionista nos indicó una puerta trasera que daba a un callejón poco transitado. Allí nos dirigimos, yo con el alma en vilo.

—¿Estás bien? —preguntó unos minutos después, cuando ya había acompasado la respiración—. ¿Pedimos un taxi? Creo que llevo dinero encima para pagarlo.

—No... No. Necesito caminar. Y en todo caso, debería irme sola por si se les ocurre... tirarse encima de mí otra vez.

Liberty no tenía por qué aguantar flashes, y yo no quería responder las preguntas que ella estaba en el derecho de hacer.

Me despedí y arranqué a andar sin rumbo, tan deprisa como me lo permitieron las piernas. Me puse la capucha del abrigo y no levanté la cabeza del suelo.

Hacía meses que los paparazzis me habían dejado en paz, todo por intervención de mi padre, que con solo mover un hilo tenía la ciudad a sus pies. Los medios escritos ya eran otra cosa. Seguían hablando de la escritora desaparecida y de Nolan. Eso no me afectaba tanto.

No entendía a qué venía el repentino interés, ni cómo era posible que lo supieran todo. Hasta lo de Sheila y Jaab.

¿Cómo se habían enterado? Mi padre no habría hablado, y Sheila no sabía que Kathleen Priest era Caitlin McGrath.

Pero ¿quién, si no?

Me paré en medio de la calle con la mirada perdida.

Había sido Sheila. Se habría enterado de alguna forma de que solía ser un personaje relativamente famoso en América y habría decidido vengarse.

Lo había hecho a lo grande al darme donde más me dolía: en mi intimidad. Y en mi inseguridad, al mentirme sobre King.

La impotencia se adueñó de mí. No me di cuenta de que lloraba hasta que me paré en el portal de un edificio del barrio de Smithfield y tuve que frotarme los ojos para confirmar que estaba en el número correcto.

Había ido varias veces. No me quedaba a dormir, aun así, porque me angustiaba poner un pie en el dormitorio mientras la alfombra siguiera allí.

Toqué hasta que la puerta se abrió sin preguntar quién era, supuse que porque me había visto a través de la cámara.

La estrategia era secarme las mejillas antes de que abriera la puerta, pero se presentó tan rápido que me pilló hipando.

King me abrazó sin decir nada.

—Los periodistas se me han echado encima. Hacía mucho tiempo que no pasaba, y que no... No sé cómo se han enterado de dónde estoy. No sé cómo ha pasado. Apenas salgo de casa. Nunca salgo de casa, en realidad. Trabajo en un sitio exclusivo, lleno de ricos que nunca miran a la cara a las camareras, y los que lo hacen no deberían haberme reconocido...

Él me estrechó más contra su cuerpo.

No debía tener ni idea de qué le estaba diciendo.

—Estás temblando —señaló con voz queda—. Anda, pasa.

Me cogió de la mano y me guio al cálido interior de su casa.

Siempre tenía la temperatura perfecta. Como él.

Cuando estuve sentada en el sofá, King se acuclilló ante mí para asegurarse de verme la cara en todo momento. Vestía un suéter gris con una frase estampada: «Ligo, luego existo; ¿No ligo? Luego insisto». Me habría reído si no hubiera tenido un nudo en la garganta.

—Cuando desaparecí del mapa como autora y como mujer, se armó un revuelo. Mi padre pudo calmar a las masas porque, además de ser un reputado reportero en Irlanda y en el Reino Unido con contactos en todas partes, ganó fama con el auge de internet: se viralizaron la leyenda de sus conquistas, sus fotos y sus entrevistas, y el público femenino se volvió tan loco con él como con Pedro Pascal, para que te hagas una idea. Quieras que no, esto te da poder para negociar lo que se publica sobre tu hija en determinados medios.

»Aun así, pasó un tiempo hasta que dejaron de perseguirme para averiguar detalles sobre mi nueva vida. Este ha sido el primer año que he podido salir sin que nadie me reconociera. En parte porque mi físico ha cambiado bastante.

—No sabía que los escritores levantaban tanta pasión.

—Es que no lo hacen. No los que únicamente —recalqué— son escritores.

King tardó unos segundos en asentir.

—Eres una figura pública.

—Salía con una figura pública. Mi expareja era una de las grandes fortunas de los Estados Unidos, aunque a su familia se la conocía más por sus personalidades que por su dinero, como a las Kardashian. Pero eso no es importa ahora. Lo que temo es que alguien ha contado que tú y yo nos hemos involucrado sentimentalmente. Creía que no pasaría. Solo nos acostamos, no salimos a la calle juntos ni me llevas a tus cenas de negocios. Pero ha pasado. Ha pasado, King, y no puede volver a pasar. No puede volver a pasar, ¿entiendes?

—Quieres tener tu intimidad, lo comprendo. Te gusta pasar desapercibida.

—No es que «me guste». Es que lo necesito. Es demasiada presión, me... me da ansiedad de pensar que saldré a la calle y me lloverán preguntas personales. Preguntas sobre él.

Me estremecí de solo pensarlo.

—¿Quién es él?

—Tengo que hablar con mi padre y encontrar la manera de que me ayude —murmuré—. Y necesito ver a Sheila. Ha tenido que ser ella. Solo ella sabía lo que ocurrió con Jaab, lo nuestro, y... —Al mencionar a mi padre, caí en que alguien más lo sabía: King—. Tú también estabas al tanto de todo —balbuceé, inmóvil—. ¿Lo has contado a la prensa?

Él frunció el ceño.

—Claro que no, Kathleen.

Apenas escuché su respuesta. Estaba asustada, preocupada y, sobre todo, sorprendida, porque creía tanto en su inocencia que, hasta ese instante, no había sopesado la posibilidad de que me hubiera traicionado.

—Kathleen, escúchame. No he sido yo.

—Lo sé —murmuré, contrariada—. Y tampoco ha podido ser Sheila. Me han asaltado en... en un sitio al que no sabe que voy de vez en cuando. —«Y tú tampoco». Me cubrí la cara con las manos, presa del pánico y la incertidumbre—. Dios mío... ¿Habrá sido Maddox?

King me puso las manos sobre las rodillas.

—No lo conozco demasiado, pero apuesto la vida a que no te haría algo así. No pienses en quién ha podido ser e intenta tranquilizarte. Cuando estés mejor, hablaremos y buscaremos soluciones, culpables o ambos. Lo que prefieras.

El agradable silencio de su vivienda de soltero aminoró la carga sobre mis hombros. King me acunó en un abrazo en el que podría haberme dormido si no hubiera sido tan consciente de su cercanía, que era agobiante a su manera.

Era imposible calmarse cuando su cuerpo comprimía el mío con su fuerza viril. Eso, en realidad, era lo único que necesitaba para no darle vueltas: a él.

Levanté la barbilla y esperé que leyera en mi rostro lo que podía hacer por mí. King sostuvo mi mirada para asegurarse de que no cambiaba de opinión; yo reafirmé mis intenciones apretándome contra él como una gata mimosa.

La mano de King trepó por mi espalda pulsando con sus yemas calientes mi cuerpo aún aterido. Siseé contra su boca, estremecida con el juego de temperaturas. El aire que expulsé con un suspiro chocó con los labios de King; los labios que me dieron el beso febril y hambriento que andaba necesitando.

Me cogió en brazos con una facilidad que me halagó y me llevó a la cama que me sonaba familiar, a la habitación de la que me marché una vez...

Cerré los ojos y me acurruqué en su hombro.

—¿Podemos ir al sofá? —murmuré.

Él se quedó callado un segundo.

—Hay algo aquí que te incomoda, ¿verdad? ¿O es solo el hecho de estar en un dormitorio que no es el tuyo?

—Es la alfombra —admití con un hilo de voz—. Él tenía una igual, y... una vez me... Estábamos discutiendo y me...

—Entiendo.

Lo abracé fuerte para agradecer su voz queda, que con muy poco juzgaba a quien tanto daño me había hecho; conmovida, también, porque no necesitara la explicación larga.

Regresamos al sofá, donde se sentó conmigo en brazos.

—¿Quieres hablar, o quieres inspiración para tu libro? —preguntó con la boca pegada a mi sien. Sus labios entreabiertos bordearon mi rostro, poniéndome la piel de gallina.

—El sexo no es lo que me inspira —murmuré, entregada a sus caricias—. No volví a escribir porque me acostara contigo. Lo retomé cuando y porque apareciste en mi vida.

King detuvo las caricias en mi cuello para mirarme. No pude comparar su expresión con ninguna que hubiera visto antes. Solo supe que daría cualquier cosa para verla de nuevo.

—Sabes que eso es lo más cercano a un «te quiero» que me has dicho nunca, ¿verdad? —Si sus brazos no me hubieran envuelto y su aliento no me hubiera puesto a delirar, habría huido de su insinuación. Él lo supo y aclaró—: Sea cual sea ese algo secreto y doloroso que está haciendo que me mires así, recuerda que yo no lo soy y no te lo voy a hacer.

—Eso no puedes saberlo ni siquiera tú.

—Claro que puedo. Joder, Kathleen. Si me dejaras, si me hablaras... Si te abrieras, te protegería hasta de ti misma.

—Quiero hacerlo, pero es difícil. Todo el mundo tiene sus secretos, ¿no?

—Yo no los tengo.

—Pero tú eres una persona y yo soy otra distinta.

—No. Ya no.

—¿Qué quieres decir? —me extrañé al verlo convencido.

—Seguimos siendo dos personas con nuestras ambiciones y nuestros caracteres, pero cuando estamos juntos, somos una.

—King... —empecé, temiendo el atajo que cogería.

—Estoy cansado de que recurras a la excusa de que solo es sexo para negar que tenemos mucho más. —Me escrutaba con una mirada entre esperanzada y nerviosa. Quería adelantarse a mi reacción—. Quiero ser la persona más importante de tu vida, muñeca. Siempre después de tú misma, claro.

—¿Por qué? —fue todo lo que se me ocurrió decir.

—¿No es evidente? —preguntó con un atisbo de sonrisa—. Estoy enamorado de ti. No sé desde hace cuánto; solo que me di cuenta cuando te acojonó que me hubiera cabreado con tu estampida el día del desayuno.

El corazón se me aceleró.

—Pero... —balbuceé, apartándome de su regazo—. Tú no puedes... ¿A qué viene esto? Estábamos... No puedes soltar eso y quedarte tan tranquilo. Tú... Yo te dije que solo quería sexo.

King se levantó para seguirme en mi apresurado camino a la puerta.

—Y yo te digo ahora qué es lo que quiero yo. —Me cogió de la muñeca—. Mira, sé que tienes miedo...

—¡No es miedo! ¡Es...! —busqué las palabras adecuadas y no salió nada. Notaba un pitido incómodo en los oídos—. ¡Es decepción! Te has saltado las condiciones de nuestro acuerdo. No puedes pretender que ahora yo te... Que tú me quieras no es suficiente para obligarme...

—Nadie te está obligando a nada —cortó con suavidad—. Te lo he dicho porque yo también tengo derecho a ser honesto.

—Sí, pero... —Me mordí el labio—. No me lo esperaba.

Él me sonrió con humildad.

—Yo tampoco. Pero no me digas que te sorprende que nos veamos en estas. Tú y yo siempre hemos sido más que sexo.

—Lo habrá sido para ti —mascullé, dándome la vuelta—, porque para mí...

—Para ti también, Kathleen —interrumpió, obligándome a mirarlo—. Me quieres. Lo he

visto. Sentiste alivio cuando dejé a Sheila y temblaste de expectación cuando te traje a casa la primera noche. Me has querido cuando te he dado espacio; me has querido follando en el sillón que fingías odiar, como ahora finges que lo que digo no es verdad. Puedes ocultarlo, pero yo tengo en mi cabeza todos los momentos en los que te has enamorado de mí. Y han sido muchos.

No quise dar por válida su palabra. Pero me estaba tocando, y yo no podía pensar con claridad.

—¿Vas a intentar convencerme de lo que yo siento? ¿En serio eres tan arrogante?

—Mi arrogancia no tiene nada que ver. No soy yo el que necesita creérselo; eres tú. Me quieres, y no voy a permitir que me dejes porque te impresiona que así sea. A mí también me impresiona. Y me consume. Me ha tocado enamorarme por primera vez de una mujer testaruda como ella sola... Pero estoy preparado para cualquier cosa, así que prepárate conmigo.

King me besó con urgencia desesperada. Pensé que querría apartarlo, aterrada por su alegato, pero claudiqué.

Sus palabras habían sido un bálsamo reparador sobre mis heridas abiertas. Parecía que todo lo malo que había dentro de mí se hubiera evaporado.

Me dejé hacer porque confiaba en él. Y aunque pude huir de la enormidad de su declaración mientras duraron los besos, las caricias y el movimiento de sus caderas, que me sumió en un delicioso delirio que me dolió no poder alargar hasta el infinito, supe que me tocaría asumir tarde o temprano que yo era problema.

Fue ese el pensamiento que lo echó todo a perder después de que King se quedara dormido a mi lado: yo era el problema. Yo tenía problemas. Yo tenía miedo. Y eso era lo que acabaría proyectando sobre él. Inseguridad. Angustia. Manía.

No podía aceptar sus sentimientos cuando existía el riesgo de contagiarle mi asquerosa enfermedad. Si convertía a King en un hombre triste, no me lo perdonaría jamás.

Solo Dios sabía por qué me había elegido a mí entre todas las mujeres del mundo. El poder de la atracción era innegable, pero no debía ser suficiente para conquistar un corazón. Me preocupaba que pudiera haberse enamorado de mi fragilidad, que hubiese romantizado mi desgracia, porque esperaba que algún día todo ese dolor desapareciera.

El dijo una vez que le gustaba lo que había debajo. Pero era ahí donde estaba: tan enterrado que tal vez nunca lograra salir.

Se acabaría cansando. De mis neurias, de mi tristeza.

Yo misma estaba cansada de mí.

Con un nudo en la garganta, aparté el cariñoso brazo que me rodeaba la cintura. Pensé en escribirle una nota, darle una explicación. Pero no encontré las palabras. No podía pedirle tiempo, porque a lo mejor el tiempo no lo curaba todo, y yo no estaba preparada para darle el amor que merecía.

Y si no estaba preparada, era mejor dejarlo donde estaba.

Así que me fui sin decir nada.

CAPÍTULO 24.

Caitlin McGrath

Llegué a casa con la sensación de pesar veinte kilos más. Nadie podría haber averiguado que acababa de volver de la habitación de un hombre que me había hecho sentir amada, pero era mejor así, porque de ese modo no me harían preguntas.

Esperaba que Gin fuera la única en casa para recibirme, pero me la encontré hablando con Jaab y con Libby.

Mi padre no daba muestras de hallarse maravillado por la escultural mestiza. Tampoco por Libs, claro, que era la niña de sus ojos.

—Kathleen, joder, por fin apareces —dijo él en cuanto me vio, preocupado—. Liberty me ha llamado por teléfono para contarme que te han asaltado los paparazzis. ¿Has visto para qué revista trabajan? Voy a hundirles. Puedes estar segura.

—No es necesario, estoy bien. Solo... intenta que se olviden de mí por otra temporada.

—Haré que los despidan, y eso como poco.

—Sabes que no conseguirás gran cosa. Hasta que no estén seguros de que estoy muerta no van a dejar de buscarme. Lo que me extraña es que sepan que estoy en Dublín.

—Alguien ha debido hacer una llamada —meditó él.

—Creo que sé quién ha sido —intervino Liberty—. Es algo rebuscado, y vas a soltarme que deje de pensar en él, pero...

El vértigo hizo que me marease.

—No me digas que ha sido Maddox, porque...

—No, no, no iba a decir Dox, sino Dristan. Al escuchar las preguntas que te hicieron... Recordé algo que me dijo no hace mucho tiempo.

—Es imposible. Dristan no sabía lo de mi padre y Sheila.

—Sí que lo sabía. Se lo conté —reconoció, abochornada—. Lo siento mucho. En su momento me pareció una anécdota... rocambolesca, y no pensé que fuera a causar problemas.

—Tampoco se la puede culpar —comentó Gin, mirando a Jaab de reojo—. Es lo que le contaría a mi amiga cuando acaba de romper con su novio y está triste. «Bueno, por lo menos no se ha acostado con tu padre».

—Pero yo no soy un padre al uso. Te lo demuestro cuando quieras.

—Sigues soñando, guapo. No tienes suficiente dinero para tentarme.

—Basta —corté, sacudiendo la cabeza—. Da igual, Libby. Como ha dicho Gin, es un puto chiste. Yo también se lo habría contado a alguien. Pero eso no solo lo sabía Dristan, lo sabían muchos más. Jaab, Sheila, Maddox, tú...

—Pero eso sobre el tal Nolan... —empezó Liberty. Mi padre enseguida se puso en tensión—. Dris me dijo que le sonabas, que te parecías a la novia de Nolan Sullivan. Yo no sabía quién era el tipo, pero mi ex tuvo contacto con él porque le vendió un apartamento en Portobello. Me lo repetía muy a menudo. Parecía que estuviera obsesionado contigo. Pero ¿por qué haría algo así? ¿Decirle a una revista dónde estás...?

—Por dinero —zanjó Gin en tono lúgubre.

—Dris ya está montado en el dólar.

Mi compañera enarcó una ceja.

—¿Y? Quien más tiene, más quiere. Pero, vamos, por esa regla de tres, ¿por qué te puso los cuernos? Pues porque es un pedazo de cabrón. No necesita ninguna otra razón para joder.

Liberty palideció, pero no pudo desmontar su teoría.

Nadie pudo.

Me llevé las manos a las sienes y las froté con las yemas de los dedos, esperando que remitiese la jaqueca.

—Necesito dormir. Mañana hablamos, ¿vale?

—Estamos hablando de Nolan —me recordó Jaab—. Es un asunto que conviene resolver cuanto antes.

—Da igual lo que hagamos, papá. Tarde o temprano, todo el mundo lo acabará sabiendo. Pero si me tengo que mudar de ciudad para que me dejen en paz, lo haré.

Me despedí del trío conspirador y me encerré en mi cuarto. Ni siquiera me quité la ropa. Solo me saqué los zapatos y me derrumbé sobre la cama.

En cuanto toqué la almohada, me quedé dormida.

Me habían derrotado los últimos acontecimientos.

Habría dormido durante siglos si una visita no me hubiera despertado abriendo la puerta con brusquedad.

Primero vi la frase estampada del suéter.

«Ligo, luego existo. ¿No ligo? Luego insisto».

Después vi su expresión furibunda.

Estaba todavía soñolienta como para saber cómo proceder. El reloj marcaba las dos de la madrugada. Tanto él como yo habíamos dormido un buen rato. Porque si algo tuve claro, fue que King se había calzado los zapatos en cuanto vio que yo me había marchado. Otra vez.

—Te he dicho muchas veces que dejes de invadir mi casa, y muchas otras que no entres sin llamar —atiné a decir mientras me frotaba los ojos.

—Ah, entonces lo tuyo es un problema de repetición. —Dio un portazo nada más entrar—. Si te hubiera dicho veinte veces que no te vayas de mi casa en cuanto me quedo dormido, ¿me habrías hecho algún puto caso?

—Creo —traté de mantener la calma. Me incorporé con torpeza— que eso no me lo has pedido ni una vez.

Respingué cuando King se abalanzó sobre mí para cogerme de los hombros.

—Me parece muy bien que te largues porque no te gusta el beicon, o porque tienes cosas que hacer. De hecho, me importa una mierda que te vayas, pero no cuando acabo de decirte que te quiero. ¿Cómo tengo que interpretar que hagas bomba de humo en un momento así? Han pasado meses desde las putas tostadas francesas. Pensé que habíamos avanzado, joder.

Su tono herido me hirió a mí.

—Entiendo... que estés cansado. Tarde o temprano te ibas a hartar de mí, y lo sabía. Tienes que olvidarte de mí, King, por eso me he ido. Así es como debes tomártelo.

Me soltó como si le hubiera dado la corriente.

—¿Qué significa eso? ¿Que te rindes?

—No me rindo. Solo acepto mi situación y las limitaciones que vienen con ella.

—«Acepto mi situación» —repitió, en shock—. ¿Pretendes seguir encerrada en tu habitación de por vida? ¿Salir huyendo cada vez que alguien te quiera? Porque no soy el único que va a

hacerlo, Kathleen. ¿Vas a mandarlos a todos a la mierda? ¿O solo yo voy a tener ese dudoso privilegio?

—Quiero avanzar, claro que quiero. Pero no puedo ir a tu ritmo, King —intenté explicarme—. No puedo ser la chica de tus sueños cuando aún me cuesta dormir a tu lado.

—¿Y no puedes ni siquiera intentarlo, joder?

—Creía que no te enfadabas nunca.

—No sirve ser suave contigo. No sirve ser pasivo. ¡No sirve nada! Cabrearme es lo que me queda para hacerte entrar en razón.

—¿Hacerme entrar en razón? Querrás decir convencerme de que tú tienes la razón. De que tu modo de ver las cosas es el único válido porque es ingenuo de tan optimista. —Me levanté de la cama para no sentirme amedrentada—. ¿Qué te creías? ¿Que bastaría con un polvo y una declaración de amor para que se me pasaran las penas? —Sacudí la perpleja, asombrada con su inocencia—. Te reconozco los esfuerzos, King, pero a veces parece que necesites adueñarte de la situación y que todo el mundo baile a tu son. ¿Tiene que cumplirse la voluntad del rey a toda costa?

—¡Sí, tiene que cumplirse, joder! —rugió, a un palmo de mi cara—. ¡Y no eres la más indicada para insinuar que actúo desde el egoísmo, porque «la voluntad del rey» es hacerte feliz!

Me refugié en el crudo silencio que se instaló entre los dos para no romper a llorar, pero acabé haciéndolo.

Intenté que no me viera dándome la vuelta.

—No te has largado porque sepas que vas a estar mejor sola —prosiguió, todavía en tensión—. Te has largado porque eres una cobarde. ¿Te ha asustado que te quiera? Pues bien, te voy a acojonar otra vez. Te quiero. Y otra. Te quiero. Todas las que hagan falta. Te quiero y quiero estar contigo, y quiero que te quieras y quieras estar contigo. Solo así podrás quererme a mí y estar a mi lado. Así que sí, me voy a adueñar de la situación y voy a mejorarla de tal manera que no querrás irte de mi casa o de mi vida nunca más. ¿Te enteras?

No sé por qué lo hice, pero asentí. Asentí muy despacio, sin saber qué significaba ese gesto; sin saber qué ocurriría luego.

—No soy una cobarde. —Lo miré a los ojos—. Es solo que no quiero ver cómo te vas porque ni tú tienes tanta paciencia para tolerar mis neuras.

King abarcó mi rostro con sus cálidas manos.

—Dame una oportunidad para demostrarte que soy más resistente de lo que parece. Si sabes que te voy a tratar como una reina —murmuró, rozando su nariz con la mía—. ¿No ves que lo llevo en el nombre?

Esbocé una sonrisa temblorosa que él me copió.

—No sé si puedo quererte como necesitas, King.

—No te lo he pedido; solo que no me niegues lo que ya está pasando. Voy a aceptar el amor que me des, ¿de acuerdo? Si me desespero, es porque me dueles, no porque me canses.

King me abrazó, no tanto porque yo lo necesitara como porque a él le hacía falta. Hubo tanta fragilidad en ese gesto que no dudé de sus palabras. No dudé que me adoraba.

—No vas a construir Roma en un día, King Sawyer.

—Pero puedo intentarlo. No me subestimes.

Se me escapó una sonrisa vulnerable.

—Supongo que, si alguien puede aspirar a lo imposible y conseguirlo, ese eres tú.

King soltó todo el aire, aliviado, y me dio un beso de puro agradecimiento.

Se suponía que acabábamos de cerrar un pacto que a él le permitiría dejar de tener miedo de

que me largara, y a mí, de que se hartara de mi actitud. Pero respondí a su contacto y le eché los brazos al cuello como si fuera a perderlo en cualquier momento, y él seguía tan fuera de sí que jadeó, angustiado por la intensidad de sus deseos, y me tendió sobre la cama para aplastarme con su cuerpo. Sin dejar de devorarnos con besos impacientes, King se encajó entre las piernas que abrí para él.

—No estoy para preliminares —gruñó contra mi boca—. Necesito estar dentro de ti ahora. ¿Dónde está el lubricante?

Asentí frenéticamente, sin aliento.

—En el segundo cajón de la cómoda.

King abandonó un beso en mi ombligo antes de ponerse en pie.

—Aquí no hay nada —bufó después de rebuscar.

—¿Seguro? —Su mano nerviosa dejó de revolver entre los cachivaches. Se quedó inmóvil con la cabeza gacha—. ¿King?

Él tardó en darse la vuelta. Cuando lo hizo, me fijé en que tenía unos papeles en la mano. La expresión amorosa de su rostro se había desvanecido, sustituida por la incredulidad.

Sospechando qué podría haber visto, entré en pánico.

Había metido la mano en todos los cajones.

Incluido el de mis secretos.

—¿Qué coño es esto? —preguntó con una voz desconocida. Sus ojos se desplazaban ávidamente por las líneas del texto—. Trastorno ansioso-depresivo. Fobia social. Agorafobia. ¿Quién es la doctora Murphy?

Bajó los folios grapados y me miró directamente.

No habría sabido decir qué había en sus ojos, pero me hizo daño.

No me sentí desnuda ni me asaltó el miedo. Sí algo parecido a la resignación. Ya no tenía escapatoria. Tendría que hablar.

Me descubrió comprender que no lo haría por presión. Lo iba a hacer porque, en el fondo, quería sacármelo de dentro.

—Dame un segundo, por favor, y te lo contaré —le pedí—. Antes necesito ordenar mis ideas.

«Mucho, poco o una mierda», me había dicho Jude. Podía contar cuanto quisiera, cuando quisiera y a quien yo quisiera.

Y todo porque le debía nada a nadie.

Inspiré hondo. King no se había movido desde que había abierto el cajón. No soltaba el informe. Y no bajaba la mirada, declarando así que esperaría toda la madrugada si hacía falta.

—No sé por dónde empezar, pero creo que sería bueno que supieras que lo que has leído no es actual. Es el diagnóstico que Jude me hizo hace ya un par de años. Me lo entregó porque yo se lo pedí cuando me dio el alta. La convencí de que tenerlo me ayudaría a no perder de vista mi progreso. Ya te digo que no se suele hacer, pero es una psicóloga un tanto... peculiar.

—¿Sigues yendo a terapia?

—Ocasionalmente. Para las revisiones de rigor.

King había contenido la respiración.

Yo jamás había estado más tensa. Tenía la impresión de que, si me movía, me partiría por la mitad.

—¿Qué necesitas que te pregunte para arrancar a hablar cómodamente? —inquirió él.

No me sorprendió que me pusiera facilidades. Lo que me sorprendió fue que encontrara la manera de ponérmelas.

—Pregúntame qué me pasó antes de volver a Dublín —le pedí en voz baja.

King se humedeció los labios.

—¿Qué te pasó antes de volver a Dublín, Kathleen?

Mi templanza se vino abajo conforme fui revisitando las secciones de mi mente que estaban prohibidas.

No tuve que sacarle el polvo a los recuerdos: en el fondo, nunca habían llegado al desván. Siempre habían estado al pie de la escalera, en un punto estratégico para hacerme tropezar.

Iba siendo hora de sacarlos; de tirarlos a la basura.

CAPÍTULO 25

La hora de la verdad

—Me fui a estudiar a Estados Unidos, becada gracias un programa de movilidad internacional.

Él asintió, comprendiendo que tendría que ir tirándome de la lengua.

Tomó asiento en la silla de mi escritorio y cruzó las piernas.

Iría para largo.

—¿Qué edad tenías? —preguntó en un tono más accesible.

—Diecinueve. Estaba en el segundo año de la carrera. Fui a Portland y me quedé en un piso compartido con unas chicas. Sugar y Riri. Fueron muy buenas amigas. Nunca... he hablado de esto con nadie, es la primera vez que lo menciono de forma tan... pormenorizada, así que ten paciencia, y...

—No me voy a ir a ningún sitio. Tómate todo el tiempo que necesites.

Esperé unos segundos para calmar el temblor de mis manos.

—La historia empieza como un cliché: con una mujer que se enamoró de quien no le convenía. —Me miré las palmas—. He intentado olvidar cómo lo conocí, cómo se torció todo, pero ha sido imposible. Hasta hace poco, pensaba que Nolan era el único hombre para mí. Nunca se había fijado en mí alguien tan inteligente, atractivo, rico... Famoso, incluso. Él podría haber estado con cualquiera, y, sin embargo, me eligió a mí. Vivía en una burbuja, incapaz de creer mi suerte. ¿Qué otra cosa iba a pensar, sino que debía estar agradecida? Era una niña todavía, y...

—No tienes que justificarte —replicó con suavidad—. Te enamoraste, como hacemos todos. Fin de la historia.

—No es el final de la historia. Es el principio. El engañoso principio. —Sonreí con amargura—. Nolan era perfecto; un reflejo de mis fantasías. Alto, robusto, ojos claros y pelo oscuro; un seductor con labia y la arrogancia justa para doblarme las rodillas.

Levanté la mirada y vi que King había entendido por qué lo había descrito: su semblante se había ensombrecido.

—Hay que joderse.

—Lo conocí el primer año en Portland. Caí rendida a sus pies, así que cuando mi beca tocó a su fin y me pidió que me quedara, me mudé con él. En parte porque me dijo que jamás tendría una relación a distancia, y me dio tanto miedo que me dejara que me resigné a seguir echando de menos a mi padre, a mis amigos. Ese fue el primero de los chantajes: «Si te vas, te dejo». «Si sales esta noche, no vuelvas». «Si me abandonas, me quito la vida». Entonces me parecía romántico. Prueba de ello son mis libros, en los que sale la historia de mi vida.

—¿Por eso te arrepientes de haberlos publicado?

Asentí con la cabeza.

En el fondo, me entristecía que así fuera.

—Las universidades americanas cuestan una fortuna, y ni mi padre podía pagarla, ni Nolan me dio un préstamo. No me quedó otro remedio que tomarme un año sabático.

—¿Por qué no te lo prestó? Está podrido de dinero.

—Le gustaba más la idea de que fuera ama de casa, de que ni estudiara, ni trabajara. Decía que era un hombre tradicional y que quería que su mujer lo fuese asimismo.

—Manda cojones.

—Yo acepté sin otro remedio. Y no fui infeliz. Las cosas no estaban saliendo como quería, pero tenía un grupo de amigas, tiempo libre; hablaba con mi padre y mis conocidos de Dublín. Y tenía a Nolan, lo más importante. Solo que no del todo. Era un hombre muy ocupado, y lo fue todavía más cuando saltó a la fama gracias a la red social que diseñó y que pronto destacó en el mercado.

Levanté la mirada y confirmé que King ya sabía de quién estaba hablando. Su nombre había dado la vuelta al mundo.

—Nolan Sullivan. El de Terra —murmuró él.

—Ajá. Aunque ya era conocido porque la familia Sullivan ha estado en platós, programas de telerrealidad y demás, hubo un cambio notable en la relación. Pasé a formar parte de la decoración de la casa. Y él se pasaba el día fuera entre trabajo, cenas y fiestas a las que yo no quería ir por mi introversión, porque prefería ser anónima..., aunque alguna que otra vez me obligó a acompañarle.

»Cuando Nolan no estaba, me sentía sola e inútil. Quise ponerle remedio trabajando en algún bar o cafetería, pero él decía que la novia de una figura pública no podía caer tan bajo. Tenía que dedicarse a estar guapa. Y me esforzaba por cumplir sus expectativas, ¿eh? Si me hubieras visto, siempre con las mejores joyas, los vestidos más caros, los zapatos más bonitos... Me consentía con regalos, pero cada vez pasaba menos tiempo conmigo. Fue en esos días cuando me afané en escribir para no pensar que era un estorbo. Me sumergí en un mundo que era una copia embellecida del mío.

—De todo lo malo sale algo bueno.

Sonreí con amargura.

—Él no se lo tomó tan bien, pero ya llegaremos a eso. Nolan se cuidaba de recordarme que debía estar agradecida por todo lo que me daba. «Cualquier mujer querría estar en tu lugar» era una de sus frases favoritas cuando discutíamos. Intenté que entendiera que no necesitaba la parafernalia de joyas y ropa cara para saber que me quería. Prefería que me dedicara un poco de tiempo, o que pasara más que las noches en casa. Se lo tomó como un desprecio y me dijo que me vestiría como él quisiera, porque era suya y vivía bajo su techo. Después de eso, le solté que me volvía a Dublín..., pero con la esperanza de que se disculpara; no era una amenaza real. Como se arrodilló, me permití creer que a partir de ahí cambiaría.

—Pero no lo hizo.

Sacudí la cabeza.

—Estuvo más pendiente de mí a partir de entonces, tal vez por miedo a perderme. Mucho más pendiente. Al principio me gustaba, pero luego empezó a volverse posesivo. Quería estar todo el rato conmigo, y cuando no estaba conmigo, necesitaba saber dónde andaba yo y con quién. Una de mis amigas, Sugar, me dijo que era un controlador y que debía tener cuidado. Lo soltó cuando estaba al teléfono con él; Nolan lo escuchó y me prohibió volver a quedar con ella.

»Para asegurarse de que no lo hacía, borró de mi agenda no solo su número, sino el del resto de los del grupo, y me hizo sentir culpable cada vez que admití echarlos de menos. Se victimizó diciendo que él no era suficiente para mí, que anteponía a todo el mundo. Quise que entendiera que ellos también formaban parte de mi vida, pero Nolan no entró en razón y yo me sentí una auténtica villana. Una novia horrible. Una persona egoísta e insensible. Declaró que quería que mi vida girase en torno a él, y, como siempre, aunque esta vez tuve mis serias dudas, me pareció

romántico.

—¿Dónde estaba tu padre? —preguntó King, perplejo—. No pudo resultarle tan fácil alejarte de él.

—Jaab y yo siempre hemos tenido una dinámica familiar muy peculiar. Él estaba cubriendo noticias bélicas a lo largo y ancho del mundo, ajeno a esta situación porque... decidí dejar de llamarlo. Nolan decía que era un cabrón que jugaba con las mujeres y que, si me quisiera, habría cambiado su trabajo. Yo nunca terminé de creérmelo, pero me hacía daño pensarlo y, en el fondo, no quería que Jaab supiera lo que estaba pasando. Estaba segura de que me sacaría de Portland al toque.

—¿Nadie más intentó ayudarte? —insistió King—. Alguien tuvo que ver lo que ocurría. Alguien tuvo que preocuparse.

—Sugar y Riri se lo olían, pero no les dio tiempo a asimilar la gravedad del problema porque Nolan no me dejaba verlas. Me incomunicó y me quedé sola. La única vez que traté de quedar con Sug a escondidas, él me pilló. Me dijo que estaba hecha una furcia y... —tragué saliva— forcejeamos hasta que me golpeó sin querer. Después de eso, me resigné a estar sola. No tenía dinero para irme, no tenía amigos. Éramos yo y mis libros contra el mundo.

—Kathleen... —musitó King.

—Pero mis libros no eran Nolan —continué para no leer la compasión en su rostro—, a quien había empezado a querer y necesitar de una manera enfermiza. Creí haberlo espantado con mi egoísmo, y vi justificado que ya no me quisiera. Cada noche que pasaba lejos de mí era una tortura. Me consumía no saber a dónde iba y con quién estaba, porque cada vez eran más los días que no venía a dormir. Lloraba hasta que me dolía tanto la cabeza que acababa haciéndolo porque la jaqueca era insoportable.

»No confiaba ni en él ni en mi atractivo para atraerlo de nuevo. Eso se reflejó en mi aspecto. Llegó a preguntarme cómo era posible que hubiera envejecido tanto en cinco años. Decía que estaba fea, anoréxica perdida, y que le aburría. Pero yo intentaba arreglarme cuando venía. Me vestía y maquillaba a conciencia, pero nunca era suficiente.

»Hubo tantos episodios de celos por mi parte... En cuanto llegaba de sus juergas, me ponía hecha una energúmena. Él se reía de mis interrogatorios y de mis forcejeos y me decía que me había vuelto loca. Luego se ponía cariñoso, y yo me sentía tan confusa... Me inducía a pensar que todo estaba en mi cabeza. Me acostaba con Nolan deshaciéndome en agradecimientos porque aún le pareciera atractiva. Incluso sin libido, incluso sin quererlo, incluso llorando, incluso odiándolo; las veces que me negué, se largaba con un portazo. «No sirves ni para apañarme un polvo» —citó con la voz vacía.

—Hijo de puta —masculló King entre dientes.

Los ojos me ardían, pero no dejé ganar a la impotencia.

Habían pasado años desde que puse al mundo por testigo de que no volvería a llorar por ese hombre.

Pensaba cumplirlo. Aunque fuera por orgullo.

—Yo sabía que me estaba engañando, pero, como no tenía pruebas, lo dejé correr y me refugié en los libros. Era lo único realmente mío, lo único que no le pertenecía, lo único que no había conseguido romper. Había destrozado mi amor propio, mi idea del amor, mis sueños y esperanzas, mi pasión por las cosas, mi instinto de supervivencia, mi deseo de luchar. Me había arrebatado a mis amigas y a mi padre. Pero no pudo con mi imaginación, a la que yo iba alimentando para no pensar.

»Tras publicar bajo seudónimo y ganar cierta fama, dejé de sentirme inservible y gané

confianza. Los mensajes de la gente encantada con lo que hacía fueron tan gratificantes que por un tiempo viví por y para esos comentarios. Quise complacer a mi público con firmas y entrevistas. Craso error. Ahí fue cuando Nolan se dio cuenta de que llevaba una vida paralela. Quizá fuera a través de los libros; quizá amara a personajes ficticios, pero también sintió celos de ellos. Lo pillé borrando las páginas del último libro de la trilogía. El que las lectoras me piden, el que cierra la historia de Tyler Fox. Estaba escrito, pero él lo hizo desaparecer.

—No puede ser.

—Me vio llorar de pura frustración buscando la manera de recuperar el documento. No me enorgullezco de mis libros —expliqué—, pero me salvaron la vida dos veces: la primera, cuando empecé a escribirlos, porque me dieron una felicidad arrebatada, y cuando él borró el último, porque al reparar en que disfrutaba de mi sufrimiento, comprendí que no lo quería. Pero seguía a su merced. Mi padre estaba en uno de sus viajes, incomunicado, y no podía volver con mi madre, con la que no me hablaba desde hacía años por la pelea que tuvimos por elegir a Jaab por encima de ella. Me había acorralado.

—¿No tenías ahorros?

—Nolan descubrió la cuenta bancaria secreta a la que iban a parar los ingresos de mis libros y la vació. Los del banco me dijeron que había sido un error de seguridad, un hacker, pero yo estaba segura de que él era la mano negra.

—Pero volviste —señaló King a la desesperada. Necesitaba el final feliz. Necesitaba que mi vida con Nolan Sullivan tocara a su fin—. Tuviste que conseguir dinero de alguna manera.

—Lo hice, pero antes tomé la decisión de abandonarlo. Fue después de encontrar las pruebas de sus infidelidades. Nunca olvidaré esa discusión. —Fijé la vista en mis manos—. Nolan me había zarandeado, empujado e insultado muchas veces. Le encantaba acusarme de puta por vivir bajo su techo a cambio de polvos. Una vez, fue tan brusco intentando separarme de él que me di un golpe en la cabeza con un estante y tuvimos que ir a urgencias. Lo del peine, lo de la pared, lo del baño... Yo lo excusaba porque parecía arrepentido. Pero esa vez... Le eché en cara lo que había hecho a mis espaldas. Él contraatacó, de nuevo recurriendo al victimismo y al chantaje. Me dijo que me odiaba, y yo sentí un alivio inexplicable. Me permitió soltar lo que llevaba años queriendo decir: «Pues deja que me vaya». Él me contestó —tragué saliva— que solo saldría por esa puerta cuando estuviera muerta.

—Kathleen... Por favor —rogó King, sin voz. Tenía los ojos vidriosos—. No hace falta que me digas nada más. No hace...

—Querías saberlo todo, ¿no? —lo interrumpí—. Pues ahí va: estaba muerta de miedo. Sentía que, si pasaba una noche más bajo su techo, me mataría con sus propias manos. Pero no permití que eso me detuviera e intenté marcharme. Él me pilló y trató de impedirlo a toda costa. No le sirvieron ni los insultos, ni las palabras cariñosas, ni una mezcla de ambas. Tiró de la artillería pesada: me agarró de las muñecas y me inmovilizó contra el suelo, contra esa alfombra de mierda de la que estaba tan orgulloso porque era del siglo diecinueve, o qué sé yo. Me... Me empezó a desgarrar la ropa, a tocarme por todas partes. Me escuchaba llorar y no le importaba. Tapó mis gritos con la mano y presionó tanto que no podía respirar.

Cerré los ojos para contener las lágrimas de rabia, pero eso hizo que la escena que estaba narrando apareciera ante mí con total nitidez y volví a abrirlos enseguida.

King me estaba mirando como no me había mirado nunca, y no había ni rastro de lástima o humillación. Quizá había odio y rabia, porque apretaba la mandíbula y en sus ojos brillaban las lágrimas que no iba a derramar, pero me miraba... Me miraba con amor. Como si yo estuviera por encima de todo lo que estaba contando.

—Me inmovilizó contra la misma alfombra que tienes tú. Cuando desperté en tu habitación y la vi, no sé qué me pasó. Supongo que la relacioné con él, y... No pensé.

—La he tirado esta noche —anunció—. Viniendo para acá, de hecho.

Le sonreí en señal de agradecimiento.

—Te dije que no me hicieron lo que le pasó a tu madre, pero es porque pude pararlo a tiempo. —Hice una pausa para tomar aire—. La penetración, quiero decir.

Rompí a llorar, pero porque no podía creer que de verdad lo hubiera soltado de una vez.

No me podía creer que King siguiera ahí, que se sentara a mi lado y me besara la cara húmeda, los nudillos crispados.

—Tu vida no ha empezado con ese hijo de puta, y desde luego que no ha acabado en él. Porque estás aquí, conmigo, y de una pieza. Y eres exitosa, y eres sabia, y eres sexy como el infierno, y eres más fuerte que nadie que haya conocido.

Sus palabras me conmovieron.

Lo abracé y me acurruqué en su cuello, una zona que concentraba el calor que necesitaba.

—Algo así me dijo Sugar cuando fui a pedirle dinero para volver a Dublín. Me lo dio sin hacer preguntas. Contacté a mi padre en cuanto pisé territorio irlandés. Lloramos los dos como un par de niños; llevábamos años sin vernos. Él quiso saber lo que había pasado, pero no me abrí. Fui un fantasma durante el año que viví con él. Luego entendí que estaba siendo egoísta reteniéndolo allí cuando siempre ha estado en su composición lo de conocer mundo con su trabajo nómada. Fingí que estaba bien para irme a vivir sola, me puse en contacto con la doctora Murphy, y unos meses después probé a trabajar. Cambié de nombre, me dejé el pelo largo, me teñí de morena, cogí diez kilos y desaparecí de la faz de la Tierra.

King no consiguió disimular el horror.

—¿Que cogiste diez kilos?

—Llegué a pesar cuarenta.

—Por el amor de Dios. —Me estrechó contra su cuerpo—. Ese tipo tiene suerte de vivir al otro lado del charco, o te juro que le borraría la cara a hostias.

Su vehemencia me sacó una carcajada triste.

—En cuanto a lo del nombre —continué—, porque creo que mereces saber quién soy... Siempre llevé el apellido de mi madre porque viví con ella toda mi infancia. Me llamo Caitlin McGrath, pero preferiría que no me llamaras así. Nunca. Me dan escalofríos cuando escucho esas dos palabras.

King asintió y se atrevió a esbozar una minúscula sonrisa.

—Te teñiste de morena —repitió—. ¿Eres rubia natural?

—Como mi padre.

—Entonces es cierto y nunca fallo; me van las rubias al cien por cien —comentó con el objetivo de suavizar el ambiente. Y lo consiguió, porque me relajé entre sus brazos—. Gracias por decirme la verdad, Kathleen. Ahora entiendo muchas cosas.

—¿Como qué?

—Como que me odiaras nada más verme. Parece que soy un calco del cabrón —se lamentó.

—No —lo apacigué acariciándole el pelo—. Tú eres lo que Nolan solo fingía ser cuando me enamoré de él.

—Esta es la segunda vez que dices algo parecido a un «te quiero» —señaló King, tratando de mantener la sonrisa. Antes de que me encogiera sobre mí misma, prosiguió—: También entiendo que te enfadaras tanto con Sheila cuando descubriste que se acostó con Jacobus estando comprometido, o que te irritara que flirtease contigo estando con otra; que reacciones así cuando

alguien te toca sin tu consentimiento. Que llevaras tanto tiempo sin acostarte con alguien. Que seas esquivia. Que no quisieras ser mi modelo. Joder... —farfulló—. La he cagado mil veces y no me he dado ni cuenta.

—No eras adivino.

—Lo siento, aun así.

—¿Por qué?

—Por presionarte a soltarlo todo. Por llamarte frígida, por no haber sospechado que tendrías motivos para ser el *burón*.

El apodo me arrancó una carcajada llena de nostalgia.

—Eso del *burón* me hacía gracia, la verdad.

—Pero no planeas seguir siéndolo, ¿no? Eso del cabrón se ha acabado..., ¿verdad?

—No me está buscando ni quiere nada de mí, si es lo que preguntas. Sabe dónde estoy, eso sí. En cuanto desaparecí, se encargó de hacerme llegar un mensaje. Especificaba que, si se me ocurría contar algo, me hundiría la vida. Por lo demás, prefiere que me pudra. Según las noticias, ahora está casado. No lo sé porque lo buscara a él; la busqué a ella porque me da miedo que le haga algo parecido. No tiene pinta, pero, de todos modos, y como dice Jude, no es asunto mío.

Su expresión se suavizó.

—Háblame de la doctora Murphy.

—Cuando llegué a consulta, me sentía como tú me contaste acerca de tu madre. Si me quedaba a solas con un hombre, empezaba a sudar, a temblar, y me daban ganas de vomitar. A veces lo hacía. Vomitar, me refiero. Esa es la androfobia: miedo a los hombres. Al principio estaba muy acentuada, y vino a raíz de cómo me sentí tras la última noche con Nolan, pero con los años pude tolerarlos siempre y cuando no me tocaran.

—¿Cómo pasaste de eso a trabajar en un club nocturno?

—Empecé de reponedora.

—¿Tú, reponedora? Si podría llevarte el viento, criatura.

No podría haberme ofendido. Lo dijo con una ternura que me hizo sonreír.

—No duré mucho, no. Luego me pusieron a limpiar el local, cuando no había nadie. Más adelante, casi dos años después, empecé a atender la barra. Maddox me salvó la vida. Cuando me abrazó por la espalda y vio que casi me daba un ataque de ansiedad, se esforzó por facilitarme las cosas. Hizo de ángel de la guarda manteniendo las distancias... hasta que me habitué a él. Ahora soy yo la que lo abraza. De no haber sido por Dox, tú y yo no nos habríamos acostado, que lo sepas.

King lanzó una mirada de agradecimiento al techo.

—Dios bendiga al muchacho O'Neil.

Sí, que Dios bendijera a mi muchacho O'Neil.

No me di cuenta de lo mucho que lo echaba de menos hasta que lo mencioné.

—La madre de Liberty tiene depresión; como yo cuando conocí a su hija. Libby reconoció en mí los síntomas y siempre me trató con muchísimo cariño y paciencia. Yo no era muy sociable cuando entré en sus vidas, ¿sabes? A duras penas podía mantener una conversación. Libs se ganó mi confianza relativamente rápido porque es un encanto de persona. Fue la que me animó a intentar escribir el libro que Nolan eliminó.

—Y mírate ahora, encaminada hacia el punto y final de la novela —señaló, orgulloso.

—Debo darte las gracias por la parte que te toca, que es que me devolviste la inspiración. Y no solo eso; eres... eres algo que todavía no me entra en la cabeza. Eres un buen hombre; una persona sensacional. Pero... —Era el momento de la verdad. Inspiré hondo y lo miré a los ojos—.

Yo no estoy preparada para quererte, ¿entiendes? ¿Entiendes que no es tu problema, sino el mío? Porque necesito que lo entiendas y que, al menos por ahora, no me busques. Te pedí solo sexo porque no estoy curada. Aún está reciente. Está en mi mente, está en mi cuerpo. A lo mejor ya no lo quiero y ya no lo recuerdo, pero sí el miedo que tengo a que me hagan daño.

—¿Me quieres? —preguntó de pronto—. Solo responde, Kathleen. ¿Me quieres? No importa si no puedes demostrarlo por ahora. Me contenta con saber cuál es la contestación. Porque puedo quererte por los dos hasta que estés lista. Lo que tú tienes que entender es que lo último que voy a hacer ahora es dejarte.

No supe si ponerme a llorar de frustración o de alegría.

¿Quería que se quedara conmigo? Sí, demonios; claro que sí. Quería que estuviera conmigo, me hiciera reír y me ayudara a borrar el rastro de heridas que me habían dejado.

Pero no quería obsesionarme.

La cabeza me dolía cada vez más.

—No me siento bien. —Y no mentía—. Solo... Mañana te llamaré y hablaremos de esto, o llámame tú, pero... Déjame sola ahora. Necesito tranquilizarme.

—No es el momento de que estés sola.

—King, por favor —supliqué—. No puedo pensar en si te quiero o no ahora mismo.

Él me tomó por la barbilla, me sostuvo la mirada y ahí me ancló: a ese azul brillante que iluminaba mis días.

—Crees que han podido contigo, pero no es verdad. Ten presente esto: no podría romperte ni aunque quisiera. Nadie podrá hacerlo, porque estás hecha de otra materia. Eres dura. Admito que no sé qué hacer contigo la mayor parte del tiempo, pero no voy a renunciar a ti. —Se levantó. Eché de menos el roce de sus dedos en mi barbilla—. Me largo porque me lo pides. Solo por eso, ¿de acuerdo?

»Y no me voy a cansar de repetirte que te quiero —añadió antes de marcharse—. Te quiero y lo voy a usar como lanza y como escudo contra todo lo que quiera hacerte daño.

CAPÍTULO 26.
Una señal

King decidió que era un buen momento para darme espacio, aunque lo hizo a su manera. Con esto quiero decir que no desapareció de mi vida sin más, sino que pasamos unas semanas mandándonos mensajes como un par de adolescentes. Mensajes que a veces se convertían en guerras de quién ponía más corazones.

—¿Te dormido sobre el teclado? —me preguntó Gin una tarde, cuando echó un vistazo a la pantalla de mi móvil y vio que había una fila de equis.

—Ya me gustaría. Daría una explicación madura al delirio que estoy viviendo.

King

Te echo de menos, muñeca. x

Kathleen

Echas de menos las tostadas francesas.

Me gustó pensar que sonrió al leer mi respuesta.

King

Y tú echas de menos la salchicha.

Seguro que él supo que me había leído.

Kathleen

No sé por qué me sigue sorprendiendo tu lado prosaico.

King

No sé por qué me sigue sorprendiendo ponerme cachondo con tus mensajes plagados de ejemplos de vocabulario culto.

King

Pero te has leído. x

Kathleen

A este paso vas a formar un ejército de equis. ¿Pretendes convencerme de jugar al tres en raya?

King

En todo caso, de hacernos una porno. Por si no lo sabías, significan besos. Los estoy acumulando para dártelos todos cuando me llames. Llevo veintisiete. Con este, veintiocho. x

Kathleen

Cuando llegues a cien, te regalaré una sartén o una tele. Serán acumulativos, como con los puntos del carnet.

King

Regálame mejor una noche.

Kathleen

Bonita frase. La usaré como título de un libro.

King

Espero que esa tenga un protagonista atractivo, no como el último que pretendes sacar.

Kathleen

¿Sabes que meterte con los personajes de un escritor es una afrenta personal? Los considera sus hijos.

King

No sé cómo tomarme que ahora me veas como tu heredero. ¿Significa que cuando mueras podré quedarme tus bragas? ¿Tu camisón beis? ¿Practicaremos el incesto? ;)

Solté una carcajada y negué con la cabeza.

Kathleen

Buenas noches, King.

King

No para mí, *Queen*.

Kathleen

Eso ha sido un cliché.
Incluso para ti.

King

¿Un cliché? Siento entonces que haya hombres que se sienten como yo.

King

Duerme bien, muñeca. Te quiero.

Era absurdo lo que me obsesionaban esas dos palabras. Si no las leía todas las noches, no pegaba ojo. Y eso era egoísta, porque cada vez que yo tecleaba una respuesta cariñosa, me asaltaban las dudas y tenía que borrarla.

—Parece que te hayan pegado el móvil a la mano —se reía Gin cuando me veía escribiendo de nuevo.

Nos habíamos hecho todo lo amigas que podían serlo dos personas no muy por la labor de conocerse. Sin comerlo ni beberlo, nuestra recena de medianoche se había convertido en un ritual inalterable. Gracias a mi recomendación, ella había entrado a trabajar en La Tramposa de lunes a sábado, y yo, además de cubrir mis turnos, trabajaba en mi libro, al que cada vez le quedaba menos.

Se la presenté formalmente a Liberty.

Como no pudo ser de otro modo, se cayeron de maravilla.

Fue interesante pasar tiempo de chicas, sobre todo porque pude conocer a Gin hasta el punto de que decidiera celebrar su cumpleaños con nosotras: conmigo y con Liberty.

—Cumples veinticinco años, una edad donde la gente sale a las discotecas, ¿y lo quieres celebrar en casa? —me extrañé, sentándome en el sillón de masajes con verdadera solemnidad. Aquella zona se había convertido en mi refugio—. ¿Sin vino, encima?

—Un vino en condiciones no sale por menos de cincuenta euros, y yo no bebo vino en condiciones, sino vino de catador. Y no tengo dinero para alquilar un Gucci y así vestirme como Dios manda.

—No lo intentes —se lamentó Libby, hecha un ovillo en el sofá—. Hace un rato he intentado convencerla de alquilar una peli en Disney+, y dice que ella no paga cinco euros ni para ir al cine.

—Hay películas de sobra en la tele, y encima con anuncios para comentarla mientras.

—Debes ser la única persona en el mundo a la que le gustan los anuncios —me reí sin dejar

de girar mi copa de cristal.

Yo sí estaba bebiendo vino. Un vino malísimo.

Mi apartamento se había convertido en la casa de las ratas tacañas.

—Me encantan. Sobre todo los de perfume, en los que sale David Gandy en pelotas. Por cierto, y ya que he mencionado a un tío bueno... Creo que he conocido al famoso Maddox del que me habéis hablado mil veces. Vino el otro día al club. Un tipo rubito, no excesivamente alto y con pinta de músico *indie*.

—No era él. Está de viaje. Se ha pagado un interraíl con sus ahorros. Hoy es día siete, así que estará en Praga, o en Roma, vete a saber. Todas las noches hacemos Skype y me cuenta lo que ha hecho. Más que nada porque se ha ido con mi padre.

Gin se mostró interesada.

—Conque un interraíl. ¿Tiene pasta?

—Está pelado, por desgracia. Pero es muy guapo. Si tanto interés tienes en conocerlo, puedo llamarlo ahora.

—Qué bien que se haya animado a irse —murmuró Libby, lejana—. Siempre le ha hecho mucha ilusión viajar. Íbamos a hacerlo juntos este verano, pero... ¿Has dicho que está con tu padre?

Me costó convencer a Jaab de que no podía quedarse en la ciudad resolviendo mis problemas con la prensa. Tuve que echar mano de chantajes para que se fuera con Maddox, y lo hizo tan a regañadientes que parecía que lo estuviera enviando al patíbulo y no a recorrerse Europa.

—Solo una parte del recorrido. Cuando lleguen a Polonia, Maddox se vuelve y Jaab coge un vuelo a la India.

—La India, ¿eh? ¿Ha conocido a alguna budista con la que planee sentar la cabeza? —se mofó Gin.

No le hice caso porque Libs me preocupaba más.

Poco le faltó para meter la cabeza en las palomitas.

Gin me animó a hacer esa llamada. Decía que era porque quería conocer a Dox, pero en realidad lo hizo para que Libby pudiera enterarse de primera mano de qué estaba haciendo.

Me pareció bien...

... hasta que descubrimos que estaba acompañado.

—No es por nada, pero las irlandesas, comparadas con el resto de las europeas, salen perdiendo —comentó, sonriente. Parecía encantado de la vida—. Tu padre se ha encaprichado de la guía de hoy, Kathleen. He intentado detenerle, pero no ha habido manera. Tampoco se le puede culpar. Las italianas son la cosa más bonita que he visto. Con decirte que voy a ver a la que alquila las motos en un rato...

Le eché un vistazo a Liberty. No se había movido del sofá, para que él no la viera y para no verlo ella a él. Aunque no había separado los ojos de la pantalla, donde el Espartaco de Kirk Douglas pronunciaba sus palabras finales, tenía los ojos llorosos y la mandíbula apretada.

Y dudaba que fuera por la película.

—¿Dónde está mi padre ahora mismo?

—Hojeando el libreto de números nacionales para llamar a la agencia y preguntar por la chavala de la guía. En serio... —Sacudió la cabeza, risueño—. Ese tío está colgado. Y mira que se ha pillado el viaje a la India para meditar sobre sus amoríos.

—Me imagino dónde va a acabar esa meditación.

—En la cama del dalái lama en femenino —apostilló Gin.

—¿Tú por qué te has ido para allá? ¿Para meditar sobre tus amoríos, o para potenciarlos?

Maddox sonrió de esa manera juguetona que me ilusionaba ver.

—Pretendo romper un récord antes de volver el martes que viene. Deséame suerte, nena.

—¡Suerte! —exclamó Gin—. De parte de Liberty también.

El comentario no había sido premeditado, pero me alegré de que lo hubiese hecho aunque la sonrisa de Maddox hubiera decaído de golpe.

—¿Está ahí? —preguntó, escueto.

—Sí. ¿Quieres verla?

Hubo una pausa en la que me sentí en el ojo del huracán.

Maddox entrecerró los ojos con aire conspiranoico, y Libby giró la cabeza de golpe para mirarme horrorizada...

Y esperanzada.

Él colgó la llamada sin decir nada más.

No quise comprobar la reacción de Liberty.

—Voy a hacer más palomitas —murmuró.

Desapareció como una ultratumba en la cocina bajo la atenta mirada de Gin, que luego se centró en mí.

—¿Siguen sin hablarse? —Asentí tristemente—. Joder, pues menudo niño está hecho el gran Maddox. ¿Y tú sigues sin ver al rey?

—¿Por qué? ¿Yo también seré una niña si no lo invito?

—Claro que no. Los únicos cualificados para ser niños, cabrones, hijos de puta e incluso zorras, son los hombres. Que no te engañe la terminación en femenino. —Me guiñó un ojo y se sentó en posición de loto—. ¿Lo habéis dejado?

—No llegamos a empezar. Éramos solo sexo.

Gin soltó una carcajada.

—Y una mierda. No tengo derecho a opinar, lo sé, pero es un buen hombre. Tengo un olfato infalible para esas cosas.

—Lo es. No te equivocas.

—¿Entonces? ¿No quieres al rey? Porque yo no renunciaría al trono.

Suspiré.

Abrirse con los demás formaba parte de mi crecimiento personal. Estaba esforzándome por hacerlo, pero en días como ese era un auténtico coñazo.

—Creo que es demasiado pronto para que me quiera. No lo conozco tan bien.

—¿No lo conoces? Pues conócelo. —Encogió el hombro.

Lo planteaba con sencillez porque en realidad era sencillo.

—Hay una barrera que me impide dar el paso. A lo mejor necesito una señal, o...

—He visto este paquete en la entrada —intervino Liberty con voz nasal. Llevaba una caja en las manos. El flequillo en forma de cortinilla impedía que viera cuál era su estado de ánimo, pero se intuía que había estado llorando—. Tiene tu nombre, Kathleen.

—Ay, coño, es verdad. —Gin chasqueó la lengua—. Esta mañana lo han traído mientras hacías la compra y se me ha olvidado decírtelo.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Agité el paquete solo por aumentar la expectación. Luego lo saqué del embalaje y vi que era un regalo: venía envuelto en un papel de regalo color medianoche, caro y elegante.

Me quedé en estado de shock al abrir la caja.

Eran los tacones que King le había regalado a Sheila... O que quizá nunca le había regalado a

Sheila.

O que tal vez había ido a comprar para mí.
Descarté esa segunda opción cuando vi la fecha en el ticket de compra.
Encima había una pegatina con una nota escrita a mano.

Dijiste que nunca me perdonarías lo de los tacones,
y creo que ya ha pasado tiempo suficiente para que
fuera una sorpresa. No iban a seguir cogiendo polvo
debajo de mi cama.

King Kong

—Hija... —se metió Gin—. Señal mejor que esta no la vas a encontrar.

Cuando pude recuperarme de la sorpresa, cogí el teléfono y marqué su número. Llevaba alrededor de un mes sin oír su voz, y escucharla de pronto, profunda y somnolienta, me hizo temblar de emoción.

—Me suena familiar que me llames a estas horas. ¿Quieres cambiar tu desayuno preferido?

—Imbécil —farfullé, conteniendo una sonrisa estúpida—. El soborno está castigado por ley, ¿sabes?

—¿Cómo sabes que es un soborno? Aún no he especificado qué quiero a cambio —se mofó.

Tuve que tragar saliva para no decir una tontería.

—¿Le has pedido a Sheila que te los devuelva?

—Ese no es para nada mi estilo. Ya sabes: *Santa Rita, Rita...* —canturreó. Lo suponía—. Nunca se los llegué a dar.

—¿Por qué?

—Me pareció terrible quitarte algo que querías con tanta ilusión.

—¿Y no se te ocurrió probar a dejar que me los comprara yo?

—Ni por asomo. Soy muy egoísta. Si sonríes, me gusta que sea por mí. Además: me pareció que me los habrías tirado a la cara si te los regalaba en el momento.

—¿Qué te asegura que no te los voy a tirar a la cara ahora?

—Que te los vas a probar y te vas a enamorar de cómo te quedan. Y ya no se pueden devolver. Han pasado meses.

—¿Por qué me iba a enamorar de cómo me quedan?

—Porque deberías enamorarte de cómo te queda todo. Yo incluido. O yo *sobre todo*.

Me sonrojé como una estúpida.

—King, ¿qué significa esto? Este regalo, de repente.

—Nada. Si crees que es un soborno, no lo es. Aunque... si sientes la imperiosa necesidad enseñarme cómo te sientan, no lo voy a impedir.

—¿Quieres una foto?

—Pensaba más en un desfile privado. Sin nada encima.

Negué con la cabeza, como si pudiera verme.

En el fondo, la idea de ir a verlo me consumía.

Quería hacerlo, y no era un capricho, sino unas ansias locas.

—¿Kathleen? ¿Sigues ahí?

—Sí.

—¿Has llegado a alguna conclusión? —inquirió. Su tono se volvió vulnerable—: Muñeca, te necesito. Necesito ver tu cara, escuchar tu risa y estar dentro de ti. No sabes lo que me desespera

no saber si un mensaje te hace sonreír o te molesta. En cualquier caso, me estoy perdiendo tu expresión. Te echo tanto de menos que creo que me emocionaré incluso si me das otro bofetón. Qué tóxico soy.

Solté una risita estrangulada.

No iba a mentirme. Me sentía de la misma manera.

Me había alejado para aclararme las ideas y estar tranquila, tener tiempo para terminar el libro... y para averiguar si lo que sentía por él era tan fuerte como para regresar a sus brazos.

Era evidente que había pasado la prueba con creces.

—Quiero conocerte —confesé en voz baja—. Necesito saber cuáles son tus puntos débiles, como tú conoces los míos, para no sentirme en inferioridad de condiciones.

—Me parece lícito —contestó en el mismo tono—. Solo dime qué te gustaría saber. Pero dímelo mirándome a los ojos. La noche que tú quieras, a la hora que tú quieras.

Saber que estaba desesperado por verme me entusiasmó.

Tenía poder sobre ese hombre. Un gran poder.

Y no era unilateral.

—Creo que podría acostumbrarme a que me suplicaras. Es terrible, ¿verdad?

—En absoluto. A mí me encanta cuando tú lo haces. ¿Qué tal mañana a las ocho?

—Ocho y media.

—A las ocho.

—¿Por qué? Solo es media hora.

—En media hora puedo hacer que te corras dos veces.

—Joder, King... —mascullé, apretando los muslos.

—Joder, muñeca —suspiró él, tenso—. ¿Y por qué no hoy en veinte minutos? ¿Por qué no sexo telefónico? La tengo muy dura ahora mismo. No dejo de preguntarme qué llevas puesto.

Eché un vistazo a mi camiseta raída y mis calcetines por la rodilla.

—¿Qué crees que llevo puesto?

—Por estadística, es muy probable que sea el camión.

—No.

—¿Qué es, entonces?

Esboqué una sonrisa maligna que no supe de dónde salió.

—¿Qué te hace pensar que llevo algo?

King gruñó.

—Esto es un castigo divino. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué estás desnuda? ¿Vas a ducharte?

—Acabo de salir de la bañera. —Aguanté una carcajada—. Me estoy secando.

—Joder... —gimoteó con la voz entrecortada—. Déjame ir y hacértelo tan sucio que tengas que bañarte otra vez.

—Eres un salido sin remedio, King Sawyer.

—Y tú eres lo más sexy que he visto en mi vida.

Chasquéé la lengua como si no me acabara de estremecer.

—¿Por qué no hacemos una cosa? —propuse—. Anoche vi una película en la que los protagonistas coincidían en todas partes. Era cosa del destino, o algo así. Sin planear nada, se tropezaban. Y entre casualidad y casualidad, fueron forjando un vínculo.

—Quieres que espere a que el destino haga de las suyas y te ponga en mi camino otra vez.

—Así es.

—Kathleen... Si tengo que esperar a que algo que no existe me lleve a ti... —Hizo una pausa—. Joder, vale. De acuerdo. Todo sea por no matar ese lado romántico que estás dejando salir a

la superficie. Pero King Kong quiere sexo telefónico.

En esa ocasión sí que me reí, y él se rio conmigo.

—Tendrás que decirme cómo se hace.

Apenas unas semanas después, los editores terminaron la revisión del libro y lanzaron la fecha de publicación.

Fue gratificante pasear por la ciudad, encogida dentro de mi gabardina, y ver que en las vitrinas de las librerías brillaba por encima de todo el día en que Kathleen Priest regresaría.

No era la historia que esperaban, aquella que Nolan eliminó y que no tenía fuerzas para reescribir, pero el editor me había convencido de que era un buen libro.

Familiares y amigos quisieron celebrar por todo lo alto lo que había conseguido. Entre ellos, Jaab, que se las arregló para arrastrar a Maddox a la India y de la que ambos regresaron con unos días de retraso.

Nunca pensé que pudiera hacerme tanta ilusión una visita inesperada. Cuando Jaab se plantó delante de la puerta de mi casa, bronceado, sonriente y decidido a sacarme a bailar esa noche, sentí una alegría desbordante.

—Pareces un crío de veinte, papá —le dije tras abrazarlo.

—Es porque me he enamorado.

Le lancé una mirada perdonavidas.

—¡Qué casualidad! ¡Algo que no te ha pasado nunca! ¿Por qué no te limitas a llamarlo calentón, Jacobus? Es más corto, más concreto y te ahorra problemas.

—Por Dios... nadie diría que somos padre e hija. Me has dado más sermones de los que yo te he dado a ti. Aunque eso es porque siempre has sido una niña rápida. —Me guiñó un ojo, orgulloso de mí—. ¿Cómo han estado las cosas? Me he acordado de ti todos los días. He estado llamando a las oficinas de empresas de comunicación y revistas. No ha sido necesario utilizar las amenazas, así que supongo que no te han vuelto a acosar.

—Todo ha estado de maravilla —sonreí, tranquila.

Maddox apareció en ese momento. Apoyó el hombro en el quicio de la puerta de la cocina. Llevaba una magdalena en cada mano. Libby las había horneado la noche anterior.

Parecía una señal del destino, y al mismo tiempo no: Liberty se había metido en la ducha antes de que Maddox llegara, y teniendo en cuenta lo que se demoraba allí dentro, no saldría hasta que pasaran horas.

A lo mejor el azar no quería juntarlos de nuevo.

—Se te ve de puta madre —comentó, mirándome con los ojos brillantes—. ¿Maratones de sexo con King Sawyer?

—He vivido en absoluto celibato este mes. ¿Y tú?

Maddox tragó copiosamente antes de contestar.

—Al final no rompí el récord. Me tiré a la de las motos y se acabó. No me tengas lástima: cuando dejas de pensar en sexo, descubres que hay cosas alucinantes alrededor. Como el Taj Mahal, por decir algo. —Solté una carcajada, a lo que él ladeó la cabeza, mirándome encantado—. Hacía mucho tiempo que no te oía reír. ¿A qué ha venido eso? He vuelto tan gracioso como siempre, y ni siquiera he contado uno de mis chistes.

—Tú eres el chiste —repliqué, robándole una magdalena.

Él frunció el ceño.

—Eh, no me quites mis golosinas, o no respondo de mí. Por cierto, están que te follas de buenas. Se parecen a las de... —Dejó la palabra final al aire; no porque fuera la Innombrable, sino porque justo entonces cayó en la cuenta. Me miró—. ¿Son las de Liberty?

Me encogí de hombros y me senté en el sofá para meditar sobre la terapia de la risa. Sentía que cada vez que sonreía por algo o me atrevía a reírme un poco, parte del peso sobre mis hombros desaparecía.

Estaba mejor, me sentía mejor, y todo el mundo lo llevaba notando unos cuantos meses. Solo tenía que entretenerme con las aficiones que me hacían feliz y rodearme de personas que me querían.

Esto último había guiado mis avances. El interés de Jaab y Dox por mí incluso al otro lado del mundo me había hecho sentir importante, y que Libby me hiciera cómplice de su pena me convenció de que era digna de confianza. Ginebra era una nueva figura en mi vida que aportaba color a mi día a día.

Me había desenvuelto demasiado bien para lo que esperaba después de haber traído de vuelta a Nolan.

«Los recuerdos formarán parte de ti siempre. El dolor, no. Tenlo presente», me dijo Jude en una de nuestras charlas.

—¿Kathleen? —me llamó Liberty. Asomó la cabecita por el hueco de la puerta que daba al salón. Tenía el pelo mojado y el flequillo sobre los ojos, pero no podía apartárselo porque tenía las dos manos apretadas contra el pecho, sosteniendo la toalla—. ¿Jaab esté aquí? Me ha parecido escuchar su voz.

Mi padre sonrió de oreja a oreja y se plantó delante de ella. Extendió los brazos, en los que Liberty no tardó en cobijarse.

La escena me llenó el corazón. Libby y Maddox adoraban a mi padre, mi padre a ellos, y yo a cada uno de los citados.

Éramos una familia.

Y eso podría haberme hecho feliz si, al darme la vuelta, no hubiera visto que Maddox miraba a Libby con la mandíbula desencajada.

—¡Qué moreno estás! —sonreía ella, ajena a la presencia del tercero—. ¿Has ido a tomar el sol, o a meditar? ¿Lo habéis pasado bien? ¿Maddox se ha divertido también? ¿Está aquí?

Cuando volví a mirar la puerta de la cocina, el aludido se había desvanecido en el aire. Mi padre debió habérselo visto venir, porque no se molestó en girarse para buscarlo.

—Está en casa deshaciendo las maletas. Pero esta noche vamos a celebrar todos que Kathleen ha acabado el libro. ¿Por qué no vienes?

Liberty perdió la sonrisa. Su mirada pasó de Jaab a mí, de mí a Jaab, y al final solo hizo una mueca.

—No quiere verme, ¿verdad? —murmuró. Vio que iba a hablar y me interrumpió—. No pasa nada, estoy bien. Seguro que él, más de lo mismo. Tendrá mejores cosas que hacer. Ya coincidiremos algún día. Si yo de todos modos tenía planes esta noche.

No, no los tenía, y yo lo sabía. Aun así, no puse objeciones.

Por un momento odié a Maddox, por otro odié a Liberty, después los odié a ambos y al final solo me amargué yo sola.

Parecía que todo estaba destinado a ser difícil y enrevesado.

Si no por mi parte, por la de los demás.

Jaab aprovechó el silencio para comentar que había traído regalos. Mientras Liberty se esforzaba por sonreír y dejaba que se la llevara a la habitación para mostrárselos, yo me levanté

del sofá y fui a la cocina.

Por poco me desmayé del susto al ver que Dox estaba allí, apoyado en la encimera.

Me dieron ganas de soplarle un bofetón, pero me calmé.

—Pensaba que te habías ido.

—Me iba a ir ahora.

—Si esa iba a ser tu actitud, podrías no haber venido.

Él sostuvo mi mirada, inexpresivo, hasta que suspiró.

—Creo que los miedos se enfrentan de cara, no con espacio —soltó de repente—. Lo único que consigues estando lejos de quien quieres es darte cuenta de que lo amarás para siempre..., o de que tampoco era para tanto. Lo segundo asusta más. Hace que te cuestiones qué sentiste, si es que sentiste algo, porque es sospechoso que ya no puedas recordarlo. Pero tú no estás en ese punto, ¿verdad?

—¿Lo estás tú? —contraataqué.

—Esto no va de mí. —Agarró su chaqueta y se la echó sobre un hombro. Echó un vistazo al salón, y luego se acercó a mí para acariciarme la mejilla con los nudillos—. No te sabotees, ¿vale, nena? Ese hombre te va a cuidar.

—Es demasiado bueno para mí —murmuré—. Demasiado bueno, a secas.

—No lo es. Nadie lo es. Simplemente te quiere, Kathleen, y una persona que te quiere siempre va a ser buena contigo. No lo cuestiones más y haz lo que te salga del corazón. Es lo único que merece la pena hacer... Aunque luego te la cause.

CAPÍTULO 27.

Qué bien se está cuando se está bien

—¡Estás guapísima! —exclamó Liberty al verme salir. Ella llevaba un peto vaquero y unas Converse. Iba igual de preciosa, a pesar de estar cogiendo su chaqueta para irse a fregar platos al DeLuca's—. Pásalo muy bien en la fiesta, κ.

Asentí y, después de pensarlo un poco, le di un beso en la mejilla. Ella se sonrojó y aprovechó ese acercamiento para ser sincera.

—Me alegro mucho de que estés tomando las riendas de tu vida.

Liberty se me colgó del cuello para abrazarme. Entre que yo llevaba tacones y ella era diminuta, me tuve que agachar para devolverle el gesto.

Sus rizos me hicieron cosquillas en la cara.

—Te quiero mucho, Kathleen. En serio; disfruta.

Me aparté con una sonrisa.

—Viene Dox. ¿Quieres que le diga algo de tu parte?

Liberty inspiró hondo con gesto solemne.

—He estado pensando, y creo... Las dos sabemos que él es muy radical. Cuando no quiere a alguien en su vida, no hay vuelta de hoja. Es inútil que intente contactar con él. Ya estoy fuera. Pero por mucho que me duela, lo superaré. A mí me basta con saber que es feliz. —Su voz flaqueó y yo tuve que tragarme el nudo que se me había formado en la garganta—. Yo me quedaré con los buenos recuerdos. Ha sido el mejor de los amigos para mí.

—Me alegra que sea un capítulo cerrado, Libs. Te mereces ser feliz tú también. Lo sabes, ¿no?

—Sí que lo sé.

Mientras esperaba el taxi que me llevaría a Temple Bar, le iba dando vueltas a lo distinto que habría sido todo si Maddox se hubiera declarado en otro momento.

Ella negó cuando le pregunté si estaba enamorada de él, pero no lo tenía del todo claro. Quizá bajo otras circunstancias habrían tenido otra oportunidad.

Trasladé su situación a la mía, y comprendí que no podía perder el tiempo lamentándome. Debía aprovechar que había un hombre que me quería esperando en casa.

Por mí y por todos mis compañeros.

Así pues, en el último momento envié una disculpa a Dox y le pedí al taxista que cambiara de rumbo y me llevara al barrio de King.

¿Estaría en su apartamento?

¿Habría salido con amigos?, ¿con su hermana...?

Como si lo hubiera invocado, recibí un mensaje.

King

¿Herman Hesse o George Orwell?

Kathleen

¿Vas a pasarte una noche de viernes leyendo en casa?

King

A falta de mi dama...

No tardó ni cinco segundos en llegar otro texto.

King

Cambia la cara. No estaba declarando mi dependencia emocional ni me hacía la víctima. Puedo vivir sin ti, monada.

King

El problema es que no quiero.

No supe si sonreír, suspirar o echarle la bronca.

Kathleen

Me gusta más Hesse. Su crisis espiritual me caló hondo en *El lobo estepario*. Pero *1984* es de lectura obligatoria. Es uno de esos libros que no puedes decir en voz alta que no has leído, o que no te gustan.

King

¿Deduzco con eso que a ti no te gustaron?

Kathleen

No me disgustaron. Son obras maestras, es innegable. Pero prefiero otros géneros.

King

¿Alguna novela romántica que quieras que me lea?

Kathleen

No me refería a la romántica.
Últimamente soy de *thrillers*.

King

No me has dicho cómo has acabado el último libro de la trilogía.

Kathleen

Tendrás que esperar a que salga.
Solo diré que le he dado un giro.

King

¿No me vas a decir qué pasa?

Kathleen

¿Quieres saberlo?

King

Por favor.

Kathleen

Tyler Fox enseña su verdadera cara, muere y ella se queda con otro.

King

Jajajajajajaja.
Muy efectiva.

Kathleen

¿Efectiva a la hora de perder lectores?

Desde luego. Pero ha sido terapéutico para mí escribir ese desenlace.

Gavin sí que es el hombre perfecto.

King

Tiene mi barbilla. Por supuesto que es el hombre perfecto.

—Ya hemos llegado, señorita —anunció el taxista.

El estómago se me encogió de emoción. Con una sonrisa nerviosa, le pagué y crucé la calle para enfrentarme al edificio donde vivía King.

Dio la casualidad de que una vecina salió del portal y pude colarme. La sorpresa sería mayor.

Me planté delante de su puerta, temblando de anticipación, y toqué al timbre. El móvil vibró en mi mano.

King

Un momento. Alguien ha llamado a la puerta.

Kathleen

¿Ideas de quién?

King abrió con el suéter que me encantaba con el juego de palabras filosófico de «Ligo, luego existo». Lo conjuntaba con unos pantalones de pijama estampados y los pies descalzos.

El rostro se le iluminó al verme. Me recorrió de arriba abajo con una mirada ávida y apreciativa para cerciorarse de que estaba allí... y de que iba así vestida: con un *little black dress* más revelador incluso que el de Diana de Gales.

Hizo ademán de cernirse sobre mí, pero frenó antes de que la punta de su nariz rozara la mía.

La pregunta que no hizo flotó en el aire.

—Puedes besarme —le aseguré—. He venido para eso.

Él me lanzó una mirada risueña que me pareció un tesoro.

—Amén.

King me cogió por la cintura, tiró de mí para apartarme de la entrada y cerrar la puerta, y me levantó del suelo para cumplir mi pedido: besarme.

Un gemido reverberó en mi garganta.

Alivio. Sentí alivio al reconocer el sabor de su boca.

La dulzura, la calentura, la urgencia de devorarme... Todo seguía allí. Todo me lo transmitió cuando nos enredamos en un beso húmedo que me puso a sudar.

King me bajó al suelo y se separó para mirarme bien. Fui tan consciente de mi físico que me ruboricé. Cuando parecía que había terminado de revisarme, volvía a recorrerme con sus ojos, como si no hubiera visto nada igual.

—No sé por dónde empezar —reconoció con humildad.

—¿Cómo es eso posible? Tienes experiencia en esto.

—Habré perdido práctica.

—¿Qué tal si empiezas por llevarme a la cama? —sugerí, divertida por su indecisión.

—No tengo tiempo para eso.

—¿Que no tienes tiempo para...?

Parpadeé al ver que se ponía de rodillas y me agarraba por las caderas. Deslizó las manos por

el lateral de mis piernas desnudas.

Me ericé entera.

—¿Qué... estás haciendo?

King besó un punto cercano a mi rodilla, otro encima. Bajó al lateral del gemelo y luego subió a la raja de mi falda, que levantó con un par de dobleces hasta descubrir las bragas de encaje. Me encantó que resoplara. Su aliento ardiente contra aquella zona sensible me excitó.

—Adoro estas jodidas piernas —musitó contra mi muslo—. Las aseguraría por un millón de dólares, como Jennifer Lopez aseguró su culo.

—Eso solo era un bulo, y... Vamos, levántate de ahí.

No me quejé porque no obedeciera. El deseo presionaba mi garganta y estaba a punto de nublarne el juicio. King tiró de mi mano y me tendió sobre la alfombra.

Sus dedos dedicaron una caricia tentadora al vello de mi nuca.

—Este no es el destino que merece tu bonito vestido..., pero no puedo hacerlo mejor.

—¿Ah, no? ¿Ni siquiera merecía una taza de té? Con el frío que hace fuera...

Los ojos de King brillaron al apartarme el pelo de la cara y enrollarlo entre sus dedos.

—Puedo ponerte cien veces más caliente que un té.

—Qué tonto eres.

King sonrió antes de levantarme el vestido hasta el pecho y deslizar mis bragas por las piernas. No se perdió detalle del recorrido, que supervisó acariciándome con la nariz. Me hizo cosquillas y me calentó con su respiración irregular.

Ahuecó mi entrepierna con la boca. El húmedo roce me sorprendió y me arqueé. Sus dientes presionaron suavemente mi clítoris. Su lengua indagaba entre los pliegues. El placer me agarró y no me soltó hasta que estuve retorciéndome en la alfombra del recibidor.

—Oh, joder, Dios...

—Kathleen, ya hemos hablado de eso. Nada de mencionar a terceros durante el sexo. Soy el rey, no Dios.

Mi risa se mezcló con un suspiro doloroso. Él aprovechó ese instante para introducir los dedos con cuidado. Los dobló en mi interior y, como si llevara el volante de mi cuerpo, me torcí hacia el mismo lado de su caricia.

—He echado esto de menos todos los días —susurró contra el hueso de mi cadera, que besó con fervor—. Me pones tan cachondo...

Movió la mano con más violencia, imitando la vibración de un dildo. Me pareció que cruzaba los dedos dentro de mí. El reencuentro y la pasión con la que me había recibido me iban a hacer eclosionar demasiado rápido.

—Creo que voy a...

—No sin mí.

Fui a quejarme cuando apartó los dedos, pero no me dio tiempo porque me cogió por las rodillas y me pegó a la parte inferior de su cuerpo. Enrosqué las piernas alrededor de su cintura mientras él se bajaba el pantalón.

Su erección apuntó hacia mí. Se la acarició antes de pegarse a mí.

—Podría correrme solo mirándote a la cara.

—Me alegro, pero yo no, así que si fueras tan amable...

—Tan amable ¿de qué? —preguntó él, provocador. Lancé un débil lamento y contoneé las caderas para acercarme más.

El muy desgraciado no me lo permitió.

—No me puedo creer que me vayas a hacer decírtelo.

—¿Que no te lo crees? No te hagas la sorprendida. No es ni la primera, ni será la última vez, así que dilo. «King, ¿serías tan amable de...?» —imitó mi voz como si la tuviera aguda, cuando era más contralto que soprano.

—King —jadeé. Nada me importó en ese momento tanto como tenerlo dentro de mí—, ¿serías tan amable, por la gracia de Dios o la tuya... de llevarme al huerto de una puta vez?

King se rio y por fin presionó su erección contra mi entrada.

—¿Ves cómo la educación abre muchas puertas?

Pero solo abrió la puerta a la locura, porque no me penetró enseguida. Acarició mis pliegues empapados con el prepucio; caricias verticales y despiadadamente lentas que me habrían malhumorado si no hubiera estado al borde del orgasmo.

Lo agarré por la muñeca y clavé en él una mirada firme.

—Métemela o no respondo de mí.

King dejó de agarrarse la polla y se inclinó sobre mí. Apoyó las manos a cada lado de mi cabeza, y posó la vista sobre mis labios antes de regresar a mis ojos vidriosos.

—¿Me lo dices más bonito? —susurró con dulzura.

Tragué saliva, a sabiendas de lo que quería.

Y no se lo racaneé.

Cubrí su rostro con mis manos y lo acerqué a mí para darle un beso que hablara por el diccionario de palabras románticas. Cuando se separó, estaba ruborizado y jadeaba. Yo también, pero eso no me impidió pedirle con un hilo de voz:

—Hazme el amor.

Él sonrió muy despacio, dándole el visto bueno a mi ruego. Lo siguiente que oí fue mi gemido de alivio al ser colmada de golpe. Me embistió tan fuerte que me desplazó en la dirección contraria. Tuve que aferrarme a sus antebrazos, y él cogerme de las rodillas, para no volver a separarnos.

Me incorporé con la garganta seca y el corazón a mil por hora, suplicando por sus labios. King salvó el recorrido que restaba para besarme. Lo hizo lenta y seductoramente; nada que ver con el ritmo desenfrenado que nos mantenía unidos.

—Déjame desnudarte... —gimoteé, buscando el borde del suéter para sacárselo por la cabeza. Él colaboró en mi empeño y se lo quitó.

Mis manos fueron directas a su pecho, como un imán. Seguí el contorno de sus pectorales y lo arañé hacia los hombros para no perder el contacto. Era tan grande, tan moreno; tan hábil y tan guarro que me sobrevenían arrebatos de violencia en los que no sabía cómo proceder, si abofeteándolo, hincándole las uñas o exigiéndole que diéramos la vuelta para montarlo como una salvaje. El deseo era insoportable que quería hacerle daño, y quería que él me hiciera daño a mí.

—Fóllame más... —gruñí—. Dios, estás tan bueno. Quiero hacerte cosas que no se han inventado.

Él se rio entrecortadamente y aumentó el ritmo si cabía.

Tuve que cerrar los ojos. No confiaba en tenerlos abiertos. Estaba temblando como una hoja y ardía locamente mientras él me penetraba con una bestialidad criminal.

—Te adoro, mujer —gruñó antes de darme un mordisco en la barbilla—. Hoy no te vuelves a casa.

Él se corrió antes. Lo supe porque contrajo los músculos y su cuerpo se endureció sobre el mío antes de retomar las embestidas mientras era posible.

Yo llegué justo después. Exploté con una violencia que me pesó en el cuerpo y me hizo emitir sonidos que no reconocí. Le clavé las uñas en los antebrazos para descargar la tensión, pero el

clímax me consumió aun así, como un estallido de pólvora desde los tobillos hasta el cuello.

Abrí los ojos y, al toparme con su brillante mirada azul, lo supe. Supe que había llegado tan profundo como quería.

Había llegado a mi corazón.

Mi estómago se retorció de nervios, de ilusión, de miedo, de ganas de ver qué pasaba después.

King sonrió con levedad, como si se hubiera enterado de mi revelación. Me levantó de la alfombra y me llevó al dormitorio para depositarme con cuidado sobre las sábanas.

Tan pronto como se tendió a mi lado, me acurruqué contra su costado. Me había fijado en que no me había mentado: ya no estaba la alfombra de marras.

Era verdad lo que me dijo.

Nunca haría nada que pudiese herirme.

CAPÍTULO 28.

El cuestionario de las mil preguntas

A la mañana siguiente, King ya no estaba en la cama.

Escuché el traqueteo de los cacharros en la cocina. Lo más probable era que estuviese haciendo el desayuno. Nada más comprometedor que eso.

Pero mi primer impulso fue dirigirme a la salida.

Como ya hice la primera vez, llevé los zapatos en la mano para no hacer ruido.

No estaba pensando, en realidad. Fue un acto mecánico. Lo sentí como si fuese mi única manera de proceder. Mi deber.

Fue ese pensamiento el que me frenó cuando giré el pomo de la puerta.

Mi deber no era huir. Tampoco quedarme.

Era libre de hacer lo que quisiera. ¿Y qué era lo que quería? ¿Cuál había sido mi objetivo al aparecer en su casa la noche anterior y acostarme con él, si no era permanecer a su lado?

Estaba allí porque quería darnos una oportunidad.

Solté el pomo de la puerta y retrocedí. Dejé los tacones en el suelo sin emitir sonido y me alisé las arrugas de la falda.

Acongojada, seguí la graciosa versión de la *Marcha Radetzky* que King siempre canturreaba y llegué a la barra de la cocina. Al otro lado estaba él, buscando algo en la nevera con nada más que los pantalones del pijama.

Me quedé observando su espalda hasta que se dio la vuelta.

No sé si lo vio en mi cara o en el gesto vulnerable que hice de abrazarme un codo con una sonrisa humilde. El caso es que supo que me iba a quedar.

Poco a poco, sonrió. Rodeó la barra, se plantó delante de mí y me abrazó. Me abrazó sin más.

—¿Qué he hecho para merecer tu presencia esta mañana? —murmuró contra mi pelo.

—Dijiste que se te da bien cocinar. Supongo que... quiero comprobarlo.

—Deduzco que quieres tostadas francesas.

—¿A cuáles te refieres? —bromeé, sentándome en uno de los taburetes, aún temblorosa.

Él volvió a su puesto lanzándome una mirada ardiente por el camino.

—A las dos. Ambas se pueden comer.

Bizqueé y me refugié de su intensidad echando un vistazo a mi alrededor. Me fijé, aunque vagamente, en los detalles de la cocina.

Cabría esperar que un hombre soltero tuviera la casa hecha un desastre, o escrupulosamente ordenada gracias a la ayuda de una asistente, pero King me sorprendió con un ambiente acogedor.

Desde la cocina se veía el resto del apartamento, provisto de detalles personales. En las estanterías reconocí libros de Neil Gaiman, Agatha Christie, Terry Pratchett, Ursula K. Le Guin. Además, tenía un par de estantes repletos de manuales tanto de filosofía como de economía que confirmaban sus estudios universitarios.

En las paredes, destacaban láminas enmarcadas de autores que había visto subir sus obras a Etsy. Me gustó imaginarlo en la web, buscando detenidamente cuadros que combinaran con la decoración.

En uno de los portarretratos del aparador, reconocí al King niño. En otro, a él junto a su hermana. La tercera retrataba a una familia de cuatro. En la última de ellas, King abrazaba por la espalda a una mujer de ojos azules. El parecido entre ambos era tal que parecía que lo hubiera engendrado sola.

Como si me hubiera leído la mente, rompió el silencio.

—No tengas miedo de ser curiosa. Llevo esperando que me hagas una pregunta personal desde que te conozco.

—¿Qué? —me sorprendí—. ¿Y eso por qué?

Se encogió de hombros.

—Ver un poco de interés en ti.

—Que no preguntara no significaba que no me interesase —me defendí, sin apartar la vista de la mujer que se esforzaba por sonreír a la cámara—. Además, no me gusta meterme en los asuntos de los demás si no son mis amigos cercanos. Espero a que la gente se abra.

Dejó la sartén en el fuego para ir por el portafotos. Lo dejó en mis manos.

—Mi madre. Guapa, ¿verdad?

Desde luego, no había nada feo en ella.

En la imagen debía rondar los cuarenta y cinco años, y aunque se la veía descuidada, no era porque su piel se hubiera arrugado o porque estuviese desarreglada.

Eran los ojos. Idénticos a los de King, pero tan tristes que debí hacer un esfuerzo por no estremecerme. Aunque solo era una fotografía, sentí una conexión con ella.

—Lo es. Es preciosa.

—Era, desgraciadamente. Falleció hace años.

Levanté la barbilla de golpe y lo miré horrorizada.

Cuando me di cuenta de mi reacción, aparté la vista.

—Lo siento.

—Murió feliz. Sus últimos años fueron fantásticos. —Mi alivio fue palpable—. Pensabas que se había suicidado, ¿no?

Asentí, aún mirándola.

Esa imagen daba todas las pistas para pensar que quería estar en cualquier sitio excepto en el mundo.

—¿Cómo lo consiguió? Ser feliz, me refiero.

—Con fuerza de voluntad.

—No creo que baste con eso —dije, dejando el portafotos sobre la mesa—. La felicidad no es algo que puedas meter en tu cabeza a base de bien.

—Tampoco es imposible concienciarse para ello. Ser feliz no significa estar todo el día riendo.

Lo miré con curiosidad.

—¿Qué es para ti?

King se apoyó en la mesa y levantó el dedo índice.

—La posibilidad de disfrutar de un momento.

—¿Eso no es tener esperanza?

—Ajá. Mientras uno tenga esperanzas, querrá estar vivo; aunque sea para cumplirlas. Una persona sin creencias es una persona vacía. Y no hablo de creencias religiosas, sino de la certeza de que mañana saldrá el sol y será un día nuevo.

—Eso es optimismo —repliqué—. Mezclas conceptos.

—¿No son los optimistas personas felices? —contraatacó—. La felicidad no es algo aislado o

reservado a unos pocos.

—A veces lo parece. Hay gente que lo tiene más fácil. Los ricos, los niños... los que no están tristes.

—Puedes estar triste y ser feliz al mismo tiempo. ¿Crees que no estoy triste porque ya no esté conmigo? —Señaló el marco y arqueó la ceja—. Siempre voy a estar triste porque se fue, pero no puedo dejar que eso me condicione. No se ha acabado el mundo para mí. Soy feliz sin ella —declaró, estirándose—. No permito que la pena me ciegue y sigo adelante, porque es siguiendo adelante cuando me encuentro con cosas tan bonitas como tú.

Me guiñó un ojo y yo me ruboricé como una colegiala.

—Adulador... —Él me sacó la lengua y regresó a la cocina para atender los fuegos. Volví a la carga—: Pero careces de la posibilidad de tener un momento con ella. ¿No contradice eso tu definición de felicidad?

—No, porque aunque ya no tenga la posibilidad, sí la tuve. Los recuerdos también me hacen feliz. ¿A ti no? Acuérdate de cuando entraba en tu cuarto a cogerte en volandas.

—Si me abandonaras, recordarte sería una puta mierda.

Mi vehemencia me asustó por lo que dejaba entrever, pero él soltó una carcajada y me miró por encima del hombro.

—Mira que eres pesimista, criatura de Dios.

—Son las ocho de la mañana. No le pidas peras al olmo.

—Yo solo digo —retomó con el desayuno ya emplatado. Lo dejó en la barra de la cocina, justo ante mis ojos: humeantes tostadas francesas—, que mientras exista la posibilidad de disfrutar de un beberme una cerveza negra, de ver un partido de la selección de rugby irlandesa y de tener sexo escandaloso en el recibidor..., voy a ser feliz.

—Hombre tenías que ser.

—Será que tú no estás rodeada de oportunidades para reír.

Claro que las tenía.

Medité sobre la conversación. Quería que me calase hondo. Quería que su optimismo barrera lejos mi negatividad.

—¿Por qué le hicieron eso? —pregunté en voz baja.

No podía quitarme de la cabeza la mirada de su madre.

—¿Por qué te hicieron daño a ti? —replicó—. No lo sé. Hay gente que es mala por naturaleza y no merece vivir.

Se sentó enfrente de mí y empezó a comer con buen apetito.

Yo tenía un nudo en el estómago.

—¿Por qué no denunció?

—¿Por qué no denunciaste tú?

—Porque tenía miedo y no iba a cambiar lo que pasó.

King cabeceó. «Eso mismo», parecía decir.

—Es una mujer admirable. Yo admito que no habría sido... Bueno, supongo que es cuestión de vivirlo, pero no creo que hubiera sido capaz de...

—¿De tener al hijo de un puto violador? —me ayudó él. Me estremecí por la forma en que lo dijo—. No, muy pocos tienen el coraje. Quiso hacerlo, ¿eh? Pretendía ir a una clínica inglesa, porque aquí estaba prohibido abortar, pero su padre se lo impidió. Esto no lo sé porque ella me lo admitiera, claro. Me enteré después. —Se reclinó hacia atrás y desvió la mirada a sus dedos. Golpeó la barra con ellos, improvisando un ritmo. Esbozó una sonrisa desdeñosa—. La de mierdas que tuvo que aguantar mi madre no están pagadas. Se habla del «regalo de la vida» sin

parar, pero a algunas no les dan la oportunidad de decidir si quieren otorgarlo o no.

—Al final tuvo una hija después, ¿no? Swan.

—La adoptó con Seamus, sí.

—¿Adoptada? ¿Swan? Te estás quedando conmigo. Tiene tus mismos ojos... —Sacudí la cabeza al darme cuenta de que lo que tenían en común era el brillo y la alegría, no la tonalidad o la forma—. ¡Pero si tenéis el mismo diente torcido!

—Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

—¿Y de dónde sale esa criatura tan fascinante?

Se le iluminó la cara al oírme hablar así de su hermana.

—Es finlandesa. Llegó a casa con once años. Lo mejor que me ha pasado en la vida... mejorando lo presente, claro. ¿Qué tal las tostadas?

—¿Estás cambiando de tema? No es para nada tu estilo.

—De vez en cuando me gusta probar cosas nuevas. —Y me guiñó un ojo, el muy payaso—. Me gusta contarte quién soy y de quiénes vengo, pero la historia de Swan es asunto de Swan. Tampoco hablaría con nadie lo que a ti te concierne. No estoy autorizado.

—Lo entiendo.

Apoyé la mejilla en la palma de la mano y di un bocado a la tostada. Sentí su mirada sobre mí durante todo el rato que siguió, en el que medité largo y tendido.

—Tu padre... —Enseguida me corregí—. El hombre que le hizo eso a tu madre... ¿Sabe de tu existencia?

—Ajá. Intentó ponerse en contacto conmigo en múltiples ocasiones. Fui a verle y le amenacé. Creo que le quedó claro el mensaje.

Sospeché de su desenfado.

—¿Quieres decir que le diste una paliza?

—No, hombre. Solo un puñetazo. Me han educado bien.

Solté una carcajada incrédula.

—No pareces esa clase de hombre.

—Si me das motivos, me puedo poner desagradable.

—Vaya, vaya. Eres una caja de sorpresas.... —Apoyé los codos en la barra para acercarme y sonreírle con simpatía—. ¿Qué más debería saber sobre King Sawyer?

—Hmm... —Se dio unos golpecitos en la barbilla—. Tengo un perro en casa de mi padre. No lo mantengo aquí porque el apartamento es pequeño y la bestia necesita corretear, aparte de que no podría pasar tiempo con él. Tomé clases de bailes de salón durante un tiempo; una chica con la que salía estaba obsesionada y me dejó llevar porque me gusta probar cosas nuevas. Nunca me he vomitado por la borrachera o la resaca. Hice un curso de primeros auxilios, solo hay una película que me hace llorar, y el mejor recuerdo que tengo en esta vida es del día en que conocí a Swan.

Seguía sonriéndole y no me daba ni cuenta.

—¿Qué película es?

—*Un monstruo viene a verme*. Reconozco que tiene mucho que ver que sea una película de Bayona y que esté enamorado de Felicity Jones.

—¿Director y actriz preferidos? —adiviné.

—Efectivamente.

—Ya he visto que te va la fantasía, el humor y el misterio cuando lees. ¿Qué hay de cantantes, grupos o géneros?

—El funky. Los negros son los mejores en el deporte y en la música: Kool & The Gang,

James Brown, Prince...

—*You don't have to be beautiful to turn me on...*^[10] —canturreé.

—Esa debe ser la canción que te viene a la cabeza cuando estás conmigo. Como soy taaan feo... —dramatizó.

Me reí.

—De todos modos..., ¿Prince era negro?

Él lanzó una mirada pensativa al techo.

—Yo diría que sí. Pero bastante pálido. Él mismo lo dijo en una entrevista: «¿Soy blanco o negro? ¿Soy heterosexual, o gay?». No le iban las etiquetas. De hecho, se cambió el nombre a TAFKAP^[11], y luego pidió que lo llamaran por un jeroglífico impronunciable —contó, divertido.

—¿Sabes datos sobre todos los artistas que te gustan?

—Pues claro. ¿No ves que adiviné tu talla de pantalón?

Volví a reírme.

Estábamos en racha.

—Mm... —Me devané los sesos por encontrar algún otro extra para mi cuestionario.

—Si no se te ocurren más preguntas, no pasa nada. Mañana las seguiré respondiendo, no es que vayas a perder la...

—¡Sí pasa! Es mi momento. A ver, ¿cómo se llama tu perro?

Me estaba gustando el juego.

Y a él también.

—Macarrones.

—Y una mierda —me eché a reír.

—Te lo juro. Es un pastor alemán... —El timbre sonó—. Vaya por Dios. Intenta no escaparte aprovechando que me ausento —dijo, caminando alegremente hacia la puerta.

—Ja, ja. Muy gracioso.

Se asomó antes de perderse por el pasillo.

—¿Es pronto para bromear con eso? —preguntó, por si acaso. Estuve tentada de asentir, pero acabé negando.

King se quedó satisfecho y atendió al visitante, que tenía voz femenina y una energía arrolladora.

—¡Qué buen aspecto tienes esta mañana! —exclamó a la que reconocí como Swan. Sus tacones repiquetearon contra el suelo de la entrada. Parecía que iba acompañada, porque utilizó el plural—: Tendríamos que haberte llamado, perdona. He terminado de arreglar el programa y la página web y ya he colocado el anuncio de que buscas *community manager*... ¡Oh! No sabía que estabas acompañado.

La expresión de Swan me hizo sentir fuera de lugar, pero meforcé por esbozar una sonrisa amable y me levanté para saludarla con timidez.

—Buenos días...

—Me alegro de verte, Kathleen. ¿Qué tal?

Al ver al segundo visitante, se me olvidó responder. Él, al verme, también pareció incómodo.

Si había tenido alguna duda, esta se disolvió en el acto.

Había sido Dristan quien le habló de mí a los medios.

—Hola, Kathleen —me saludó, cortés—. ¿Cómo estás?

Se acercó y me besó las mejillas como si nada. El gesto de confianza me produjo arcadas, pero me quedé quieta porque no me creía su poca vergüenza.

Impotente, me hice la pregunta que nunca tenía respuesta.

¿Por qué? ¿Qué le había hecho yo para que me delatase?

—Muy bien, gracias —contesté con vehemencia.

—Me alegro.

—¿Ah, sí? ¿Te alegras? Quién lo iba a decir. —Me crucé de brazos—. Y yo que pensaba que echaste a los periodistas sobre mí porque querías justamente evitar que estuviera bien.

King, que se había entretenido hablando con Swan, captó el fragmento y se giró hacia mí.

—¿Cómo?

—¿Tan amigo eres de Nolan? —le pregunté a Dristan—. ¿Por eso me reconociste? ¿O me buscaste en Google? Fuiste muy efectivo, de verdad. Sobre todo utilizando información que Liberty te dio porque confiaba en ti, y que también usaste en su contra. Elegiste adrede el día en que su madre tenía cita con la psicóloga, ¿verdad? Querías joderla a ella también. Dos pájaros de un tiro.

—Eh, eh, eh, eh, ¿qué pasa? —intervino King de nuevo—. ¿Cómo sabes que ha sido él quien...?

—¿Lo niegas? —insistí—. ¿Niegas haber sido tú?

—No —contestó Dristan, metiéndose las manos en los bolsillos—. Supe quién eras en cuanto te conocí. Te había tratado antes. Estuve en una de las fiestas de Sullivan. Tú ibas con él. Y cuando coincidimos hace unos meses, me sorprendí. Verte al otro lado del charco, con otro nombre...

—¿Qué? —espetó King. Se dio la vuelta del todo y lo cogió del hombro—. ¿A qué crees que estabas jugando? ¿Con qué derecho vendes su vida privada?

Dristan alzó las manos con una sonrisa incómoda.

—Eh, cálmate. Tampoco es para tanto.

—¿Que no es para tanto? ¿No se te ocurrió que se habría cambiado el nombre por alguna razón de peso? Ya puedes estar arreglándolo para que la dejen en paz.

—No tengo influencia para silenciar a los medios.

—Si tuviste cojones para vender información —replicó—, ten cojones también para arreglar esto. Y si no, usa tu dinero o haberlo pensado antes.

—¿Qué está pasando? —inquirió Swan, que no entendía nada—. ¿Quién es Nolan?

King se pasó una mano por la cara.

—¿Por qué lo has hecho? —exigió saber.

—Solo querías tu momento de gloria, ¿no? —deduje.

Ni siquiera estaba enfadada. Solo hastiada.

Dristan lanzó una mirada nerviosa a King. Él lo observaba a su vez con la cara desencajada.

—Los medios pagan muy bien las exclusivas.

King cerró los ojos un segundo y siseó una maldición.

—No me lo puedo creer... —Negó con la cabeza—. ¿Es que no tienes suficiente dinero?

—No me sobra. La inmobiliaria no va muy bien desde hace un tiempo, y...

—Mira, he cambiado de opinión. No quiero oír tus excusas. Lárgate de mi casa. Ahora. Tienes suerte de que no la hayan seguido molestando, o te obligaría a cubrirle las espaldas.

—No te pongas así —pidió Dristan—. Ni siquiera he hecho nada contra ti. ¿Qué importa esta tía? ¿No estabas con Sheila?

King lo cogió por la nuca y lo acercó a él. No podía verlo porque estaba de perfil y me había quedado bloqueada, pero sabía que sus ojos echaban chispas.

—Si «esa tía» quiere, formará parte de mi familia un día. Lo que le hagas a la gente que está conmigo, me lo haces a mí. Pírate. No me hagas decirlo otra vez.

Lo soltó con brusquedad y le señaló la puerta.

No me gustaban los arrebatos violentos, pero él no lo había sido. Solo contundente y justo.

Me sentí culpable por haber provocado que se peleara con su amigo, quizá incluso con Swan, que salió detrás de Dristan sin entender nada.

Cuando se cerró la puerta, nos miramos un momento.

Tuvo que percibir que no estaba orgullosa de lo sucedido, porque se dio dos golpes en el pecho, como los gorilas, y soltó:

—Pelear. Follar. Beber. Pelear otra vez.

Solté una carcajada que liberó toda la tensión de mi cuerpo. y me dejé envolver por sus brazos.

—Lo siento... Debería haberme callado. Es tu amigo.

—Lo era, pero ha hecho ya muchas gilipolleces. No me gusta que haya gente mala en mi vida, aunque sus errores no me toquen. Nunca se sabe cuándo se van a volver contra ti.

—Buena filosofía... —Me mordí el labio y lo pensé antes de añadir—: ¿A qué te referías con que si quiero formaré parte de tu familia algún día?

—A eso mismo. Me gustaría presentarte a mi padre. Y a mi perro —añadió, con un brillo especial en los ojos—. Pero a tu ritmo.

—No tiene por qué ser siempre a mi ritmo, ¿sabes? Lo que tú quieres también importa.

Me daba miedo que se cansara de estar por mí, mientras que yo no hacía nada para hacerle sentir mejor. Pero él borró mis dudas con una caricia.

—Ya haremos lo que yo quiera cuando estés preparada, eso no lo dudes. —Me guiñó un ojo—. Sé que algunas cosas toman tiempo, y para mí es un placer dedicártelo.

CAPÍTULO 29.

¿Qué te he hecho yo a ti?

Los meses siguientes fueron tranquilos salvo en el plano laboral.

Tal y como sospeché, cuando se publicó la última entrega de *El yugo del placer*, las lectoras no acogieron ilusionadas a la nueva pareja de la protagonista. Pero fue *best seller*, igual que las otras dos partes de la historia.

Eso me habría permitido vivir sola. Sin embargo, no quise desprenderme de la fantástica compañía de Gin.

Era una inspiración.

—¿Y si escribes una historia de amor sobre el hermano de Tyler? Ya sabes, aquel al que no paraba de llamar calzonazos por darle libertad a su mujer. ¡Lo divorcias de esa perra que le está poniendo los cuernos, y que encuentre el amor otra vez!

—¿Qué tal una novela sobre la mejor amiga, Dany? Ahora que eres una autora comprometida con lanzar un mensaje, podrías desarrollar el problema que tiene con su identidad. Siempre he querido leer una novela con visibilidad transexual.

—¡Estaba en el supermercado y no te vas a creer lo que ha pasado! Había dos mujeres discutiendo a grito pelado en la caja sobre el final de tu trilogía, con todo esto de Tyler Fox y Gavin... Se ha metido una adolescente a decir que Tyler Fox era un maltratador psicológico y un manipulador, y no veas la cara que se les ha quedado.

—Si al final te pones con la historia de Pamela, por favor, dedícamela. Me siento muy identificada. Líala con un hombre rico que la mantenga. Las superficiales tenemos derecho a ser felices, no solo las inocentes, virginales, adorables y que van siempre en vaqueros.

Gracias a sus ideas, me dediqué a un proyecto de biología que, en efecto, iba a dedicarle a Gin.

Porque sí, las mujeres superficiales también tenían derecho a ser felices.

Por primera vez en mucho tiempo tenía las ideas muy claras en todos los ámbitos. Había retomado mi oficio, salía con un hombre que hacía más amenos mis días y estaba rodeada por todas las personas que adoraba.

—¿De qué te ríes tanto? —me preguntó King un día, observando que tenía que hacer esfuerzos para no partirme de risa delante del ordenador.

—Estoy leyendo tuits, reseñas y comentarios en Amazon... Ya sabes, mi paseo mensual, a ver qué dicen las lectoras. Hay cada locura...

King se tiró a mi lado en el sofá.

—¿Qué dicen?

Me aclaré la garganta e hice una rápida selección de los mejores.

—«¡Kathleen Priest ha vuelto...! ¡... a joderme la vida! ¡Y ha vuelto a encantarme! ¡Que le den a Christian Grey, yo sí que soy sado!» —Solté una carcajada—. «Sé que la escritora dice que el protagonista es moreno, pero yo me los imagino a todos rubios, como un ejército de Ryan Gosling viniendo hacia mí. Joder, ¿es rubiófoba? ¿Por qué no hay ningún Ryan en sus libros?». En eso tiene razón. Mis protagonistas son morenos. Debería innovar. Oh, joder, mira esto: «El otro día estaba teniendo sexo con mi novio y dije el nombre de Gavin Defarge. Estuvo a punto de dejarme porque es que encima le solté que ni me molestaría en salir con él si tuviera a uno como Gav. Al final le dije que era broma... Pero no lo era».

King se rio alegremente.

—¿Tan intensas son las lectoras?

—Oh, y eso no es nada. Tendrías que verlas elucubrando sobre la pareja de la biología que he prometido sacar en unos meses e indagando sobre los agradecimientos del libro.

—¿Agradecimientos? ¿Qué tienen que averiguar sobre eso?

—Están intentando descubrir quién usa «cerdo que pone el pecado en el mundo» como apodo.

King levantó las cejas.

—Muñeca... ¿Me has puesto en los agradecimientos de tu libro como «el cerdo que pone el pecado en el mundo»?

—Creía que había quedado claro a la primera insinuación.

Sacudió la cabeza y no pudo aguantarse más. Rompió a reír y me pasó un brazo por la cintura para apretarme contra él.

—No habrás puesto, por casualidad, una dedicatoria para el sillón, las tostadas o King Kong...

—No, pero a la salchicha...

King me silenció tumbándome boca arriba. No tardó ni medio segundo en quitarme los pantalones.

—Tú la mencionas, y yo la saco. Solo obedezco órdenes. —Me guiñó un ojo e inspiró hondo

—. No me puedo creer que me hayas puesto en los agradecimientos. ¿Debería sentirme especial?

Adoraba estar con él, pero cuando insistía a su manera en que confesara mis sentimientos, me sentía mal. Algo dentro de mí me presionaba a seguir guardándomelo.

Había progresado en los últimos meses. Ahora bien: eso no quería decir que pudiera airear mis emociones sin miedo a que las usaran en mi contra. Una minúscula parte de mí se negaba a creer que todo pudiera ir tan bien de pronto.

Debía tener truco.

—No tienes que agobiarte con eso. Forzar un «te quiero» es, para mí, uno de los peores delitos que se pueden cometer —me aconsejó Liberty cuando se lo comenté—. Te acabas arrepintiendo.

—Opino igual, aunque bajo mi punto de vista estás más que enamorada —comentó Gin—. Solo tienes que encontrar el momento de decirlo. Ese en el que sea o declararte o explotar.

No pude pedirle segunda opinión a Jaab o a Maddox.

El primero se marchó de nuevo por el mundo por motivos de trabajo, y Dox estaba ocupado encargándose de la empresa de su padre, quien falleció unos meses después de su regreso de la India a causa de un cáncer muy agresivo.

No habló del tema. Tampoco buscó consuelo. Se cerró en banda, y, aunque lo intenté, fue difícil ofrecerle apoyo.

—Lo mejor es que lo dejemos a su aire —me sugirió Theo, su amigo y compañero, cuando tuve que plantarme en el negocio de mudanzas para enterarme—. Ya sabes cómo es Dox. Cuando algo le afecta, se quita de en medio y pasa mucho tiempo a solas. Es lo que necesita.

—Pero ¿cómo está? Adoraba a su padre.

—No está tan mal como puedas imaginar. Lo quería, pero sabía cómo acabaría. De todos modos, está rodeado de apoyos en casa.

—Declan no es ningún apoyo.

Theo cabeceó, dándome la razón.

—No, Declan no. Pero Declan está lejos, y así es mejor.

Prácticamente todo estaba en orden. Cada uno seguía con su vida. Así, mi día a día se reducía al trabajo desde casa, a mis cenas informales con Gin y a King, quien se tomó muy en serio mi

petición de conocerlo.

En Navidad me llevó a conocer a su familia. Propuso la idea como si tal cosa mientras desayunábamos, y aunque fingí que me parecía maravilloso, tuve que pasar un rato encerrada en mi habitación para asumirlo.

Eso era compromiso.

Compromiso a gran escala.

Pero accedí. Me presentó a Seamus, su padre adoptivo. Se trataba de un hombre no demasiado alto, encorvado y de unos cincuenta años. Era muy culto, cosa de la que uno se daba cuenta al hablar con él. Durante la tarde me fijé en que Swan era la mujer de su vida. Se le iluminaban los ojos de orgullo al mirarla, y no era para menos.

La hermana de King había entrado a trabajar en el hospital de St. Vincent's, justo después de graduarse con matrícula de honor en la Universidad de Dublín.

Descubrí que decidió dedicarse a la medicina por su madre, Roslyn, que falleció a los cuarenta y ocho años por culpa de una patología repentina que no le detectaron a tiempo.

A su manera, los dos hijos de la difunta la honraban aun tras la muerte.

King también tenía sus preocupaciones laborales. Estaba angustiado porque no encontraba *community manager*.

—Mi negocio acabará cayendo en picado por culpa de lo mal que se me dan las cuestiones publicitarias. No puedo hacerlo solo, y eso me estresa.

Pero no tardó en encontrar lo que estaba buscando, aunque el proyecto le tomó unos cuantos rechazos. Por lo visto, pocas merecían su confianza.

La que eligió era ideal para el puesto, y, como cabía esperar, tenía el mismo físico que el resto de sus empleadas. Muy rubia, muy bronceada, con los ojos enormes y una talla de sujetador bastante por encima de la media.

—Eres de novela, tío —le solté un día a King—. Todos los protagonistas empresarios de tramas románticas tienen rubias guapísimas en plantilla.

—No sé por qué lo harán ellos en los libros, pero lo mío es estrategia comercial. Sé que no es lo ideal usar a una persona para atraer clientes. Cuando descubra otra forma de hacerlo, la usaré.

—Y luego da la casualidad de que son tu tipo.

—Tú eres mi tipo, Victoria Beckham. —Me robó un beso.

No supe que su nueva empleada era guapa porque King me la describiera, sino porque coincidí una vez con ella. Y debo reconocer que, en el momento en que la conocí, no sentí celos.

Era educada y cordial, y le entusiasmaba mi oficio. Pero al conocer su expediente, me invadió la envidia.

Había terminado la universidad y tenía un par de másteres. Y yo no había completado mis estudios. Era una espinita que tenía clavada en el corazón, aunque fuese feliz con mis libros.

De todos modos, la cosa no fue más allá. Si la confianza en mí misma decayó, se debió a que unas semanas después de su contratación, fui a una de las franquicias del sello de King's Pleasure para recoger a King.

Habíamos quedado para almorzar. No me arreglé porque tenía ganas de algo grasiento. Como era costumbre, entré por la trastienda y esperé allí. Una muy mala idea, porque escuché lo que las dos dependientas comentaban frente al mostrador.

—¿Has visto las últimas fotos de Sheila? —preguntaba la que reconocí como Pamela—. Son increíbles. Parece de otro mundo.

—Ha pasado de King's Pleasure a Tommy Hilfiger. ¡Eso sí que es crecimiento profesional! —exclamó Ciarán. La habían enviado a la tienda del centro—. Y pensar que dijimos que cuando lo

dejara con el jefe se quedaría obsoleta... Me da rabia tener que morderme la lengua.

—Es normal que lo pensáramos. Una cosa es que te dejen, y otra que te reemplacen dentro y fuera de la cama... Y por una mujer más fea. ¿Tú no dejarías tu trabajo por un tiempo? Porque yo sí.

—Eso es verdad. Todavía no lo entiendo. Sheila era exitosa, guapísima y encantadora, y de repente la dejó por esa. No me entra en la cabeza. ¿Qué tiene? ¿Será una guarra en la cama? —Ciarán se echó a reír y Pamela la secundó—. En serio, es que es una borde, y ni siquiera es mona. Las tres veces que la he visto iba en chándal. Por Dios, está saliendo con King Sawyer. Él siempre tan arreglado y guapo, y ella... En fin.

—Si yo fuera él, la mantendría en secreto. Fíjate que a ti te montó el pollo con los anillos, pero yo la escuché gritándole al señor Sawyer como una histérica, diciendo que si era un cerdo, o vete a saber... ¿Tú te crees? ¡Insultar a King Sawyer, cuando sin él no sería nada!

—Bueno, no exageres. Es escritora. Y muy famosa.

—¿Y eso se supone que es la monda? —ironizó Pamela—. Escribir no es un trabajo de verdad, y menos aún si hablamos de novela erótica. A mí me daría vergüenza pasarme el día fantaseando con un tío que no existe. E imagina si lo leyeran tus padres.

—Uf, eso sí que me daría corte.

—Pero claro, estando loca, dime tú dónde podría trabajar, si no. De cara al público no, eso está claro. ¡En serio, es que no me imagino por qué cambiaría a Sheila por alguien así!

Oí cómo la puerta se abría y unos tacones avanzaban hasta el mostrador.

—¿Todavía no ha llegado Sawyer? —oí a Gabriella. Su voz grave era inconfundible—. Hemos quedado para comer.

—¿Para comer? —repitió Ciarán.

—Ajá. Me ha dicho que quiere hablar conmigo de un tema personal.

—¿Un tema personal? —se extrañó Ciarán—. ¿Ahora os confiáis secretos?

—Nos llevamos bien. Somos amigos.

—¿De qué clase de amistad estamos hablando? —inquirió Pamela. Por el tono que usó, era obvia la respuesta que quería escuchar—. Qué suerte, y yo que no conseguí nada con él...

—Yo sí —repuso Ciarán con pedantería—. Nos acostamos una vez.

—¿En serio? —intervino Gabriella, incrédula—. Yo tenía a Sawyer por un profesional.

—Oh, lo es. Con la lengua sobre todo —rio Ciarán. Pamela no tardó en secundarla—. En fin, te toca a ti disfrutarlo, Gab... Qué envidia me das.

—Oye, que yo no he dicho nada —repuso la aludida.

—Pero os traéis algo entre manos, es innegable. Vais juntos a todas partes.

—Eso no lo voy a negar. Pero no os incumbe el porqué.

—Lo quieres para ti solita, ¿eh? —la chinchó Pamela.

Gabriella se echó a reír.

—No niego que King sea encantador...

No pude seguir escuchando. Salí del local mareada y con el corazón latiéndome apresurado. Hui de la trastienda como si así pudiera olvidar lo que había oído y desbloqueé la pantalla del móvil para ver que, en efecto, él no iba a aparecer.

King

Asuntos de trabajo. No voy a poder almorzar contigo. Hasta la noche.

xxxxxxxxxx

Me imaginé a Gabriella y a King comiendo juntos en algún sitio lujoso. Me lo imaginé metiéndole la mano bajo la falda. Me lo imaginé follando con Ciarán. Me lo imaginé flirteando con Pamela. Me lo imaginé pasándole el brazo por encima a Sheila mientras veían la televisión.

Eso último no tenía que inventármelo, porque lo había visto. Y también le había visto llamar «muñeca» a todas y cada una de las mujeres de su entorno.

El estómago se me contrajo, y, resguardada en el callejón paralelo como si yo fuera la criminal, vomité el desayuno.

Capítulo 30.

Las cosas son justo lo que parecen

No me había mentido.

Era un asunto de trabajo porque Gabriella trabajaba para él. Incluso si iban a tratar «temas personales» que a mí no me constaban.

No terminaba de entender por qué, si tenía un problema personal, prefería tratarlo con su *community manager*. Pero no iba a prender las alarmas. Quería confiar en que, aunque todas las asalariadas de la joyería lo creyeran, King no estaba interesado en Gabriella.

Eso fue lo que me repetí volviendo a casa con el equilibrio afectado. Me encontraba mal, pero no era su culpa. Solo había sido doloroso oír que me consideraban tan poca mujer que ni respeto sentían por la elección de King.

Se habían dirigido a Gabriella como si ya lo tuviera en el bote. Como si fuera cuestión de días que me diera la patada y se fuese con ella. Como si yo no valiera una mierda.

Kathleen

Ok, no pasa nada. ù

No me contestó.

Eso me puso nerviosa.

Tenía por acostumbrado que me dijera que me quería en cada mensaje, o por lo menos me mandara una de sus equis. A lo mejor estaba muy ocupado y no tenía el móvil a mano.

O, siendo algo más radical, se había cansado de demostrar su cariño sin recibir nada a cambio.

Quedaba poco para que hiciera un año desde que lo conocí; más de medio desde que se declaró, y yo aún era incapaz de pronunciar una triste palabra amorosa.

Le daba toda la atención que pudiera necesitar para suplir esa carencia, pero bien podía no ser suficiente.

Bien podía haberse fijado en Gabriella a raíz de mi falta de expresión.

Si me estaba engañando, esa podría ser una de las razones.

Mi desinterés.

Pero no me estaba engañando. Claro que no. Me quería, y lo demostraba y lo repetía sin cesar. Lamentablemente, eso no quitaba que fuese coqueto y abierto de mente por naturaleza, dos cualidades que me encantaban... y que también me tenían con el alma en vilo. No me extrañaría que se hubiese cansado de la monogamia quisiera volver al ruedo.

¿No estaba feliz con Sheila y, aun así, pretendía acostarse conmigo?

Entendería que Gabriella estuviese en su radar. Era su tipo. Mucho más atractiva que yo, igual que Sheila, a la que había dejado porque... Bueno, estaba de acuerdo con lo que habían comentado Pamela y Ciarán.

No entendía por qué reemplazó a Sheila Boyd por alguien como yo. ¿Porque se había enamorado? Lo hizo demasiado rápido, lo que era sospechoso cuanto menos. Nos conocíamos desde hacía unos meses cuando declaró que me quería. Tal vez le atraía mi complejidad. A los hombres les encantaban los enigmas y las mujeres que se hacían de rogar.

Quizá solo estuviese conmigo para sentirse el héroe.

«Estás siendo injusta», me reprochó la vocecita interna. «King te quiere por lo que eres, y no hay más que hablar».

Claro, pero... ¿Qué era yo?

Solo era una mujer.

Cuando llegué al portal, se me había quitado el hambre y todo lo que quería hacer era distraerme. Cualquier cosa antes que aceptar que me estaba volviendo una chiflada... otra vez.

¿Tenía motivos reales para desconfiar de King, o acaso el escepticismo seguía instalado dentro de mí?

Cualquiera de las dos opciones me aterrorizaba.

—¿Caitlin? —Levanté la mirada en dirección al portal con el estómago revuelto. Un par de mujeres se acercaron con una libreta en la mano—. Caitlin, ¿podría hacerle unas...?

—No —espeté. Mientras, busqué las llaves en el bolso—. ¿Qué demonios hacen en la puerta de mi casa? ¿Es que no tienen respeto por nada? Voy a llamar a la policía.

—Por favor, solo serán unas preguntas —machacó una de ellas—. Nos marcharemos enseguida. Somos una revista muy poco conocida, y...

—¿Y pretenden hacerse un nombre investigando la vida de una persona normal y corriente? Lo único que hago es escribir libros. Si tienen alguna duda sobre eso, envíenle un correo a mi editorial.

—Pero...

—Y no soy Caitlin McGrath. Soy Kathleen Priest.

Les cerré la puerta en la cara.

No era la primera vez que me asaltaban los periodistas en el último año, y sospechaba que pasaría otro largo período de tiempo hasta que me dejaran en paz, pero las veces anteriores había ido acompañada de Maddox, o de King, y había salido airosa. Ese fue el primer día que me topé de frente con los entrometidos, y me asombró cómo logré mantener la calma.

Decidí recostarme en la cama y no hacer nada más en todo el día.

King llegó, como prometió, esa misma noche.

Me sentí estúpida al buscar en su camisa, de forma discreta, algún perfume femenino.

No hallé pruebas.

No supe si celebrarlo o empezar a preocuparme en serio.

Odiaba compararlos, pero Nolan escondía sus rastros como un profesional.

«No ha dado pie a sospechas, Kathleen», me repetía. «Solo ha sido una conversación entre sus empleadas. Él es bueno».

—¿Por qué has tardado tanto? —pregunté, aun así.

—He pasado por casa antes para dejar el ordenador y toda la parafernalia —contestó mientras se desnudaba. Se había acostumbrado a dormir en casa, y yo no ponía ninguna pega. Es más: me gustaba que su olor se quedara en mis sábanas—. ¿Qué tal te ha ido hoy?

—¿Qué tal te ha ido a ti? Eres el que ha estado trabajando.

King alzó una ceja y se tumbó a mi lado, mirándome con una sonrisilla.

—Será que la escritora más famosa del mundo no trabaja. Pues me ha ido como siempre. He tenido una reunión con el equipo a la hora de la comida, por eso no he podido ir a verte. No estás molesta por eso, ¿verdad?

Una reunión. Había tenido una *reunión* con el equipo.

Hacía tiempo desde la última vez que una palabra me hizo tanto daño. ¿No podía decir simplemente Gabriella?

—¿De qué iba? ¿Vas a sacar otra línea, o algo así?

—Algo así. —Me acarició la mejilla con cariño. Yo me quedé estática—. ¿Estás bien? Te noto tensa.

—No, solo me duele un poco la cabeza. ¿Te importa si esta noche me acuesto pronto?

—Claro que no —repuso. Que no insistiera ni hiciera esas bromas sobre lo mucho que le dolía no tocarme también me hizo desconfiar—. Buenas noches, muñeca.

—No me llames así —mascullé entre dientes.

—¿Eh? ¿Has dicho algo?

—No, nada.

A la mañana siguiente intenté volver a la normalidad. Me dije que no me lo había contado porque no era importante, o porque era una comida grupal, no en pareja. Gabriella no había especificado que fueran a solas.

Me sirvió para estar bien durante las semanas posteriores...

... hasta que le pillé una mentira para la que no encontré explicación. Se suponía que King debía estar en casa de su padre, y en su lugar me lo encontré en la consulta de Jude, a la que fui para acompañar a Liberty y a su madre.

Fue evidente que ni King ni Jude esperaban verme allí. Sus caras cambiaron al toparse conmigo. Los dos controlaron su expresión enseguida, una como buena psicóloga que era, y el otro como buen mentiroso.

—¿No estabas en casa de tu padre? —pregunté con la ceja en alto.

—Iba para allá ahora mismo. Solo había pasado para...

—¿Para saludar a mi psicóloga, a la que no conoces de nada?

King frunció el ceño.

—¿Por qué estás mosqueada? He pedido cita para hablar.

—¿Justamente con ella?

—Es la mejor de la ciudad.

—¿Y por qué sientes que debes ir al psicólogo? ¿Te pasa algo? ¿Por qué no hablas conmigo cuando tienes problemas...?

Me mordí el labio nada más escucharme. Sonaba como una neurótica. Él, gracias al cielo, sonrió, comprensivo.

—Te confiaría mi vida, Kathleen, pero hay temas que creo que solo puedo desarrollar con un profesional. Ya sabes; cosas relacionadas con mi pasado familiar.

Su madre.

Inspiré hondo y decidí concederle el beneficio de la duda, pero me costó tragármelo.

Me despedí de King con un beso y me retiré a esperar en la sala contigua a la consulta de Samuel Healy.

Era la última revisión de la señora Walsh, así que me esforcé por fingir que todo estaba bien y celebrar con Libby por todo lo alto. Pero ella notó que estaba rara, y tuve que mentirle.

King no hizo nada raro en las semanas posteriores al cruce en consulta, y eso me pareció sospechoso. Un día al azar, y sin pensar en una excusa, fui a la joyería en la que se suponía que debía estar. El alivio se extendió por todo mi cuerpo al ver que no me había mentido.

Sí, estaba allí.

Pero a solas con Gabriella.

Estaban hablando en la trastienda en voz baja. Me asomé y vi que King jugaba con la mano de la mujer. Ella lo miraba afectuosamente y escuchaba sus susurros con atención.

Aquella estampa me provocó una punzada en el pecho que perduró durante el resto del día.

No tenía por qué significar nada. Ese era mi mantra.

Pero luego me desdecía.

Por un lado, me dolía desconfiar de alguien que había sido tan bueno conmigo. Me dolía estar volviéndome loca. Después le echaba la culpa a Nolan por haberme desquiciado, y, al final, la tomaba conmigo misma por ser tan débil.

King no se merecía que estuviera maquinando contra él.

Los malos pensamientos me consumían. Cuando no estaba martirizándome por lo que pudiera estar haciendo fuera, me martirizaba por pensar lo peor.

Pero las señales estaban ahí. Las manitas, las sonrisas... Lo bien que hablaba de Gabriella. Siempre pasaba por casa antes de venir a la mía. Todo se hizo una bola, y solo se me ocurrió recurrir a una persona para hablar de King.

Alguien que lo conocía mejor que yo.

—Me ha sorprendido que me llamas, la verdad —me dijo Sheila—. Una sorpresa grata, claro. ¿Como te va?

Sheila demostró con el numerito del día de las fotos que no era ninguna idiota. Aquella era una conversación pendiente, pero iba a posponerla en aras de mi bienestar mental.

Ella reparó enseguida en que había un problema.

—Kathleen, si hay algo de lo que estoy segura, es de que King está enamorado de ti —me prometió tras escucharme—, y King jamás se había enamorado antes. Me lo confesó. Sin ir muy lejos, a mí nunca me dijo que me quería.

—Eso no significa nada.

—No creo que vaya a arriesgarse a perder a la mujer que quiere. Tiene una explicación, me apuesto cualquier cosa. No es un adúltero, sino... cariñoso.

—¿Cariñoso?

—Sí. De esos hombres a los que les encanta el flirteo sano. No porque la persona con la que trata le guste, sino porque está dentro de él. Le va el contacto físico, ya lo conoces. Que si abrazos, que si apretones, que si besos... Cuando aún estaba conmigo, siempre te saludaba con cariño.

—Las dos sabemos por qué me saludaba con cariño.

Sheila se me quedó mirando con dudas.

—¿Crees que quiere enrollarse con Gabriella y por eso es un tocón? Insisto en que es una persona muy cercana...

Que estuviera tan dispuesta a defenderlo me chirrió.

—Se porta con ella como hacía conmigo al estar contigo.

Ella se tomó un segundo para responder.

—Veo que sigues teniendo la misma opinión del amor libre.

—No acostumbro a cambiar de principios como de bragas.

—Te preocupa que quiera acostarse con ella porque no lo vas a permitir mientras seáis pareja, ¿no? Es difícil resignarse a estar con una sola persona cuando sueles estar con varias, sí, pero, mira, a mí no me importó que saliera contigo y conmigo, por ejemplo.

—¿Qué dices? —jadeé sin creerme su descaro—. Claro que te importó que empezara conmigo. Incluso viniste el día de las pruebas de imagen con su ropa, diciendo que había dormido en tu casa, solo para molestarme.

Sheila arrugó el ceño.

—¿Para molestarte? ¿Por quién me tomas, Kathleen? Aún salía con él ese día. De hecho, me dejó esa tarde.

La sangre se me heló en las venas.

—¿Cómo?

—Seguimos saliendo después de dejar tu apartamento. No nos vimos mucho, es cierto, pero no puso fin a la relación hasta el día de las pruebas. Se presentó en mi piso muy acelerado, como si hubiese venido corriendo. Me dijo que tú querías una relación cerrada, y que él estaba dispuesto a ceder. ¿Por qué lo preguntas?

Hice números mentalmente. La desesperación me jugó una mala pasada y tuve que iniciar las cuentas varias veces antes de darme cuenta de que, cuando King me prometió que había dejado a Sheila, aún estaba con ella.

Y siguió con ella hasta que le abofeteé por mentirme.

Me mareé tanto que Sheila tuvo que guiarme al sofá.

No me alcanzó la voz para explicarle que me había engañado desde el principio.

La despedí un rato después, temblando.

«En mi caso no sería como una infidelidad (...) Ya no estoy con ella».

«Después de ponderar, me di cuenta de que una noche contigo podría valer más que cualquier cosa que tenga».

Hijo de perra.

No sé cuánto tiempo pasé recordando, palabra por palabra, cada una de sus mentiras. Para cuando me llegó un mensaje al móvil, estaba fuera de mí.

King

Ocupado. Llegaré para cuando estés dormida.

Apreté el móvil, la mandíbula, e incluso el estómago se me encogió. Me dieron ganas de vomitar de pensar en lo que estuviera haciendo a altas horas de la noche.

Tecleé en un impulso orquestado por la rabia.

Kathleen

No te molestes en venir.
Duerme en tu puta casa.

King

¿A qué viene eso? ¿Estás cabreada?

Tengo cosas importantes que hacer, Kathleen. No es para ponerse así.

No contesté. Me metí en la ducha y allí pasé media hora de reloj, limpiándome a fondo. Me sentía sucia. Estúpida. Una maldita ingenua. Lloré hasta que empecé a marearme, segura de que King se había acostado con Sheila y conmigo durante el mismo período de tiempo.

Al salir, me topé de frente con King.

—¿Puede saberse qué te pasa? —preguntó, mosqueado—. Te he enviado tropecientos mensajes. Nunca te interesa si aparezco o no, ¿y ahora ni me respondes?

Cuando se acercó a mí, un perfume femenino me acarició las fosas nasales. Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no romper a llorar otra vez.

—Te contestaré si me da la gana —espeté, mirándolo como si me acabara de apuñalar—. ¿No tenías cosas que hacer?

—Sí, tenía, hasta que me he hartado de tu actitud. Llevas así quince días, y quince días he estado esperando a que me digas qué te pasa. ¿Vas a hacerlo ya, o tendré que toparme con otro

informe psicológico?

Me mordí el labio para contener un puchero.

King se pasó las manos por la cara, angustiado. No quise ni mirarlo. Tenía las palabras de Sheila grabadas en la cabeza, y dolían como el infierno.

Me di la vuelta y me puse la ropa interior sin quitarme la toalla.

—Mira, lo siento —musitó él a mi espalda—. Estoy muy agobiado. Las cosas no están saliendo como quiero, y veo que te cierras en banda... ¿Qué pasa? —la voz se le quebró—. ¿Por qué no me hablas con normalidad desde hace una semana?

Me rodeó la cintura con los brazos.

Al principio me dejé porque lo necesitaba. Necesitaba que me convenciera de que su cariño era verdadero.

Pero olí el perfume de Gabriella, y recordé a Sheila, y...

—Suéltame —sollocé—. Quiero estar sola.

—Muñeca...

Su insistencia fue superior a mis fuerzas.

Mi postura defensiva se fue al garete en cuanto rompí a llorar a lágrima viva.

—¡Deja de llamarme así, joder! ¡No quiero ni he querido ser nunca una de las trescientas mujeres a las que te diriges con ese apodo de mierda! ¡Me pone enferma verte decírselo a toda la que te parece medio guapa! ¡Para ya!

—¿Se puede saber a qué viene eso?

—¿Cómo has podido mentirme? ¡Te has estado acostando con Sheila mientras estabas conmigo! —le acusé—. ¿Por qué? ¡Sabías que no iba a poder con eso! ¡Lo sabías porque esa y ser honesto eran mis únicas condiciones! Tú sabías que no te lo perdonaría. Y no te atrevas a negarlo, porque he hablado con ella, y ¿sabes qué? La creo. —King hizo ademán de acercarse para consolarme, pero lo empujé al otro lado de habitación—. ¡Ni se te ocurra tocarme!

—No me he acostado con nadie estando contigo. Te lo juro por lo que más quiero. Ella lo corroborará. Desde que estuviste en mi casa aquella noche, no ha habido nadie excepto tú. Ni siquiera durante el tiempo que pasamos separados a petición tuya.

—Me... —la barbilla me temblaba incontrolablemente— me has mentido... Me has mentido...

—Kathleen, te lo dejé claro cuando empecé a perseguirte. No iba a renunciar a Sheila por ti. Hasta que no te dije que la había dejado, estuve viéndola. Pensaba que eso era evidente. Al principio quería teneros a las dos, lo sabes de sobra.

—¡No estoy hablando de eso! Estoy hablando de tu mentira —insistí, sollozando—. Dilo de una vez. Admítelo.

King asintió de forma casi imperceptible.

Nunca lo había visto tan tenso... y nunca lo había visto tan aterrorizado.

—Te mentí —confirmó en voz baja—. Cuando te dije que ya no estaba con ella, aún éramos pareja. Y lo seguimos siendo hasta el día de las pruebas de imagen en King's Pleasure. Pero desde que dijiste que querías exclusividad, no le he puesto un dedo encima. Nos hemos visto como amigos.

Cogí aire abruptamente y eché un vistazo alrededor sin ver nada más que manchas borrosas.

—Soy una estúpida —musité para mí misma—. Soy una... estúpida.

—Claro que no lo eres. Ha sido culpa mía. No te lo dije porque no lo creí necesario. No estaba con ella. Quedábamos para almorzar o desayunar, un rato al día, sin tocarnos... Solo te quiero a ti.

«Solo te quiero a ti».

«Eres la única para mí».

¿Cuántas veces me lo habían dicho?

Era la frase más recurrida de Nolan. Su preferida, y la que a mí más me aliviaba escuchar cuando sufría un arrebato de celos.

Por desgracia, ya no me valía.

—Vete.

—Escúchame...

—¡No, no quiero! —Lo miré a la cara, rota de dolor—. ¿Y por qué no la dejaste si estabas solo conmigo, eh? ¿Si solo me querías a mí...? Sabías que mi única condición era tu soltería, y no te importó. No me lo puedo creer. Quiero que te marches.

Él no se movió de donde estaba. Iba a gritarle de nuevo que se perdiese, pero me interrumpió en tono suave y contundente.

—Entiendo que estés enfadada. Te he mentido, pero no te he engañado. Le di poca importancia y debería habértelo dicho, y lo siento...

—Márchate.

—Lo voy a hacer —me aseguré—, pero, por favor, no me alejes. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí y no soportaría perderte, Kathleen —dijo de corazón. Su voz se quebró al hablar—. Sé que la he jodido en algo básico, y no trato de excusarme, pero... déjamela pasar. Solo esta. Te lo ruego.

Me di la vuelta para no tener que mirarlo.

—Vete, por favor. No puedo ni quiero pensar ahora mismo.

—Te llamaré mañana. Kathleen... —añadió al ver que no contestaba—. Te quiero.

Para cuando logré balbucear un poco creíble «me importa una mierda», escuché la puerta de entrada cerrarse.

Meforcé por no llorar. Aunque acababa de ducharme, regresé al baño y me desnudé otra vez. Llorando allí uno se sentía menos estúpido. Quizá porque las lágrimas se mezclan con el agua, igual que a veces se mezclaban los nombres de King y Nolan.

No sabía por cuál de los dos lloraba esa vez.

Pronto me daría cuenta de que era por mí.

CAPÍTULO 31.

Cosa de dos

A raíz de la discusión, me sumí en una pseudodepresión que me era familiar. No quise ni pude rendir cuentas a nada ni a nadie durante la semana siguiente.

Estuve reclusa en mi habitación intentando teclear, alimentándome de Cheetos, palomitas y comida basura con aceite de palma.

Ignoré los intentos de comunicación por parte del exterior mientras trataba de decidir qué hacer. Había aprendido que, para estar en una relación desconfiando, era mejor no estarlo. Pero si pensaba en alejarme de King, me daban unas ganas de llorar que me ahogaban.

Cada vez que sentía que me estaba acercando a la decisión correcta, me paralizaba la desesperación. Debías ser particularmente fuerte para abandonar a alguien que te había acercado a la felicidad, y yo no sabía si lo era.

No dejaba de repetirme que no podía ser tan radical. King me había perdonado toda clase de actitudes. Estar dolida o haber vivido una relación tóxica no excusaría permanentemente mis neuras.

King significaba muchísimo para mí. Y era verdad lo que dijo. Estaba avisada. Sabía que, cuando venía a mi casa a robarme un beso y se colaba en la barra de La Tramposa, estaba con Sheila. Eso no me echó para atrás cuando casi tuvimos sexo en el baño. Lo que me dolía era la mentira, y él la había reconocido con la pertinente disculpa.

¿Era suficiente eso para mí?

Quería perdonarlo, pero ¿y si lo hacía de nuevo?

Nos habíamos esforzado para llegar donde estábamos. Pero ni siquiera había llegado a entregarle mi confianza, y ya la había traicionado.

¿Y por qué no había confiado en él, después de todo? ¿Por qué no le decía cómo me sentía respecto a Gabriella? Pues porque entonces descubriría hasta qué punto era celosa, y King, que no creía en la posesión, podría sentirse asqueado.

De golpe y porrazo me encontré en una encrucijada.

Lo único que me animó fue mi cumpleaños. Mi padre había pospuesto su viaje de regreso a Ámsterdam, su ciudad natal, para felicitarme e ir a la fiesta sorpresa —o no tan sorpresa, porque lo sabía— que Ginebra y Libby habían preparado para mí en La Tramposa.

Estaba decidida a que nada ni nadie perturbara mi paz durante un día tan especial.

King estaba invitado a celebrarlo. Yo misma se lo comenté con la boca pequeña cuando por fin le cogí el teléfono y quedamos para vernos.

Acordamos que iría a su despacho en el centro de la ciudad, ubicado en el piso superior de una del establecimiento original de King's Pleasure.

Me puse un vestido rojo de punto, me pinté los labios a juego y me hice una coleta tirante. Estaba orgullosa de mi aspecto hasta que me crucé con Gabriella en el vestíbulo.

Esbozó una sonrisa vacilante al verme, como si no supiera cómo actuar a mi alrededor.

—¡Kathleen...! Hola. Me alegro de verte. Supongo que buscas a King. Su despacho está al fondo del pasillo. ¿Por qué no esperas allí hasta que llegue?

Estaba despampanante con su traje de chaqueta blanco. Llevaba una sombra de ojos burdeos.

Incluso yo quería rollo con ella.

Gabriella tenía cosas que hacer, así que me dejó sola.

La oficina era espaciosa y luminosa gracias al vidrio azul de los ventanales. El minimalismo de la decoración le daba un toque moderno. Había enmarcado en la pared los pósteres más atractivos de sus últimas campañas promocionales.

Husmeé entre las imágenes publicitarias. Reconocí su carísima colección de diamantes; la veraniega y más juvenil, en la que destacaban piedras azules y plata de ley, y... a mí. Me reconocí a mí en el cuadro más grande, el que centraba la composición. Aparecía riéndome porque alguien me había estado haciendo cosquillas.

Por alguna razón, se me humedecieron los ojos.

—No es esa la reacción que esperaba ver en la gente cuando se me ocurrió colgarla. Pensaba que la sonrisa era contagiosa.

King estaba bajo el quicio de la puerta. Llevaba su clásica americana de raya diplomática, el nudo de la corbata desarreglado y el cabello desordenado. Se le veía cansado, pero también ridículamente entusiasmado. Su sonrisa contenida me lo dijo todo.

No pude resistirme a abrazarlo. Él correspondió mi gesto y me besó la mejilla, la sien, la coronilla... Todo lo que quedaba a la vista, como pronto también mis labios.

Cuando nuestras bocas entraron en contacto, me dio la sensación de que llevaba años sin sentirlo tan cerca. Con su beso lento y sentido, me pidió perdón y me juró que me quería.

—¿Estás bien? —me preguntó en voz baja, mirándome a los ojos. En cuanto asentí, los cerró, aliviado, y me abrazó más fuerte—. Dios... Te quiero tanto. Ya estaba pensando que te había perdido.

—No puedes volver a mentirme. Si lo haces, tendré que dejarte, King. No pienso convertirme en la mujer que lo perdona todo.

—Ni yo en el hombre que nunca para de cagarla.

Me separé de él. Necesitaba espacio para pensar con claridad. El silencio se instaló entre nosotros. No queríamos decir nada más. Estábamos meditando, cada uno por su lado, y al mismo tiempo controlando las ganas de sellar el reencuentro con más besos, más caricias. Tal vez King se preguntó, igual que yo lo hice, si no me equivocaba al dejar correr el asunto.

—Bueno... —carraspeé—. Solo quería que supieras que estás invitado a mi cumpleaños. Sin ti no sería lo mismo.

—Me alegra que lo celebres. No te vi hacerlo el año pasado. Es un paso, ¿no crees? Intentaré estar allí. Quiero hablar contigo de un asunto importante.

—¿Qué asunto?

Él sacudió la cabeza.

—Es mejor esperar a que pase tu cumpleaños. No te quiero robar el protagonismo.

Estuvimos hablando un rato más. Poco. King tenía responsabilidades que atender, y yo me sentía incómoda, no sabía si con él o con mi decisión. No paraba de pensar en la mentira cuando lo miraba, y no me abandonaba la sensación de que se estaba burlando de mí. Creo que llegué a exteriorizarlo, porque por primera vez desde que lo conocía, King también estuvo cortado.

Me marché rápido, aferrándome a que esa noche, en medio del jolgorio, volveríamos a ser los mismos.

Pero no apareció.

Como en toda fiesta sorpresa, fui la última en llegar. Mi padre me hizo avanzar por el local con los ojos tapados, que estaba sospechosamente silencioso. Todos mis seres queridos estallaron en gritos y aplausos cuando apartó la mano.

Hasta ese momento, no se me había ocurrido pensar en lo afortunada que era. Tenía un buen

número de gente a quien le importaba celebrar mi existencia. Gente que se preocupaba por mí y para la que yo significaba algo. Al recibir un abrazo grupal, me emocioné tanto que estuve a punto de llorar.

Mi padre, Liberty, Gin... Dox también, aunque tuvo que marcharse enseguida. Me abrazó y me entregó un sobre envuelto con algunas tonterías garabateadas.

Sheila también había aparecido. No me apetecía verla, pero agradecí el detalle, y agradecí sobre todo que se fuera pronto. Swan pasó a felicitarme, y Fiona incluso participó en el regalo.

El único que faltaba era King, pero al verme rodeada de mis seres queridos, me di cuenta de que no le necesitaba. De que su ausencia no podía arruinarme la noche. Solo me habría gustado que estuviera allí y compartiera conmigo un momento tan especial.

Fui saludando a los invitados uno a uno, feliz, hasta que me topé con una figura femenina que me resultó familiar. La mujer se dio la vuelta y me miró con una sonrisa desbordante.

—Es cierta la leyenda. Te has pasado al castaño, ¿eh?

—¿Sug? —balbuceé, estática en el sitio.

Ella avanzó hacia mí sin dejar de sonreír, tan risueña como la recordaba.

Sugar seguía siendo fiel a su estilo desenfadado y a los *piercing*s de los que le dijeron que se arrepentiría. Llevaba el pelo teñido de rosa con un favorecedor corte al estilo *garçon*.

—Me alegro tanto de verte, κ... No sabes cuánto. —Me abrazó con fuerza. Yo no salía de mi asombro—. Estás guapísima.

Abrí la boca para responder lo que procedía: «Tú también», «cuánto tiempo», «qué ilusión me hace que estés aquí». Pero el shock me pudo y acabé balbuceando incoherencias.

—¿Qué haces aquí? —logré articular.

—Me ha invitado tu novio. Al menos se presentó así. Me lo creí porque es definitivamente tu tipo. Y vaya tipo, niña. —Me guiñó un ojo—. He aprovechado unas noches gratis que tengo en hoteles europeos gracias al trabajo y algunos días libres acumulados para asomarme. Me puse tan contenta cuando supe que estabas viva... Riri acaba de dar a luz y no estaba en condiciones de venir, pero te manda muchos besos. —Se echó a reír al ver que no reaccionaba—. Parece que hayas visto a un fantasma. No será que no te acuerdas de mí, ¿no? Han pasado años, pero también fueron años los que pasamos juntas.

—No, no, no, claro que me acuerdo. Yo... Es que no... No te ofendas; sé que no fue tu culpa. Ni la de Riri, pero...

Su expresión se suavizó.

—Estuvimos un tiempo cabreadas contigo —reconoció, avergonzada—. Hasta que comprendimos lo que pasaba, obviamente. Yo ya sospechaba que Nolan era un jodido cerdo, pero no lo confirmé hasta que me lo crucé por la calle y me soltó... En fin, no hace falta revivir eso. El caso es que para entonces ya no sabía cómo contactarte. Desapareciste del mapa. Saber de ti ha sido una alegría que necesitaba, la verdad.

Cambié de tema enseguida. No quería recordar una época amarga en un día especial, y ella lo entendió.

Fue agradable saber de ella, y me entusiasmó que todo hubiese sido obra de King. Pasamos un buen rato, tal vez horas, recordando las travesuras que cometimos y los chicos que nos solían gustar. Me habló de Riri, que se había casado con su novio de toda la vida.

Dando por hecho que King estaría demorándose por culpa del trabajo, me despedí temporalmente de los que estaban en la fiesta y fui corriendo a buscarlo a la oficina. Me moría de ganas de darle las gracias y preguntarle cómo demonios había conseguido localizarla.

No lo encontré en el despacho, pero uno de sus asalariados me dijo que había bajado a la

cervecería de la esquina con Gabriella.

La sonrisa que llevaba en la cara se me borró de un plumazo.

Ya sabía dónde estaba: ocupado.

Con otra.

En mi cumpleaños.

Debería haber dado media vuelta. Debería haber regresado a la fiesta con mis amigos. Pero todos tenemos un puntito masoquista, y no se me ocurrió nada mejor que dirigirme a la cervecería sabiendo de antemano que no me iba a hacer ninguna gracia lo que viera.

¿Qué hacía con ella en un día tan importante para mí?

A los pocos segundos, tuve la respuesta ante mis ojos. King estaba sentado con Gabriella en la terraza del local, pegado a la cristallera que daba al interior. El barullo generalizado me impidió escuchar su conversación al detalle, pero su expresión mortificada y el gesto conciliador de la mujer me lo dijeron todo.

Sus manos estaban unidas por encima de la mesa.

Nada más entrar en el garito, escuché lo que decía. Tenía la voz tan grave que se le oía; no alto y claro, pero sí lo suficiente para romperme el corazón.

—Si yo lo tengo muy claro, muñeca... Pero creo que no es el momento de decírselo. Al menos, no hoy. Es su cumpleaños. ¿Y si se viene abajo? —Sacudió la cabeza—. No sé, debo hacerlo con tacto. Ya te he contado cómo es. Nunca sabes cómo va a reaccionar, y casi siempre lo hace peor de lo que preveo.

—Pero no creo que reaccione mal con esto —respondió Gabriella con suavidad—. Ya sabe cómo te sientes respecto a ella, ¿no? Y te conoce desde hace tiempo. No debería sorprenderle que quieras dar ese paso.

—No lo entenderá. Sobre todo teniendo en cuenta lo que ha pasado hace poco, con Sheila y demás.

—Deja de pensar tanto y hazlo. Es tu vida, cariño. No puedes permitir que su reacción condicione cada paso que des, e incluso tu modo de vivir las relaciones. Díselo. Sabrá encajarlo. Y si no sabe... pues que aprenda.

Me mareé al comprender a qué se refería.

Bien podía no estar liado con Gabriella, pero era evidente que ya no quería estar conmigo, o no *solo* conmigo.

Y no sabía cómo decírmelo, porque era tan bueno que no soportaría hacerme daño.

—Tus deseos y sentimientos también importan —le insistió—. No puedes ser conformes con algo que no te haga plenamente feliz.

Saber que ella tenía razón fue un duro golpe. ¿Cuándo se había sentido King seguro conmigo, si nunca le había hablado de mis sentimientos, si nunca le había dicho que le quería?

Él sacudió la cabeza.

—Debería olvidarme. Últimamente no estamos bien. Ha vuelto a ser la misma que cuando empezamos. A saber lo que pensará de mí si se lo comento. Me mandará al infierno.

—Una relación es cosa de dos. No puedes estar siempre velando por ella, ¿es que no te das cuenta? Entiendo que Kathleen no está muy bien, pero no pretenderás usar eso como pretexto para subordinar toda tu vida a sus deseos, ¿no? Ya sé que es imposible dar y recibir en la misma medida; lo has dicho muchas veces. Lo que pasa es que tú no estás recibiendo nada, y encima te sientes mal si pides. Haz lo que quieras, King. Pero haz algo, porque esta relación... Lo siento, pero creo que no está nivelada ni va a ninguna parte.

Aquello se me clavó en el corazón.

No me molestó que otra mujer estuviera metiéndose en mi relación, seguramente con el propósito de romperla y enrollarse con King; me molestó que tuviera tanta verdad en la boca.

Yo no había sido capaz de decirle que lo quería. Ni que me importaba. Ni siquiera sabía expresar mi preocupación por lo que estaba pasando en condiciones; me enfurecía, me encerraba en mí misma. En consecuencia, me encontraba con una situación que no me gustaba y de la que no podía quejarme.

Estaba al borde del llanto. Me podía la impotencia. Quería hacer algo; romper algo. ¿Romper lo que teníamos?

Decidí volver a casa.

Por desgracia, King me localizó justo cuando estaba saliendo de la cervecería, arrebatándome la oportunidad de meditar en frío.

—¿Kathleen?

Ya me había dado la vuelta para marcharme. Aproveché que no me veía para cerrar los ojos un instante y prepararme mentalmente para la confrontación.

King, sorprendido pero sin ninguna expresión de culpabilidad, se acababa de levantar de su asiento y se acercaba a mí.

Lo hizo con una sonrisa resignada que me dolió.

Me aparté en cuanto observé que tenía intención de abrazarme.

—He ido al despacho para darte las gracias por lo de Sugar y me han dicho que estabas aquí. Eso era todo, en realidad. Siento haberte interrumpido. —Meforcé a sonreír con educación—. Muchas gracias, King. Ha sido un detalle.

Él frunció el ceño ante mi tono ausente.

—¿Ocurre algo?

Pretendía despacharlo con cortesía y enfrentarlo ya al día siguiente, pero acabé soltándolo.

—Claro que ocurre algo. Ocurre que somos infelices.

—¿Cómo? —Pestañeó, perplejo—. ¿A qué viene eso?

—No te has atrevido a decírmelo porque no quieres darte cuenta, pero estás cansado de mí. Fíjate... Tus ojeras, tus hombros hundidos. Cada vez pasas más tiempo trabajando porque no quieres venir a casa conmigo. Mientes diciendo que vas a un sitio y te encuentro en otro. Estás pasando mi cumpleaños con tu *community manager*...

—Sobre eso...

—No digo que seas un capullo, ni que me estés poniendo los cuernos..., aunque es obvio que quieres abrir la relación. Digo que sabía que esto ocurriría, que yo no sería suficiente. Te lo dije —le recordé, entristecida por haber tenido la razón. Cuánto me habría gustado que me la hubiesen quitado—: yo no estaba preparada para este compromiso..., igual que no estoy preparada para ver cómo te vas porque no te sientes cómodo. Llámame cobarde, pero no soporto pensar que te he convertido en una persona triste.

—Kathleen...

Levanté la mano para impedir que hablase.

—Estoy segura de que tendrás una buena excusa para no estar ahora mismo en La Tramposa, pero no va de eso la conversación. Va de que me he vuelto loca estas últimas semanas, de que ya no sabes cómo dirigirte a mí. Te da miedo mi reacción, y, sinceramente, no quiero que temas ser tú mismo por mi culpa. —Se me quebró la voz—. No quiero que sufras, dudes, o te preocupes por mi culpa. Así que... Supongo que hemos terminado. Ni siquiera deberíamos haber empezado en primer lugar.

Me sequé las lágrimas rápido, como si así pudiera convencerle de que no las había visto caer.

No esperé a que respondiera, e hice mal, porque tenía todo el derecho a replicarme, si quería.

Eché a andar calle abajo, rogando para que ese fuera el último numerito sentimental de Kathleen Priest.

Él reaccionó cuando yo ya me había metido en el taxi. Lo vi correr hacia mí, diciendo mi nombre, pero el chófer arrancó y lo perdí de vista.

Balbuocé la dirección de un hotel sin dejar de sollozar, y envié un mensaje a mis amistades para disculparme. No me veía capaz de pasar el rato en compañía.

Ni de dormir bajo unas sábanas que olían a King.

Pasé la noche en una habitación doble que olía a naftalina, intentando convencerme de que había hecho lo correcto.

Y lo era. Yo no estaba bien. Mi cabeza no estaba bien. Mi corazón no estaba bien. Y él no tenía por qué ayudarme a levantarme cada vez que me caía, ni tenía por qué adaptarse a mí.

Había sido un error y una tentación entregarme a King sin estar preparada.

CAPÍTULO 32.

Hablando se entiende la gente

Los días siguientes a la ruptura fueron un caos absoluto.

Aunque Gin insistió en saber qué había pasado, no solté prenda. No le dije a nadie lo que había ocurrido.

King no parecía haberme entendido. Me llamaba a horas intempestivas. Llegó un momento en que empezó a tocar a mi puerta al grito de «tenemos que hablar».

—Kathleen, la próxima vez vas a abrir tú —decía Gin—. Soy una tía dura, pero me pueden los grandotes enamorados que no se avergüenzan de sus lágrimas.

No me quedó otra que asumir mi culpa cuando me llamó cobarde e infantil. Tenía toda la razón, pero me daba miedo lo que pudiera decirme. Si se le ocurría pedirme que volviera con él, le diría que sí..., y volveríamos a lo mismo.

Hablar de Nolan había abierto la caja de Pandora. Habían salido a la luz esos miedos y debilidades que creí superados. No sabía cómo gestionar haberme enamorado de nuevo. No sabía cómo gestionar haberlo dejado, porque lo quería mucho más de lo que habría imaginado.

Pasaban los días y King seguía insistiendo. Utilizaba todos los medios posibles para llegar a mí.

—Me he tenido que enterar de que lo has dejado por él —me recriminó Maddox en cuanto le abrí la puerta de casa. Pasó con sus andares de chico malo, y, desde el salón, me lanzó una mirada entre reprobatoria y compasiva—. Joder, κ, estás hecha un asco.

—Gracias —ironicé, cruzándome de brazos—. Tiene coña que precisamente tú, señor estoy-triste-y-me-escondo, vengas a reprocharme que lleve mi luto en silencio.

—No me molesta que te guardes tus cosas. Me molesta que tus exnovios se me tiren encima cuando salgo de trabajar y no sepa qué decirles cuando me ponen ojos de cordero degollado.

—A mí me molesta que vengas a mi casa a hablarme en ese tono. Es una cosa entre él y yo, Dox.

—¿Y con qué tono quieres que te hable? ¡Si no entiendo una mierda! King está mil veces peor que tú, y te importa un carajo. ¿Qué coño os pasa a las mujeres? Todas queréis un príncipe azul, pero cuando se presenta, lo mandáis al carajo.

—Las cosas son mucho más difíciles que como las planteas.

Maddox me apuntó con el dedo.

—No estoy cuestionando que lo hayas dejado. Te recrimino que no le des la oportunidad de hablar. ¿Cómo te sentirías tú en su lugar, eh? ¿Vas a ponerte en sus zapatos alguna vez? Abre los ojos, Kathleen, o sácate la cabeza del culo. No eres la única persona que sufre en el universo.

—Eso lo sé perfectamente.

—¡Pues demuéstalo! Hablad. Aunque solo sea por respeto a lo que habéis tenido. Aunque sea lo más duro que has hecho en tu vida. Quedas con él y escuchas su maldita versión, no te largas dejándole con la palabra en la boca. No puedes soltar la bomba e irte de rositas mientras todo arde a tu alrededor.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

—Podrías llevar razón si no me estuvieras gritando como si fuera Libby.

Maddox inspiró hondo y soltó el aire con un bufido.

Cuando volvió a hablar, lo hizo en tono comedido.

—Te hemos llevado entre algodones durante mucho mucho tiempo, Kathleen. Porque lo necesitabas; en eso no me meto. Ahora bien, que tengas problemas no va a excusarte siempre, porque, ¡sorpresa!, todos los tenemos. Va siendo hora de que dejes de mimar a los malos recuerdos y mimes a la gente de carne y hueso que se preocupa por ti. ¡Y de que cojas el puto teléfono y lo llares!

Lo miré a los ojos con el corazón encogido.

—Lo he dejado justo por eso. Porque no quiero que me siga excusando, Dox.

—Pues a lo mejor él quiere seguir excusándote. ¡A lo mejor él se lo pasa de maravilla excusándote! Hazme el favor, y no decidas por él. No sin antes escucharlo, ¿vale? —Rodeó el sofá para coger el teléfono fijo y me lo tendió—. Nena, te quiero —me aseguró al verme vacilar—. Te quiero y mataré a quien te haga daño. Pero la que se está haciendo daño aquí... eres tú.

—¿Insistes porque sabes que es lo que tú deberías haber hecho... o porque es lo que te gustaría que Libs hubiese hecho?

Él bufó otra vez.

—Por Dios bendito... Deja las comparaciones. Tú eres tú y yo soy yo. Y si tengo la oportunidad de hacer que no dejes las cosas a medias, pienso intervenir. Es lo que hacen los amigos.

—¿Qué significa eso? ¿Que debería haber intervenido entre vosotros?

—Estamos hablando de ti, Kathleen, no de mí. —Me lanzó una mirada de advertencia—. Llámalo. Te arrepentirás si no lo haces.

A la tercera fue la vencida.

En cuanto Maddox cerró de un portazo, me fui a mi cuarto. Llevaba el fijo en la mano y las palabras de mi amigo seguían dando vueltas en mi cabeza. Pensé también en lo que King me dijo la mañana que me hizo el primer desayuno de muchos.

Uno no podía permitir que la tristeza interfiriera en su felicidad. Porque la felicidad encajaba con cualquiera; Dios no le tenía manía a nadie, y consistía en la posibilidad de vivir un momento precioso.

Como si con solo pensar en él lo hubiera invocado, recibí una llamada que llevaba su nombre. Inspiré hondo antes de pulsar el botón verde.

—Hola —dije en voz baja.

Hubo un breve silencio al otro lado.

—Mira —empezó para coger carrerilla—, soy fiel defensor de que las cosas no se deben hablar por teléfono, y menos algo tan importante como esto. Porque eres importante, por si en algún momento no lo he dejado claro. Pero no voy a llamar más a tu puerta. No voy a insistir, ni me voy a arrastrar. Igual que tú no me debes nada, yo tampoco te debo nada a ti. Pero tengo tus palabras metidas en la cabeza y no pienso dejarlas correr porque no me las merecía. Así que, por mi propia salud mental, voy a decirte lo que no quieres escuchar.

Tragué saliva.

—Vale.

—No he dejado de estar enamorado de ti. En ningún. Puto. Momento. Mis sentimientos solo han ido creciendo desde el día en que me di cuenta de que te quería... hasta hoy. No sé si sirve de algo decirlo, porque no sé si te lo vas a creer. Por si acaso, te lo diré: soy feliz contigo. Hay momentos en los que me frustró y me cabreo, pero eso forma parte de las relaciones y sabía qué estaba haciendo cuando me embarcaba en una contigo. Gabriella no es mi amante, ni mi prospecto de novia, ni es nada salvo una excelente empleada y gran amiga, a diferencia de lo que

parecías insinuar. De hecho, creo que podría ser muy buena amiga tuya, porque es una persona paciente y empática.

»Es cierto que he pasado mucho tiempo con ella. Han sido tres semanas en las que he tenido que escaparme y mentirte para que no supieras lo que me proponía. Ni se me pasó por la cabeza que pudieras malinterpretarlo, pero debería haberlo previsto, sobre todo teniendo en cuenta tus antecedentes, así que lo siento. No me voy a disculpar por nada más. Si cenaba con Gabriella es porque de algún modo tenía que agradecerle todo lo que había hecho por mí... y también por ti.

—¿En mi cumpleaños?

No lo dije con acritud. Solo con cansancio.

—Quería que fuese un día especial e inolvidable para ti, y temía que conmigo te sintieras violenta, como esa mañana. Nos vimos en mi despacho y supe que no estabas cómoda. Decidí que lo mejor sería limitar la fiesta a tus amigos. No pretendía salir con Gabriella, pero me vio solo a las tantas y me invitó a tomar algo. Acabamos hablando de ti.

—Lo sé. Escuché la conversación. Dijiste algo sobre mis crisis. Y que te daba miedo decirme algo. Querías proponer una relación abierta porque te gustaría acostarte con ella, ¿no? —Intenté sonar comprensiva, y creo que lo conseguí.

—La conversación que escuchaste era la de un hombre que no sabe cómo arreglar algo que no entiende cómo se ha roto. Porque yo estaba igual, Kathleen. Igual que siempre. Pero sentía que tú no.

—Y no eran imaginaciones tuyas —confesé en voz baja—. Me aterraba que me dejaras por Gabriella, y...

—No quiero acostarme con Gabriella. El poliamor era mi forma de vida, y hasta hace poco no concebía la monogamia. Es verdad. Pero contigo me comprometí a probar algo distinto, y estoy bien con ello. Y solo para que te quedes tranquila, con Gabriella sería difícil enrollarme porque es lesbiana. Está liada con Sheila. La contraté por ella. Gabby solo es mi empleada, amiga... y la persona que me ha ayudado a elegir el anillo que quería entregarte.

El corazón se me paró.

—¿El... qué?

—Soy consciente de que es muy pronto. Nos conocemos desde... va a cumplirse un año y medio, pero sentía que, para compensar mi... pasado, debía demostrarte que eres la única para mí, y este es el gesto que se me ocurrió. Entre otras cosas porque me siento preparado y creo que jamás voy a querer a nadie como te quiero a ti. Lo he demostrado lo suficiente, ¿no crees?

De puro milagro, conseguí articular palabra.

—Sí. Siempre.

—Una vez preguntaste si creo en el amor eterno. Lo hago. Llevo una joyería, así que esa iba a ser mi muestra de amor eterno. El anillo y lo que conlleva. Pero tenía la sospecha de que sería pronto para ti. Por no mencionar que después de la pelea que tuvimos podrías habértelo tomado como una especie de admisión de culpa por la mentira de Sheila... y que serías capaz de dejarme por el pánico al compromiso.

—Me conoces demasiado bien —me lamenté.

—Pero soy un tío optimista que está especializado en estadística, y quería ver cuáles eran las probabilidades de que fuera bien. Por eso fui a ver a Jude; para preguntarle cómo lo veía. Por eso practicaba con Gabby cómo plantearlo. ¿Y por qué Gabriella? Pues porque Brayden no es muy romántico, y mi hermana se pasa el día en el hospital.

A esas alturas, estaba llorando. Me sentía tan mal que tuve que ir a la cocina para servirme un vaso de agua.

Bebí a sorbos cortos para no vomitar.

—Las escuché hablando sobre ti —reconocí—. A Ciarán, a Pamela y a Gabriella. Ciarán dijo que te habías acostado con ella una vez, y no hacía mucho, así que supuse que... acabaría pasando lo mismo con Gabriella o con cualquier nueva. No sé, se me juntaron tantas casualidades, se me...

—Joder, Kathleen. No me he acostado en mi vida con una empleada que no fuera absolutamente puntual, como fue el caso de Sheila. Parece mentira que no me conozcas. No tengo ninguna prueba para adjuntar en nombre de mi inocencia, pero es cierto. Aunque Ciarán se me insinuó estando borracha en un cóctel de empresa, la aparté, y no la despedí porque me pareció excesivo para lo insignificante que fue el gesto. De todos modos, estaba soltero cuando pasó. ¿Cuál habría sido el problema?

—También dijeron... —balbucí, apretando el teléfono con fuerza.

Pensé que sería humillante sacarlo a colación y me quedé en silencio.

—¿Qué dijeron?

—No tiene mucho que ver con esto, pero... Me di cuenta de que, comparada con Sheila, no valgo nada. Se refirieron a mí como si debiera dar gracias por que estuvieras conmigo, y fue como despertar de un sueño demasiado bonito para ser cierto. Creo que ahí empecé a tomármelo todo personal. Me sentí tan insignificante que devalué tus sentimientos. Estaba convencida de que solo un ciego podría enamorarse de mí, y que algún día se te caería la venda. En teoría, «te la había quitado Gabriella».

Mi casa estaba sumida en el más absoluto silencio, y al otro lado de la línea tampoco se oía nada. Cuando habló, me dio la sensación que se oyó por toda la cocina.

—¿Tan raro te parece que te quiera? —musitó con la voz ronca.

El corazón se me aceleró.

Cerré los ojos y no hablé hasta que la última lágrima llegó a mi barbilla.

—Se me hace tan insoportable y tan estúpida la idea de... hacerte daño con mis recuerdos —sollocé, con la vista clavada en el techo—. Siento que no te hago ningún bien. Y puede que esté equivocada. Sé que hemos pasado más buenos momentos que malos. Pero no estoy hecha para ti.

Hubo un breve silencio.

—No te hicieron para mí porque nadie nace destinado a nadie. Pero te quiero para mí, y eso me parece más importante, porque significa que te elijo. Yo, no una fuerza superior. ¿No es suficiente para ti? —Inhaló—. ¿Por qué no me dices cómo te sientes en el momento en que lo sientes? ¿Por qué no me dijiste todo esto entonces?

—Porque no quería espantarte con mis inseguridades.

—Ya veo. Me excluiste de la fiesta de «espantarse con las inseguridades de Kathleen», a la que solo te invitaste a ti.

Lo dijo para rebajar la tensión, pero solo me sentí peor.

—Creo que quería fingir que todo iba bien para pasar más tiempo contigo. Me autoengañaba porque te quiero, porque no quiero estar sin ti, pero no puedo. —Me sequé las lágrimas con los dedos—. Y no soportaba que me vieras como una loca. Se suponía que sería más fácil tratar contigo cuando supieras que no estaba bien, pero no lo es para mí. Odio que sepas hasta qué punto estoy mal. Odio que no puedas ser tú mismo porque temes hacerme daño. Odio no estar a la altura de tu cariño.

Aunque dejé de hiparle al teléfono, los sollozos siguieron oyéndose.

Y no eran míos.

—¿Sabes qué odio yo? —murmuró entrecortadamente. Se le quebró la voz—. Odio que creas

que me haces algún mal. Haría cualquier cosa por ti, porque sé todo lo que tú haces por mí. Todo lo que has arriesgado estando a mi lado. Y porque te quiero con toda mi alma. Te venero, mi vida. Te venero.

—No me digas eso.

—Claro que me duele tu desconfianza, pero me siento feliz siendo tu roca. Y claro que me muestro tal y como soy contigo; incluso me atrevo a ser alguien que no conoce nadie más que tú.

—King...

—No estás loca. Estás enamorada y no sabes qué hacer. Yo tampoco, solo que supongo que lo llevo con más estilo. —Solté una risa breve que él aprovechó para sorber por la nariz y suspirar—. No me importa repetirte que te quiero cada día, porque nunca me habría cansado de demostrártelo. Pero si no te lo vas a creer... Detesto decirlo, pero no va a servir de nada.

Me mordí el labio inferior.

Estaba llorando por mí.

Ese hombre lloraba porque yo era infeliz.

—Siento haber desconfiado de ti. Te prometo no volver a hacerlo... —inspiré hondo—, pero no puedo prometértelo si estoy contigo. Creo que me precipité al ir a buscarte hace unos meses, porque es evidente que tengo al diablo todavía metido en el cuerpo. No quiero eso para ti, King, y solo vas a recibir desconfianza y miedo hasta que no ponga mis asuntos en regla.

—¿Y qué propones?

Tragué saliva.

—Mereces una persona que te quiera, confíe en ti y no se envenene con malos pensamientos cuando no has hecho nada. Ahora mismo no soy esa persona, así que... será mejor que lo dejemos aquí.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres?

—Sí, es lo mejor para los dos.

El silencio que siguió terminó de romperme el corazón.

—¿Y qué debo hacer ahora? —preguntó con voz queda—. ¿Te olvido, o te espero?

—No lo sé. Quizá debas olvidarme.

Otro silencio.

—Muy bien —dijo muy despacio—. Pero si estás preparada y cambias de opinión, por favor, ven a buscarme. No importa si han pasado tres semanas, dos meses o un año. Solo... ven.

Estaba tan desesperada por oír algo así que ignoré lo egoísta que me parecía aquello y no le pedí que siguiera con su vida.

—Kathleen... —me llamó antes de colgar.

—¿Sí?

—¿Te habrías casado conmigo?

Me tomé un instante para pensarlo.

—Si hubiera sido la Kathleen de hace años, sí.

—Espero que la encuentres y algún día vuelvas a ser ella.

«Yo también».

CAPÍTULO 33.

Me too

No estaba bien, pero tenía la esperanza de que eso cambiara algún día.

Quería convencerme de que no había prisa, de que tiempo era lo único que me sobraba. Pero el tiempo nunca te sobra. Y durante las primeras semanas sin saber nada de King, estuve aterrorizada por si se había deshecho de mi recuerdo.

Tardé en asimilar que mi recuperación no iba de pensar constantemente en él, y en dejar de preocuparme por que su amor se desvaneciera.

Que pudiera sacármelo de la cabeza... era ya otro tema muy distinto. Al principio era incapaz de pensar en otra cosa.

—Trata de llenar tu horario con actividades del tipo que sean. Lo importante es que hagas cosas y sigas tu vida con normalidad hasta que te des cuenta de que no lo necesitas. Si el amor sigue ahí después, cuando te sientas independiente de verdad, podrás volver a él sin miedo —me dijo Jude cuando fui a verla—. Me parece que has tomado la decisión correcta, si es cierto que lo celabas y lo pasabas mal.

Me contó lo que le respondió a King cuando fue a verla a propósito de la pedida de mano: que le parecía mala idea.

«Le quedan muchísimas cosas que superar», le dijo.

—Además de que un matrimonio requiere un compromiso y una claridad mental que tú no tienes ahora mismo, Kathleen —agregó.

Para variar, no se equivocaba.

Jude era la única que entendía por qué reaccionaba como reaccionaba. Los demás se esforzaban por empatizar, pero no lo conseguían. Swan era un ejemplo de ello.

—Pero tú lo echas de menos, ¿no? —me preguntó.

Y tanto. Era muy difícil vivir en un sitio en el que dejó su cepillo de dientes.

El apartamento tenía la esencia de King en cada rincón.

Había llorado muchas veces porque lo echaba de menos, pero cada vez sonreía más.

—Solo intento hacerte entrar en razón... —insistió Swan—. Si os queréis, ¿por qué no estáis juntos? No tienes motivos para guardarle rencor, y él a ti tampoco. Cuando hay amor, ¿qué importa lo demás?

—A veces es más difícil que eso, Swan. El amor no siempre es suficiente.

—¡Claro que es suficiente! Somos los seres humanos los que hacemos las cosas difíciles cuando en su origen no lo son.

Entendía su punto de vista, pero con el paso de los meses acabé concienciándome de que los principios generales no tenían por qué ser los míos. Estaba en un proceso de evolución lento, pero con sus avances, y eran esos avances a los que me aferraba para que la opinión externa no me influyera.

Hice todo lo posible para mirarme en el espejo y ver a una mujer que no saliera perdiendo en comparaciones. Me corté el pelo por los hombros y le devolví su color natural, un rubio oscuro favorecedor. Era una manera de traer el pasado al presente, adueñarme de él y olvidar cómo me hacía sentir para crear a partir de ahí nuevos recuerdos.

Unos agradables.

Fui a comprarme ropa bonita.

No me arrepentí.

Cuando volví a salir a la calle con mis zapatos nuevos, sentí que era otra: la mejor versión de mí misma.

Pensé en ir a la joyería a escupirles a Ciarán y a Pamela que esa «poca cosa» que habían reducido a un monstruo empezaba a brillar con luz propia, pero lo desdeñé porque no quería ser rencorosa. O seguir siéndolo.

Y porque, en el fondo, no eran nadie cuya opinión tuviera que tener en cuenta.

El cambio empezó de fuera hacia dentro. Me sentí mucho mejor cuando pude salir a bailar con Gin sin preocuparme por quién me estuviera mirando.

King seguía siendo un pensamiento recurrente. No podía arrancarlo, pero es que no se podía arrancar a un ser querido y olvidarlo sin más. Sobre todo cuando todas las personas de mi entorno me recordaban que existía, que estaba en alguna parte de Dublín llevando a cabo sus negocios, saliendo con sus amistades, haciendo vida normal.

Me costaba pasar por la calle en la que vivía, y no podía resistirme a echar un vistazo a la ventana por si por casualidad el destino nos empujaba a cruzar miradas.

Aunque pensaba que sabía por qué lo había dejado y creí tener claro por qué no era el momento de volver, no lo entendí del todo hasta que me vi reflejada en Liberty.

Me fijé en su actitud con Samuel, el psiquiatra de su madre. Se notaba que al hombre le gustaba, y parecía recíproco, pero era difícil saberlo cuando Liberty estaba cerrada en banda.

—¿Por qué no sales con él? —le pregunté una vez, sin poder resistirme—. Se nota que es un buen hombre.

—¿Y dices que se le nota porque es amable? Todos lo son al principio. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

—Pero no creo que sea porque quiere echarte un polvo y luego irse de tu vida, o no sería tan sutil a la hora de abordarte. Es bastante tenaz, y te está pidiendo un café, no que vayas a su casa.

—El café puede derivar en lo segundo, y no quiero.

—No me hace gracia que esto de Dristan y Maddox te haya condicionado tanto, Libs. Eres una persona maravillosa. No mereces cerrarte puertas porque te hayan hecho daño.

Me miró con esa sonrisa que solo esbozaba cuando estaba segura de que tenía la razón.

—Lo mismo puede aplicarse contigo.

—Es diferente. El problema es conmigo. Yo sé que King no ha hecho nada mal. Cuando lo resuelva, todo será distinto. Pero tú...

—Yo llevo toda la vida esperando que llegue alguien y me rompa los esquemas, y al final lo que me han roto es el corazón. Por ahora prefiero ahorrarme problemas, Kathleen. No voy a salir con Samuel, aunque sea buen chico. Va siendo hora de que aprenda a estar sola y deje de buscar la aprobación de los hombres para sentirme bien.

Esa breve conversación me abrió los ojos del todo. Si alguna vez tuve dudas sobre mi decisión, empecé a verla con claridad.

Había hecho lo correcto. Volvería a él, porque, aunque yo sí sabía estar sola, no iba a estarlo cuando había encontrado a la persona perfecta para mí.

Lo estuve meditando durante unos días. Sospechaba que había algo que faltaba. Que aún existía un gran impedimento, físico o mental, que no me dejaba dar el paso. No supe qué era hasta que no se me echaron encima los periodistas otra vez.

Había estado rehuyéndolos, pero no servía para retirarme del ojo del huracán. Jaab había hecho un excelente trabajo disuadiendo a varias revistas. Otras, por desgracia, seguían en sus

trece.

Acabé comprendiendo que no iban a dejarme en paz nunca si alguien no les paraba los pies. Y la solución pasaba por una sola persona. Esa cuya visión era incluso más interesante que la mía.

Me costó dar el paso. Estuve nerviosa, asustada, pero muy decidida a hacerlo. Y cuando lo tuve claro, busqué el número de su central, localicé el de su secretaria personal, y llamé.

Sentí que mi mundo empequeñecía con cada pitido de la línea. Todos los recuerdos acudieron a mi mente. Estaban más borrosos que de costumbre, pero seguían allí. Y ya no dolían por un sencillo motivo: había terminado de asumir que nunca se irían, y los hice míos por la parte que me tocaba. La que no podría hacerme daño.

La vida era lo que nosotros queríamos que fuera... y yo quería que fuera buena para mí.

—Buenos días, le atiende Monica, secretaria personal del señor Sullivan. ¿En qué puedo ayudarle?

—Póngame con él.

—Lo siento, pero el señor no atiende llamadas personales en el número de la empresa.

—Me temo que no guardo su número en mis contactos. Pero ¿en serio me vas a decir que no a mí? —pregunté. Hubo un breve silencio—. Vamos, Monica... Nos conocemos desde hace tiempo y sabes que algún día ocurriría esto. Pásamelo.

—Antes tendría que consultarlo... —Una pausa. Bajó la voz al añadir—: No sé si es buena idea que vuelvas a contactar con él. ¿Qué quieres? ¿Dinero?

—Solo quiero paz. Por favor, pásale mi llamada.

Dediqué el breve tiempo de espera a repetirme el motivo de la conversación. Intentaría que no excediera los cinco minutos.

—Caitlin —oí su voz lánguida al otro lado del teléfono. Se me puso el vello de punta—. ¿Para los viejos amigos eres la de siempre? Parece que la influencia de tu seudónimo no cruza el Atlántico.

—Pretendo tener muy bien separadas las dos identidades —concluí, conteniendo el temblor de mi voz. «Está al otro lado del mundo, Kathleen», me dije. «No te va a hacer daño. Ya no tiene poder sobre ti»—. Aunque parece que no me ha servido demasiado. La gente que cubre las noticias sobre tu familia no deja de perseguirme.

—¿Y?

Agarré el teléfono con fuerza.

—Hay mucha gente interesada en la relación entre Caitlin y tú. Creo que los dos estamos de acuerdo en que no nos hace ninguna ilusión hablar al respecto.

—A ti nunca te ha hecho ilusión nada —bufó, aburrido—. ¿Cuál es el objetivo de tu llamada, cariño?

—Quítame a los paparazzis de encima diciendo la verdad —solté de carrerilla—. Que estuvimos juntos y se acabó, en lugar de seguir alimentando mi imagen de zorra que se aprovechaba de tu dinero y luego te abandonó. Arréglatelas para sonar impersonal y así no vengan a mi puerta a pedir una segunda opinión. Tu palabra es más importante que la de una mujer anónima, y como no supondrá un gran esfuerzo para ti, creo que no te estoy pidiendo gran cosa.

—¿Por qué iba yo a hacerte un favor?

Inspiré hondo.

—Porque si no lo haces, hablaré. Contaré todo lo que me hiciste: aislarme, minar mi amor propio, poner a mis amigos en mi contra, engañarme, golpearme... —Me esforcé para no derrumbarme—. Daré detalles sórdidos sobre cómo abusaste de mí física y verbalmente.

Nolan suspiró como si estuviese cansado.

—No tienes pruebas de nada de eso.

—Tengo un informe psicológico detallado de las secuelas que me dejaste. Aún conservo las fotos de los mensajes que te mandabas con otras mujeres. Sugar hablaría en mi favor. Y me respalda todo un movimiento mundial que lleva mucho tiempo sacando a la luz casos como este.

»Quizá haya quien no se lo crea —proseguí, forzando el tono desinteresado—; tal vez sean muchos. Casi todos. Pero tu imagen quedará manchada, y mi declaración servirá para que salgan a la luz testimonios similares. Si algo tengo claro es que los maltratadores son reincidentes. A saber cuántas mujeres hay repartidas por el mundo esperando el momento de hablar. A saber si tu esposa actual también tiene algo que decir.

Hubo un silencio que hizo que me lo replanteara todo.

¿Y si me estaba equivocando?

¿Y si él se vengaba haciéndome daño?

—¿Dices que solo quieres que desmienta lo que dije?

—Ni dinero, ni fama, ni nada: solo vivir tranquila.

—¿Cómo sé que no vas a volver a joderme con esto? ¿Cómo sé que no vas a llamar dentro de unos meses para amenazarme con lo mismo?

Esbocé una sonrisa trémula.

—No se me ocurriría llamarte otra vez. —«No tendría el valor de hacerlo dos veces»—. Que sepas que he grabado esta conversación. Si se te ocurre intentar perjudicarme de alguna manera...

—Descuida. A mí tampoco se me ocurriría cogerte otra llamada o relacionarme contigo de nuevo.

La mandíbula se me desencajó.

Sonaba como si fuera la víctima.

—Pues para quererme bien lejos, parece que tu única fuente de divertimento de los últimos años era hablarle de mí a la prensa.

—No seas rencorosa, cielo. —Me dieron ganas de vomitar al escuchar el apodo—. Hace tiempo desde la última vez que te mencioné. Pero no te preocupes. Tienes mi palabra de que acabaré con tu acoso y derribo. Eso sí... Si vuelves a llamarme, contrataré a un abogado y se terminará esa gilipollez de las amenazas. Esta conversación es cortesía de mi buena voluntad. Por los viejos y buenos tiempos.

—Tú y yo no tuvimos buenos tiempos.

—Bueno...

Lo corté antes de que me engalilara.

—Estaré esperando a que cumplas tu parte, Nolan. Si no lo haces, puedes estar seguro de que apareceré de nuevo en tu vida, y con unos abogados mejores que los tuyos. Ya no soy la universitaria sin un céntimo que manipulabas con facilidad. Yo también me puedo permitir un bufete profesional.

No esperé a que se despidiera y colgué de golpe. Apagué la grabadora y la guardé a buen recaudo en la mesilla de noche.

Vigilé la papelera con los ojos empañados, como si mi único contacto con Nolan fuera a materializarse y a levantarse para perseguirme.

Me tumbé y, por primera vez, me dormí en paz.

CAPÍTULO 34.

Los caballeros las prefieren rubias

Nolan cumplió su palabra.

Se tomó su tiempo, eso sí.

Tuvieron que pasar unos cuantos días hasta que anunció en sus redes sociales que su relación con Caitlin McGrath acabó debido a diferencias irreconciliables, y que, ahora, ambos eran muy felices cada uno por su lado.

Fue tan impersonal como pedí.

Los periodistas no iban a dejar de perseguirme de la noche a la mañana: fue una suerte que saliera a la luz que su hermana se había casado en Las Vegas para que toda la atención cayera sobre ella.

A mi padre no le hizo ilusión descubrir que conseguí que nadie me molestara por mis propios medios: poniéndome en contacto con «el diablo». Una cosa llevó a la otra, y acabó por retomar las preguntas que no respondí tiempo atrás.

Jaab no sabía nada sobre los motivos detrás de que dejara la universidad y regresara con una depresión de caballo.

Me costó abrirme con él, y más aún tranquilizarlo después de la confesión. Si no lo hubiese hecho, habría salido de mi apartamento para denunciar a Nolan Sullivan.

—Y ahora... ¿qué vas a hacer? —preguntó tras un silencio.

—Jude dice que tengo que hacer planes.

—¿Y los has hecho?

—Dímelo tú: me he matriculado en la universidad otra vez.

—¿En Filología inglesa de nuevo?

—No. Psicología. Después de todo esto, siento que podría ayudar a mujeres que han estado en mi situación. Sé que es tarde, que soy demasiado... mayor para juntarme con chicos y chicas de dieciocho años, pero...

—De eso nada. Estás en la flor de la vida. Todavía puedes hacer lo que quieras, jaquetona. Pero ¿significa eso que vas a dejar la literatura?

—¡No! No se me ocurriría abandonar a mis lectoras. Tengo más ganas de escribir que nunca. Estoy llena de ideas.

Mi padre sonreía, tan emocionado como yo.

Me cogió de la mano y besó el dorso con cariño.

—Estoy muy orgulloso, jaquetona.

Puse los ojos en blanco.

—Otro de mis planes es que dejes de llamarme así. Pero eso no es todo —añadí muy despacio, mirándolo de hito en hito—. Creo que voy a volver a relacionarme con la familia de mamá. Quizá, si están abiertos a recibirme, les cuente todo lo que ha pasado estos años. Cuando era una cría los quería muchísimo.

—Son buena gente, sobre todo tu abuela Marigold. Fue un duro golpe para ella perder a su hija, tan joven. Me parece una gran iniciativa. Son la única que vas a tener, porque por mi parte soy un perro solitario. Nunca me hizo ilusión que tú y tu madre os distanciarais, Kathleen.

Poco a poco, las piezas de mi vida iban encajando. Hasta el momento, no le había dado la importancia que tenía al hecho de conocer mi sitio. Estaba en la ciudad de mis sueños, de mi vida, rodeada de las personas que más quería y que, a su ritmo, iban solucionando sus propios problemas: Liberty estaba cada vez más contenta, Maddox se iba dejando ayudar, Gin había empezado a salir con un tipo con dinero que le concedía todos los caprichos que se le ocurrieran, mi padre estaba preparado para replantearse su vida sentimental... Con la tranquilidad de no tener que preocuparme por ellos y de haber hecho planes a largo plazo, pude, por fin, empezar a plantearme la manera de fomentar un reencuentro con King.

Fue totalmente improvisado. Una noche recordé que iba a grabar el anuncio publicitario de su nueva colección de anillos en el puente del Medio Penique: había comentado conmigo la idea de contratar a una actriz o modelo relevante para cruzar una de las atracciones más representativas de Dublín.

En su línea de sorprendernos con el resultado, no dio más datos, y no habíamos hablado en los últimos tiempos.

No habría llegado a donde estaba si no hubiera sido por el contacto cero. Claro que también me preocupó que cortar de raíz la comunicación hubiera hecho mella en él.

Estuve dispuesta a comprobar si así era.

Me puse un vestido nuevo que estaba esperando estrenar en una ocasión importante: largo y de satén color champán. Por primera vez en mucho tiempo, me maquillé a conciencia y me atreví a ponerme algunas joyas que King me regaló a lo largo de nuestra relación oficial. Quería deslumbrarlo y hacerle ver que estaba agradecida con sus gestos.

Me planté encima un sobretodo que no pegaba ni con cola, con la esperanza de no llevarlo puesto mucho rato, y marché al puente con el corazón encogido.

Con motivo del anuncio, habían acordonado la zona. No se podía pasar sin una acreditación, pero Swan pululaba por allí en calidad de asistente y mejor hermana del mundo. No hizo falta que me parara a hablar con ella: me levantó el pulgar con una sonrisa entusiasta y se encargó de que nadie me detuviera.

Producción había colocado una serie de columnas a lo largo del puente. Sobre los capiteles, habían expuesto estatuillas de manos femeninas; todas ellas lucían anillos y pulseras de King's Pleasure. Con el abrigo abierto y la respiración entrecortada por la carrera que me había dado, fui sorteando los obstáculos. No le encontraba por ninguna parte. Y justo cuando pensaba que andaba en la otra punta del puente, lo localicé ajustando personalmente uno de los anillos de exposición en la columna central. Estaba concentrado en su labor, además de guapísimo con una trenca azul marino que se ajustaba a su cuerpo.

Se le iluminó la cara en cuanto se giró y me vio.

Y creo que a mí también.

Eso y la reacción de Swan bastaron para que comprendiera que me había estado esperando.

Planeaba entrar de lleno con mi furiosa declaración, pero cuando me planté delante de él con nada más que el miedo a que me rechazara, solo atiné a jadear sin voz:

—Hola.

Como siempre hacía, King me salvó del ridículo con una de sus legendarias réplicas.

—Mi señora... No soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya ha bastado para sanarme.

Solté una carcajada.

—¿Vamos a volver a las frases religiosas, cerdo de Dios que pones el pecado en el mundo? — Enarqué una ceja—. Aún no he dicho nada relevante, además.

—Pero si tu presencia significa lo que creo que significa, no hace falta ni que hables —contestó con vehemencia—. Solo que me beses.

Estuve tentada de callar y otorgar, pero no. Esa noche tenía que darle algo más que mis caricias.

—Claro que hace falta. No mereces menos que oírme decir lo que siento de una vez por todas.

—Estoy escuchando —murmuró, emocionado.

Inspiré hondo y me preparé para soltar el discurso que había estado preparando durante los últimos días. La nocturnidad y el brillo de sus ojos azules me ayudaron a seguir adelante.

—El lenguaje oral no es lo mío. Soy más del escrito. Pero quiero que sepas que, si he venido, es porque por fin estoy bien y deseo compartir conmigo esta ilusión de vivir. He hecho planes, me he... dado un cambio de imagen, como podrás ver —me retiré la media melena con un gesto vanidoso que le hizo sonreír—, y me tomo cada vez mejor que se me queden mirando por la calle; qué remedio, si me he comprometido con salir cada fin de semana con Gin, o con Libby, o con quien quiera disfrutar de mi compañía, que resulta que, después de todo, no es tan tediosa como me repetía mi lado saboteador. ¿Sabes que, además de eso, convivo felizmente con cierto sillón? Incluso se ha convertido en mi rincón preferido de la casa... en lo que llegas tú para ocupar alguna estancia, claro.

—Preciosa...

Frené su interrupción ahuecándole la mejilla con la mano.

Enseguida, la suya cubrió la mía para llevársela a los labios y besarla con fervor.

—Lo importante es que he aprendido a mirarme en el espejo y ver a una persona que merece ser amada... y que ahora que lo ha dejado todo atrás, puede corresponder ese amor. —Hice una pausa—. Me vi tan sobrepasada por mis sentimientos por ti que comprendí que tenía que demostrarme que podía vivir sin ti. Y puedo, pero no me da la gana. Parte de mi felicidad reside en la posibilidad de tener no ya un momento, sino una vida contigo.

—Eso suena a un buen rato —respondió con la voz ronca.

—Es cierto. Pero estamos hablando de una vida en la que puedas ser tan coqueto como te plazca, hacerte amigo de cuantas empleadas tengas y llamarme «muñeca» a mí y a tu hermana, si es lo que te sale de dentro. Todo esto teniendo la tranquilidad de que seguiré a tu lado después. Confío en gestionar mis emociones mejor a partir de ahora —le prometí—, y en aceptar que me quieres y no dudar de ello jamás. Si es que aún lo haces —apostillé.

—Hombre, cariño... No estoy posponiendo la producción por mera curiosidad hacia tu arrebató pasional, eso tenlo claro. Hay intereses personales involucrados —bromeó.

Estuve a punto de reírme llorando. Lo quise más que nunca por hacer que todo fuera como la seda. Habría estado en su derecho de cerrarse en banda, de recibirme con los brazos cruzados, de no abrirme las puertas sin objeciones. Pero él no tenía esa necesidad, porque siempre había sabido lo que quería.

Tomé su rostro entre mis manos y me erguí sobre los tacones para estar lo más cerca posible.

—Te quiero —confesé en voz baja—. Quiero que seas un cerdo y pongas el pecado en mi mundo.

—Eso está hecho. Ahora que eres rubia... más y mejor.

Me eché a reír con su naturalidad. Pero aunque me hablaba con la sorna de siempre, supe que tenía el corazón en un puño. Me miraba como yo lo miraba a él; a sabiendas de que ese día marcaba un antes y un después. El comienzo de algo nuevo.

Aproveché que una de las columnas con los anillos en exposición quedaba cerca de nosotros para seleccionar el más discreto, el que casualmente tenía una piedra del mismo azul que sus

ojos, y ponérmelo en el dedo anular.

Lo hice con un nudo en la garganta y el pulso acelerado, pero lo hice.

Y luego lo miré a la cara, esa cara ahora bella para mí que se había quedado de una pieza.

—No te habría aceptado un anillo de bodas, pero sí uno de promesa. La promesa te la hago yo a ti. —Le enseñé mi mano, ahora enjoyada—. Algún día, King Sawyer... seré tuya.

Él entrelazó los dedos con los míos, con aquel que lucía el anillo favorito de la colección, y me atrajo hacia su cuerpo.

Pensé que iba a besarme, pero en el último momento se agachó para cogerme en brazos. Cargándome como si fuéramos a cruzar el umbral de nuestro dormitorio común, le lanzó una mirada a los cámaras, que no habían dejado de observarnos con sonrisitas bobaliconas.

—Dejo la producción en vuestras manos —anunció en voz alta—. Ahora mismo yo me traigo algo más importante en las mías.

—¡No! ¡King! Puedo esperar a que termines para...

Me acalló con una mirada abrasadora.

—Pero yo no. Mi mujer me ha dicho que me quiere, y eso significa que hoy es fiesta nacional.

—¿Ese va a ser mi nuevo apodo? ¿«Mi mujer»?

—¿No querías uno que no pudiera darle a nadie más? —Me guiñó un ojo y cruzó el puente conmigo en brazos, ignorando los murmullos que iba levantando—. Pues ahí lo llevas.

No sé cómo esperaba que acabara la noche. Definitivamente, no con una sobredosis de hormonas de la felicidad. Dio la casualidad de que King había aparcado el Mercedes muy cerca de la zona de rodaje, o a lo menos no era casualidad, sino el universo conspirando para que terminara de entrarme en la cabeza que todo lo relacionado con él, todo lo que nos hacía nosotros, había sido señalado por una estrella desde el primer instante. Mientras me abría la puerta de los asientos traseros y él me obligaba a hacerle sitio para acto seguido rodar mi cintura con el brazo, no dejé de pensar en la increíble coincidencia de que nos conociéramos. Antes de que sus labios encontraran los míos, cubrí su rostro con las manos y traté de mirarlo a los ojos en la parcial oscuridad, tan solo aplacada por la luz indirecta de las farolas.

—Si no hubiera escogido a Sheila entre las candidatas para compartir el piso —musité con un nudo en la garganta—, ¿qué habría sido de mí?

—Cariño... —respondió él en el mismo tono—. Por más que quiera denominarme el responsable de tu progreso, eres tú la que ha hecho el trabajo. Habrías sido feliz, estoy seguro.

—Quizá, pero... —Me mordí el labio, incapaz de seguir hablando sin que se me entrecortara la respiración. Estaba fuera de mí misma—. Dios, no creo que nunca llegues a ser consciente de lo importante que eres.

La ternura suavizó su expresión.

—¿Qué te he dicho? —me regañó afectuosamente—. Nada de Dios. Solo King.

Selló con un beso mi inútil intento por seguir expresando mis emociones. Resultó ser adictivo, porque las palabras continuaron pujando por salir... hasta que sus labios me convencieron de abandonar mi miedo a no haberle hecho sentir amado y entregarme por completo a nuestro lenguaje secreto.

Hacía tanto tiempo que no nos veíamos que preveía el desenlace de esos primeros besos torpes de tan ansiosos, besos que me recordaban al primero que le di en la puerta de mi apartamento. Desde entonces había llovido, para bien y para mal. Sobre todo para bien, porque ahora era lo bastante segura de mí misma como para dejarme llevar sin miedo a lo que pudiera pensar.

¿Por qué temer algo así? Él pensaba de mí lo mejor. Ya lo sabía, y pude confirmarlo lanzando

miradas furtivas a su expresión de éxtasis mientras me bajaba los tirantes del vestido y me tendía sobre la carísima tapicería del coche.

Suspiré, anhelante, nada más sentir el agradable peso de su cuerpo sobre mí. Lo abracé por los hombros, feliz de haberme reencontrado con mi refugio, y recibí la miríada de besos dulces en tanto que trataba de quitarle la ropa: la americana fuera, la camisa desabrochada, el cinturón al suelo... Recorrí con los dedos la línea de vello oscuro que brotaba en el pecho y descendía hacia el ombligo, revolviéndome a la vez con las piernas abiertas para rozarme con su erección. Él estaba tan comprometido con la labor del sexo que me extrañó que de pronto se detuviera, como si se le hubieran agotado las pilas. Busqué su mirada para obtener una explicación, pero King escondió su rostro de mi juicio hundiendo la nariz en el hueco de mi clavícula.

—Por un momento pensé... —murmuró con un hilo de voz. El corazón se me encogió al reconocer en ella el familiar temblor de las lágrimas. Solo le había oído así de emocionado durante la ruptura telefónica—. Pensé que no volverías. Pensé que te vería de nuevo, sí, pero que sucedería dos o tres años después de despedirnos, y de forma totalmente fortuita: porque te hubiera apetecido un té específico de una cafetería moderna y tu nuevo novio hubiese querido acompañarte. Te juro que incluso lo soñé, Kathleen. Soñé que me topaba contigo por la calle e ibas de la mano de otro hombre, y yo... no podía soportar la idea, porque significaría que ya no estaría en tu vida, en tu pensamiento y en tu corazón.

Lo estreché contra mi pecho, la única manera que se me ocurrió de confortarlo ahora que el nudo en la garganta me impedía hablar.

—No digas sandeces. De los dos, el que tenía más papeletas para enamorarse antes eras tú... y lo sabes de sobra.

King me permitió apreciar su expresión separándose lo justo de mí. Cuando fui a acariciarle la cara, palpé la humedad de las lágrimas que se le habían escapado. O quizá las hubiera dejado fluir. Él nunca se había avergonzado de sus emociones; nunca había huido de ellas, como yo sí lo hice.

—Te equivocas —resolvió con voz queda—. No voy a volver a querer a nadie como te quiero a ti. Esto me dolía porque estaba convencido de que se había acabado, pero estaba dispuesto a permitir que los recuerdos me consumieran. Sabes que adoro la vida. Es solo que la vida ha estado pareciendo de todo menos eso mientras me has faltado.

—Basta —sollocé—. Hoy me tocaba a mí dedicarte palabras bonitas. ¿No puedes dejar que una chica disfrute del protagonismo... aunque sea por una vez?

Él se rio, agradecido porque me hubiera propuesto suavizar la tensión. Yo me reí también, pensando en todas las veces que le tocó a King ejercer de mediador entre mis inseguridades y los demás, y me permití tener esperanza de cara al futuro: podría darle lo mismo que él me daba a mí. Podríamos hacernos bien.

Me incorporé para besarlo en los labios. Correspondió mi iniciativa con una caricia atrevida de mi cadera a mis muslos, que mantuvo abiertos mientras se bajaba la bragueta.

—No me he acostado con nadie en todo este tiempo —reconoció—. Lo digo por si preferías usar condón esta vez. —Intenté no regocijarme en su voto de castidad, pero tuvo que verme en la cara que me alegraba de que me hubiera tenido presente, porque volvió a reírse—. Mujer de Dios... siempre vas a ser mi pequeña posesiva, ¿eh?

—Yo también he sido célibe. Es normal que me alegre de que tú hayas estado pensando en mí, ¿no te parece? Y solo para que lo sepas —añadí—, yo estaba segura de que me habrías olvidado para cuando encontrara el valor de buscarte, así que no estás solo en tus aparentemente absurdos planteamientos.

—Mi vida... —Rozó su nariz con la mía—. Para que yo te olvidara, tendría que morirme y nacer de nuevo.

Con esa última declaración, terminamos de poner las cartas sobre la mesa. Ya zanjada la charla, King me conmovió con un beso lento y dedicado al tiempo que se empujaba contra mi cuerpo: me fue penetrando despacio, como si al final de mis entrañas estuviera nuestro final a secas y temiera llegar.

Yo quise acompañarle en ese miedo, pero en cuanto el calor de su carne me llenó, me olvidé de todo lo que no fuera ese momento y me entregué al bamboleo de sus caderas. No nos quisimos soltar los labios, ni tocar algo distinto de la piel del otro. No quisimos que se agotara jamás la sensación de habernos encontrado por fin, en tiempo, en espacio y en aspiraciones, listos para iniciar la relación con la que habíamos soñado desde el principio.

Y como los dos queríamos lo mismo, lo conseguimos: el amor y la chispa nos acompañó en el resto del camino.

EPÍLOGO.

¿Cómo no iba a tener un final feliz una escritora de novela romántica?

Unos minutos antes de comenzar la boda, las dudas decidieron asaltarme... y yo decidí actuar en consecuencia.

Es cierto que las novias tienden a ver pasar su vida por delante de las narices antes de dar el sí. Pero apuesto lo que sea a que muy pocas se habrían escondido en un cobertizo junto a la coqueta iglesia rural para ponerse a meditar.

Bueno, tan rural como puede ser una localización escogida por un hombre con una joyería de lujo y una mujer a la que le encantan los objetos caros: campo había, pero no era ni barato, ni modesto.

Lo admito. Estaba, además de avergonzada por si al final nos habíamos gastado el dinero para nada, cagada de miedo.

La razón tenía mucho que ver con aquello de «hasta que la muerte os separe».

Si todo salía bien, no me moriría hasta pasado un tiempo. Y en todo ese tiempo, que calculaba que serían unos cuarenta años, a King le habría dado tiempo a dejar de quererme alrededor de siete u ocho veces.

Era pura matemática.

Entre eso y que me había bajado la regla el mismo día, no pude evitarlo: me puse a llorar como una estúpida.

Si llegaba al altar, lo haría con una mancha roja del tamaño de una manzana pegada al culo. Tenía unas reglas muy inestables y no había podido predecir que eso me ocurriría exactamente el veintiséis de mayo.

Después de haber estropeado un traje de novia de miles de euros y haberme corrido el maquillaje por el llanto, lo raro habría sido que no me hubiese puesto agorera.

Era una señal: todo iba a salir como el culo. Y eso que, hasta el momento, los preparativos ceremoniales fueron como la seda. Incluso la pedida de mano fue mágica. Aunque King se ha pirrado siempre por los grandes gestos, tuvo presente que a mí no me iban mucho y fue discreto al invitarme un día a su despacho para mostrarme cómo había quedado el anuncio de los anillos, rodado alrededor de seis meses antes. Me pidió que tomara asiento con aire solemne y me mostró el resultado de su idea inicial, que había quedado incluso mejor que en nuestros sueños. Cuando se cansó de oír mis cumplidos, cerró la ventana y clicó sobre otro vídeo.

—Este lo descartamos porque no teníamos los derechos de imagen, pero le pedí al encargado que montara el material de todos modos porque, ya que estaba grabado, me hacía ilusión verlo. Creo que a ti también te gustará.

Y tanto que me gustó.

El presunto anuncio abrió con el instrumental de una pieza de Ennio Morricone que King tarareaba solo a veces y que a mí me había contagiado hasta el punto de canturrearla en la ducha. Me hizo gracia la elección, pero no entendí la relevancia que tenía hasta que reconocí a la mujer que aparecía cruzando el puente dublinés con un precioso vestido de diseñador, un abrigo abierto al pecho y gesto de desorientación, como la princesa que había perdido el zapato. Y es que me

costó verme en ella, porque, como siempre, en manos de las fotos o vídeos que grababa King, yo era tan perfecta como a través de su mirada.

Habían ralentizado mi nervioso paseo entre los expositores con los anillos para darle un toque dramático, pero no habían tocado el material mucho más: ese «descarte» valía por lo que las cámaras captaron, seguramente sin querer, al grabarme localizando a King al final de mi camino... y al grabarlo a él reaccionando a mi llegada.

Había pasado tiempo desde la noche que sellamos nuestro compromiso mutuo, así que recordar aquel momento tan especial estuvo a punto de hacerme llorar. Los técnicos habían seguido grabando nuestra conversación, cómo me puse el anillo en el dedo y cómo él me tomó en brazos. La reproducción acababa con King girándose hacia las cámaras —en el vídeo parecía que le hablara al espectador— con los ojos brillantes y la advertencia de que tenía mejores asuntos de los que ocuparse.

Para cuando la pantalla se apagó y fui a girarme hacia él para compartir mi emoción, ya sabía que me lo encontraría con el anillo en la mano. Un anillo que no era el de promesa, sino el que formalizaría la relación.

Diciéndole que no habría ido en contra de mis deseos.

Alguien tocó a la puerta del cobertizo, alejándome del recuerdo.

—¡No estoy! —dije en voz alta.

La risa de King me hizo sentir mejor y me molestó a partes iguales. Siempre igual. Me costaba creer que le resultara tan fácil confiar en mí. Incluso cuando yo no lo hacía.

Estaba tan convencido de que iba a casarme con él ese día que se reía al ir a visitar a su novia fugada.

—Volvería más tarde, pero hay gente esperando para verte. Y yo también. Así que voy a pasar.

—¡No! —exclamé—. No puedes verme así. Da mala suerte ver a la novia antes de la boda, y... y para la novia que tienes, mejor ni te cases.

—¿Otra vez vas a ponerte a hablar mal de mi novia? Si sigues metiéndote con ella, me voy a cabrear. Ya sé que es un poco desconfiada y tiene mala leche para parar un tren, pero aquí nadie es perfecto.

Sí que me gustaba hablar mal de su novia, sí. Aunque cada día lo hacía menos, porque por mucho que lo había intentado, no había conseguido que King dejara de quererla.

Pero dejaría de hacerlo al verme con las pintas que tenía.

Con el estómago ardiendo y semejante humillación encima, no habría quien me soportara. Aunque eso lo decía una mujer que ya se había mostrado tal cual era en toda su gloria menstrual ante el hombre que suplicaba pasar.

—Si no quieres hacerlo —empezó King—, nos largamos de aquí y a tomar por culo. Tenemos a tu padre. No creo que le cueste elegir a una soltera y aprovechar la ceremonia para casarse él.

Muy a mi pesar, solté una carcajada.

Y me hice polvo por el camino.

Put a regla.

Aunque Jaab dejó de comportarse como un lunático después de romper con Jessamine, la última de su lista de prometidas, nosotros seguíamos bromeando con su tendencia a confundir el amor con la pasión.

—No es que no quiera... —balbuceé.

—Es un paso importante. Entiendo que tengas dudas.

—No digas tonterías. Anda, entra y juzga por ti mismo.

King no se hizo de rogar.

Su sonrisa se tambaleó al verme hecha un ovillo en el suelo, despeinada y con el rímel corrido.

Me dio una rabia terrible no poder lucirme en todo mi esplendor nupcial.

—¿Qué ha pasado? —se preocupó—. ¿Estás bien?

—No, no estoy bien. Ha venido la pelirroja.

—¿Liberty, dices? Claro. Está al otro lado de la puerta, seguramente pegando oreja, y tan preocupada como Maddox y los demás.

¿«Tan preocupada como Maddox»? No dudaba que a mis amigos les inquietara que arruinara mi propio día, pero apostaba por que tenían mejores cosas en las que pensar. Como en volver a acostarse el uno con el otro, lo que llevaban haciendo desde que se reencontraron unos meses atrás.

Solo habían tardado dos años en hacer las paces.

Poca cosa.

—No me refiero a Libby, sino a la mujer de rojo. San Andrés. El Caballero Rojo. Como lo quieras llamar. —Al ver que King no lo captaba, suspiré—. Me acaba de bajar la regla. Tengo una mancha en el culo, me duele todo y ahora creo que no me quieres.

Él soltó una risotada.

—¿Qué tiene que ver eso último con la regla?

—Ya sabes que, cuando me viene, me pongo pesimista. Llevas un año entero viviendo conmigo y me conoces desde hace tres, ¿y todavía no te has enterado de lo que este bicho hace conmigo?

—Me he enterado de lo que hace contigo. De lo que no me he enterado es de qué tiene que ver con la boda. Ponte otro vestido y se acabó.

—¿Que me ponga otro vestido? ¿Te has vuelto loco?

—Pues ponte el camisón.

Lo dijo tan convencido que me reí, y él se rio también.

—¡No es justo! —me quejé—. ¿Por qué me tiene que pasar esto en mi boda? Te juro por lo que más quieras que no pretendía tener un ataque de pánico, ni echarme atrás, ni dejarte plantado. Lo había planeado todo para que saliera perfecto. ¡Y ahora esto!

—No es el fin del mundo, muñeca —me aseguró. El apodo me hizo sonreír. Había logrado que acabara viéndolo como una especie de homenaje a nuestros comienzos—. Solo es una mancha. Alguien puede prestarte un chal para que te lo ates a la cintura, darte un analgésico para el dolor y limpiarte la cara.

—¡Que me ha bajado la regla, coño! ¿Qué vamos a hacer en la luna de miel? ¿Jugar al parchís?

—¿Por qué no? Si no te puedo comer a ti, pues te como las fichas.

Lo fulminé con la mirada.

—No me hace gracia. Es mi gran día. Si todo sale bien y no me dejas de querer dentro de cinco o diez años, me habré casado una sola vez, y no quiero recordar esto como un fiasco. Y no es por nada, pero no te veo sobreviviendo una semana conmigo en las Maldivas sin ponerme un dedo encima.

—Pues claro que te voy a poner un dedo encima. Has tenido la regla todos los puñeteros meses desde que te conozco. Sé tirar de otras alternativas, por Dios. Y si tanto interés tienes en follar conmigo, que parece que es lo único que quieres de mí —fingió indignarse—, pues nos vamos la semana que viene.

—No tengo ningún interés en follar contigo.

—Pues yo no soy el que está llorando porque se le ha jodido el aspecto práctico de la luna de miel... Como si a tu marido fuera a detenerle el miedo a mancharse. —Puso los ojos en blanco. Me dio un beso en la mejilla y se incorporó para tenderme la mano—. Si no quieres casarte con un jersey enrollado en la cintura, ponte cualquier cosa encima. Prometo cambiar el traje por un chándal para ir a juego contigo.

Me pareció una aberración. No había estado tan guapo en su vida, partiendo de que... Bueno, no era muy guapo.

El traje le sentaba como un guante.

—También he estropeado la lencería.

—Me da igual.

—Y posiblemente, también el asiento trasero de tu coche.

—Parece mentira que creas que tus fluidos me asustan. Venga, arriba, rubia. Vamos a casarnos en chándal.

Acepté la mano que me había ofrecido. King tiró con más fuerza de la necesaria y choqué contra su pecho. Me abracé a él, y automáticamente mis esperanzas se renovaron.

—¿Tengo que recordarte que te quiero —me preguntó— y que te voy a querer exactamente igual dentro de siete años?

Sonreí, cerré los ojos y respiré.

—No. —Y lo dije de verdad—. Ya me ha quedado claro.

Se sentía igual que el día que acepté que lo quería, el primer día del resto de mi vida. Como un hogar. Dejé que me envolviera con sus brazos: esos que sabía que siempre me pondrían en pie si me caía, que me protegerían de mí misma. Esos que me empujarían a volar lejos para encontrarme y luego regresar a donde pertenecía.

A mí.

Y a él, por ser parte de mi corazón.

ÍNDICE

<u>CAPÍTULO 1.</u>
<u>CAPÍTULO 2.</u>
<u>CAPÍTULO 3.</u>
<u>CAPÍTULO 4.</u>
<u>CAPÍTULO 5.</u>
<u>CAPÍTULO 6.</u>
<u>CAPÍTULO 7.</u>
<u>CAPÍTULO 8.</u>
<u>CAPÍTULO 9.</u>
<u>CAPÍTULO 10.</u>
<u>CAPÍTULO 11.</u>
<u>CAPÍTULO 12.</u>
<u>CAPÍTULO 13.</u>
<u>CAPÍTULO 14.</u>
<u>CAPÍTULO 15.</u>
<u>CAPÍTULO 16.</u>
<u>CAPÍTULO 17.</u>
<u>CAPÍTULO 18.</u>
<u>CAPÍTULO 19.</u>
<u>CAPÍTULO 20.</u>
<u>CAPÍTULO 21.</u>
<u>CAPÍTULO 22.</u>
<u>CAPÍTULO 23.</u>
<u>CAPÍTULO 24.</u>
<u>CAPÍTULO 25.</u>
<u>CAPÍTULO 26.</u>
<u>CAPÍTULO 27.</u>
<u>CAPÍTULO 28.</u>
<u>CAPÍTULO 29.</u>
<u>CAPÍTULO 30.</u>
<u>CAPÍTULO 31.</u>
<u>CAPÍTULO 32.</u>
<u>CAPÍTULO 33.</u>
<u>CAPÍTULO 34.</u>

Epílogo.

- [1] Tu amor es el rey... Te coronó en mi corazón; eres el que gobierna mi corazón.
- [2] *The Robber Bride*, Margaret Atwood (1993).
- [3] Trunchbull es la temible directora ficticia que aparece en la película *Matilda* (1996).
- [4] Cita del personaje de Reese Witherspoon en *Big Little Lies*, serie de HBO (2017-2019).
- [5] «Priest» en inglés significa «cura» o «sacerdote».
- [6] Bianca dijo esto en referencia a su relación con Mick Jagger.
- [7] Referencia a la película de Tim Burton, *Big Fish* (2003).
- [8] «*Touched*» *for the very first time*, una de las frases del estribillo de *Like a Virgin*, una canción de Madonna.
- [9] A los dieciséis me enamoré de una chica tan dulce como se puede serlo. Solo le tomó dos días deshacerse de mí; Sabes que tuve suficiente cuando mi mujer me abandonó por un tipo con los ojos marrones.
- [10] No tienes que ser guapo para ponerte cachondo: *Kiss*, de Prince (1986).
- [11] «*The Artist Formerly Known As Prince*»: «El Artista Anteriormente Conocido Como Prince».